

E. SIENKIEWICZ

A SANGRE  
Y FUEGO







# A SANGRE Y FUEGO



Ega. archiwany 181

E. SIENKIÉWICZ

# A SANGRE Y FUEGO

PRIMERA PARTE

DE LA TRILOGÍA NACIONAL POLACA

TRADUCCIÓN DE R. J. SLABY

---

TOMO PRIMERO

BADAŃ LITERACKICH PAN  
BIBLIOTEKA

00-330 Warszawa, ul. Nowy Świat 77

Tel. 26-68-63



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

<http://rcin.org.pl>



---

ES PROPIEDAD

---

*Esta edición española de A SANGRE Y FUEGO, de E. Sienkiewicz, es la primera y única que se ha efectuado directamente del polaco, sin mutilaciones de ningún género y con perfecto respeto del original, habiéndose obtenido para ello la autorización exclusiva y a perpetuidad de los herederos del genial novelista a favor de la casa Montaner y Simón. Serán, por tanto, perseguidas cualesquiera otras ediciones en castellano que hayan aparecido o aparezcan posteriormente.—Copyright, 1925, by Montaner y Simón.—Made in Spain.*



*Al excelentísimo señor*

CONDE JAVIER ORLOWSKI

*ex ministro plenipotenciario de Polonia  
en Madrid*

*Respetuosamente*

EL TRADUCTOR



## PRÓLOGO

El 5 de mayo de 1816, en la modesta aldea Wola Okrzejska de Podlaquia, nació el glorioso escritor polaco Enrique Sienkiéwicz, orgullo no sólo de las letras patrias, sino, al propio tiempo, uno de los primeros corifeos de la literatura mundial de todos los siglos. Habiendo pasado en la placidez del hogar paterno los años de su tierna juventud, adquirió la instrucción principal en Varsovia, donde en 1866 terminó el bachillerato, después de singularizarse, a los diez y seis años de edad, como notable conocedor de la historia nacional polaca y del estilo literario. Siguiendo el deseo de sus padres, abrazó la carrera médica, pero ya en 1867 canceló la matrícula de esta facultad para consagrarse definitivamente a estudios histórico-filosóficos.

El árbol genealógico de la estirpe de los Sienkiéwicz, que se remonta hasta el siglo XVI, registra una serie de bizarros héroes y abnegados patriotas que desempeñaron papel notable en la historia de la nación, y a los cuales debe nuestro autor su predisposición natural para asuntos guerreros. En cuanto a sus dotes de escritor y pensador, no cabe duda de que en las venas de Sienkiéwicz corre la sangre genial de sus antepasados maternos, los Cieciszowski, entre los cuales descuellan, en el siglo XVII, Bartolomeo, autor de la *Vida de San Casimiro*; el escritor eclesiástico y famoso jesuíta Adalberto, predicador de la corte real; Casimiro Gaspar, arzobispo de Luck y Zitomir, y el renombrado médico de cámara del rey Augusto III, Enrique Lelewel (muerto en 1767). A la misma línea perteneció también el chambelán Ignacio Cieciszowski, cuyo nieto Bruno conde Kiciński, conocido literato, fué el

primer redactor del famoso diario *Correo de Varsovia*, y el escribano real Adán Cieciszowski, abuelo de Enrique Sienkiéwicz y bisabuelo de la renombrada poetisa e improvisadora polaca Deótima. Además, la misma línea de los Cieciszowski dió a la nación polaca el gran patriota, historiógrafo, numismático y heráldico Joaquín Lelewel (1786-1861), de modo que dicha rama genealógica forma digna pareja con las famosas familias de literatos y sabios polacos, los Kochanowski, los Morsztyn y los Fredro. La madre de Enrique, Estefanía Cieciszowska, heredera de las posesiones de Orszej y Wola Okrzejska, era una mujer de singular distinción, amante de la poesía y de las ciencias, y dirigió personalmente la instrucción de sus seis hijos (entre ellos la poetisa Sofía y el oficial del ejército francés Casimiro, que dió la vida por Francia, durante la guerra franco-prusiana, en la batalla de Orleáns, en 1871).

Los cantos históricos de Niemcéwicz fueron los primeros en influir beneficiosamente sobre la fantasía del niño genial, y el *Robinson Crusoe* y el *Robinson Suizo* causaron inmensa impresión en el juvenil cerebro del futuro escritor, avivando su deseo de conocer países extraños y ensanchar el horizonte de su cultura intelectual. También una biografía de Napoleón impresionó tan fuertemente al estudiante Sienkiéwicz, que su sueño dorado fué llegar a ser un gran estratega y conquistar eterna gloria en el campo de batalla. «Aunque en mis novelas di muerte a más gente que un Napoleón o un Moltke, actualmente nada tiene que temer Europa de mis armas,» afirma el autor de la Trilogía, ya en edad reposada, al recordar la época en que escribió aquéllas. Mientras cursaba la segunda enseñanza dedicóse al detenido estudio de Rej, Kochanovski, Orzochovski y otros autores de la centuria décimosexta, que es el siglo de oro de la literatura polaca, y adquirió, con tal motivo, profundo conocimiento del antiguo lenguaje polaco que con singular maestría introduce en sus obras. Al mismo tiempo, los poemas homéricos y los dramas de Sha-

kespeare, en la traducción de Komierowski, se contaban entre las lecturas predilectas del literato naciente.

A los diez y nueve años de edad escribió una novela corta llamada *La Ofrenda*, y en 1869 publicó una serie de estudios críticos sobre varias figuras de la literatura polaca en los siglos XVI y XVII. En 1870, en el diario *Wieniec* (La Guirnalda), publicó la novela *En vano* sobre asunto basado en la vida de los estudiantes en Kiev, obra que mereció una excelente crítica del clásico novelista polaco Kraszewski. Desde 1872 hasta 1876 escribió una serie de novelas de costumbres, de gran intuición psicológica, henchidas a veces de sano humorismo, tal como *Novelas humorísticas*, *Sin título*, *De la vida y la naturaleza* (libro que comprende *El viejo siervo*, *Hania* y *Selim Mirza*).

En plena actividad literaria, con el fin de distraerse del trabajo abrumador del periodismo, el autor emprende en 1876 un viaje a América del Norte, costeado en parte por la redacción de *La Gaceta de Polonia*, cuyo corresponsal era Sienkiéwicz en aquella época. El pintoresco paisaje de California, residencia, a la sazón, de la famosa actriz polaca Elena Modrzejewska, que gracias a su singular dominio del idioma inglés llegó a cosechar grandes triunfos en las escenas norteamericanas, fué lo primero que visitó Sienkiéwicz. En la capital de California, San Francisco, en medio de la reducida colonia de emigrantes polacos, trabó conocimiento con el capitán Rodolfo Korwin Piotrowski, hombre de hercúleas fuerzas, de carácter jovial y de un corazón de oro, un tanto fanfarrón y ridículo por su porte algo presumido, hombre a quien debe Sienkiéwicz, en primer lugar, el haberle sugerido la figura originalísima de Pan Zagłoba.

En América escribió Sienkiéwicz las famosas *Cartas de viaje* (*En el Océano Atlántico*, *A través de América*, *Del yermo americano*), los delicados *Bosquejos a carbón*, y la *Comedia de los errores*.

Transcurridos dos años, el autor volvió a Europa, donde inauguró el período de sus obras maestras en novela corta, tales como *Orso*, *A través de las estepas*,

*Janko el músico* y la tragedia escolar *Memorial de un maestro de Poznań*, de carácter profundamente nacional. En Varsovia, en 1870, reanuda sus trabajos periodísticos y publica una nueva serie de novelas: *En busca de pan* (*Los emigrantes*), *Jamiol* y el cuadro histórico *La esclavitud tártara*, donde se vislumbra claramente al futuro autor de la Trilogía. Además crea, en la misma época, la tragedia del nacionalismo decadente en Polonia, *Bartek el vencedor*; la glorificación del sentir nacional de un emigrante, *El guardia del faro*, los típicos cuadros *Recuerdos de Mariposa*, *Del Desierto de Bialowies*, *Sachem*, y dos obras dramáticas (*En una carta* y *¿Quién es el culpable?*). En 1878-1879 escribió para la prensa polaca las inspiradas *Cartas de Roma*, *Venecia* y *París*.

En 1872 se encargó de la redacción del diario *Slowo* (La Palabra), donde, en 1873, empezó a publicar su obra maestra, la *Trilogía Nacional Polaca*, que cimentó la popularidad definitiva de su autor, con el aplauso unánime de la crítica mundial. En 1883 imprimió, en dicho diario, la primera parte de esta novela cíclica, o sea *A Sangre y fuego*; luego, en 1886, *El Diluvio*, y por último, en 1887, *Pan Volodiovski*.

Terminada la publicación de la Trilogía, Enrique Sienkiéwicz, anonadado por el fallecimiento de su amada esposa, emprende un nuevo viaje por Italia, Grecia y Turquía, y poco después por España. Los restos de la cultura clásica y el encanto romántico de los países meridionales cautivan la atención del insigne novelista hacia los asuntos clásicos, de modo que después de publicar otra serie de novelas breves, y cuadros descriptivos (*Corridas de toros en España*, *Una excursión a Atenas*, *El fallo de Zeus*, *La fábula de Sabal*, *El manantial*, *La tercera* y *Lux in tenebris lucet*), se dedica al sistemático estudio de la historia romana.

En 1889 crea el autor la novela psicológica *Sin dogma*, la mejor en su clase en toda la literatura polaca, historia de un hombre inteligente, joven y rico, pero falto de la fuerza de carácter, de la religión y

aun de la fe en sí mismo, una especie de Eugenio Onegin polaco, imbuído de snobismo y de decadentismo.

En 1891 abandona Sienkiéwicz por tercera vez su patria, y en compañía del conde Tyskiéwicz atraviesa el Norte de Africa, principalmente Egipto, y luego, pasando por el mar Rojo y el Océano Índico, llega hasta Zanzíbar para emprender desde allí varias excursiones de caza a las regiones próximas. *Las cartas de Africa*, y el delicioso cuadro romano *Sigámosle*, una especie de prelude del *Quo Vadis?*, son los frutos literarios del viaje africano.

De regreso a Varsovia, Sienkiéwicz continúa la publicación de sus series de novelas breves: *El organista de Ponikla*, *Bendita seas*, *Impresiones de Italia*, *Las grullas*, *Al través de las estepas*, *Un sueño*, *Un idilio*, *En el Olimpo*, *La lucha por la vida*, etc., y, además, varios estudios críticos sobre el naturalismo de Zola y la novela histórica.

Una especie de antítesis optimista del sombrío pesimismo de la novela *Sin dogma* es *La familia de los Polaniezki*, encomio de la laboriosidad y del espíritu emprendedor.

Dos años después, tras escrupulosísimos estudios de la época romana y paleocristiana, el autor polaco asombra al mundo con una nueva creación maestra, indiscutiblemente la más popular en toda la historia de la literatura moderna universal, la novela histórica *Quo Vadis?*, de la época de las persecuciones cristianas durante el reinado de Nerón. Bien puede decirse que casi no hay idioma moderno que no posea por lo menos una versión de dicha obra, cuyo estudio y análisis ha fatigado la pluma de los primeros críticos y arqueólogos del mundo y que llegó a merecer a su autor una carta encomiástica de la Santa Sede.

Después de dar la última mano al delicioso cuadro *En la orilla luminosa*, el novelista vuelve a ocuparse en las grandes visiones históricas de su patria.

En la *Gaceta Ilustrada* publica, del 1898 al 1900, la clásica novela histórica *Los Cruzados*, inspirada en

las trágicas luchas de Polonia con la Orden de los Templarios alemanes, hasta su desenlace en la histórica batalla de Grunewald, en 1410, tan magistralmente representada en el famoso lienzo de Matejko. La obra glorifica una de las épocas más sublimes de la historia polaca, trazando con singular acierto histórico los personajes de la época.

Un grandioso homenaje rinde Sienkiéwicz a Juan Sobieski, libertador de Viena contra la invasión turca en 1683, en forma de una nueva creación histórica llamada *En el campo de la gloria*.

En los años próximos continúa el fecundo literato la publicación de sus novelas breves y estudios literarios y políticos: *Dos prados*, *Diocles*, *Una aventura de Aristocles*, *Kordezki*, *Algo sobre Bismarck*, *Discurso conmemorativo con motivo de la inauguración del monumento a Mickiéwicz en Varsovia*, *La Lengua Polaca*, *Una carta a la baronesa de Suttner*, *María Konopnicka*, etc.

La honda indignación ante la inhumana política del gobierno alemán, de ir expropiando las posesiones polacas en el antiguo suelo de Polonia, dicta al abnegado defensor de la integridad nacional y territorial de su patria, al «Embajador polaco,» según le llamó el pueblo, una serie de folletos y polémicas, tales como: *La encuesta de la expropiación*, *La Liga de las Naciones*, *Una carta al Emperador Guillermo*, *La contestación al artículo de Björnson*.

En 1909 publica Sienkiéwicz la novela de costumbres sociales *El Torbellino*, y en 1912 el precioso libro, destinado a la juventud, *En estepas y desiertos*, con el fin de fomentar en la última generación el desarrollo de un carácter justo, vigoroso y atrevido, dotado de entereza e independencia en todos los momentos de la vida. La última creación novelística, *Las legiones*, no llegó a su término por motivos inherentes a la declaración de la guerra europea.

En la postrera época de su vida, Sienkiéwicz vivía continuamente en Varsovia, pasando una que otra temporada en sus propiedades de Zakopane, en Fran-



cia o en la costa rocosa de la Gran Bretaña, donde veraneaba su íntimo amigo Bruno Abakanówicz. En la primavera del año 1914 se retiró a la aldea Oblengórek, que había recibido, como donativo de homenaje, del pueblo polaco con motivo del 25.<sup>o</sup> aniversario de su actividad literaria. Deseoso de evitar toda intervención política en la guerra europea, prefirió consagrar todas sus energías a la acción benéfica en favor de los millones de víctimas de la trágica hecatombe europea. En tal situación, Sienkiéwicz, en compañía de Ignacio Paderewski, el futuro presidente de la República Polaca, y del político Antonio Osuchowski, se encamina a Suiza, donde los tres patriotas crean el llamado «Comité general suizo para auxiliar a las víctimas de la guerra en Polonia.» Con justo título se ha dado el sobrenombre de «Gran limosnero de Polonia» al generoso escritor polaco que en el transcurso de dos años llegó a reunir más de quince millones de francos para su noble objetivo.

A pesar de su quebrantada salud, a causa de un padecimiento cardíaco, Sienkiéwicz se disponía aún en el verano de 1916 a escribir una historia popular de Polonia, plan que desbarató la mano implacable de la muerte, que le arrebató del seno de sus amigos el 15 de noviembre de 1916, a la edad de setenta años.

Por sus méritos literarios Enrique Sienkiéwicz fué objeto de una serie de altas distinciones, creándosele miembro de la Academia de Bellas Artes en Cracovia, de la Academia de Ciencias de Petrogrado, de la Academia de Bellas Artes de Belgrado y de la Academia Italiana de Roma; la Universidad de Cracovia le honró con el título de *doctor honoris causa*, y el gobierno francés le distinguió con la orden de la Legión de Honor; en la sesión memorable de la Academia de Bellas Artes de Estocolmo se concedió a Sienkiéwicz el Premio Nobel, con la suma de 43,000 coronas suecas, y en los años 1911 y 1916 se le otorgaron importantes premios en metálico y una medalla de oro por la Academia de Bellas Artes de Cracovia.

La primera parte de la Trilogía Nacional Polaca de Enrique Sienkiéwicz: *A sangre y fuego*, está inspirada en las guerras cosacas que la república polaca se vió obligada a sostener, en el siglo xvii, con los cosacos, zaporogos y las hordas tártaras. El punto culminante del relato es el asedio de Zbaraz en 1649, y su protagonista principal es Juan Skretuski, abanderado del ejército del príncipe Visnoviezki; en él encarna Sienkiéwicz cuanto de más sublime, en la época de las infortunadas guerras nacionales, había podido adornar a un patriota polaco. Por otra parte, con el carácter de Elena Kurcévich el autor idealiza la mujer polaca dotándola de todas las virtudes femeninas que ensalza la historia en las hijas de Polonia de los siglos pasados.

La extensa novela *El Diluvio*, que forma la segunda parte de la Trilogía, trata de la incursión sueca en Polonia en 1655, sobresaliendo en ella el gallardo héroe Andrés Kmitiz. En la figura de este protagonista Sienkiéwicz condensa toda la tragedia conmovedora de un hombre bueno, pero vehemente e impulsivo, incapaz de dominar sus feroces instintos, que con sus heroicas hazañas expía sus faltas abominables, propias todas ellas del nacionalismo decadente en la época que precedió a la pérdida fatal de la nacionalidad polaca, cuando Alemania, Rusia y Austria, hollando todas las leyes humanas y divinas, procedieron al reparto de una nación devastada por los horrores de las invasiones enemigas y de la guerra civil.

Finalmente, la tercera y última parte de la obra, *Pan Volodiovski*, constituye una deliciosa variación después de la época bochornosa de las luchas nacionales, donde aparece la magistral figura de Miguel Volodiovski, coronel de húsares reales, caballero sin mancha, esgrimidor incomparable y patriota ejemplar, que en plena lucha encuentra heroica muerte.

El ciclo de estas novelas históricas de Sienkiéwicz ocupa un puesto prominente, único en la historia literaria polaca, que en ninguna de sus épocas puede registrar creación equivalente. La fantasía desbordante

del autor, tonificada siempre por la tradición y las fuentes históricas, la ingeniosa concepción de los caracteres, que constituyen una vasta gama de figuras humanas, la noble emoción basada en los ideales más sublimes de la humanidad, constituyen un elemento moral y pedagógico de altísimo alcance, haciendo figurar esta novela cíclica en la luminosa lista de obras literarias que, además de conmover y deleitar, educan a la humanidad. Las figuras históricas de la obra, tales como el rey Juan Casimiro, monarca desterrado y mártir optimista de su época relajada e irreverente, siempre amante de su patria desdichada, siempre clemente y dispuesto a perdonar donde el heroísmo expía las faltas pretéritas; el valeroso príncipe Jeremías Visnoviezki, ejemplo de disciplina y justicia en los trances más difíciles, que tras sostener una titánica lucha con su conciencia, el amor propio, el amor a la patria y los deberes de la disciplina y obediencia, concentra todas sus energías en la liberación de la patria invadida por el cruel enemigo; el atamán cosaco Bogdan Kmielnizki, hijo feroz de la estepa, cosaco dotado de todos los vicios y virtudes de su raza, hacen resurgir ante la fantasía del lector, con todo el brillo de sus colores, aquellas épocas remotas de la historia europea; y aun los caracteres creados casi enteramente por la fantasía del autor, tales como Skretuski, Zagloba, Podbipienta, Kmitiz, Volodiovski y muchos más, contribuyen admirablemente a completar el vasto cuadro histórico. En este sentido, sólo el famoso novelista histórico checo, Luís Jirásek, alcanza la concienzudez histórica de Sienkiéwicz.

Entre las figuras inmortales de la Trilogía existe una que deja recuerdo indeleble en todo lector y que puede parangonarse con lo más admirable que se registra en la caracterización de personajes novelísticos de la literatura universal: la de Pan Zagloba, hermano espiritual de John Falstaff, Cyrano de Bergerac, Artagnán y, en ciertos rasgos, aun de Sancho Panza. Fanfarrón sin igual, embustero empedernido, guerrero valiente y cobarde a la vez, pero siempre

noble, apóstol de la libertad, ferviente patriota y caballero pundonoroso, en suma un hombre dotado de todas las virtudes y vicios de su época anegada en desenfreno y libertinaje, un ingenizador ideal de toda clase de artimañas y ardidés de guerra, soldado licenciado y no obstante defensor de la inocencia, insultador insolente, pero constante campeón de la justicia, cruel y compasivo a la vez, blasfemo abominable, al par que buen creyente y cristiano, bebedor sin límites, y al mismo tiempo amante de la disciplina, amigo del regalo e intrépido ante la muerte, perfecto hidalgo y demócrata de corazón, Pan Zagloba conquista desde el primer momento todas las simpatías del lector precisamente por ser tan grande y tan humano a la vez.

No menos acertado que toda la trama novelística de la obra es el lenguaje de la misma, siempre expresivo, variado, verdaderamente épico, de una fuerza subyugadora o de una ternura incomparable.

La presente traducción, la primera directa y completa de la *Trilogía* en la literatura hispana, ha procurado reproducir fielmente la típica dicción del original, con la adición de las notas correspondientes en cuantos detalles podrían ser menos asequibles al lector español; en cuanto a la ortografía se ha procurado modificar la complicada escritura de los nombres polacos, a base del principio puramente fonético. Intenta, pues, la presente versión contrarrestar la influencia perniciosa de toda clase de versiones arbitrarias hechas a vuela pluma, con absoluto desconocimiento del texto original, llenas de errores de sentido que desfiguran la acción, y que del inmortal escritor polaco sólo dejan un esqueleto deplorable, digno eslabón de la cadena interminable de la baja novela folletinesca. Si esta versión llega, pues, a rehabilitar, en parte, el dignísimo nombre de Enrique Sienkiéwicz, habrá cumplido el primer objeto que se propone

R. J. SLABY.

# A SANGRE Y FUEGO

---

## CAPÍTULO PRIMERO

El año de gracia de 1647 fué por demás extraño. Diversos fenómenos insólitos, en cielo y tierra, fueron presagio para el pueblo de calamitosos y extraordinarios acontecimientos.

Refieren los cronistas contemporáneos que en la primavera de tal año nubes de langostas, en aterradora cantidad, se elevaron de los Campos Salvajes, arrasando—probable augurio de nuevas correrías de los tártaros—pastizales y sembrados. Aquel verano tuvo lugar un gran eclipse solar y a poco apareció un cometa en el firmamento. En Varsovia, flotando sobre la ciudad y rodeado de nubes, se vió un sepulcro con una cruz de fuego.

El temor indujo al pueblo a practicar el ayuno y a repartir limosnas, haciendo así méritos en evitación de una epidemia que algunos afirmaban había de asolar muy pronto la comarca para exterminio de sus moradores. Y, por último, el invierno fué tan templado, que no recordaban otro igual las personas más ancianas. En los palatinados del Sur no se congelaron los ríos, que, aumentado de día en día su caudal por la nieve derretida, no tardaron en salirse de madre e inundar las orillas. Copiosas lluvias convirtieron la estepa en un pantano inmenso, en tanto que el sol de medio día era tan brillante que, en singular contraste, en el palatinado de Braslav y en los Campos Salvajes una alfombra de verdura acabó cubriendo las estepas y los dilatados campos, ya a mediados de diciembre.

Los enjambres de abejas bullían y zumbaban en las colmenas, y las reses mugían en los cercados. Los habitantes de Ucrania, profundamente alarmados ante hechos que hacían sospechar se había invertido el curso normal de la Naturaleza, esperaban con inquietud acontecimientos extraordinarios, fijando sus inquietas miradas, sobre todo, en los Campos Salvajes, por donde parecía más probable la llegada del temido peligro. En aquella época nada anormal ocurría en la campiña, y no había otras guerras y contiendas que las allí habituales, de las que eran testigos únicos las águilas, los azores, los cuervos...

Los últimos vestigios de la colonización, mirando desde el Dniéper hacia el Mediodía, llegaban, en aquellos campos, hasta no mucho más allá de Chegrin, y dirigiendo la vista desde el Dniéster hacia el Norte, desaparecían no lejos de Uman, sin que existiera más allá de estos límites y hasta los «limanes» (1) y el mar sino una vasta estepa que aprisionaban ambos ríos, como con dos gigantescos brazos. En la curva que describe el Dniéper en los «Campos llanos» (2), pasadas las cascadas, daban todavía muestras de vida los cosacos, pero en el resto de la estepa no había señales de la presencia del hombre, fuera de unas cuantas «polancas» (3) que surgían en las orillas como islotes en el Océano. Era, pues, aquella comarca un verdadero desierto que pertenecía nominalmente al Estado de Polonia, el cual autorizaba a los tártaros para que sus ganados aprovecharan los pastos; pero como los cosacos se oponían frecuentemente a ello, la comarca era teatro de continuas luchas, cuyo número y el de los seres humanos que en ellas habían perecido nadie hubiera podido calcularlo, nadie lo recordaba: sólo las águilas, azores y cornejas las habían presenciado. Cuando se oían a lo lejos el aleteo y el crocitar de los cuervos y se distinguía una bandada de estos pajarracos revoloteando en torbellino sobre un mismo punto, podía asegurarse que por allí había cadáveres o huesos insepultos.

---

(1) Nombre dado en Rusia a los estuarios de los ríos. (*N. del T.*)

(2) Campos llanos o Llano, región del Sur de Ucrania habitada por los cosacos llamados *Llaneros*. (*N. del T.*)

(3) Puestos aislados y fortificados de los cosacos. (*N. del T.*)

Entre los matorrales de aquella estepa se cazaba instintivamente al hombre como se caza al lobo o al antílope tártaro. Refugiábase en ella el que huía de la justicia; y buscaban en su esquividad, el guerrero aventuras y el ladrón su botín. El cosaco vigilaba allí al tártaro y el tártaro al cosaco, y el pastor guardaba sus rebaños armado y siempre alerta, lo que no impedía que a veces partidas de gentes de guerra tuvieran que defenderle contra los merodeadores.

La estepa era, en suma, una región al mismo tiempo desierta y poblada, pacífica y amenazadora, tranquila y llena de emboscadas, salvaje no sólo por el aspecto de los Campos Salvajes, sino también por la ferocidad de sus habitantes. De cuando en cuando se convertía en teatro de encarnizadas luchas al invadirla hordas de tártaros, regimientos de cosacos, banderas (1) polacas o valacas. Durante la noche el relincho de los caballos se mezclaba con el aullido de los lobos, y el redoble de los atabales y el sonido estridente de las trompas se percibía desde el lago de Ovidio y aun desde más allá, hasta el mar. La Vía Negra que conducía a Kuchman parecía un verdadero alud de cuerpos humanos.

Desde Kamiénez hasta el Dniéper las fronteras de la república (2) estaban defendidas por los fortines y las *polancas*, y el primer aviso de que alguien penetraba en los caminos lo daban los innumerables pájaros que, espantados por los *chambules* (3) tártaros, levantaban el vuelo, dirigiéndose hacia el Norte. Los tártaros, desde la Selva Negra o vadeando el Dniéster por la parte de Valaquia, llegaban a las comarcas meridionales apenas habían las aves levantado el vuelo.

Pero aquel invierno no se oyeron los acostumbrados graznidos de aves al emigrar hacia el interior de la república; la estepa permanecía más tranquila que nunca. En el momento en que da comienzo nuestro relato, los rayos rojizos del sol poniente iluminaban enteramente aquella desolada región.

---

(1) Parte de un regimiento.

(2) Según la etimología del nombre (*res pública*), llamábase «república» al reino de Polonia.

(3) Destacamento de la horda tártara.

En la parte septentrional de los Campos Salvajes, a lo largo de todo el curso del riachuelo Omelníček, la vista más aguda no hubiera podido percibir ni un ser humano, ni el más ligero movimiento, entre los brezales negruzcos, secos y quemados por el sol. Lucía todavía en el horizonte la mitad del disco solar, pero el firmamento estaba ya oscuro y la estepa se iba envolviendo en tinieblas. En la parte izquierda de aquélla y en una pequeña elevación que parecía más bien una *mogila* (1) que un cerro, se destacaban las ruinas de un castillo construido en remotos tiempos por Teodoro Buchazki y destruido más tarde por las irrupciones tártaras. Las ruinas proyectaban una larga sombra. Brillaban a lo lejos las aguas del Omelníček, a la sazón desbordado, y cuyo cauce forma allí un recodo antes de desembocar en el Dniéper.

Poco a poco la luz solar se iba extinguendo en el horizonte y sólo turbaba el silencio de la llanura el prolongado grito de las grullas en su vuelo hacia el mar.

La noche había cerrado sobre el desierto, llegando con ella la hora de las apariciones. Los centinelas de los puestos fortificados aseguraban, en aquella época, que en los Campos Salvajes surgían de noche espectros de seres humanos muertos en pecado mortal, y se entregaban a siniestras danzas en corro sin temor a las cruces ni aun a las iglesias. Con este motivo, cuando se iban apagando las cuerdas azufradas, lo que anunciaba la llegada de la media noche, en los puestos fortificados se recitaban preces por los difuntos. Se hablaba también de fantasmas que vagaban por la estepa deteniendo a los caminantes, y les suplicaban, gimiendo, que hicieran la señal de la cruz. Entre ellos había vampiros que perseguían a los viajeros lanzando siniestros aullidos, harto distintos para un oído experto, aun escuchados a distancia, de los de los lobos. Solían aparecer, además, legiones enteras de misteriosas sombras, y a veces se acercaban tanto a los puestos, que los atemorizados centinelas se veían obligados a dar toques de alarma. Todo esto presagiaba casi siempre una gran guerra. El encuentro con un solo espectro no solía anunciar nada bueno, pero

---

(1) Montículo artificial conmemorativo.



tampoco era de seguro mal agüero, pues, en ocasiones, un hombre de carne y hueso aparecía y desaparecía como una sombra ante la vista del caminante, no sabiendo éste a ciencia cierta si se trataba de un ser vivo o de un alma en pena.

Cuando Omelníchek quedaba envuelto en las negruras de la noche no era raro que, de improviso, apareciese en las inmediaciones del puesto solitario un fantasma o un hombre. En el momento en que la luna comenzaba a asomar por detrás del Dniéper argentando los campos yermos, cuajados de cabezuelas de cardos, e iluminando las lejanías de la estepa, en el llano brotaron de la obscuridad unas sombras misteriosas. Las movibles nubecillas velaban a intervalos el brillo del astro de la noche, haciendo resaltar sobre las tinieblas, o desvaneciéndolas en ellas, aquellas figuras que, de cuando en cuando, desaparecían del todo, como si la obscuridad se las hubiese tragado.

Avanzando en dirección al altozano que ocupaba el primer jinete, caminaban silenciosamente, con paso lento y cauteloso, deteniéndose a cada instante; en sus movimientos había algo misteriosamente siniestro, como siniestra era la estepa en su paz aparente.

A veces soplaban ráfagas de viento, que venían del Dniéper, produciendo un lúgubre crujir en los cardos secos, inclinados y temblorosos como de espanto. Las misteriosas sombras no tardaron en confundirse con las de las ruinas. A la pálida luz de la luna veíase solamente la silueta de un jinete que atalayaba desde lo alto de la colina...

Un ligero ruido acabó por llamar su atención, y avanzando hasta el pie del collado, el jinete avizó la estepa. Cesó en aquel momento el viento, se apagó el crujir de los cardos y reinó un silencio absoluto.

Oyóse de pronto un silbido estridente y le siguió una confusión de voces que acabaron en gritos agudos:

—¡Alá, Alá! ¡Jesucristo! ¡Socorro! ¡A degüello!

Trepidó el aire con el tableteo de una descarga de arcabucería, y rojos fognazos rasgaron las tinieblas; al ruido de los cascos de los caballos mezclábase el chocar de las armas. Un grupo de jinetes surgió de las tinieblas cual si la tierra los vomitara sobre la estepa; diríase que una tor-

menta invadía súbitamente aquel desierto silencioso y siniestro. Al fragor de la pelea se unieron al punto gemidos humanos en horrible vocerío, y, a poco, todo quedó de nuevo en silencio; la lucha había terminado.

Era evidente que se estaba desarrollando una de las escenas habituales en los Campos Salvajes.

Los jinetes se agruparon en el collado y algunos echaron pie a tierra y examinaron atentamente el suelo.

De pronto una voz fuerte e imperiosa resonó en las tinieblas:

—¡Pronto! ¡Los eslabones! ¡Encended!

Brotó un haz de chispas y crepitó la llama en los juncos secos y las maderas resinosas que siempre llevaban consigo los que se aventuraban de noche por los Campos Salvajes. Luego se clavó en tierra una estaca, de la que pendía una linterna, y su vívida luz iluminó a unos cuantos hombres inclinados sobre un cuerpo que yacía en el suelo, inmóvil.

Eran hombres de armas, con rojas casacas—que los delataban como soldados del rey—y capuchas de piel de lobo. Uno de ellos, caballero en magnífico potro, era indudablemente el jefe. Echó pie a tierra, y acercándose al postrado, dijo:

—Sargento, ¿está vivo o muerto?

—Todavía vive, mi teniente, pero está con el estertor de la agonía; el lazo casi le ha estrangulado.

—¿Quién crees que será?

—Seguramente no es ningún tártaro. Parece persona de rango.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el teniente, mirando con más atención al herido;—parece un «atamán» (1).

—Su caballo es tártaro de pura sangre—replicó el sargento:—ni el mismo kan tiene otro igual. Esos lo guardan.

El teniente contempló el caballo y brilló en sus ojos un relámpago de alegría. A pocos pasos, unos soldados de tropas regulares tenían por la brida al noble bruto, que, dilatando los ollares y enderezando las agudas orejas, alargaba el cuello y miraba, asustado, a su amo.

---

(1) Jefe del ejército o de las fortalezas, que usaba como distintivo la *bulava* o bastón de mando.

—Supongo que el caballo será para nosotros, mi teniente—aventuró el sargento.

—¡Alma de perro! ¿Quieres quitar a un cristiano su caballo en la estepa?

—¡Tratándose de botín...!

Interrumpió el diálogo el estertor cada vez más intenso del herido.

—Dale un poco de aguardiente y suéltale el cinturón—ordenó el teniente.

—¿Pasaremos aquí la noche?

—Sí. Quitad las monturas a los caballos y encended la hoguera.

Los soldados se levantaron prestamente. Unos se dedicaron a reanimar, friccionándole, al herido, mientras otros corrieron en busca de juncos, y los restantes extendían por el suelo pieles de oso y de camello, que habían de servir de lechos.

El teniente, sin cuidarse para nada del que creían agonizante, se aflojó el cinturón y se tendió sobre su «burka» (1) cerca del fuego. Era un hombre muy joven, enjuto, de tez morena, bien proporcionado, de flácido rostro y gran nariz aguileña; la expresión de sus ojos hacía adivinar su temerario valor y la obstinación de sus decisiones, reflejando al mismo tiempo en el semblante la acrisolada honradez de su alma. El poblado bigote y la barba, que debía de llevar algunos días sin afeitarse, le daban un aspecto de gravedad impropio de sus pocos años.

Entre tanto, dos siervos se fueron a preparar la cena. Se colocaron sobre el fuego cuartos de carnero, convenientemente aderezados; además se descargaron de los caballos unas cuantas avutardas que se habían cazado durante el día, unas perdices blancas y un antílope tártaro, que uno de los soldados se dispuso en seguida a desollar. Crepitaba la llama de la hoguera esparciendo por los contornos de la estepa un amplio círculo de rojiza claridad. El herido poco a poco recobraba el sentido. Al principio examinó con sus ojos congestionados a los circunstantes, escudriñando sus rostros; luego intentó levantarse.

(1) Capote de lana.

El sargento que poco antes había dialogado con el oficial incorporó al herido sosteniéndole por debajo de los brazos, mientras otro le ofreció un mazo en el que se apoyó el desconocido con todas sus fuerzas. Su rostro estaba todavía enrojecido y aún se notaban abultadas las venas. Por fin articuló penosamente, con voz oprimida, la primera palabra:

—¡Agua!...

Le dieron aguardiente, que bebió con avidez y que le reconfortó visiblemente. Cuando, por fin, separó la botella de los labios, preguntó con voz ya más clara:

—¿En qué manos he caído?

El oficial se puso en pie, y acercándose al desconocido le respondió:

—En manos de vuestros salvadores.

—¿Entonces no me echasteis vosotros el lazo?

—Mosán (1), nosotros no manejamos el lazo, sino el sable. Con vuestra sospecha ofendéis a los buenos soldados. Fuisteis atacado por una partida de ladrones que fingían ser tártaros y a los que, si gustáis, podéis contemplar aquí cerca, degollados como carneros.

Y al decir esto último el teniente señalaba a un montón de confusos bultos que se adivinaba al pie del collado.

—Permitidme antes un rato de descanso—dijo el semi-resucitado personaje.

Le acercaron inmediatamente una silla de montar, forrada de fieltro, en la cual se sentó, permaneciendo recogido y silencioso.

Era un hombre en la flor de la edad, de mediana estatura, de anchos hombros, de gigantesca corpulencia y enérgicas facciones. Tenía una cabeza enorme, la tez muy bronceada y prematuramente envejecida, los ojos negros y un tanto oblicuos como los de los tártaros; sus finos labios estaban cubiertos por un tenue bigote cuyas guías se abrían en sus extremos en forma de penachos. Su imperioso rostro, que denotaba atrevimiento y orgullo, tenía algo de atractivo y repugnante al mismo tiempo: la dignidad altiva de un «atamán» unida a la socarronería del tártaro, la bondad en singular consorcio con la ferocidad.

---

(1) Caballero.

Enderezándose un poco en la silla, se levantó y, en vez de dar las gracias a sus salvadores, como todos esperaban, se acercó a contemplar los cadáveres.

—¡Qué imbécil!—murmuró el teniente.

El desconocido examinó con atención los rostros de los muertos, uno por uno, moviendo la cabeza como si adivinara lo que pasaba, y luego, con paso lento, se dirigió adonde estaba el teniente, palpándose las caderas, buscando instintivamente su cinturón para descansar en él la mano.

Su aire displicente parecía contrariar al joven oficial, que no se explicaba semejante proceder en quien acababa de ser arrancado a las garras de la muerte, por lo que dijo irónicamente al extraño sujeto:

—Cualquiera diría que buscabais caras conocidas entre esos ladrones, o que rezabais alguna plegaria por sus almas.

—Habéis acertado y os equivocáis al mismo tiempo—contestó el desconocido con serena calma.—Acertasteis al suponer que buscaba entre los muertos rostros conocidos, y errasteis al calificar de ladrones a los que ahí yacen y que no son tales ladrones, sino siervos de un noble e hidalgo vecino mío.

—Con el cual se ve que no *hacéis muy buenas migas*.

Una sonrisa indescifrable se dibujó en los finos labios del reanimado.

—También en esto os engañáis—murmuró entre dientes, añadiendo a poco, en voz más alta:—Pero dispensadme si no he empezado dándoos las gracias por el auxilio y verdadero socorro que me habéis prestado, merced a los cuales me he librado de una muerte tan inesperada como cierta. Vuestro valor ha suplido mi falta de prudencia al alejarme de mi gente. Mi gratitud es proporcionada a la generosa presteza con que me habéis servido.

Diciendo esto, tendió la mano al oficial, pero el altivo joven no se apresuró a alargarle la suya, replicando inmediatamente:

—Lo que quisiera saber ante todo es si hablo con un noble. Aunque no lo ponga en duda, no cuadra a mi dignidad el aceptar el agradecimiento de un desconocido.



—Adivino por vuestras palabras el altivo carácter de un cumplido caballero. Tenéis razón; antes de empezar mi relato y antes de daros las gracias estaba obligado a deciros mi nombre. Soy Cenobio Abdank, con la cruz de los Abdank como blasón, de la nobleza del Palatinado de Kiev, con señorío, y coronel del regimiento cosaco del príncipe Domingo de Záslav.

—Y yo soy Juan Skretuski, teniente de los coraceros de su alteza el príncipe Jeremías Visnoviezki.

—Servís a las órdenes de un famoso guerrero. Dignaos, pues, ahora aceptar mi agradecimiento y un cordial apretón de manos.

El oficial ya no vaciló. Los coraceros miraban, habitualmente, por encima del hombro a los soldados de las demás armas, pero Pan (1) Skretuski estaba ahora en la estepa en medio de los Campos Salvajes, donde no se tiene tanta cuenta con tales distinciones. Además se trataba de un coronel, de lo que no tardó en cerciorarse por sus propios ojos, puesto que al traerle los soldados de Abdank su cinturón y su sable, que le habían desceñido para friccionarle, le alargaron al mismo tiempo una corta *bulava* con puño de marfil coronado de nácar, insignia que usaban casi todos los coroneles cosacos.

Además el atavío de Cenobio Abdank revelaba cierta distinción y su palabra discreta denotaba a un hombre culto y de elevado trato social.

Por esta razón Pan Skretuski no vaciló en ofrecerle su amistosa hospitalidad.

Del rescoldo de la hoguera se desprendía en aquel momento un olorcillo a carne tostada, grato al olfato y que excitaba al apetito. A poco un criado retiró del fuego un buen trozo de asado, sirviéndolo en una fuente de estaño. Empezaron a cenar y, como al poco rato trajesen una panzuda bota de piel de cabra repleta de vino moldavo, la conversación se fué animando.

—Quiera Dios que regresemos sanos y salvos a nuestros hogares—exclamó Skretuski.

---

(1) *Pan*: tratamiento que se da en Polonia a las personas distinguidas. — *Pani*: señora. — *Panna*: señorita.

—¿Estáis, pues, de vuelta? ¿De dónde venís?—preguntó Abdank.

—De muy lejos... De Crimea.

—¿Qué os llevó por aquellos lugares? ¿Habéis ido tal vez a rescatar algún prisionero?

—No, coronel; fuí a visitar al mismo kan.

Abdank aguzó el oído.

—La verdad es que no fuisteis a buscar muy buena compañía. Si no es indiscreción, ¿qué objeto tenía vuestra visita?

—Fuí a llevarle una carta de su alteza el príncipe Jeremías.

—Por lo visto desempeñasteis una embajada. Y, decidme, si os place, ¿qué decía el mensaje de que fuisteis portador?

El teniente dirigió una mirada escrutadora a su interlocutor.

—Coronel—repuso,—el riesgo que acabáis de correr, sus causas y' autores son asuntos que pueden importaros, pero lo que manifestaba el príncipe al kan no es de vuestra incumbencia ni de la mía; a ellos únicamente les interesa.

—Poco ha me sorprendía—replicó Abdank con intencionada diplomacia—que el príncipe se valiera de un embajador tan joven para dirigirse al kan; pero después de vuestra contestación me lo explico, pues ella hace comprender que, a pesar de vuestros pocos años, estáis dotado de una experiencia y de una discreción poco comunes.

Pan Skretuski aceptó sonriendo la lisonja y, retorciéndose su incipiente bigotillo, preguntó:

—¿Qué buscabais por las cercanías del Omelníchek y cómo os encontrabais solo por estos lugares?

—Venía acompañado, pero me adelanté a mis soldados. Voy a Kúdak a ver a Grodizki, comandante militar de aquel puesto, a quien debo entregar unas cartas por encargo de su alteza el atamán.

—Pero, ¿por qué no seguisteis la ruta del río?

—Cumplo un mandato que no me es dado infringir.

—Es extraño que el atamán os diera tal orden, pues, como habéis visto, caminando a través de la estepa, os ha-

llasteis en el duro trance que, de seguro, hubierais evitado haciendo el viaje por el río.

—La estepa está ahora tranquila, *mosán*. Hace tiempo que la conozco, y lo que me ha ocurrido se debe tan sólo a la perfidia de los hombres.

—¿Quién os persigue con tal saña?

—Es una historia larga de contar. Sólo os diré, en síntesis, que se trata de un infame vecino mío que, después de arruinarme, me persigue en mis propias tierras; mató a un hijo mío y, como habéis visto, ha intentado quitarme la vida.

—¿Pero para qué lleváis sable en el cinto?

El imponente rostro de Abdank reflejó un odio intenso, y un siniestro relámpago brilló en sus ojos.

—Lo llevo—repuso,—y pongo a Dios por testigo de que no recurriré a otro medio, para emplearlo contra mis enemigos.

El oficial iba a contestarle cuando, de repente, sonaron en la estepa pasos de caballo, rápido chapoteo de cascos al hundirse en la hierba mojada.

Al propio tiempo se presentó el ordenanza del teniente, que se hallaba de centinela, anunciando que se acercaba un grupo de jinetes.

—Será mi gente—dijo Abdank;—los dejé al otro lado del Tasmína y, no sospechando traición alguna, los esperaba aquí, como les había prometido...

Al cabo de algunos momentos un numeroso grupo de jinetes, abriéndose en semicírculo, rodeó el otero. A la luz del brillante fuego se destacaban las cabezas de los caballos con los ollares dilatados por los resoplidos que les arrancaba el cansancio. Sobre las cabezas de los brutos veíanse las de los jinetes, fijos los ojos en la llama vacilante, bajo la mano colocada a guisa de visera.

—¿Eh!, ¿quién sois?—preguntó Abdank.

—¿Siervos de Dios!—contestaron algunas voces en la penumbra.

—Sí, son mis bravos—confirmó Abdank dirigiéndose al teniente;—¡aquí, aquí!

Algunos hombres de los recién llegados echaron pie a tierra y se aproximaron al fuego.



—Llegamos al galope, «padrecito...» ¿Os ha sucedido algo?—preguntó uno de ellos.

—Se trata de una emboscada: el traidor Chvedko, sabedor de que había de pasar por aquí, me acechó con su cuadrilla y debió de esperarme durante un buen rato. ¡Me han echado el lazo!

—¡Dios nos proteja! ¿Y quién es ese laj (1) que está a vuestro lado?

Al decir esto, el soldado lanzó amenazadoras y recelosas miradas a Skretuski y a sus acompañantes.

—Son amigos—contestó Abdank.—Gracias al cielo estoy sano y salvo, y podemos reanudar al punto nuestra marcha.

—¡Loado sea Dios! Estamos prontos a seguiros.

Los recién llegados extendieron las manos sobre el fuego y se las frotaron, pues la noche era bastante fría. Formaban un pelotón de unos cuarenta hombres, esbeltos y fornidos al mismo tiempo; iban perfectamente armados, pero no parecían, por su aspecto, cosacos de registro (2), lo que le causó a Skretuski gran extrañeza, sorprendiéndole también no poco que acompañase al coronel tan reducida escolta. Todo esto le parecía muy sospechoso. Si el atamán hubiera enviado a Abdank a Kúdak, era lógico le hubiera proporcionado escolta de tropas regulares; además, ¿por qué motivo le había hecho ir a Chegrin por la estepa y no por vía fluvial? La necesidad de vadear todos los ríos que corren por los Campos Salvajes hacia el Dniéper tenía forzosamente que retrasar la marcha. Diríase que Abdank trataba de esquivar el paso por Kúdak.

Al propio tiempo la persona misma de Abdank le producía una impresión de incertidumbre al joven oficial. No tardó en notar que los cosacos, que comúnmente tratan con cierta familiaridad a sus jefes, demostraban a Abdank singular respeto, como si se tratara de un verdadero atamán. Sin duda debía de ser un caballero de alcurnia, lo que admiraba más a Skretuski porque, a pesar de conocer la Ucrania a ambas orillas del Dniéper, no recordaba el nombre de Abdank como perteneciente a persona notable.

(1) Nombre despectivo dado a los polacos por los cosacos. (*N. del T.*)

(2) Cosacos de regimientos regulares. (*N. del T.*)

En el rostro del coronel se advertía un no sé qué marcadamente extraordinario; cierto poder misterioso se traslucía en su faz tan claramente como brilla la llama de la hoguera, y las señales de una voluntad férrea hacían comprender que aquel hombre no se acobardaba por nada ni ante nadie.

La misma energía de carácter se notaba en las facciones del príncipe Jeremías, pero lo que en éste era don natural de su elevada alcurnia y alta jerarquía, resultaba un tanto extraño en aquel sujeto de nombre desconocido, errante por la desolada estepa.

Las ideas se agolpaban a la mente de Skretuski. Ya se preguntaba si sería acaso algún bandido poderoso que, perseguido por el «bando,» buscaba refugio en los Campos Salvajes; ya pensaba que tal vez se hallase en presencia del capitán de una cuadrilla de forajidos, aunque esta última suposición le parecía menos fundada dados el traje, las maneras y las palabras de aquel hombre. El teniente no sabía, pues, a qué carta quedarse y se mantenía alerta por lo que pudiera ocurrir.

Abdank, entre tanto, ordenó que le trajeran su caballo.

—Señor oficial—dijo,—quien viaja no descansa. Permitid que una vez más os dé las gracias por haberme salvado la vida; estad seguro de que ruego a Dios me depare ocasión de prestaros igual servicio.

—No sabía a quién salvaba y por lo mismo no merezco gratitud.

—Eso lo decís impulsado por vuestra modestia, que iguala a vuestro valor. Os ruego, pues, que aceptéis este anillo.

Skretuski, frunciendo el ceño y dando un paso atrás, miró con altivez a su interlocutor.

—Escuchad—prosiguió el otro con voz y ademán casi paternales: —esta sortija tiene algún mérito, no por su valor, sino por lo que significa. Cuando tenía todavía pocos años, encontrándome cautivo de los bisurmanes, me la dió un peregrino que volvía de Tierra Santa. En el engarce hay un poco de tierra del Santo Sepulcro; no es, por tanto, dádiva que pueda rehusarse aunque procediera de manos malditas. Sois joven y soldado, y si la vejez, tan próxima a la tumba, no sabe lo que en última hora le depara, ¿cómo

podrá adivinarlo la juventud que tiene ante sí largos años de vida y en tantos y tan inesperados lances puede verse? Esta sortija os preservará de la desgracia y os salvará cuando llegue el día del Juicio, y os debo advertir que esta hora suprema se cierne ya sobre los Campos Salvajes...

Siguió breve silencio. Oíase sólo el chirriar de la llama y el resoplar de los caballos; allá lejos, entre los juncos, resonaba el aullido lastimero de los lobos.

De repente repitió Abdank, como hablando consigo mismo:

—La hora suprema se cierne sobre los Campos Salvajes, y cuando llegue... el mundo entero se estremecerá de espanto.

El oficial tomó maquinalmente la sortija, asombrado de las palabras de aquel hombre misterioso que, al acabar de pronunciarlas, dirigió su mirada hacia la estepa en tinieblas.

Luego se volvió lentamente y montó a caballo.

Su gente le esperaba ya al pie de la eminencia.

—¡En marcha! ¡Quedaos con Dios, querido camarada!— dijo al teniente.—Los tiempos que corren hacen que el hermano desconfíe del hermano... Por eso aún no sabéis a quién habéis salvado; no os he dicho todavía mi verdadero nombre.

—¿No sois, pues, Abdank?

—No; ese es el mote de mi escudo.

—¿Y vuestro nombre es?...

—Bogdan (1) Cenobio Kmielnizki.

Y, así diciendo, descendió del otero y, seguido de sus soldados, no tardó en desaparecer en la obscuridad de la noche.

Cuando ya se había alejado medio «estadio,» el viento trajo en sus alas las estrofas de la canción cosaca:

¡Oh Señor!, sálvanos, pobres esclavos,  
del pesado yugo,  
de las garras bisurmanas.  
Guíanos a la claridad de la aurora,  
a las aguas tranquilas

(1) Diosdado.

y regiones plácidas,  
hacia la paz cristiana.

. . . . .  
. . . . .

Atiende, Dios, nuestros ruegos,  
las desesperadas súplicas  
de tus miserables siervos.

Las voces fueron apagándose en la distancia hasta confundirse con el rumor del viento al batir los cañaverales.

## CAPÍTULO II

Llegado a la mañana siguiente a Chegrin, Skretuski se detuvo en la ciudad, hospedándose en casa del príncipe Jeremías, donde tuvo que detenerse algún tiempo a fin de dar descanso a sus hombres y a los caballos, fatigados por las penosas marchas realizadas al volver de Crimea. Tuvieron que hacer este viaje por tierra a causa de la crecida del Dniéper y de la extraordinaria rapidez de su corriente, que no pudo, aquel invierno, ser remontada por ningún barco.

Después de esta breve detención se dirigió Pan Skretuski a casa de Basilio Zachvilijovski, antiguo comisionado de la república y bizarro guerrero, quien, aunque no estaba al servicio del príncipe, gozaba de toda su confianza y afecto. El teniente estaba impaciente por preguntarle si había algunas órdenes de Lubnie. Pero supo que el príncipe no había dejado ningún encargo importante, aun cuando había ordenado a Skretuski que, si la respuesta del kan era favorable, no apresurase su regreso, a fin de evitar innecesarias fatigas a hombres y caballos. El objeto de las negociaciones entre el príncipe y el kan era el recabar de éste el castigo de varios murzas (1) tártaros que habían, por propio impulso, llevado sus correrías a través de sus dominios, más allá del Dniéper, a pesar de que él mismo ya les había puesto a raya.

El kan, en efecto, dió al mensaje una respuesta bastante satisfactoria, prometiendo mandar, en el mes de abril, un enviado especial para castigar a los rebeldes; y deseoso, al mismo tiempo, de captarse las simpatías de un guerrero tan afamado como el príncipe, le remitía, por mediación del teniente, un caballo de pura raza y un gorro cónico tártaro de piel de marta cebellina.

---

(1) Grado de nobleza tártara.

Skretuski, que había llevado a honroso término su embajada, misión que por sí sola significaba una gran deferencia por parte del príncipe, se puso loco de contento al pensar que se le autorizaba para permanecer algunos días en Chegrin.

El viejo Basilio estaba, en cambio, muy preocupado por lo que venía sucediendo en Chegrin desde hacía algún tiempo. Dirigiéronse juntos a casa de Dopulo, valaco de origen, que poseía en la ciudad una hostería-bodega, y en ella, a pesar de ser todavía muy temprano, hallaron gran número de aristocráticos viajeros. Era día de mercado y, por añadidura, tenía lugar en Chegrin una parada del ganado que se conducía al campamento del ejército de la Corona, todo lo cual era motivo de inusitada animación. Los prohombres se iban reuniendo, como de costumbre, en la plaza mayor, en la esquina del campanario y en el mesón de Dopulo. Encontrábanse allí, entre otros, los arrendatarios de las tierras de Pan Koniezpolski, las autoridades de Chegrin y los terrazgueros de las cercanías, gente dotada de privilegios, rancia nobleza a nadie sometida, a la que se sumaban funcionarios rurales de aquellos dominios, algunos próceres cosacos y unos cuantos miembros de la nobleza inferior que estaban al servicio de los magnates o vivían en pequeñas fincas de los contornos.

Unos y otros ocupaban bancos en torno a largas mesas de encina y departían en voz alta, comentando todos la fuga de Kmielnizki, que constituía el acontecimiento más importante de la ciudad.

Skretuski, sentado con Basilio en un rincón apartado, preguntóle quién era ese ser fantástico llamado Kmielnizki, cuyo nombre estaba en todas las bocas.

—¿No lo sabéis?—replicó el veterano.—Es el *pisar* (1) del ejército zaporogo (2) y heredero de los dominios de Subotovo... Es amigo mío—añadió en voz baja.—Nos conocemos de antiguo y hemos tomado parte juntos en no pocos lances, en los que le he visto realizar proezas, sobre todo

---

(1) Especie de escribano o secretario del ejército.

(2) Zaporogos, los cosacos que vivían más allá de las cascadas del Dniéper.

bajo los muros de Cezora. No creo haya en toda la república un soldado más ducho en su oficio. Tiene cabeza de atamán—digámoslo sin que nos oigan—y es hombre de incomparable valentía y gran inteligencia, a quien todos los cosacos, sin excepción, obedecen más que a sus comandantes y atamanes. No carece de buenas cualidades, pero es altivo, turbulento, y cuando el odio le domina... ¡llega a ser temible!

—¿Qué le ha ocurrido, pues, que ha huído de Chegrin?

—El y el estarosta Chaplinski andaban siempre a la greña. ¡Mezquindades! Es ya costumbre inveterada el que unos nobles se enemisten movidos sólo por la envidia, sin que esto sea nada más que un signo de los tiempos. Se dice, además, que el písar perseguía con sus galanteos a la mujer del estarosta, quien, en reciprocidad, le raptó la suya, casándose con ella. El písar, para resarcirse, trataba de recuperarla, lo que, al fin y al cabo, no debe ser difícil, pues ya sabemos que la mujer es... tornadiza. Pero todo esto no son más que tiquismiquis que encubren cosas de más monta. Lo ocurrido ha sido lo siguiente: en Circasia vive el viejo Barrabás, coronel cosaco y amigo nuestro. Este poseía varios privilegios y ciertos rescriptos reales que, al decir de la gente, instigaban a los cosacos a sublevarse contra la nobleza; pero como el citado coronel era un hombre bueno y prudente, los guardaba para sí, sin publicarlos. Y sucedió que Kmielnizki, luego de invitar a comer a Barrabás, mandó gente a la casa, en Chegrin, de su convidado, y a sus haciendas, para que le arrebataran a su mujer las escrituras y privilegios. Una vez cumplida su orden, y ya en su poder los documentos, huyó con ellos. Se teme que este hecho origine alguna rebelión como la de Ostramiza, pues el písar, repito, es un hombre temible y se ignora hacia dónde ha huído.

—Es un zorro—contestó Pan Skretuski—y se ha burlado de mí, pues me ha dicho que era coronel cosaco del príncipe Dominico. Esta misma noche le he encontrado en la estepa y le he salvado del lazo.

Basilio, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—Por Dios, ¿qué decís? ¡No puede ser!

—Vaya si puede ser, pues así ha sido. Me ha dicho que

era coronel del príncipe y que llevaba una misión del gran atamán para el señor Grodizki, a Kúdak. No di crédito, sin embargo, a sus palabras, viendo que en vez de tomar el camino de los ríos, se había escabullido furtivamente por la estepa.

—Es taimado como Ulises. ¿Dónde le habéis encontrado?

—Junto al Omelníchek, en la orilla derecha del Dniéper. Aparentemente iba hacia Sich (1) y—¡ahora lo comprendo!—quería evitar el paso por Kúdak.

—¿Le escoltaba mucha gente?

—Unos cuarenta hombres, pero llegaron muy tarde. A no ser por mí, los siervos de su vecino el estarosta le hubieran estrangulado.

—Permitidme... Es un asunto importante... ¿Decís que los siervos del estarosta...?

—Sí, fueron sus palabras.

—¿Cómo supo Chaplinski dónde buscarle, si aquí mismo, en la ciudad, está todo el mundo desorientado y sin saber su paradero?

—También yo lo ignoro. Puede ser que Kmielnizki mintiera, dando a ladrones de oficio el rango de siervos del estarosta para tener una prueba patente del supuesto agravio que se le infería.

—No, eso no puede ser. Es, a pesar de todo, un caso raro. ¿Sabéis que hay órdenes escritas del atamán para detener a Kmielnizki *in fundo* o sea dondequiera que se le encuentre?

No tuvo el teniente tiempo de contestar, pues en aquel momento un noble caballero irrumpió con gran estrépito en la estancia dando dos fuertes portazos. Luego de pasear su mirada orgullosa por toda la estancia, exclamó:

—¡Saludo a sus señorías!

Tendría el recién llegado unos cuarenta años y era de baja estatura y faz harto desapacible, cuya irritable expresión acentuaban unos ojos inquietos y saltones, semejantes a dos ciruelas. Era un hombre colérico e impetuoso en extremo, a juzgar por su aspecto.

—¡Saludo a sus señorías!—repitió, elevando la voz, al ob-

(1) Colonia central de los cosacos. (N. del T.)



servar que los circunstantes no se daban prisa en contestarle.

—¡Salud, salud!—dijeron algunos.

Era Chaplinski, el estarosta menor de Chegrin, un siervo de confianza del joven portaestandarte real Koniezpolski.

No gozaba de simpatías en Chegrin por ser pendenciero y buscar ruidos; pero, por otra parte, no faltaba quien gustaba de su trato.

Únicamente respetaba, como todo el mundo, a Basilio por su seriedad, virtud y valor. Al verle se dirigió inmediatamente hacia él y, después de saludar a Skretuski con una ligera inclinación de cabeza, no exenta de altivez, se sentó a su mesa, colocando en ella la jarra de aguamiel que llevaba en la mano.

—Señor estarosta—preguntó Basilio,—¿sabéis algo de Kmielnizki?

—Si no está ya en la horca, señor Porta, como me llamo Chaplinski que le faltará poco. Ahora, ya publicadas las órdenes del atamán, sólo espero que caiga en mis manos.

Y diciendo esto descargó tal puñetazo sobre la mesa, que hizo temblar los vasos.

—¡Eh, no vertáis el vino!—le advirtió Skretuski.

—¿Y espera usted apoderarse de él?—inquirió Basilio.—¿No ignora todo el mundo su paradero?

—Lo ignora todo el mundo, pero yo no, ¡por mi nombre de Chaplinski! Vos, señor Porta, conocéis a Chvedko; es un individuo que le sirve a él y al propio tiempo me sirve a mí. Pues ése será su Judas. Es una historia larga. Se ha hecho amigo de la gente de Bogdan, como hombre taimado que es. No pierde sus huellas. Se ha comprometido a entregármelo vivo o muerto y se ha internado en la estepa poco antes que él, sabiendo dónde debe acecharle. ¡Es un hijo de Belcebú...!

Y el estarosta dió un segundo puñetazo en la mesa.

—¡Cuidado con el vino!—repitió con mayor acritud Skretuski, que sentía cierta repulsión por aquel hombre desde un principio.

El noble enrojeció de cólera y sus ojos saltones centellearon. Creyendo sin duda llegado el momento de armar un escándalo, lanzó una mirada de reto a Pan Skretuski, pero

al ver que ostentaba los colores del príncipe Jeremías se dominó. Aun cuando el portaestandarte Koniezpolski no estaba entonces en muy buena armonía con el príncipe.

Chegrin distaba tan poco de Lubnie, que era peligroso desacatar dichas divisas.

Además el príncipe se rodeaba de tal clase de gente, que había que pensarlo dos veces antes de enemistarse con alguno de sus secuaces.

—Así, pues, ¿Chvedko se ha comprometido a traeros a Bogdan?—volvió a preguntar Basilio.

—Sí... y me lo entregará o dejo de ser Chaplinski.

—Pues bien; yo os digo que no os lo entregará de ningún modo. Bogdan ha salido sano y salvo de vuestra emboscada, huyendo a Sich. Hoy mismo hay que poner esto en conocimiento del castellano de Cracovia. Bogdan es hombre con quien no se puede bromear; en pocas palabras: tiene más nervio, más inteligencia y más suerte que vos, que tanto os jactáis... Bogdan está en franquía, os lo repito, y si no queréis creerme, os lo confirmará este caballero que le vió anoche en la estepa y se despidió de él dejándole en perfecta salud.

—Es imposible, es de todo punto imposible—rugía Chaplinski mesándose los cabellos.

—Os diré más—añadió Basilio.—Este mismo caballero en persona le ha librado del lazo, matando a algunos de los vuestros. No hay que culparle por lo ocurrido, a pesar de estar expedidas por el atamán las cartas de proceso contra Bogdan. Tornaba de Crimea, donde ha desempeñado una embajada, y desconociendo aquellos decretos, socorrió a un hombre a quien otros atacaban en plena estepa, creyendo a los agresores ladrones. Considero un deber el preveniros a tiempo de la liberación de Bogdan, que es muy capaz de haceros una visita de desquite, con sus zaporogos, en vuestra hacienda, lo que quizá no sería de vuestro agrado, pues la verdad es que le habéis tratado con muy pocos *cumplidos*, ¡qué diantre!...

A Basilio tampoco le era simpático Chaplinski.

Este se irguió bruscamente, mudo de rabia, con el rostro congestionado y los ojos casi por entero fuera de las órbi-

tas. Plantándose delante de Skretuski, articuló unas cuantas palabras incoherentes.

—¡Qué oigo! Conque vos... burlando el bando del hetmán... ¡Vive Dios!...

Pero Pan Skretuski no se levantó siquiera del banco, y, de codos sobre la mesa, apoyando la cabeza en las manos, se quedó mirando de hito en hito a Chaplinski, que brincaba de furia y clavaba en su adversario una mirada semejante a la del alcotán al débil pajarillo sujeto al aro.

—Acabaréis, acercándoos tanto, por agarraros a mí como un cardo a la cola de un perro—dijo.

—Os denunciaré a la justicia municipal... ¿De modo que habéis burlado el bando?... Os daré caza con mis cosacos.

Tanto gritaba, que por algunos instantes callaron todos los reunidos en la sala, volviendo los ojos hacia él. Érale connatural el buscar a todo trance ocasión de armar camorra y el provocar a todo el mundo; sin embargo, asombrábanse de que hubiera promovido esta pendencia en presencia de Basilio, único que le infundía respeto, y que no tuviera miramientos con un hombre que ostentaba los colores del príncipe.

—¿Queréis callaros?—dijo el anciano portaestandarte.—Este caballero está conmigo.

—¡Yo os... os... os llevaré ante la justicia... maniatado!—seguía vociferando Chaplinski, sin hacer ya caso de nada ni de nadie.

Entonces Pan Skretuski irguió ante él toda la arrogante marcialidad de su figura. No desenvainó, sin embargo, el sable, que casi arrastraba por el suelo, pendiente del tahalí, sino que lo asió por el centro, y alzándolo hacia la cara de Chaplinski, colocó la cruz de la empuñadura al nivel de las mismas narices de su adversario.

—Oled un poco—dijo fríamente.

—¡A matarnos, en nombre de Dios! ¡En guardia!—bramó, requiriendo su acero, Chaplinski.

Pero, antes de que pudiera valerse, el joven teniente, cogiéndole con una mano por la nuca y con la otra por el fondillo de sus calzones bombachos, le levantó en alto, a pesar de que se revolvía convulsivamente como un macho

cabrió, y se dirigió hacia la puerta por entre los bancos, gritando:

—¡Señores y compañeros, paso al cornúpeta... no vaya a empitonaros!

Empujó rudamente la puerta con su fardo humano y, al quedar abierta, lo tiró a la calle. Después volvió, impertérrito, sobre sus pasos y ocupó de nuevo su asiento al lado de Basilio.

La fuerza demostrada por Skretuski había causado honda impresión entre los hidalgos allí reunidos, que, tras un momento de silencio, prorrumpieron en una carcajada general.

—¡Vivan los hombres de Jeremías Visnoviezki!—gritaron algunos.

—Está desmayado, ensangrentado—dijeron otros que se habían asomado a la puerta movidos por la curiosidad.—¡Ah! Ahora lo levanta su gente.

Tan sólo callaba un puñado de partidarios del maltrecho estarosta, que, no atreviéndose a tomar partido por él, miraban ceñudamente al agresor.

—A la verdad, este sabueso es de los que ladran, pero no muerden—dijo Basilio.

—¿Sabueso? ¡No llega a ratonero!—dijo un noble rechoncho, con una nube en un ojo y un hoyo del tamaño de un escudo en la frente, que dejaba el cráneo al descubierto.—Un ratonero, si acaso, y no un sabueso—continuó dirigiéndose a Pan Skretuski.—Permitidme que me ponga a vuestras órdenes. Soy Juan Zagloba y es «¡Adelante!» el mote de mi escudo, y también en mi frente ostento otro blasón: el agujero que me abrió la bala de un bandido cuando fui en peregrinación a los Santos Lugares en expiación de pecados de mi juventud.

—A otro perro con ese hueso—le interrumpió Basilio.—Otro día dijisteis que os lo hicieron en Radom de un jarrazo.

—Fué la bala de un bandido, ¡palabra de honor!.. Eso de Radom fué otra aventura...

—Quizá hicierais voto de ir a Tierra Santa, es posible...; pero lo cierto es que no habéis estado allí nunca.

—Si no he estado es porque ya gané la palma del marti-

rio en Gálata, y si miento, que se me tenga por un perro inmundo y no por un caballero.

—En ese caso no tardaréis en ladrar.

—Pero no pasaré de ahí... y ahora echemos pelillos a la mar y dejad que os abrace, señor teniente.

Entre tanto se aproximaron otros concurrentes buscando la amistad de Pan Skretuski y manifestándole su afecto. Como Chaplinski no gozaba de gran simpatía entre los que le trataban, todos se alegraban de que se hubiera visto en aquel trance.

Era cosa extraña y difícil de comprender por qué la nobleza toda de los alrededores de Chegrin, los propietarios de pequeñas haciendas, los terrazgueros y hasta la gente al servicio de Koniezpolski eran contrarios a Chaplinski y partidarios de Bogdan, cuando, por razón de vecindad, no ignoraban el antagonismo que existía entre ambos. Bogdan era considerado como un famoso guerrero que se había distinguido notablemente en varias campañas. Se sabía además que el mismo rey no se desdeñaba de conferenciar con él y que tomaba en alta consideración sus opiniones. Se juzgaba, por otra parte, lo ocurrido como una de tantas querellas privadas que eran el pan nuestro de cada día entre los nobles, sobre todo en las provincias de Ucrania. Se tomaba entonces el partido de aquel que mejor sabía captarse las voluntades, sin pensar que aquellas querellas, andando el tiempo, podían tener funestas consecuencias para la patria.

Más adelante fué cuando se arraigó en el corazón de la nobleza el odio contra Bogdan Kmielnizki, y no sólo entre la nobleza, sino también entre el clero católico y el ortodoxo.

Hubo quien se acercó a Pan Skretuski con la jarra en la mano y gritando: «¡A beber, ilustre camarada! ¡Bebed con nosotros!... ¡Hurra por los Visnoviezki! Tan joven y ya teniente del príncipe. ¡Viva el príncipe Jeremías, hetmán de los hetmanes! ¡Con él hasta el fin del mundo! ¡Sus, contra los turcos y contra los tártaros! ¡A Estambul! ¡Viva nuestro magnánimo soberano Ladislao IV!»

Por encima de todas se destacaba la voz estentórea de Pan Zagloba, hombre capaz de dejar él solo atrás a un regimiento entero, ya hablando, ya bebiendo.

—Señores—gritó con voz que hizo retemblar los cristales de las ventanas,—sabed que he citado al magnífico sultán ante el tribunal de la Estarostía por la agresión de que fui víctima en Gálata...

—No digáis disparates si no queréis que se os caiga la lengua—le interrumpieron.

—¿Cómo es eso, señores? *Quattuor articuli iudicii castrensis: stuprum, incendium, latrocinium et vis armata alienis aedibus illata* (1). ¿No hizo acaso uso de *vis armata*?

—Cacareas más que un urogallo...

—Sí, sí, aunque tenga que acudir al más alto tribunal.

—¡Basta, basta!

—Conseguiré el fallo condenatorio; pregonaré su infamia... Tendremos guerra, pero entonces será ya con un *infamis* (2).

—¡A la salud de vuestras señorías!

Algunos de los bebedores no podían contener la risa, entre ellos el teniente Skretuski, cuyas ideas tornábanse ya un tanto confusas. Pan Zagloba seguía *cacareando* como un verdadero urogallo que se deleita con su propio canto.

Su discurso fué oportunamente interrumpido por otro noble que, acercándose a él, le tiró de la manga y dijo con el tonillo propio de los lituanos:

—Os ruego, Pan Zagloba, que me presentéis también al teniente Skretuski... ¿Queréis?

—¡Con mil amores; ya lo creo! Señor teniente, os presento al señor... Patacoja.

—Podbipienta—rectificó el hidalgo.

—Lo mismo da... De blasón: Corta-calzas.

—Corta-capuchas—volvió a rectificar el otro.

—¡Qué más da!... De Tripaperro.

—De Triparrata—corrigió el noble.

—Todo viene a ser lo mismo. No sé qué preferiría, si las tripas de una rata o las de un perro. Lo que sí sé es que no me placería estar en unas ni en otras, pues, a decir verdad, no son estancias envidiables, que digamos, en cuanto a co-

(1) «Cuatro motivos para ser juzgado militarmente: estupro, incendio, robo y violencia armada contra moradas ajenas.»

(2) «Infame.»

modidad ni aseo. Señor, hace ya una semana que bebo a expensas de este caballero, cuya espada es tan pesada como su bolsa, y cuya bolsa a su vez es tan pesada como su ingenio. Si alguna vez he bebido vino a costa de un sujeto más estrambótico, que me tengan por tan necio como el que me lo paga.

—¡Bueno os están poniendo!—exclamaron algunos hidalgos riendo.

Pero el lituano, lejos de enojarse, hizo con la mano un ademán bondadoso y sonrió amablemente.

—¡Todo tiene su límite, señores; causa pena el oiros!

Skretuski miraba con curiosidad a aquel nuevo personaje, extraño en verdad. En primer lugar era un hombre de tan aventajada estatura, que casi tocaba al techo con la cabeza, y su delgadez extraordinaria le hacía parecer aún más alto. Sus anchos hombros y su cuello de abultadas venas denotaban una fuerza poco común. Era, sin embargo, un manojo de piel y huesos. Su vientre estaba tan hundido debajo de su torso, que se le hubiera podido tomar por un pobre famélico, a pesar de ir correctamente vestido. Llevaba un ajustado coselete de paño gris de Sviebodzin, con mangas ceñidas, y altas botas de montar de estilo sueco, que en aquella época empezaban a usarse en Lituania.

Un ancho cinto de piel de gamo, cuidadosamente forrado, se apoyaba en sus caderas, resbalando por la concavidad del vientre, y del cinto pendía una espada de cruzado tan larga, que su empuñadura llegaba justamente hasta el sobaco de aquel gigante.

A cuantos pudiera asustar aquel espadón bastaba una sola mirada de su dueño para tranquilizarles.

Era su rostro largo y enjuto como su figura; lo adornaban unas cejas ojivales y unos bigotes color de cáñamo, que seguían la misma dirección de las cejas. Había en su expresión una ingenuidad y una candidez infantiles. Sus cejas y sus bigotes lacios dábanle el aspecto de un hombre apenado, melancólico, y al mismo tiempo excitaban la hilaridad. Parecía una de esas personas a quienes cualquiera maneja a su antojo, pero Skretuski se sintió atraído hacia él desde el primer momento por la franqueza de su mirada y su correcto porte guerrero.

—Señor teniente—preguntó el lituano:—¿perteneceís al regimiento del príncipe?

—Para servirlos, caballero.

Pan Longinos cruzó las manos como para orar, y alzando los ojos al cielo exclamó:

—¡Oh, es un héroe el príncipe! ¡Qué ilustre guerrero! ¡Qué buen jefe!

—¡Plegue al cielo conceder a la república muchos semejantes a éste!

—Desde luego, desde luego... ¿Y no podría uno alistarse en sus banderas?

—Muy a gusto os admitiría.

Aquí Pan Zagloba no pudo menos de comentar:

—Con ello ganaría el príncipe dos asadores más para su cocina: uno con vos en persona y el otro con vuestra espada. A menos que os concediera las funciones de horca patibularia de donde colgar a los ladrones. Tampoco quedaríais mal sirviéndole de vara para medir el paño del uniforme... ¡Bah! No sé cómo no os da vergüenza, siendo hombre y además católico, el ser tan largo como una serpiente y tan tieso como la lanza de un infiel.

—Me duele el oíros—replicó pacientemente el lituano.

—¿Cuál es vuestra gracia?—preguntó Skretuski.—Cuando estabais hablando Pan Zagloba no dejaba de interrumpiros y, a la verdad, que no entendí ni pizca.

—Podbipienta.

—Patacoja—interrumpióle Zagloba.

—Corta-capuchas de Triparrata.

—En buen lío estamos metidos. Estoy bebiendo vino a su costa, pero que me llamen perro judío si esos son nombres cristianos.

—¿Hace mucho que dejasteis Lituania?—inquirió Skretuski.

—Llevo ya dos domingos en Chegrin. Como sabía por Zachvilijovski que pasaríais por aquí, os esperaba para rogaros que recomendéis mi solicitud a su alteza el príncipe.

—Pidiéndoos antes mil perdones, he de suplicaros, caballero, que satisfagáis mi curiosidad: ¿por qué lleváis esa espada de verdugo bajo el brazo?



—No es espada de verdugo, señor teniente, sino una espada de cruzado, y la llevo porque es una reliquia de familia, conquistada al enemigo por uno de mis antepasados. En la batalla de Joinitse estaba ya en manos lituanas... y así llegó hasta las mías.

—Pues es un armatoste harto pesado y poco manejable si no se blande con ambas manos.

—Lo mismo se maneja con una que con las dos.

—¿Queréis dejármela?

El lituano descolgó la espada del cinto y se la alargó al teniente; pero el brazo de Pan Skretuski cedió al punto a su peso. Con semejante arma era imposible ponerse en guardia ni asestar ágilmente las estocadas.

La asió con ambas manos, pero ni de este modo pudo con ella. Pan Skretuski sintió cierta vergüenza y, volviéndose a los presentes:

—Señores—exclamó.—¿Quién de vosotros trazaría la señal de la cruz con esta espada?

—Ya lo hemos intentado—respondieron varias veces:—el comisario Basilio es el único capaz de alzarla, pero tampoco él podría trazar la cruz.

—¿Y vos?—preguntó Skretuski dirigiéndose al lituano.

El noble levantó el arma como si fuera un junco y trazó en el aire, con suma facilidad, varios tajos y mandobles con rapidez tal, que se oyó silbar el aire, cuyas capas agitadas azotaron el rostro de los presentes.

—Que Dios os proteja—exclamó Skretuski;—podéis estar seguro de que el príncipe os tomará a su servicio.

—¡Dios sabe cuánto lo anhelo! Así no se me oxidará la espada.

—Pero sí el ingenio—repuso Zagloba,—pues lo manejaís con mucha menos habilidad.

Basilio se había levantado y los tres se disponían a salir, cuando, de pronto, entró en la sala un anciano de cabello blanco como la nieve. Al ver al comisario dijo:

—Señor portaestandarte y comisionado, vengo expresamente en busca vuestra.

El recién llegado no era otro que Barrabás, el coronel circasiano.

—En ese caso, hacedme el favor de acompañarme a mi

albergue—dijo Basilio.—Las cabezas se van acalorando demasiado aquí y empieza a verse turbio.

Salieron todos, acompañados de Skretnski.

Apenas hubieron atravesado el umbral, preguntó Barrabás:

—¿No se sabe nada de Bogdan?

—Sí, ha huído camino de Sich... Este oficial aquí presente le encontró ayer en plena estepa.

—Entonces, ¿no ha seguido el curso del río? Acabo de mandar con urgencia un mensajero a Kúdak para que nuestros hombres se apoderen de él, pero si es así... será todo inútil.

Dicho esto, Barrabás se tapó los ojos con las manos, repitiendo:

—¡Piedad, Señor! ¡Piedad!

—¿Por qué os descorazonáis?

—¿No sabéis, acaso, lo que ha conseguido quitarme con astucia? ¿Sabéis lo que resultará de la publicación de esos documentos en Sich? ¡Piedad, Señor! Si nuestro rey no se apresura a declarar la guerra al infiel, la bomba está próxima a estallar.

—¿Anunciáis la rebelión?

—No la anuncio, la veo. Para organizar revueltas Bogdan Kmielnizki no va a la zaga de Nalevaiko y Loboda.

—¿Pero quién le seguirá?

—¿Quién?... Los zaporogos, los cosacos regulares, los burgueses, los pequeños terratenientes, el populacho..., gente de esa calaña.

Y Barrabás señalaba a la plaza, en donde se aglomeraba una abigarrada muchedumbre.

El mercado estaba lleno de enormes bueyes grises, que debían ser conducidos a Korsun, con destino a las tropas. Iban guiados por numerosos vaqueros llamados *chabanes*, que se pasaban la vida en las estepas y eriales; hombres completamente salvajes, sin religión alguna—*religionis nullius*,—como dijo una vez el vaivoda Kisiel. Veíanse entre ellos seres con más facha de bandidos que de pastores, espantables, horribles y envueltos en harapos de todas clases. La mayoría de ellos se cubrían con zamarras de piel de carnero o simplemente con pieles en bruto, con la lana ha-

cia fuera y rasgadas por delante, dejando al descubierto, a pesar de la cruda estación, el pecho curtido por los huracanes de la estepa. Todos iban armados, pero con armas variadísimas: unos llevaban arcos, cuyas aljabas les pendían sobre la espalda; otros arcabuces o ligeros mosquetes, denominados *silbones* por los cosacos; otros sables tártaros; otros guadañas, y otros, en fin, unas estacas terminadas en quijadas equinas.

Entre ellos circulaban los cosacos del bajo Dniéper, los *llaneros*, no menos salvajes aunque mejor armados. Llevaban a los campamentos, para la venta, pescado ahumado, caza y grasa de carnero. Había además *chumaques*, o sea, vendedores ambulantes del Sudoeste de Rusia; traficantes en sal; criadores de abejas de la estepa y de los bosques; mercaderes de cera y miel; colonos forestales que vendían resina y brea; campesinos conduciendo tiros de relevo, cosacos regulares, tártaros de Bialogrod, y Dios sabe cuánta gente más... vagabundos y truhanes de las cinco partes del mundo.

La ciudad estaba atestada de borrachos, pues la gente acostumbraba a pernoctar en Chegrin, lo que daba ocasión a escandalosas orgías hasta muy entrada la noche. En la plaza resplandecían hogueras; acá y acullá llameaban barriles de resina..., en todas partes había jarana y vocerío. El sonido estridente de los pífanos tártaros y el redoble de los tamboriles se mezclaban con el mugido de las reses y con el más armonioso tañer de las liras. Al compás de sus acordes, viejos ciegos cantaban la canción entonces más en boga:

¡Gallardo halcón,  
hermano fiel!  
¡Cuán alto vuelas  
y qué lejos miras!

Se mezclaban con esta algarabía los salvajes gritos «¡Hu, ha!» de los cosacos que ejecutaban en la plaza su *trepak* (1), embadurnados de alquitrán y completamente beodos. Una locura salvaje dominaba a todos. Bastóle al viejo Basilio

(1) Danza nacional cosaca. (N. del T.)

dirigir una sola mirada en torno suyo para convencerse del acierto con que Barrabás opinaba que el menor soplo desencadenaría aquellos elementos indómitos, amantes del pillaje, aguerridos y que hormigueaban por toda Ucrania. Contaba aquella muchedumbre con el apoyo de Sich, con el del país de los zaporogos, recientemente sojuzgados merced a su derrota en la batalla de Maslov y dominados desde entonces, pero que tascaban impacientes el freno, añoraban los antiguos fueros, odiando a los comisarios regios, y constituían una fuerza bien organizada.

Contaba aquella gente, además, con la adhesión de una multitud incalculable de campesinos, menos resignados que los de cualquier otra región de la república, porque casi lindaban ya con Chertomélik, donde empezaban la anarquía y el bandolerismo.

El portaestandarte, aunque ruteno como ellos y ferviente adepto del rito ortodoxo, sumióse en triste meditación.

Por su avanzada edad recordaba perfectamente la época gloriosa de Nalevaiko, de Loboda y de Kremiski (1).

Conociendo el bandolerismo en Ucrania mejor que cualquier otro habitante de las provincias rutenas, y no ignorando, por conocer también como pocos a Bogdan, que Bogdan valía más que veinte Nalevaikos y que veinte Lobodas, se daba perfecta cuenta de los peligros que podían resultar de la fuga a Sich de aquel hombre, sobre todo llevando las cartas reales llenas, según Barrabás, de halagadoras promesas para los cosacos, encaminadas a animarles a la rebelión contra sus caudillos.

—Señor coronel circasiano—dijo volviéndose a Barrabás, —opino que también vos debierais dirigiros sin demora a Sich para contrarrestar y neutralizar la influencia de Kmielnizki.

—Me limito a responderos, señor Porta—replicó Barrabás, —que apenas se ha propalado la noticia de la fuga de Bogdan con los documentos, la mitad de mis circasianos han huído a Sich para aumentar las filas de aquél. Mis tiempos han pasado ya; mejor me cuadra la tumba que el bastón de mando.

---

(1) Célebres caudillos revolucionarios en Ucrania. (*N. del T.*)

Y, en efecto, Barrabás, aunque bizarro guerrero, era, por su avanzada edad, un hombre ya sin influencia.

Departiendo de esta suerte, habían llegado al domicilio del comisionado. Basilio había ya recobrado algo la tranquilidad de espíritu propia de la candidez de su alma sin hiel. Cuando les hubieron servido un buen azumbre de hidromiel pareció animarse.

—Todo esto—dijo—no son más que pequeñeces, si, como cuentan, se prepara la guerra contra los infieles. Aunque la república desee paz y las Dietas hayan puesto reparos a la voluntad del rey, éste es capaz de imponer la suya; entonces la tempestad que se avecina podría hacerse estallar contra los turcos. Sea como fuere, todavía tenemos tiempo por delante. Yo mismo iré a ver al castellano de Cracovia, le pondré en autos de lo que aquí sucede e insistiré en que se aproxime a nosotros con su ejército todo lo posible. No sé si conseguiré algo, porque, a pesar de ser un guerrero valiente y experto, confía demasiado en su propio valer y en la fuerza de su ejército. Vos, coronel circasiano, afanaos por tener a raya a nuestros cosacos, y vos, teniente, al llegar a Lubnie, inducid al duque a que no pierda de vista lo que acontece en Sich. Y aun cuando preparasen algo, teniendo, repito, tiempo por delante como tenemos... Sich se halla actualmente casi despoblado; sus habitantes, en busca de caza y pesca, están ahora diseminados por todos los pueblos de Ucrania. Antes de que vuelvan a juntarse habrá corrido ya mucha agua por el Dniéper. Además el nombre del príncipe les llena de espanto, y cuando sepan que no pierde de vista a Chertomélik, tal vez no se atrevan a moverse.

—Yo—dijo el teniente—dentro de dos días estaré dispuesto a salir de Chegrin, si es necesario.

—Está bien; poco importan días más o menos. Vos, coronel, enviad correos con un informe al señor portaestandarte de la Corona, como también al príncipe Dominico... Pero ¿qué veo? ¿Estáis dormido?

En efecto, Barrabás se había dormido profundamente, con ambas manos sobre el vientre, y comenzaba a roncar como un bendito. El anciano coronel, cuando no comía o bebía, que eran sus tareas predilectas, no sabía más que dormir.

—Mirad, señor—musitó Basilio, dirigiéndose al teniente. —;Y es a este anciano a quien nuestros políticos de Varsovia encargarían de la sujeción de los cosacos!... ;Aviados están!... Confiaban hasta en Bogdan... El gran canciller gestionaba con él no sé qué negociaciones secretas... ;Ah!, se verán cruelmente decepcionados en su buena fe.

Skretuski suspiró compasivamente. Barrabás lanzó un ronquido más sonoro y empezó a balbucir entre sueños:

—;Piedad, Señor! ;Piedad, Señor!

—¿Cuándo pensáis salir de Chegrin?—preguntó el portaestandarte.

—Tendré que esperar dos o tres días la determinación de Chaplinski, que querrá seguramente resarcirse de la lección un poco dura de que ha sido víctima.

—No lo hará. Más fácil es que se decidiese a mandar sus gentes contra vos si no usarais los colores del príncipe...; pero habérselas con tal jefe es cosa en extremo peligrosa... aunque el atrevido fuera un siervo de Pan Koniecpolski.

—Anunciadle que le estoy esperando y que no pienso marcharme hasta dentro de dos o tres días. No temo tampoco ser víctima de ninguna emboscada, contando con mi espada y un puñado de gente que me ayude.

Dicho esto, el oficial se despidió del viejo portaestandarte y salió.

De las hogueras encendidas en la plaza de la ciudad se elevaba un resplandor tan claro, que parecía arder todo Chegrin. Con la llegada de la noche aumentó aún el griterío y el barullo. Los judíos no se atrevían a apartarse un paso de sus casas; reunidos en grupos y arrinconados, los *chabanes* entonaban lánguidamente los lúgubres cantos de la estepa... Los salvajes zaporogos bailaban alrededor de las fogatas, arrojaban las gorras al aire, descargaban sus «silbones,» bebían aguardiente a azumbres... Acá y acullá sobrevenían pependencias que la gente del estarosta apaciguaba. Juan tuvo que abrirse paso con el puño del sable. Ante aquellos gritos salvajes, ante el formidable jolgorio que promovían los cosacos, parecía que estaba ya en plena revolución. Parecíale también ver fantasmas horribles, oír maldiciones que cayeran sobre su cabeza. En sus oídos resonaban aún las palabras de Barrabás: «;Piedad, Se-

---

ñor! ¡Piedad, Señor!» El corazón aceleraba sus latidos.

Entre tanto los *chabanes* se entregaban a sus danzas en corro, con creciente algarabía, los zaporogos seguían disparando sus arcabuces y anegándose en aguardiente.

Las detonaciones y los salvajes «¡U-ha! ¡U-ha!» resonaban todavía en los oídos de Skretuski cuando se retiró a su aposento a descansar.

### CAPÍTULO III

Pocos días después, el escuadrón de nuestro teniente se encaminaba alegremente a Lubnie. Luego de vadear el Dniéper siguieron por la ancha calzada de la estepa que unía Chegrin con Lubnie, pasando por los pueblos de Zuki, Las Siete Tumbas y Jorol. Otra espaciosa carretera conducía desde la residencia del príncipe a Kiev.

Antes de la batalla librada por el célebre hetmán Zolkiewski en las cercanías del Soloniza no existían todos estos caminos; para llegar de Lubnie a Kiev se imponía el atravesar el desolado terreno de la estepa. Se podía llegar hasta Chegrin por río, y los que regresaban de allá tenían por costumbre pasar por Jorol. El terreno de más allá del Dniéper, donde antiguamente habitaban los Polovzos, era un verdadero desierto, aunque algo más poblado que los Campos Salvajes, teatro a menudo de las incursiones de los tártaros y expuesto a las invasiones de las bandas zaporogas.

En las inmediaciones de las orillas del Sula se percibía el rumor de las selvas gigantes, vírgenes de toda huella humana. En algunos sitios, en las bajas orillas del Sula, Ruda, Slepod, Korovay, Orzhawets, Psola y demás ríos, torrentes y riachuelos que a aquéllos afluían, se habían formado cenagales, cubiertos en parte por una densa vegetación de malezas y bosquecillos, constituyendo el resto despejadas praderas.

En aquellas espesuras y barrizales hallaban fácil guarida toda clase de animales; en las profundidades más tenebrosas de la selva vivían un sinnúmero de barbudos bisontes, de osos y de jabalíes, sin contar las numerosas manadas de grisáceos lobos, de linceos, de martas y los nutridos rebaños de corzas y rojos antílopes tártaros. En los pantanos y remansos de los ríos construían sus casitas los castores;



entre ellos los había blancos como la nieve, que contaban, al decir de los zaporogos, más de cien años.

En la alta y árida estepa erraban piaras de caballos salvajes de crinadas cabezas y ojos fulgurantes. En los ríos abundaban los peces y las aves acuáticas. Era un país singular, al parecer sumido en sueño letárgico, pero con vestigios de antigua vida humana. Por todas partes se encontraban numerosos restos de ciudades que habían existido en tiempo inmemorial. Lubnie y Jorol se erigieron encima de tales restos. Hasta donde la vista alcanzaba se podían percibir numerosas *mogilas* más o menos recientes y cubiertas ya de bosque.

Y allí, lo mismo que en los Campos Salvajes, se aparecían de noche fantasmas y vampiros. Los viejos zaporogos, sentados al amor de la lumbre, se contaban fantásticas historias de lo que, a veces, ocurría en la espesura de aquellas selvas: de allí salían rugidos de fieras desconocidas, quejidos entre humanos y felinos, estrépitos horrendos como de cacería o de combate... Bajo del agua se sentía el tañido de campanas pertenecientes a ciudades sumergidas. Era, en suma, el país inhospitalario y poco accesible: en una parte demasiado pantanoso; en otra, completamente árido y abrasado, sin gota de agua.

Era peligroso el habitarlo, pues apenas los colonos se habían establecido y acomodado allí, perecían víctimas de las irrupciones tártaras. Únicamente solían aventurarse por tales parajes los *zaporogos*, que iban a ellos en busca de castores, caza mayor y pesca.

En tiempo de paz la mayoría de los moradores del llano abandonaban Sich, diseminándose por todas partes para dedicarse a la caza o para ejercer «el oficio,» como decían, en todos los ríos, barrancos, bosques y cañaverales, persiguiendo a los castores hasta agrestes lugares, sólo por muy pocos conocidos.

A pesar de todo, no faltaban colonizadores que se arriesgaban a fijar su residencia en aquellas tierras, como plantas que tratan de arraigar donde pueden, para medrar en cualquier otra parte si fueran de allí desarraigadas.

En el desierto se iban formando de este modo cercados, colonias, predios, caseríos y aldehuelas. El suelo era fértil

en ciertos puntos, lo que atraía a colonos ávidos de vida libre e independiente... Sin embargo, la verdadera actividad empezó cuando aquellas comarcas pasaron a poder de los príncipes Visnoviezki. El príncipe Miguel, al casarse con una moldava, tomó con más empeño la colonización y arreglo de sus dominios del Trans-Dniéper, atrayendo gentes, repoblando los eriales, otorgando privilegios hasta por treinta años a los colonos, fundando monasterios e imponiendo por doquiera su autoridad. Hasta los granjeros que habían inmigrado, en tiempos remotísimos, a aquellos parajes que consideraban ya como suyos, se avenían gustosos a ser arrendatarios del príncipe, lo que les garantizaba la protección del poderoso señor que se erigía en su defensor, amparándoles contra los tártaros y contra los llaneros, más temibles aún que los mismos tártaros. No obstante, sólo bajo de la férrea mano del joven príncipe Jeremías empezó el verdadero estado de florecimiento de aquella comarca.

Su dominio empezaba inmediatamente después de Chegrin, llegando hasta las remotas comarcas de Konotop y Romna.

No representaba esto la totalidad de la fortuna del príncipe, que, además del vaivodato de Sandomicz, tenía propiedades en los Palatinados de Volinia, Rutenia y Kiev. Pero las situadas a orillas del Dniéper eran las predilectas del vencedor de Putivlo.

El tártaro, acurrucado en acecho a orillas del Orel y del Vorskla, husmeando su presa como un lobo, no se atrevía desde entonces a espolear su caballo hacia el Sur. Los del llano tampoco se decidían a hacer sus incursiones. Las bandas perturbadoras de la comarca entraron al servicio del príncipe. Los vagabundos y bandoleros que se habían mantenido durante toda su vida con el fruto de sus correrías y rapiñas, estaban ahora sujetos a severa disciplina, concentrados en las *polancas* enclavadas en lugares despejados y acechando en las fronteras del dominio, cual dogo encadenado que enseña sus colmillos al intruso.

A consecuencia de todo esto, la vida se mostraba rebosante y floreciente por todas partes; sobre los rastros de las antiguas vías se construían carreteras. El subyugado tár-

taro o el llanero, cogido ha poco *in fraganti* con las armas en la mano, levantaba pacíficamente diques en los ríos.

En tiempos remotos turbaba únicamente aquella soledad el rugido del viento al azotar los juncos, el triste aullido de los lobos, y el lastimero ulular de las almas de los ahogados. Ahora, en cambio, alegraban aquel páramo el ruido del agua al golpear los volantes de cerca de cuatrocientos molinos.

Aumentaban además la actividad de la molienda los mismos molinos de viento que abundaban en la región de más allá del Dniéper.

Cuarenta mil arrendatarios pagaban sus tributos al principado; en los bosques zumbaban las laboriosas abejas revoloteando alrededor de sus colmenas. En los lugares despejados surgían de día en día nuevos pueblos, aldehuelas y cortijos. En la estepa pacían las yeguas salvajes junto a manadas enteras de ganado caballar y vacuno.

El panorama inmenso y uniforme de bosques y eriales se animaba con las nubecillas de humo que se elevaban de las chozas, y con los dorados destellos de los campanarios de iglesias y templos ortodoxos. La estepa se iba convirtiendo en un país populoso y próspero.

El teniente Skretuski avanzaba alegre a moderada marcha, como si atravesara campos de su propio dominio y con la seguridad de encontrar toda clase de auxilios.

Era a principios de enero de 1648, pero el invierno crudísimo que se temía no había hecho acto de presencia por ningún estilo. La atmósfera exhalaba fragancia de primavera; el agua de los deshielos encharcaba el suelo, que brillaba como metal bruñido; una alfombra de verdura cubría los sembrados, mientras que el sol calentaba tan intensamente que los viajeros que atravesaban la estepa a la hora meridiana sentían bajo sus pellizas un calor de verano.

El séquito del oficial había aumentado considerablemente a causa de habersele agregado en Chegrin la embajada enviada a Lubnie por el hospodar valaco y a cuyo frente iba Rozvano Ursu.

Componían el séquito del embajador una veintena de hombres de escolta y los carros con la servidumbre.

Cabalgaba además junto a Skretuski nuestro conocido

Longinos Podbipienta, con su divisa Cortacapuchas, llevando su enorme espadón bajo el brazo y seguido de unos cuantos siervos.

El sol radiante, lo espléndido del tiempo y la fragancia de la primavera, que se aproximaba, llenaban de franca alegría los corazones. El contento del teniente se acrecentaba no sólo por regresar de un largo viaje, sino por saber que había de albergarse bajo el techo del príncipe, hogar que consideraba como propio. Volvía, además, seguro de haber desempeñado tan brillantemente su misión, que esperaba un recibimiento cordial.

Pero su jovialidad obedecía también a otros motivos. Además del afecto del príncipe, a quien era adicto el teniente con toda su alma, le esperaban en Lubnie un par de ojitos negros, dulces como la miel.

Eran los de Panna (1) Anusia Borzobogata-Krasienska, dama de honor de la princesa Griselda y la más hermosa doncella de la corte, si bien de una coquetería refinada. Hacía perder el seso a la gente moza de Lubnie sin dar, en cambio, esperanzas de ninguna clase.

En casa de la princesa Griselda reinaban gran austeridad y un régimen extremadamente severo, lo cual no era óbice para que la gente joven cruzase, furtivamente, con las doncellas de la corte encendidas miradas acompañadas de alguno que otro suspiro... Juan, lo mismo que los demás, suspiraba por aquellos ojos negros, y cuando se hallaba solo en su morada, cantaba, acompañándose del laúd:

¡Oh vos, encanto de los encantos!

o también:

Cual el tártaro furioso  
me habéis el corazón encadenado.

Sin embargo, como era hombre despreocupado y muy amante de su profesión de soldado, no tomaba muy a pechos el ver que Anusia les sonreía con la misma amabilidad a él, a Byjóviev, del regimiento valaco, a Wúrzel, de artillería,

(1) Señorita

a Miguel Volodiovski, de dragones, y hasta al oficial de húsares Baranovski, a pesar de sus alarmantes canas y de su grotesco ceceo debido a su defectuoso paladar, estropeado por un balazo.

Nuestro teniente se había ya batido una vez a sable con Miguel a consecuencia de una disputa por cuestión de amos; pero más tarde, cuando la tranquilidad de su larga estancia en Lubnie no era interrumpida ni por una sola salida contra los tártaros, acababa por aburrirse hasta en presencia de Anusia, así es que cuando le correspondía marchar con las tropas partía alegre, sin pesares, sin melancolía. Y, en cambio, cuanto más indiferente era su despedida, tanto más regocijado era su regreso. Ahora, pues, al volver de Crimea, donde había desempeñado con brillante éxito su misión, llegaba canturreando y espoleando a su caballo. Junto a él cabalgaba Pan Longinos, caballero en enorme yegua livonia, apesadumbrado y triste como de costumbre. Los carruajes de la embajada, la gente de servicio y la escolta se habían quedado muy rezagados.

—Su gracia el embajador va tendido en el coche y duerme como un *tarugo*—exclamó el teniente.—Me ha contado tantas maravillas de su Valaquia que ya no puede más; yo le escuchaba atentamente, y bien comprendo su exaltación, ya que su región es un país fertilísimo, de clima clemente, abundante en oro, vino, exquisitos manjares y numerosos rebaños. Al oírle recordaba yo que el señor príncipe, hijo de una princesa moldava, puede, por parte de su madre, pretender, con justo título, el trono de hospodar según el derecho adquirido en su tiempo por el príncipe Miguel. Al fin y al cabo no seríamos nosotros nuevos en Valaquia, donde ya hemos vencido a los turcos, tártaros, valacos y transilvanos.

—Parece ser—dijo Pan Longinos—que en Valaquia los hombres son más débiles que en nuestro país; así me lo ha asegurado también, en Chegrin, Pan Zagloba, y si él no me mereciera crédito podríamos hallarlo confirmado en los libros religiosos.

—¡Cómo!, ¿en los libros?...

—Como el que tengo y puedo enseñar a su señoría porque lo llevo siempre conmigo.

Y así diciendo, Pan Longinos aflojó unas correas de la montura, sacando luego un librito encuadernado cuidadosamente en piel de ternera; lo besó, primero, con gran piedad, hojeó unas cuantas páginas y dijo:

—Leed.

Pan Skretuski empezó:

«Bajo tu amparo nos colocamos, Santa Madre de Dios...»

—Aquí no se habla para nada de los valacos. ¿Qué quiere usted decir? ¡Si esto es una antifona!

—Continuad.

«...Para que nos hagamos dignos del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

—Bueno, ahora viene el cuestionario.

Pan Skretuski siguió leyendo:

«Pregunta: ¿Por qué la caballería valaca se llama ligera?»

»Respuesta: Porque huye con ligereza. Amén.»

—¡Hum! No está mal. Pero no deja de haber en este libro una singular confusión de materias.

—Es que se trata de un manual guerrero donde, además de las plegarias, están incluidas varias instrucciones militares. Por medio de ellas os informaréis acerca de todas las naciones y sabréis cuál vale más y cuál menos. Por lo que respecta a los valacos, se deduce que son un hatajo de cobardes y además redomados traidores.

—Es indiscutible que son unos traidores, y lo demuestran las peripecias por que ha pasado el príncipe Miguel. Confieso que también he oído decir que, por su temperamento, son poco apreciados como guerreros. Verdad es que el príncipe tiene a sus órdenes un regimiento valaco muy distinguido, mandado por Byjóvies; pero, la verdad sea dicha, si los clasificáramos, no encontraríamos en aquel cuerpo, que se llama valaco, ni una veintena de soldados de esta procedencia.

—¿A cuánto calculáis, teniente, que ascienden las fuerzas militares de que el príncipe dispone?

—A unos ocho mil hombres sin contar los cosacos que guardan las *polancas*; pero, según me dijo Basilio, se efectúan actualmente nuevos alistamientos.

—¿Permitirá Dios, tal vez, que tengamos alguna nueva campaña bajo el mando del príncipe?

—En todas partes se dice que se prepara una gran guerra contra los turcos en la que tomará parte el rey en persona con todas las fuerzas de la república. He sabido, además, que los tártaros han recibido aviso especial para que interrumpen sus faenas agrícolas a causa del inminente peligro. En Crimea oí ya hablar de ello y tal vez por este motivo he sido recibido allí tan atentamente, porque corren rumores de que al reunirse el rey con los hetmanes encargará al príncipe de atacar la Crimea para exterminar a los tártaros. Es seguro que no se confiará a otro mañana empresa.

Pan Longinos alzó las manos y los ojos al cielo y exclamó:

—Concedenos esa guerra santa, ¡oh Señor misericordioso!, para mayor gloria de la cristiandad y de la patria... ¡Y permitid que un mísero pecador cumpla en ella su promesa para que se consuele *in luctu* (1), o, cuando menos, para que pueda gozar de una muerte gloriosa!

—¿Habéis hecho una promesa referente a la guerra?

—No tengo reparo en descubrir mis secretos a tan digno caballero. Es cosa larga de contar, pero ya que tenéis a bien escucharme... *incipiam* (2). Ya sabéis que el mote de mis armas es Cortacapuchas; he aquí su origen: en la batalla de Gruevaldo uno de mis antepasados, Stoveiko Podbipienta, vió tres caballeros, que cabalgaban en fila, tocados con capuchas de fraile. Mi antepasado corrió a ellos y de un solo tajo cortó las tres cabezas con sus respectivas capuchas... Los cronistas de la época relatan esta célebre hazaña, no escatimando los elogios a mi antepasado.

—Vuestro ascendiente no tuvo, pues, el brazo menos vigoroso que vos y con razón le llamaron Cortacapuchas.

—El rey le nombró también caballero y le dió por armas tres cabezas en campo de argén, en gloriosa memoria de aquellos caballeros que precisamente llevaban sobre sus escudos tres cabezas de cabra. Este blasón, junto con esta espada aquí presente, fueron legados por mi antepasado Stoveiko a sus descendientes con la recomendación especial de que trataran de mantener el esplendor de la estirpe y el del arma.

(1) «En el duelo.»

(2) «Empezaré.»

—No cabe duda que procedéis de famoso abolengo.

Aquí empezó Pan Longinos a suspirar amargamente, y después de haberse desahogado un poco, prosiguió:

—Siendo yo, pues, el último de mi raza, he jurado ante el altar de la Purísima Virgen de Troki vivir en estado de castidad y no recibir la bendición nupcial hasta que a imitación de mi glorioso antecesor, ya nombrado, haya cortado de un solo golpe tres cabezas con esta misma espada. ¡Bien sabéis, Señor misericordioso, que he hecho cuanto ha estado en mi mano para cumplir mi promesa! He conservado escrupulosamente la castidad, acallando las tiernas inclinaciones de mi corazón; he buscado la guerra por doquiera y no pocas veces luché..., pero la suerte no me fué favorable.

—¿Es decir que aún no habéis cortado tres cabezas de un golpe?—dijo, sonriendo con disimulo, el teniente.

—¡Ay!, no llegué a lograrlo... ¡No tengo suerte!... Derribar dos cabezas ya lo he conseguido varias veces... ¡Pero tres!... Imposible... Nunca las encuentro alineadas. Y, la verdad, es difícil exigir a los enemigos una colocación determinada para recibir el golpe. Dios sólo conoce mi aflicción... No falta fuerza en mi brazo..., tampoco carezco de fortuna...; pero el caso es que la juventud se va a pasos agigantados... Friso ya en los cuarenta y cinco; mi corazón continúa sediento de cariño, se extingue mi raza y siguen faltándome las tres cabezas. ¡Vaya un Cortacapuchas hazmerreir de todos, como dice acertadamente Zagloba! Pero sufro con paciencia todo esto y ofrezco mi alma a nuestro Señor.

El lituano exhaló nuevos suspiros, tan profundos, que hasta su yegua livoniana, al parecer atribulada por la suerte de su dueño, empezó a resoplar y relinchar lastimeramente.

—Sólo puedo deciros una cosa —arguyó Pan Skretuski.— Si no halláis ocasión propicia sirviendo bajo las banderas del príncipe Jeremías, ya no la hallaréis nunca.

—¡Ojalá me la depare el cielo!—repuso Pan Longinos.— Por esta razón voy a suplicar al príncipe me conceda la merced de alistarme bajo sus banderas.

Un formidable aleteo interrumpió la conversación. Como



ya hemos dicho, aquel invierno las aves no emigraron más allá de los mares, los ríos no se congelaron, y por esta causa abundaban aquéllas, y en especial las acuáticas, en toda la extensión de los pantanos. En aquel mismo momento, cuando el teniente y Longinos llegaban a orillas del Kagámlik, pasaba, aleteando ruidosamente sobre sus cabezas, una numerosa bandada de grullas, tan bajas que se las hubiera podido alcanzar con un palo. Volaban produciendo un clamor ensordecedor, pero, en vez de abatirse sobre los cañaverales, remontaron de repente el vuelo.

—Huyen como ante un peligro—dijo Juan.

—¡Eh, mirad!—respondió Pan Longinos, señalando un ave blanca que, hendiendo los aires de través, trataba de interceptar el camino a la bandada.

—Es un halcón—exclamó el oficial,—un halcón que les impide posarse... El enviado valaco es el que posee tales rapaces.

En el mismo instante llegaba a todo galope Rozvano Ursu, jinete en un soberbio corcel negro de Anatolia.

Seguíanle unos cuantos *jeduques* (1) de servicio.

—Señor oficial—dijo,—os invito a presenciar un divertido espectáculo.

—¿Pertenece a vuestra gracia ese halcón?

—Habéis acertado, y es un soberbio animal; ya veréis...

Los tres galoparon juntos; tras ellos el halconero valaco, con el aro, mirando fijamente a las aves, daba agudos gritos para estimular al halcón a la lucha.

La atrevida ave de rapiña había obligado ya a las grullas a elevarse a gran altura; luego salió disparada como un dardo para sobrepujarlas, quedando inmóvil en el aire por encima de la bandada. Las grullas formaron inmediatamente un grupo compacto. Sus agitadas alas esparcían a lo lejos como un rumor de tempestad. Chillidos de espanto llenaban el aire. Con los cuellos extendidos y los picos levantados hacia arriba como un haz de lanzas, las grullas esperaban el ataque.

Entre tanto el halcón giraba sobre ellas, bajando y subiendo alternativamente, como si temiera lanzarse donde le

(1) Lacayo en librea húngara o guardia de corps. (*N. del T.*)

esperaban, para atravesar su pecho, centenares de afilados picos. Su albo plumaje brillaba entre los rayos del sol cual otro astro de aquel hermoso cielo azul.

De pronto, en vez de arrojarse sobre la bandada, hendió el espacio como una flecha y desapareció detrás de los amontonados troncos de los árboles y junquerales.

Juan salió el primero al galope en pos suyo; siguiéronle el embajador valaco, el halconero y Pan Longinos.

En el recodo de la carretera el oficial detuvo en seco su caballo; un nuevo y extraño espectáculo se ofreció a sus ojos. Allí, en medio del camino, estaba detenida una carroza, volcada y con un eje roto. Dos jóvenes palafreneros cosacos tenían de la brida a los caballos desenganchados. No se veía al cochero por parte alguna y era de suponer se hubiera separado en busca de auxilio.

No lejos de allí había dos mujeres de pie: una, abrigada con una pelliza de piel de zorra y tocada con una gorra cilíndrica también de pieles, tenía un severo aspecto de amazona. La otra era una joven esbeltísima y de rasgos finos y señoriales. El halcón posado en su hombro peinábase y alisábase tranquilamente con el pico las desarregladas plumas de la pechuga.

Skretuski paró tan de repente su cabalgadura, que los cascos de ésta quedaron impresos en la arena del camino. Llevóse la mano a la gorra, titubeando y como sin saber qué hacer: si dirigir un saludo a las damas o reclamar el halcón. Lo que acabó de turbarle fué ver que, bajo una capucha de piel de garduña, dos ojos negros se clavaban en los suyos; ojos como nunca había visto: aterciopelados, húmedos, como anegados en lágrimas, resplandecientes y fogosos.

Los ojos de Anusia (1) Krascieńska hubieran palidecido ante aquéllos, como palidece la luz de un candil ante el brillo de una antorcha. Sedosas cejas oscuras dibujábanse en delicados arcos. Las sonrosadas mejillas tenían el brillo y la frescura de las más lozanas flores. Bajo el vivo carmín de los labios entreabiertos relucían dientes como perlas, y por debajo de la capuchita derramábanse abundantes bucles de cabellos negros.

---

(1) Anita.

—¿Será la propia Juno en persona o alguna otra deidad? —pensó el teniente, contemplando aquella escultura, esbelta como una palmera, y la correcta línea del busto de la joven en cuyo hombro descansaba el blanco halcón...

Juan permanecía inmóvil, con la gorra en la mano, como encantado ante tan maravillosa aparición. Sus ojos brillaban y una mano invisible le oprimía el corazón. Disponíase a comenzar su discurso: «Si eres ser mortal, si no eres diosa...» cuando le alcanzaron el embajador y Longinos, seguidos del halconero con su aro.

Al ver a éste la «diosa» ofreció su mano al ave, la cual se posó sobre ella, abandonando el hombro de la joven y moviendo sus patitas impacientes.

Juan, anticipándose al halconero, se acercó para coger el halcón. Y entonces tuvo lugar un hecho singular que como presagio podía interpretarse. El ave, asida una garra a la mano de la joven, asió con la otra la del teniente, y en vez de pasar a ella, empezó a chillar alegremente atrayendo hacia sí ambas manos. El rápido movimiento del halcón hizo que la mano de Skretuski rozara la de la hermosa. El teniente se estremeció...

El halcón no se dejó colocar de nuevo el aro hasta que el halconero le hubo encapirotado.

En aquel momento se oyó la voz de la mayor de las damas.

—Caballeros—dijo,—quienesquiera que seáis, no negaréis ayuda a dos mujeres en desgracia que quedaron desamparadas en medio del camino sin saber qué partido tomar. Nuestra morada dista de aquí tres millas escasas, pero como se han roto los ejes del carruaje, tendremos, quizás, que pasar la noche al raso; acabo de enviar al cochero a avisar a mis hijos para que nos manden al menos algún coche; pero cuando llegue será ya de noche, e infunde miedo el quedarse solas en este lugar siniestro, cuyas cercanías están pobladas de mogilas.

La noble anciana hablaba nerviosamente y con timbre de voz tan áspero, que sorprendió al teniente, el que respondió con afabilidad:

—Por favor, señora, no supongáis ni un solo instante que os fuéramos a dejar sin auxilio a vos y a vuestra encantado-

ra hija. Vamos a Subnie en servicio de Su Alteza nuestro señor el príncipe Jeremías. Parece que llevamos el mismo camino, y, aunque así no fuera, con sumo placer desviaríamos el nuestro, en el supuesto de que no os sea ingrata nuestra compañía. En cuanto a carruajes no dispongo de ninguno, pues viajamos a caballo; pero seguramente el embajador no carecerá de alguno, y no dudo que, como caballero galante, tendrá gran honor en ponerlo a vuestra disposición.

El embajador se quitó su gorra de cebellina, pues dominaba el idioma polaco y lo había entendido todo. Inclinandose respetuosamente, cual corresponde a la galantería de un caballero, se apeó y mandó al halconero que acercasen los carros, que se habían quedado muy rezagados.

Durante este intervalo el oficial no cesaba de contemplar a la doncella, la cual, no pudiendo sostener su abrasadora mirada, bajó los ojos. La dama de facciones cosacas continuó hablando en estos términos:

—¡Dios os premiará el servicio que me prestáis! El camino hasta Lubnie es todavía largo; supongo que no desdeñaréis deteneros un poco bajo de mi techo. Mis hijos y yo os recibiremos bien... Habitamos en Razlogi-Siromaji. Soy viuda del príncipe Kurcévich-Búlig... Esta señorita no es hija mía, sino de un hermano de mi marido, el viejo Kurcévich, que la puso bajo de nuestra tutela al dejarla huérfana. Mis hijos se hallan ahora en su residencia. Yo vuelvo de Circasia, adonde he ido a cumplir un voto ante el altar de la Santísima Virgen María... Al regresar nos ha ocurrido el percance que presenciáis, y a no ser por vuestra cortesía tal vez hubiéramos tenido que pernoctar en el camino.

Quizá hubiera continuado hablando la princesa, a no llegar al galope los carros, rodeados por la numerosa servidumbre del embajador y por los soldados de Juan Skretuski.

Este preguntó:

—¿Sois la viuda del príncipe Basilio Kurcévich, noble señora?

—Nada de eso—replicó la dama vivamente y no sin cierta acritud.—Soy viuda de Constantino, y ésta es Elena, la hija de Basilio—añadió refiriéndose a la joven.

—En Lubnie he oído hablar mucho del príncipe Basilio.

Por lo visto era un soldado excelente y gozaba de la confianza del difunto príncipe Miguel.

—Nunca he puesto los pies en Lubnie—dijo con cierta altivez la princesa.—No sé cuáles fueron las cualidades militares de Basilio, pero respecto a sus hechos ulteriores inútil es recordarlos, pues todo el mundo está enterado de ellos.

Al oír estas palabras la joven princesa Elena abatió la cabeza contra el pecho como flor segada por la guadaña.

El oficial replicó vivamente.

—No habléis así, señora. Condenado a perder vida y hacienda por fatal error judicial, el príncipe Basilio tuvo que recurrir a la fuga para salvarse. Más adelante, sin embargo, probó su inocencia, promulgándose un edicto que le restituía su honor, rehabilitando su nombre honrado. Cuanto mayor fué la injusticia, tanto más esplendorosa hubo de ser su gloria.

La princesa dirigió al oficial una mirada penetrante, y a su severo y antipático rostro asomó una expresión de desagrado y de ira mal contenida. Pero Juan era un joven de tan caballerosa apostura y su mirada era tan serena, que la anciana no se atrevió a contradecirle, a pesar de sus pocos años. Volviéndose a su sobrina, dijo:

—No os conviene oír esta conversación. Idos, pues, y vigilad el inmediato traslado de los equipajes de la carroza a los carros puestos a nuestra disposición por la amabilidad de estos señores.

—Permitidme que os ayude, señorita—dijo Pan Skretuski.

Encamináronse juntos hacia la carroza. Apenas se encontraron frente a frente a ambos lados de sus portezuelas, alzáronse las sedeñas pestañas de Elena, cuya mirada se posó en el rostro del teniente cual claro y tibio rayo de sol.

—¡Cómo agradeceros, caballero—dijo con voz que se le antojó a Juan armoniosa música, suave tañido de laúdes y flautas,—cómo daros las gracias por haber defendido la gloriosa memoria de mi padre contra la injusticia de sus más próximos parientes!

—Señorita—contestó el oficial, que sentía como derretirsele el corazón cual la nieve al soplo de la primavera,—que me condene Dios si por semejantes palabras de gratitud no estoy dispuesto a echarme al fuego o a derramar mi

sangre gota a gota... Mas ¡cuán escasos me parecen mis méritos comparados con el inmenso deseo que tengo de serviros! No merezco, por tanto, la recompensa de vuestro agradecimiento por cosa tan insignificante.

—Si desdeñáis mi gratitud, no sé, pobre huérfana, de qué otro modo podré expresárosla.

—No la rechazo—replicó el teniente con creciente entusiasmo,—pero quisiera merecer el inmenso favor que me dispensáis por mi fidelidad sin límites en vuestro servicio, y lo único que imploro es que os dignéis aceptar este ofrecimiento.

La joven, al oírlo, se ruborizó, y luego, palideciendo repentinamente, escondió el rostro entre las manos y replicó con acento de aficción:

—Tal servicio os acarrearía quizás sólo infortunios.

Entonces el teniente, inclinándose sobre la portezuela del carruaje, habló con voz queda y sincera.

—Acarréeme lo que a Dios plazca, que, aunque fueran grandes sufrimientos, acudiría a postrarme a vuestras nobles plantas mendigando este favor.

—Es incomprensible, hidalgo caballero, el que, habiéndome visto apenas, pongáis tanto empeño en servirme.

—Es cierto, apenas os he visto y, sin embargo, me he olvidado completamente de mí mismo. Ahora veo claramente que, habiendo sido hasta ahora soldado libre, tendré que convertirme quizá en esclavo... Tal era, a lo que se ve, la voluntad de Dios. El amor es como un dardo que atraviesa el pecho de improviso, y yo siento aquí, en el corazón, su acerada punta: ¡si ayer me lo hubieran predicho no lo hubiera creído!...

—Si ayer no lo hubierais creído vos, ¿cómo queréis que yo lo crea hoy?

—El tiempo es lo que sabrá convenceros mejor.

—Desde luego, podéis ya leer la sinceridad, no sólo en mis palabras, sino también en mi rostro.

De nuevo se alzaron las sedosas pestañas de la noble joven y su mirada se dirigió al viril y generoso rostro del gallardo guerrero, en cuyos ojos se reflejaba tan ardoroso arrebato, que un intenso rubor coloreó las mejillas de la doncella. Pero ahora no bajó la vista y así pudo él embria-

garse durante unos instantes con la dulzura de aquella candorosa mirada. Contemplábanse ambos como dos seres que, aunque reunidos por azar en el camino de la estepa, se sentían dominados por súbito afecto. Sus almas volaban una hacia otra como dos cándidas palomas.

Aquellos momentos de arrobamiento fueron interrumpidos por la áspera voz de la princesa madre, que llamaba a Elena. Los carruajes se aproximaron. Los criados empezaron a trasladar a ellos los bultos de la carroza; y momentos después todo estaba dispuesto para emprender la marcha.

Rozvano Ursu, caballeroso y galante, cedió su propia carretela a las señoras. El teniente montó a caballo y todos se pusieron en camino.

Declinaba ya el día... Las aguas desbordadas del Kagamlik reflejaban los dorados rayos del sol poniente y el purpúreo resplandor de las primeras horas del crepúsculo.

Grupos de ligeras nubecillas se mecían en la bóveda celeste, descendiendo paulatinamente, teñidas de escarlata, hacia los confines del horizonte, como cansadas de su elevado vuelo, para posarse en las regiones de lo desconocido.

Skretuski cabalgaba al lado de la princesita, pero ya no conversaba con ella; no podía, en presencia de todos, hablarle en el tono de antes, y callaba, aunque las palabras de cariñoso afecto pugnaban por salir de sus labios. Sentía, no obstante, el corazón inundado de dicha y la cabeza le zumbaba como bajo la acción de un filtro embriagador.

La caravana seguía alegremente su camino. El silencio era sólo turbado por el resoplido de los caballos y el tintineo de los estribos. La servidumbre que ocupaba los carros rezagados entonó un aire melancólico de Valaquia, cuyas notas no tardaron en extinguirse, oyéndose la gangosa voz de Longinos, que canturriaba devotamente:

Yo he hecho que un resplandor eterno surgiera del cielo  
y cual niebla cubriera la superficie de la tierra.

Las sombras, entre tanto, espesáronse más y más; las primeras estrellas fulguraron en el firmamento y una espesa capa de ligera niebla se levantó de los húmedos prados como un océano sin límites.

Los viajeros se internaron en un bosque. Habían andado

apenas algunos *estadios*, cuando se oyó ruido de pasos de caballos y poco después aparecieron cinco jinetes ante la caravana. Eran los jóvenes príncipes, que, advertidos por el cochero del accidente que le había ocurrido a su madre, iban presurosos a su encuentro, seguidos de una carroza arrastrada por cuatro caballos.

—¿Sois vosotros, hijos míos?—exclamó la anciana.

Los jinetes se acercaron a los carruajes.

—Sí, madre, nosotros somos.

—Bienvenidos seáis. Gracias a estos caballeros no necesitamos ya auxilio... Mis hijos —añadió presentándolos.— Los recomiendo a la bondad de vuestras señorías: Simeón, Jorge, Andrés y Nicolás... ¿Quién es el quinto?—preguntó la princesa afanándose por ver en las tinieblas.—¡Cómo! Si mi cansada vista no se engaña, creo que es Bogun, ¿no es verdad?

Elena, al oír aquel nombre, se arrinconó de repente en el carruaje.

—Os presento mis humildes respetos, princesa, como también a la princesita Elena—dijo el quinto jinete.

—¡Bogun!—continuó la princesa.—¿Vienes del regimiento, halcón mío? ¿Y tu tiorba, la has traído? Acercaos, hijos míos: he invitado a estos señores a pasar la noche en Razlogi... A vosotros toca ahora atenderles también. «Un huésped bajo de nuestro techo es como Dios bajo de vuestro techo,» dice el proverbio. Conceded, pues, este honor a nuestra humilde casa, caballeros.

Los cuatro hermanos se descubrieron.

—Dignaos traspasar nuestro humilde umbral.

—Así me lo han prometido el ilustre embajador y el señor oficial—recordó la viuda.—Al recibir a estos nobles caballeros me temo que les parezca demasiado frugal nuestra comida, acostumbrados como están a las exquisiteces de las cortes.

—Estamos educados en la vida de campamento y no en la de corte—respondió Pan Skretuski.

A lo cual añadió Rozvano:

—Me he sentado otras veces a la mesa de la nobleza en este país y sé que nada tiene que envidiar a la de la corte.

La caravana había reanudado la marcha y la anciana prosiguió:



—Hace ya mucho, muchísimo tiempo que pasaron para nosotros otros tiempos mejores. Todavía hay en Volinia y en Lituania algunos Kurcévich con milicias a sueldo y gran boato de vida, pero reniegan de sus parientes menos acaudalados... ¡Que Dios se lo tenga en cuenta!... En nuestra casa, señores, hallaréis la miseria cosaca, que tendréis que perdonarnos, aceptando lo que con cordial sinceridad os ofrecemos. Mis hijos y yo tenemos que vivir de una sola aldea y unas cuantas alquerías... y además tenemos a esta joven a nuestro cargo.

Estas palabras asombraron a Juan. Muchas veces había oído decir en Lubnie que Razlogi era la herencia que dejara el príncipe Basilio, padre de Elena, y que representaba una fortuna muy apreciable. Sin embargo, no le pareció discreto enterarse de qué modo había dicha herencia ido a parar a manos de Constantino y de su viuda.

—¿De modo, princesa—interrogó Rozvano Ursu,— que tenéis cinco hijos?

—Sí—contestó la princesa,— cinco he tenido; eran cinco leones..., pero al mayor, Basilio, le abrasaron los ojos las antorchas de los paganos en Bialogrod. A consecuencia de esto el pobre está trastornado. Cuando sus hermanos intentan alguna nueva expedición, yo quedo en casa sola con él y con esta señorita, que me procura más tormentos que consuelos.

El tono despectivo con que la anciana hablaba de su sobrina era tan perceptible, que no dejó de llamar la atención del teniente. Su pecho se agitaba lleno de indignación; iba a lanzar algún mal juramento, pero la palabra se heló en sus labios: a la luz de la luna había visto bañados en llanto los ojos de Elena.

—¿Qué tenéis? ¿Por qué lloráis?—preguntó en voz baja.

La doncella guardó silencio.

—Me causa pena veros llorar—prosiguió Skretuski, inclinado hacia ella, aprovechándose de que la vieja departía con Rozvano Ursu sin volverse hacia donde él se hallaba.

—¡Por las llagas de Cristo!—insistió:—una palabra nada más. Bien sabe Dios que diera sangre y vida por consolaros...

De pronto notó que uno de los jinetes se le acercaba tanto, que los flancos de sus cabalgaduras se rozaban, e in-

terrumpiendo su conversación con Elena, volvióse Juan entre airado y asombrado hacia el atrevido.

A la luz de la luna vió brillar dos pupilas insolentes que parecían burlarse de él y provocarle.

Aquellos ojos terribles relucían como los de un lobo en la obscuridad de la selva.

—¡Mil pares de demonios!—dijo Juan entre dientes.—¿Qué significa esto? ¿Es acaso algún diablo o algún espíritu maligno?

Y clavando a su vez su mirada hasta el fondo de aquellas pupilas abrasadoras, añadió:

—¡Eh!, ¿por qué echáis de este modo vuestro caballo sobre el mío y por qué me miráis tan tenazmente?

El jinete no contestó; su mirada continuó teniendo la misma provocativa insistencia.

—Si no veis bien—gritó con voz enérgica Skretuski,—golpearé el pedernal, y si el camino se os antoja demasiado estrecho, ancha es la estepa...

—Y tú, joven laj, harías bien en apartarte del carruaje, ya que tan ancha te parece la estepa—replicó el jinete.

El teniente era hombre resuelto. En vez de contestar dió tan formidable taconazo en los ijares del caballo de su interlocutor, que el animal, resoplando, reculó de un salto hasta el mismo borde del camino.

El jinete paró en seco su cabalgadura y estuvo a punto de abalanzarse contra el oficial, cuando se oyó la voz áspera e imperiosa de la anciana princesa, que decía:

—Bogun, ¿qué te ocurre?

Estas palabras produjeron efecto inmediato. El jinete volvió su caballo y lo encaminó al otro lado del carruaje, hacia donde la princesa se encontraba.

—Pero, ¿qué te pasa?—insistió ésta.—Acuérdate de que no estás en Pereiáslav o en Crimea, sino en Razlogi, ¿eh? Ahora marcha de descubierta y guía los carros; el barranco está próximo y aquello está obscuro como boca de lobo. ¡Adelante, azor mío!

Juan marchaba en silencio, sorprendido e irritado.

Era evidente que aquel Bogun buscaba pendencia, y había faltado poco para que la hubiese; pero, ¿a cuento de qué? ¿Cómo explicarse aquella inesperada provocación?

Ocurriósele la idea de que en ella debía andar en juego la princesa Elena, suposición en que se confirmó en cuanto Juan, fijando en ella su mirada, advirtió, a pesar de la obscuridad de la noche, la lividez de su rostro, indicio de su consternación.

Dócil a la orden, Bogun, entre tanto, se alejó al galope.

La anciana, siguiéndole con la vista, dijo al teniente, como si hablara consigo misma:

—Una cabeza loca, un demonio cosaco.

—Bien se ve que no tiene la cabeza muy firme—dijo el oficial con menosprecio.—¿Es, tal vez, un cosaco agregado al servicio de vuestros señores hijos?

La vieja se recostó bruscamente en la carroza.

—¿Qué decís, caballero? Es el teniente coronel Bogun; un guerrero célebre; es compañero de mis hijos y su amigo, y yo le considero como mi sexto hijo... No me explico que aparentéis desconocer su nombre. ¡Todo el mundo le conoce!

A decir verdad, Juan conocía de sobra ese nombre, pues a lo largo de ambas riberas del Dniéper era el más notable, el que más frecuentemente se pronunciaba entre varios otros de atamanes y jefes cosacos. Los ciegos cantaban sus hazañas por ferias y tabernas; en las tertulias nocturnas se relataban cosas maravillosas del joven caudillo.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Nadie podía decirlo. Sabíase tan sólo que era hijo de la estepa; el Dniéper con sus cataratas y el Chertomélik con su laberinto de desfiladeros, remansos, escarpados, islas, rocas, barrancos y cañaverales habían sido su cuna. Desde la más tierna edad su vida se había unido inseparablemente a aquel mundo salvaje.

En tiempo de paz cazaba y pescaba con sus compañeros; erraba a través de las sinuosidades del río y hundíase en los pantanos y cañaverales en compañía de sus camaradas medio desnudos. Luego pasaba meses enteros en lo más intrincado de los bosques. Su aprendizaje había transcurrido entre correrías por los Campos Salvajes, robos de rebaños tártaros y asaltos a sus yeguas, emboscadas, refriegas, expediciones contra los ribereños hasta Bialogrod y Valaquia, o bien excursiones al mar Negro en *chaicas* (1) co-

(1) Ligeras embarcaciones de los cosacos del Dniéper. (*N. de T.*)

sacas. Se pasaba los días a caballo y las noches sentado al calor de las hogueras de la estepa. Querido por todos los llaneros, acabó por acaudillar a sus compañeros, a los que pronto sobrepujo en audacia. Era capaz de atacar con sólo cien hombres a Bakchisalai, la residencia misma del kan de Crimea. Quemaba alquerías y pueblos, pasaba a cuchillo a sus habitantes, ataba a los prisioneros tártaros, sin respetar jerarquías, a las colas de sus caballos; llegaba como la tempestad, pasaba como la muerte. En el mar abordaba con denodado atrevimiento las galeras turcas. Se había atrevido a penetrar hasta la peligrosa región de Budziak, como si dijéramos en las mismas fauces del león. Algunas de sus expediciones eran verdaderas locuras; hombres menos temerarios, más prevenidos que él, morían empalados en Estambul o pudríanse remando en las galeras turcas. El regresaba siempre incólume de todas sus empresas y cargado de rico botín.

Decíase que había amontonado tesoros inmensos, que guardaba ocultos en los arrecifes del Dniéper. Se le había visto a menudo pisotear con sus zapatos enlodados brocados y tejidos de oro, tender alfombras a los pies de sus caballos, o bien, vestido de brocatel, revolcarse en el alquitrán expresamente para demostrar su menosprecio de cosaco por aquellos tejidos y vestidos suntuosos.

No tenía residencia fija. Sus hazañas eran realmente locas y fabulosas. Entregábase a veces, en Chegrin, Circasia o Pereiáslav, a desaforadas orgías, en compañía de otros zaporogos, y a veces se refugiaba en la estepa, rehuyendo la presencia de seres humanos y haciendo vida de anacoreta. En ocasiones se rodeaba de rapsodas ciegos, cuyos cantos, acompañados de tiorbas, escuchaba sin cansarse días enteros, y les cargaba de oro al despedirlos. Sabía ser noble con los nobles, el más fiero cosaco con los cosacos, caballero con los caballeros y bandido con los bandidos.

Algunos le tenían por insensato, debido a que su alma desenfrenada caminaba al arbitrio de sus pasiones. ¿Para qué vivía? ¿Qué deseaba? ¿Qué se proponía y a quién servía? El mismo lo ignoraba. Servía a la estepa; obedecía al viento, a la guerra, al amor, a su propio capricho. Esto era precisamente lo que le distinguía de los otros caudillos, bár-

baros e inhumanos, y de toda aquella ralea de bandoleros que no perseguían otro objeto que el robo y el pillaje, sin reparar si la víctima era un tártaro o alguno de los suyos. Es verdad que Bogun cometía también actos de pillaje, pero prefería la guerra al botín; amaba el peligro, que tenía para él un singular encanto. Pagaba con oro una canción; iba en pos de la gloria y le importaba poco lo demás.

Entre todos los caudillos él era el verdadero y típico ejemplar de cosaco-caballero, y por esto había llegado a ser el héroe predilecto en las canciones de los «rapsodas,» extendiéndose así la fama de su nombre por toda Ucrania.

Ultimamente había sido teniente coronel de Pereiáslav, aunque en realidad desempeñaba el cargo de coronel, pues el decrépito Laboda era ya impotente para sostener en su debilitada mano las riendas del mando.

Skretuski bien sabía, pues, quién era Bogun. Si había preguntado a la anciana princesa si era algún cosaco al servicio de sus hijos, lo había hecho con intento de humillarle y para demostrar su desprecio hacia el hombre en quien había adivinado a su adversario. A pesar de toda aquella fama que aureolaba el nombre del extraño caudillo, la sangre del teniente se inflamaba al ver que un cosaco se atrevía a tratarle con tanta arrogancia.

Comprendía también que la pendencia súbitamente iniciada no iba a terminar de aquel modo. Pero era Juan hombre dotado de gran perspicacia, confiadísimo en sí mismo, y que no retrocedía ante ningún peligro, pues arrojándolo se encontraba en su elemento.

Le hubiera faltado tiempo, a no estar al lado de la princesa, para espolear inmediatamente su caballo y marchar al alcance de Bogun.

Por lo demás, los carruajes acababan de atravesar la hondonada y en la lejanía aparecían ya las luces de Razlogi.

## CAPÍTULO IV

Los Kurcévich-Búlig eran de rancia estirpe de príncipes, con las armas de los Kurch y descendientes de Koryat y, por parte de éste, probablemente del mismo Rúryk. Una de las dos ramas principales había fijado su residencia en Lituania; la otra en Volinia.

El príncipe Basilio, uno de los numerosos descendientes de la rama de Volinia, habíase trasladado al Trans-Dniéper. Pobre, y no queriendo apelar a la benevolencia de sus parientes ricos, ofreció sus servicios al príncipe Miguel Visnoviezki, padre del célebre «Jarema» (1). En ellos se cubrió de gloria, amén de los muy importantes servicios que como caballero noble prestó al príncipe, quien, a título de recompensa, le legó en su testamento las tierras de Krasno Razlogi (Bella Estancia), llamada más tarde Vilche Razlogi (Estancia de los Lobos) por la gran abundancia de estas fieras en aquellos parajes. Allí se estableció definitivamente. En 1629 abrazó la religión católica y se casó con una joven perteneciente a noble familia, los Rahozy, procedente de Valaquia. Al año nació de este matrimonio su hija Elena, cuya vida costó la de su madre. El príncipe Basilio, sin pensar en contraer segundas nupcias, se consagró enteramente a la explotación de sus bienes y a la educación de su hija.

Era hombre de gran valía y de virtud ejemplar. Gracias a sus esfuerzos, no tardó en alcanzar una posición bastante desahogada. Entonces se acordó de su hermano mayor, Constantino, que, infamado por su rica familia, había sido abandonado en Volinia, donde vivía miserablemente gracias a la benevolencia de los terrazgueros. Le acogió en Razlogi con su mujer y sus cinco hijos, compartiendo con ellos su pan.

---

(1) Nombre popular del príncipe Jeremias. (*N. del T.*)

En esta forma vivieron ambos hermanos en buena armonía hasta 1634, año en que Basilio siguió al rey Ladislao a las murallas de Smolensk... Allí es donde tuvo origen el lamentable error que causó más tarde su perdición. En el campamento real cogieron una carta dirigida al caudillo moscovita Segin, firmada con el nombre del príncipe y sellada con las armas de los Kurch. Esta traición, probada y patente, de un gentilhombre de reputación hasta entonces immaculada, produjo en todos asombro y estupefacción. En vano afirmaba Basilio, poniendo a Dios por testigo, que él no había escrito ni firmado la carta; el sello con sus armas desvanecía toda duda. Nadie daba crédito a la afirmación del príncipe de que le había sido robado su sello. En resumen, el desgraciado caballero fué condenado a perder vida y honor *pro crimine perduelionis* (1), y sólo pudo salvarse apelando a la fuga. Llegó de noche a Razlogi e hizo jurar por lo más sagrado a su hermano que velaría como un padre por Elenita. Y marchó para siempre...

Decíase que todavía desde su destierro de Bar había suplicado por escrito al príncipe Jeremías que no privara a su hija del pan cotidiano y que la dejara vivir tranquila en Razlogi bajo la tutela de Constantino.

Después no se volvió a saber nada de él... Corrían rumores contradictorios: quién decía que había muerto repentinamente, quién que había entrado al servicio de los imperiales, muriendo en el campo del honor en tierras alemanas, pero nadie sabía nada a ciencia cierta. Debía de ser cierto el rumor de su muerte, puesto que ya no pedía noticias de su hija. Al poco tiempo nadie se acordaba de su nombre. Sólo volvieron a recordarlo cuando se descubrió su inocencia. Un tal Kurcévich, oriundo de Vitebsk, confesó en su lecho de muerte haber escrito la carta dirigida a Segin durante el sitio de Smolensk y haberla sellado fraudulentamente con el sello de Basilio, que encontró en el campamento.

Esta confesión y prueba llenó de dolorosa consternación todos los corazones. Se revocó la sentencia; el nombre del príncipe Basilio fué rehabilitado, pero la gracia llegaba de-

(1) «Por el crimen de traición.»

masiado tarde para el pobre desventurado. En cuanto a sus dominios, Jeremías nunca había pensado expropiárselos, porque los Visnoviezki, que conocían mejor que nadie a Basilio, jamás llegaron a estar completamente convencidos de su culpabilidad, tanto, que hubiera podido aquél permanecer allí, burlando la sentencia, bajo tan alta y poderosa protección. Si huyó, fué únicamente porque era incapaz de vivir en el deshonor.

Elena crecía, pues, apaciblemente en Razlogi bajo la cariñosa tutela de su tío. A la muerte de éste empezaron para ella los días de prueba. La esposa de Constantino, de origen un tanto nebuloso, era una mujer de carácter brusco, impetuoso y dominante, a la que tan sólo había podido tener a raya su marido. Tan pronto hubo éste cerrado los ojos, su viuda tomó el gobierno de Razlogi en sus férreas manos. Sus siervos y criados la temían como al fuego y temblaban en su presencia; no tardó en mostrarse también con sus vecinos tal cual era.

En el tercer año de su gobierno en Razlogi organizó dos incursiones a mano armada contra los Livinski residentes en Brovarki. Ataviada de amazona, cabalgaba al frente de sus siervos y de sus cosacos mercenarios.

En otra ocasión, cuando un destacamento de las hordas tártaras, al recorrer los lugares de las «Siete Tumbas,» fué derrotado por los regimientos de Jeremías, la princesa, a la cabeza de su gente, exterminó los restos de los derrotados que se habían aventurado hasta Razlogi. Y se instaló allí definitivamente, considerando aquellos dominios como de exclusiva propiedad suya y de sus hijos. Les amaba como la loba a sus lobeznos. Mujer tosca en extremo, no se cuidó de darles adecuada educación; se contentó con que un fraile del rito griego, que de Kiev hizo venir a Razlogi, les enseñara las primeras letras. A esto quedó reducida su instrucción, a pesar de que a algunas leguas de allí, en la corte de Lubnie, los príncipes hubieran podido adquirir cierta ilustración, bien en la cancillería ducal practicando los negocios públicos, bien adiestrándose en el arte de la guerra alistados en la bandera.

Verdad es también que la princesa tenía sus motivos para no presentarlos en Lubnie. Temía que el príncipe Je-



remías, al recordar que Razlogi era de su propiedad, le pidiera cuentas de la tutela de Elena o se decidiera a constituirse en protector directo de la princesita para honrar la memoria de Basilio. En este caso tendría ella, probablemente, que abandonar el usurpado dominio; prefería, pues, la anciana que en Lubnie se ignorara que aún existían Kurcévich en el mundo. Y los jóvenes príncipes crecían medio salvajes y más cosacos que aristócratas.

Siendo aún adolescentes, tomaban parte en las agresiones organizadas por su madre, en las incursiones contra sus odiados vecinos, en las expediciones contra las bandas tártaras. Como aborrecían por instinto los trabajos intelectuales, se adiestraban durante días enteros en el manejo de la ballesta, en el tiro con honda, en la esgrima del sable o en el lanzamiento del lazo, y dejaban la explotación agrícola al cuidado de su celosa madre.

Daba lástima ver los modales rudos e incultos de aquellos descendientes de ilustre abolengo por cuyas venas corría sangre de príncipes.

Su endurecido corazón y su brutal espíritu se asemejaban a la estepa agreste y bravía. En cambio se habían desarrollado como robles y, viéndose tan faltos de modales, evitaban el trato con los nobles, y complacíanse con la compañía de los indómitos jefes cosacos.

No tardaron en hacer buenas migas con los llaneros, que les trataban como a iguales. A veces permanecían meses enteros en Sich. Iban entonces a «ejercer su oficio» en compañía de los cosacos y tomaban parte en las expediciones contra los turcos y los tártaros, lo que llegó a constituir su principal y predilecta ocupación. Su madre les dejaba en libertad, tanto más cuanto que volvían a menudo cargados con rico botín. En una de estas expediciones el primogénito, Basilio, cayó en poder de los infieles, y aunque sus hermanos, con la ayuda de Bogun y de sus zaporogos, lograron rescatarlo, ya tenía los ojos abrasados. Desde entonces no salió de su casa, y así como antes era el más salvaje, se dulcificó ahora visiblemente, ensimismándose en místicas contemplaciones.

Los otros continuaban en el ejercicio de las armas, lo que les valió por fin el sobrenombre de «los príncipes cosacos.»

Bastaba echar una ojeada a su casa para saber qué clase de gente la habitaba.

Cuando Pan Skretuski y el embajador valaco atravesaron con sus carruajes la puerta principal, vieron alzarse ante sus ojos, no una casa señorial, sino más bien una especie de guarida construída con enormes maderas de encina y provista de estrechas ventanas, que más bien parecían aspilleras.

Los departamentos reservados a los criados y cosacos, las cuadras, los graneros y los almacenes contiguos al cuerpo principal del edificio formaban con él un conjunto caótico compuesto de cuerpos de edificio de distintos tamaños. Desde el exterior aparecía todo tan pobre y rústico que, a no ser porque desde lejos se advertían algunas ventanas iluminadas, apenas se hubiera tomado por habitación humana. En la explanada, delante de la casa, alzábanse las garruchas de dos pozos, y junto a la puerta una columna con un aro de madera en el cual posaba sus asentaderas un oso domesticado.

Una pesada puerta, también de troncos de encina, se abría a la explanada, que rodeaban una empalizada y un foso.

Era aquel, por su aspecto, un lugar fortificado y prevenido contra incursiones e invasiones enemigas. Recordaba en todas sus partes una fortaleza fronteriza a estilo cosaco, y aunque eran lo mismo casi todas las casas solariegas de la frontera, ésta tenía además un no sé qué de guarida de fieras.

Los criados que salieron con antorchas al encuentro de los huéspedes parecían más bien bandoleros que gente de servicio. Los perrazos atados en el patio tiraban de sus cadenas como para soltarse y lanzarse sobre los recién llegados. En las caballerizas se oían relinchos.

Los jóvenes príncipes y su madre multiplicaban los llamamientos a la servidumbre, gritaban, maldecían. En medio de este estrépito atravesaron los viajeros el umbral, y Rozvano Ursu, que comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la hospitalidad en aquella guarida feroz y miserable, quedóse estupefacto ante el espectáculo que se ofrecía a su mirada: en el interior de la casa no había nada que res-

pondiese al lamentable aspecto del exterior. Primeramente penetraron en una vasta antecámara cuyas paredes desaparecían bajo de armaduras, armas y pieles de bestias feroces. En los hogares de dos enormes chimeneas ardían troncos de árboles que enrojecían con el brillo de su llama ricos arneses, centelleantes corazas, coseletes turcos cuajados de piedras preciosas, cotas finas de malla con broches adornados de áureas hebillas, coracinas, ventrales, golias, arneses de acero de gran valía, yelmos polacos y almetes turcos y morriones de visera de plata. En la pared opuesta colgaban escudos antiguos junto a lanzas polacas y jabalinas orientales, y una colección de armas blancas, desde el sable hasta las cimitarras y yataganes de Oriente, cuyas empuñaduras reflejaban, al brillar, innumerables colores como resplandores de llama. En los ángulos pendían manojos de pieles de zorro, lobo, oso, marta y armiño: era el producto de las cacerías de los príncipes. Más abajo, al pie de las paredes, dormían en sus aros azores, halcones y enormes águilas reales traídas de las lejanas estepas orientales y amaestradas para la caza del lobo.

Del vestíbulo pasaron los huéspedes a la espaciosa cámara de honor. También allí ardía abundante fuego en una chimenea de campana. El lujo de esta estancia sobrepasaba aún al del vestíbulo. Los maderos sin labrar de las paredes estaban ricamente tapizados; en el suelo extendíanse soberbias alfombras orientales.

En el centro, una mesa oblonga de pies cruzados, construída con tablones rústicos, sustentaba grandes cálices de oro macizo o de cristal biselado de Venecia.

Arrimadas a las paredes se veían mesitas, cómodas y estanterías, en las que se amontonaban pebeteros, pomos para esencias, de bronce cincelado, candelabros de latón y relojes; preciosidades que en otro tiempo los turcos habían robado a los venecianos y los cosacos a los turcos. La sala estaba atestada de objetos de lujo, muchos de ellos de empleo desconocido por los mismos propietarios. Por todas partes alternaba la suntuosidad con la extrema sencillez de la vida de la estepa; y se veían preciosas arquillas turcas con incrustaciones de bronce, ébano y nácar, junto a estanterías de toscas tablas; mullidos sofaes cubiertos de tapi-

ces contrastaban con sillas de madera ordinaria. Las fundas de los almohadones colocados sobre los divanes, según la usanza oriental, eran de brocado de oro o de damasco, pero, en vez de estar rellenos de suave plumón, estábanlo de heno o de paja de guisantes. Los valiosos tejidos y los objetos de lujo eran, por decirlo así, *bienes raíces* turcos y tártaros, en parte adquiridos a cualquier precio de los cosacos, y el resto conquistados en las incursiones particulares de los tiempos del viejo príncipe Basilio, o en las más recientes de los llaneros, por los jóvenes príncipes Búlig, que preferían lanzarse con sus *chaicas* a través del mar Negro a contraer matrimonio y atender a su casa.

Nada de aquello causó sorpresa a Skretuski, que conocía muy bien las residencias fronterizas; pero no salía de su asombro el gallardo valaco al ver, en medio de aquel lujo, a los Kurcévich con botas de cuero de vaca y pellizas que diferían muy poco de las de sus criados. El mismo estupor experimentó Pan Longinos, acostumbrado en Lituania a muy distintos usos.

Entre tanto los príncipes acogían con gran cordialidad y buen deseo a sus huéspedes; pero, poco al corriente de los modales de la buena sociedad, mostraban tanta torpeza en sus maneras que Juan apenas podía contener la risa.

—Tanto gusto en veros y gracias por el favor que nos dispensáis—dijo Simeón, el mayor de los hermanos.—Ya sabéis que esta mansión es la vuestra, y, por tanto, podéis estar como en vuestra casa, sin cumplidos de ningún género. Os saludamos humildemente en nuestra rústica residencia.

Y aunque su acento no expresara en modo alguno humildad, y aunque Simeón estuviera persuadido de que en nada era inferior a sus huéspedes en cuanto a su origen, les saludaba doblando profundamente el espinazo, según la costumbre cosaca, y al mismo tiempo que él, y adoptando la misma actitud, les saludaban sus hermanos menores, creyendo que los deberes de hospitalidad requerían tal muestra de respeto.

—¡Salud, señores, salud!—repetían.

A todo esto, la princesa, tirando a Bogun de la manga, llevóselo al cuarto contiguo.

—Escucha, Bogun—le dijo precipitadamente,—no me gusta andar con rodeos. Veo que has tomado ojeriza al joven gentilhomme y que tratas de armar camorra.

—Madrecita mía—contestó el cosaco besando la mano de la anciana.—Ancho es el mundo; siga él su camino, que yo seguiré el mío. Nunca le conocí, ni siquiera por el nombre, pero que no revolotee en torno de la princesita, pues juro por mi salvación que he de hundirle el sable en el cuerpo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo tienes la cabeza, buen cosaco? ¿Qué es lo que pasa por ti? ¿Quieres perdernos a todos, a nosotros y a ti mismo? ¿No sabes que es un soldado del duque Visnoviezki, un oficial..., un sujeto de alta categoría, puesto que el duque le ha enviado con una embajada cerca del kan? ¿Sabes qué sucedería si tocáramos bajo de este techo uno solo de sus cabellos?.. El duque pondría sus ojos en Razlogi; vengaría al oficial dejándonos a la ventura; se llevaría a Elena y la guardaría en Lubnie. ¿Y qué harías luego tú? ¿Serías capaz de habértelas también con el duque o de invadir Lubnie? ¡Inténtalo si quieres saborear el palo, maldito cosaco! ¿Que el oficial está rondando a la muchacha? Bueno, ¿y qué? Se marchará como ha venido y aquí paz... ¡Domínate! Si no, puedes irte por donde has venido, pues nos acarrearías alguna desgracia.

Bogun se mordía los labios, agitado; comprendía que la anciana tenía razón.

—Se irán mañana, madre, así es que me contendré...; pero que la bella de las pestañas negras no aparezca ante los forasteros.

—Pero, vamos a ver, ¿qué te importa a ti? ¿Para que crean que la tengo prisionera? Elena se presentará: ¡esa es mi voluntad!.. Y no quieras mandar tanto en mi casa, que tú aquí no eres el amo.

—No os enojéis, princesa. Ya que no hay otro remedio, seré muy amable con ellos y meloso como golosina turca. Apretaré los dientes y dejaré en paz el pomo de mi daga, aunque me abrase la ira, aunque se me haga trizas el alma... Quedaréis complacida.

—¡Bravo, así se habla, halcón mío! Coge la tiorba, toca y canta... Esto aliviará tu espíritu. Pero ahora vamos a reunirnos a nuestros huéspedes.

Entraron de nuevo en la sala... No sabiendo cómo recrear a los forasteros, continuaban los príncipes haciendo reverencias e invitándoles a instalarse cómodamente. Skretuski acogió a Bogun con severa y arrogante mirada, pero en los ojos del cosaco no había rencor ni retadora altivez. El rostro del joven caudillo reflejaba una sincera alegría, tan admirablemente fingida que hubiera engañado al observador más experto. Juan se fijó en él con atención, pues antes no había podido ver claramente sus facciones debido a la obscuridad que en la estepa reinaba.

Pudo observar que se trataba de un mozo esbelto y erguido como un álamo, de rostro moreno, encuadrado por abundantes bucles de cabello color de azabache que caían sobre sus mejillas. La alegría de aquel rostro se translucía, como sol entre nubes, a través de la sombra de melancolía característica de la raza ucraniana. Cubría la alta frente del gallardo guerrero una cabellera negra y abundante que descendía sobre el recio entrecejo en sueltos mechones recortados. La nariz aguileña, de movibles aletas, y los blancos dientes que asomaban brillantes a cada sonrisa, daban a su faz cierto aspecto de fiereza. Era, sin embargo, en conjunto, un tipo de belleza ucraniana, exuberante, espléndida y procaz. La singular riqueza de su traje distinguía también a este apuesto hijo de la estepa de los otros príncipes, que vestían toscas hopalandas. Llevaba jubón de seda fina, salpicado de plata, y encima una sobreveste (1) roja, color predilecto de los cosacos de Pereiáslav. De sus hombros pendía una banda de rico tisú, de la que a su vez colgaba el sable, y tanto éste como su suntuoso atavío quedaban oscurecidos ante los destellos de su lujosa daga turca, sujeta en el cinturón, y cuya empuñadura cuajada de joyas centelleaba policroma. Bajo tan espléndido jaez se le podía tomar más bien por hijo de un magnate que por un cosaco, y la gracia y desenvoltura de sus modales aristocráticos no revelaban en lo más mínimo su humilde cuna.

Acercóse primeramente a Longinos; escuchó sin pestañear la historia del antepasado Stoveiko, la consabida historia de las tres cabezas cortadas, y luego se dirigió a

(1) Traje nacional polaco (kontus), (*N. del T.*)

Skretuski preguntándole con mucho desenfado y como si nada hubiera ocurrido entre ellos:

—¿Venís de Crimea, según me dicen, caballero?

—De Crimea vengo—contestó Juan secamente.

—También he estado yo allí, y si no he llegado hasta Bajchisarai, espero ir pronto, si son ciertos los faustos rumores que circulan.

—¿A qué rumores os referís?

—Se dice que, si nuestro augusto soberano declara la guerra a los turcos, el príncipe vaivoda entrará a sangre y fuego en Crimea... Estas noticias causan un gran regocijo en los llaneros, pues si con tan glorioso caudillo no llegáramos a asistir a un festín en Bajchisarai, habría que renunciar para siempre a penetrar en la residencia del kan.

—¡Sí que asistiremos, Dios lo sabe! ¡Iremos!—exclamaron los hermanos Kurcévich.

Cautivó al teniente el respeto con que el jefe cosaco hablaba del príncipe, y sonriendo con ironía, respondió con acento más conciliador:

—Según se ve, no creéis haber realizado ya bastantes expediciones con los llaneros, que tanta gloria os procuraron.

—¡A guerra chica, menguada gloria! El célebre Kona-sevich Sagaidachny no la conquistó remando en las *chaiscas*, sino luchando bajo las murallas de Jotsim.

En el mismo instante abrióse la puerta, y Basilio, el mayor de los hermanos, entró pausadamente en la estancia guiado por Elena. Era un hombre de edad madura, pálido y enjuto, de rostro ascético y melancólico, que recordaba a los iconos bizantinos. Sus largos cabellos, prematuramente encanecidos a consecuencia de las desgracias y dolores, caíanle sobre los hombros. En el sitio de los ojos se veían las vacías cuencas sanguinolentas. Llevaba una cruz de latón con la que, alzándola, bendijo la habitación y a todos los allí reunidos.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Salvador, y de la Santísima Virgen María, bienvenidos seáis a esta morada cristiana, si sois los enviados de Dios, los precursores de la buena nueva. ¡Así sea!

—Disculpadle, señores; no tiene muy sano el juicio—murmuró la madre.

Basilio continuaba las bendiciones con la cruz.

—Como dicen las Epístolas de los Santos Padres—prosiguió,—los que derramaren su sangre por la fe serán salvados; pero aquellos que perecieren por defender los bienes temporales, ganancias o conquistas, serán condenados. ¡Oremos! ¡Ay de vosotros, hermanos! ¡Ay de mí! Porque hemos hecho la guerra pensando en el botín. ¡Dios mío, tened misericordia de nosotros, pobres pecadores!.. ¡Dios mío, tened piedad!.. Y vosotros, extranjeros, ¿qué nuevas nos traéis? ¿Sois por ventura apóstoles?

Y calló como esperando contestación.

—¡Quién hubiera podido investirnos de tan elevada misión!—dijo Skretuski al cabo de un momento.

—Somos soldados nada más; pero soldados dispuestos a morir por nuestra fe.

—Así obtendréis la salvación—dijo el ciego.—En cuanto a nosotros, no ha llegado todavía la hora de la redención. ¡Ay de vosotros, hermanos míos! ¡Ay de mí!

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un lúgubre gemido, y tanta desesperación se pintaba en aquel rostro, que los huéspedes quedaron anonadados. Entre tanto Elena hízole sentar en un sillón, y retirándose rápidamente, volvió a poco con un laúd. No tardaron en oirse en la sala suaves sonidos de dulce ritmo, con cuyo acompañamiento entonó la joven princesa un canto religioso:

Día y noche os imploro, ¡oh Señor!,  
que os apiadéis de mis penas y de mi llanto de dolor.  
Sed Padre misericordioso para este pobre pecador.  
Oid mis ruegos.

El ciego escuchó con la cabeza echada hacia atrás aquel canto que parecía ser para él un lenitivo. De su rostro fué desapareciendo paulatinamente la expresión de dolor y de espanto. Por fin su cabeza se inclinó sobre el pecho y no tardó en quedarse adormecido y semi-inconsciente.

—Este canto acabará por calmarle. Os ruego que no interrumpáis—decía en voz baja la madre.—Ya veis, señores, que su locura se reduce a esperar continuamente la venida de los Apóstoles. Siempre que alguien llega a esta casa sale a ver si son los santos varones tan deseados.



Entre tanto Elena seguía cantando:

Muéstrame el camino, ¡Señor de los señores!,  
a mí, pobre peregrino errante en el desierto  
cual navío a merced de las olas del mar inmenso.

Su armoniosa voz se elevaba más y más... Y el laúd en las manos, los ojos levantados al cielo, estaba tan divinamente hermosa, que Pan Skretuski no podía apartar la vista de ella. La contemplaba embelesado, saturándose de su mirada, olvidándose de cuanto había en torno suyo.

De su dulce arrobamiento sólo lograron despertarle las palabras de la anciana:

—Basta. Ahora ya no es fácil que despierte. Señores, concedednos el honor de compartir con nosotros nuestra cena.

—Humildemente os rogamos que aceptéis el pan y la sal (1)—añadieron los príncipes.

Rozvano Ursu, a fuer de buen boyardo acostumbrado a la etiqueta, ofreció el brazo a la princesa. Al punto acercóse Juan a Elena. Al sentir sobre su brazo el contacto de la mano de la joven se le derretía como cera el corazón, sus ojos chispeaban...

—No tienen voz más armoniosa—le dijo el teniente—los mismos querubines.

—Incurris en pecado, caballero—contestó Elena,—al comparar mi canto con el de los ángeles.

—No sé si será pecado, pero a gusto me dejaría quemar los ojos para oiros cantar toda mi vida. Mas ¿qué estoy diciendo? Ciego no podría veros y esto sería igualmente para mí el más cruel de los suplicios.

—No habléis así, caballero... Mañana partiréis y mañana mismo ya no os acordaréis de mí.

—No, no. Tan grande es mi amor que no sentiré ningún otro en toda mi vida y nunca podré olvidaros.

El rostro de la joven princesa se coloreó de escarlata y su seno se agitó anhelosamente. Quería contestar, pero sus labios temblaban.

Juan prosiguió:

(1) Símbolo de hospitalidad entre los eslavos. (*N. del T.*)

—Antes bien seréis vos la que me olvide al lado de ese gallardo cosaco que acompañará con la *balalaika* (1) vuestro canto.

—¡Eso nunca, jamás!—exclamó Elena con voz sofocada. —Y guardaos bien de él, pues es un sujeto temible.

—¡Poco se me da un cosaco más o menos en la tierra! Y si a su voz hubiera de levantarse todo Sich, yo haría frente a todos por vuestro amor, pues sois para mí una joya inapreciable; constituís para mí el mundo entero... Mas decidme, por piedad, ¿corresponderéis a mi amor?

Un débil «sí,» casi imperceptible, llegó como seráfica música a los oídos del teniente. Sentía Juan en aquel momento como su corazón precipitaba vertiginosamente su marcha; todo en torno suyo le parecía fúlgido y sonriente, como bañado por un haz de rayos enviado por el astro del día; se sentía dominado por un poder sobrenatural y como si le hubieran nacido alas en los hombros.

Durante la cena su mirada fugaz tropezó varias veces con el rostro de Bogun, muy demudado y pálido. Pero Skretuski, seguro ya de que Elena le correspondía, se preocupaba poco de su rival.

«¡Que se lo lleve el diablo!—se dijo para sus adentros;—que se guarde bien de atravesarse en mi camino si la vida le es grata.» Y al fin cambió el rumbo de sus pensamientos. Sentado junto a Elena, se hallaba tan cerca de ella, que sentía el roce de su hombro. Veía que el rubor no desaparecía de su rostro, que seguía despidiendo fuego; veía su agitado seno, y observaba también que sus ojos bajos y celados por las pestañas resplandecían a veces como dos luceros. Aunque intimidada por la brusquedad de la anciana princesa, y a pesar de vivir continuamente en la tristeza y temor de su orfandad, no se había extinguido en sus venas la llama de la sangre ucraniana. Apenas la acariciaron los tibios rayos del amor, volvió a florecer como una rosa, despertando a una vida hasta entonces desconocida para ella. En sus facciones se reflejaba el fulgor de la felicidad, y sus atrevidas y apasionadas expansiones, en pugna con el pudor virginal, coloreábanle las mejillas con matices de rosa.

(1) Guitarra de dos cuerdas usada entre rusos y tártaros. (N. del T.)

La alegría de Juan rayaba en delirio. Bebía sin medida, pero, ebrio ya de amor, no le hacía mella el hidromiel. Fuera de su adorada princesita, no veía a nadie en la mesa. Ni siquiera advirtió que Bogun se ponía cada vez más pálido, ni que acariciaba con creciente nerviosidad el mango de su puñal; ni oía tampoco a Longinos contar por tercera vez las proezas de su famoso ascendiente; ni a los hermanos Kurcévich describir sus expediciones en busca de los «bienes» de los turcos. Todos bebían copa tras copa, salvo Bogun. La anciana, dando ejemplo, brindó por la salud de todos sus huéspedes uno tras otro; por la de Su Gracia el señor Príncipe, por la del hospodar (1) Lúpulo. Hablóse luego del ciego Basilio, de sus antiguas hazañas guerreras, de su desdichada expedición y de su actual demencia, que explicaba su hermano Simeón en los términos siguientes:

—Considerad, nobles señores, que si un grano es suficiente para privar de la vista, ¿cómo no ha de producir locura la hirviente pasta de la pez derretida que debió penetrarle por los ojos hasta el cerebro?

—Sí, la vista es un sentido delicadísimo—asintió Longinos.

En aquel momento la princesa advirtió el trastorno pintado en el rostro de Bogun.

—¿Qué tienes, halcón mío?—preguntó.

—Se me destroza el alma, madre mía—respondió en tono sombrío,—pero la palabra de un cosaco no se la lleva el viento: ¡sabré dominarme!

—Domina tu dolor, hijo mío, así se aliviará mi corazón.

La cena terminaba; no obstante, las copas continuaban llenándose de hidromiel. En esto, entraron varios pajes cosacos, muy jóvenes, invitados para que divirtieran con sus danzas a los huéspedes. Sonaron la balalaika y el tamboril. Con los ojos hinchados por el sueño, los adolescentes se veían, sin embargo, obligados a moverse con ritmos de danza. Más tarde se pusieron también los príncipes a bailar, y hasta su misma madre, con los brazos en jarras, empezó a taconear sin moverse del mismo sitio, brincando al compás de la música, tarareándola y contoneándose. Juan,

---

(1) Magnate moldavo o valaco. (*N. del T.*)

no pudiendo resistir más, sacó a bailar a Elena. Al sentirla junto a sí, le pareció hallarse transportado a las mansiones de la gloria. Con las vueltas del baile las largas trenzas de Elena fueron arrollándose alrededor del cuello del teniente cual si la joven quisiera de este modo encadenarlo para siempre a ella. Incapaz de contenerse por más tiempo y aprovechando un momento en que nadie lo veía, inclinóse hacia ella y, arrebatado de apasionado frenesí, la besó en los labios.

.....  
 Horas después, muy entrada ya la noche, a solas con Longinos en el cuarto que les habían destinado para su reposo, Juan, en vez de dormir, sentóse al borde de la cama y dijo a su compañero:

—Mañana iréis a Lubnie con un hombre distinto del que conocéis.

Podbipienta, que acababa de recitar en aquel momento sus oraciones, abrió desmesuradamente los ojos y preguntó:

—¡Cómo! ¿Os quedáis aquí por ventura?

—No me quedaré en persona, pero dejo aquí el corazón y no llevo conmigo sino el dulce *recordatio* (1). Si me veis tan alterado, se debe tan sólo a que la honda pasión que me domina apenas me deja respirar.

—¿Estáis, pues, enamorado de la princesita?

—No lo niego. Tan cierto es como que estoy aquí. El sueño huye de mis párpados y mi corazón no sabe ya más que suspirar y en suspiros se deshace como agua que se evapora. A vos os lo cuento porque, sensible como sois y por la sed de amar que siente vuestro corazón, comprenderéis perfectamente mis tormentos.

Longinos empezó a su vez a suspirar, dando a entender que no ignoraba lo que era sufrir del mal de amores. Momentos después preguntó en tono quejumbroso:

—¿Habéis hecho, acaso, también voto de castidad?

—No sé cómo podéis preguntar eso... Si todos hicieran tales votos, pronto se extinguiría el *genus humanum* (2).

(1) «Recuerdo.»

(2) «Género humano.»

En aquel momento penetró un criado y se cortó la conversación.

Era el sirviente un viejo tártaro de ojos negros y penetrantes y de rostro arrugado como un orejón. Desde el umbral le dirigió a Pan Skretuski una mirada de inteligencia.

—¿Desean algo vuestras señorías?—preguntó.—Quizá una copita de hidromiel para conciliar el sueño.

—No, gracias.

El doméstico se acercó al oficial, murmurando a su oído:

—Tengo que decir a su señoría una palabrita de parte de la princesa Elena.

—Bienvenido seas, Pandaro (1) de mi amor—exclamó el oficial entusiasmado.—Puedes hablar sin temor delante de este caballero, pues acabo de hacerle partícipe de mi secreto.

El anciano sacó un trozo de cinta de seda de dentro de la bocamanga, diciendo:

—La princesa os envía este lazo y me encarga os diga que os profesa un amor eterno.

Juan cogió ansiosamente la cinta, besándola con arrobaamiento y estrechándola contra su corazón.

Recobrado al fin de su primer transporte, dijo al tártaro:

—¿Qué es lo que te ha encargado que me dijeras?

—Que ama a vuestra merced con toda su alma.

—Toma un tálero en albricias. ¡Conque es cierto!.. ¿Y ha dicho que me ama?

—Sí, lo ha dicho.

—Toma otro tálero. ¡Oh! ¡Dios la bendiga! ¡Yo también la quiero más que a nadie! Oye..., vas a decirle..., o si no, no; espérate, yo mismo se lo diré. Tráeme papel, pluma y tinta.

—¿Qué?—preguntó, sorprendido, el tártaro.

—Tinta, pluma y papel.

—No tenemos aquí semejantes adminículos. En tiempos del príncipe Basilio sí los había... y también cuando el fraile enseñaba a los príncipes a escribir...; pero de esto hace ya mucho tiempo.

Skretuski hizo crujiir los dedos en señal de impaciencia.

(1) Mensajero. (*N. del T.*)

—Señor Longinos, ¿no tendríais por casualidad tinta y pluma?

El lituano abrió los brazos y levantó los ojos al techo.

—¡Diantre!—exclamó Juan,—en buen atolladero estoy metido.

Entre tanto el tártaro se había puesto en cuclillas ante la llama del hogar.

—¿Para qué escribir?—dijo al tiempo que atizaba el fuego.—A estas horas la princesa duerme; siempre tendrá Vuestra Gracia tiempo de decirle mañana de viva voz lo que quería comunicarle.

—Al fin y al cabo, tienes razón. Veo que eres un criado fiel. Ten; ahí va el tercer tálero. ¿Hace mucho tiempo que estás sirviendo?

—¡Oh! Más de catorce años ha que el príncipe me trajo prisionero. Desde esa época le serví con fidelidad, y cuando se marchó, aquella noche en que huía de casa para que nadie se acordara de su desdichado nombre, abandonando a su hijita en manos de Constantino, me dijo estas palabras: «Chegli, no te apartes nunca de mi pequeña hija; vela por ella como por las niñas de tus ojos.» ¡*Alah il Alah!*

—Y así lo haces, ¿no es cierto?

—Así lo hago. Miro y observo.

—¿Y qué ves? ¿Cuál es aquí la suerte de la princesita?

—Una suerte muy triste. Todos quieren otorgársela a Bogun, a ese maldito perro.

—¡Quiá! ¡No harán tal; habrá quien la defienda!

—Eso creo yo también—dijo el sirviente hurgando la leña del hogar.—Quisieran dársela a Bogun, que se la llevaría como el lobo al cordero, y de este modo quedarían en posesión de Razlogi, pues esta propiedad no pertenece sino a la princesita como heredera del príncipe Basilio. Bogun consiente en ello. Tiene escondidos en los cañaverales del Dniéper más oro y más plata que arenas hay en Razlogi...; pero Elena le odia desde un día que le vió matar a un hombre con una maza de armas. Entre ellos ha brotado sangre y de ésta ha germinado el odio. ¡Dios es uno!

En toda la noche Skretuski no pudo conciliar el sueño. Iba y venía por la estancia; contemplaba a ratos la luna y forjaba en su imaginación los planes más varios. Ahora

comprendía el juego de los príncipes. Si Elena se casaba con cualquier otro aristócrata de la comarca, éste reclamaría la finca, y no sin razón, puesto que a ella le pertenecía, y tal vez llegara a exigir, además, cuentas de la tutela. Por esta razón los Kurcévich, que eran ya medio cosacos, habían decidido casar a su prima con uno de éstos.

Al pensar en ello, Juan apretaba los puños encolerizado y llevaba instintivamente la mano al sable.

Prometiéndose a sí mismo desbaratar tales maquinaciones, sintiéndose con sobradas fuerzas para conseguirlo. Porque, después de todo, la tutela de Elena correspondía de derecho al príncipe Jeremías: en primer lugar, porque éste había confiado antaño al anciano príncipe Basilio la plena propiedad de Razlogi, y, además, porque, por cartas fechadas en Bar, el fugitivo había pedido a dicho príncipe que se constituyera en tutor. Sólo la acumulación de los negocios públicos, la guerra y sus empresas extraordinarias habían sido las causas de que el vaivoda hasta entonces no pensara en pedir cuenta de la tutela. Mas bastaba recordarle con una sola palabra sus deberes para que administrara justicia.

Despuntaba ya el día cuando se acostó Skretuski. Durmióse con pesado sueño y por la mañana al despertar adoptó una resolución definitiva. Longinos y él se vistieron rápidamente, pues los carros estaban ya a punto y los soldados de Juan a caballo y preparados para marchar. Juan pasó al comedor de honor, donde se desayunó, con sabroso caldo, en compañía de los Kurcévich y de la anciana princesa. Sólo Bogun estaba ausente, sin que nadie supiera si seguía aún durmiendo o si había partido.

Después de haber reparado sus fuerzas, dijo el teniente:

—Señora princesa, *tempus fugit* (1); dentro de poco tendremos que montar en nuestros caballos, pero antes de daros mi más sinceras gracias por vuestra hospitalidad he de deciros cuatro palabras aparte, a vos y a vuestros señores hijos, sobre un asunto de cierta gravedad.

La anciana princesa se mostró sorprendida. Miró interrogativamente a sus hijos, al embajador valaco y a Longinos,

(1) «El tiempo huye.»

como si quisiera adivinar en sus rostros de qué se trataba.

—Os escucho, señor—dijo con cierto dejo de inquietud en la voz.

El embajador se disponía a salir, pero la princesa le retuvo, encaminándose con sus hijos y Skretuski a la antecámara llena de arneses y armaduras.

Los príncipes se alinearon tras de su madre. La anciana, de pie, frente a Juan, le preguntó:

—¿Qué asunto es ese?

El teniente se volvió hacia ella con mirada rápida y un tanto amenazadora.

—Perdonad, princesa, y vosotros también, jóvenes príncipes, si, contra toda costumbre, en vez de utilizar los servicios de nobles enviados, quiero resolver este asunto por mí mismo...; pero no puede ser de otra manera. La necesidad es ley, y así, sin titubear más, presento a Su Alteza la princesa y a sus ilustres hijos, como tutores que sois de la princesa Elena, mi humilde súplica de que os dignéis concederme su mano.

Un rayo que hubiera caído en aquel momento en la explanada de Razlogi no hubiera asombrado tanto a la princesa y a sus hijos como aquellas palabras del joven oficial.

Durante unos instantes le miraron con mucho estupor. El permanecía erguido, tranquilo y con extraño ademán de altivez, como si fuera a ordenar en vez de formular un ruego.

Las palabras se helaron en los labios de los tutores. Luego la princesa rompió el silencio con estas preguntas:

—¿Qué? ¿Cómo?... ¿Vos?... ¿A Elena?

—Yo mismo, señora; acabáis de oír mi deseo irrevocable. Hubo un minuto de silencio.

—Espero una contestación, princesa.

Al fin ésta, un tanto calmada, repuso con voz seca y áspera:

—Dispensad... La petición nos honra por hacerla tan perfecto caballero, pero nos es imposible atenderla porque Elena está ya comprometida.

—No obstante, reflexionad, ilustre tutora, con cariño maternal, que quizá ello sea contra la voluntad de la joven y que tal vez valgo yo más que aquel a quien la destináis.



—Caballero, sólo a mí me toca juzgar del valor de cada uno. Puede que seáis un perfectísimo caballero, pero esto nos importa poco porque no tenemos el gusto de conoceros.

El oficial se irguió, todavía más altivo, dirigiendo a sus interlocutores su fría mirada, penetrante como la acerada hoja de un cuchillo.

—¡Pues yo sí que os conozco, traidores!—rugió.—Queréis poner a vuestra sobrina en manos de un villano al precio de que éste os deje apropiaros de la herencia que usufructuáis injustamente.

—¡El traidor eres tú!—vociferó la princesa.—¿Es así como pagáis nuestra hospitalidad? ¿Son éstas las pruebas de vuestro agradecimiento? ¡Mala víbora!... ¿Quién sois después de todo? ¿De dónde habéis salido?

Por su parte los príncipes empezaron a castañetear los dedos con impaciencia, dispuestos a descolgar alguna de las armas colgadas en la pared.

—¡Viles paganos!—exclamó el teniente.—Os habéis apoderado de las propiedades de la huérfana, pero no os aprovecharéis. Mañana mismo ya lo sabrá el príncipe.

Al oír esto, la princesa corrió al fondo de la sala, descolgó una jabalina de caza y fué hacia Pan Skretuski. Sus hijos habían cogido también lo que hallaron más a mano: un sable, una maza y un cuchillo. Colocados en semicírculo, jadeantes, rodeaban a su enemigo como una manada de lobos enfurecidos.

—¿Conque vas a denunciarnos al príncipe?—gritaba la anciana.—Pero ¿sabes acaso si saldrás vivo de aquí? ¿No crees que ha llegado tu última hora?

Pan Skretuski se cruzó de brazos. Ni un músculo de su rostro le temblaba.

—Vuelvo de Crimea como embajador del príncipe—dijo,—y si se vierte una sola gota de mi sangre, dentro de tres días no quedará aquí piedra sobre piedra y todos vosotros os pudriréis en los calabozos de Lubnie. No hay en el mundo poder capaz de salvaros. ¡No me amenacéis, que no os temo!

—¡Sea! Moriremos, pero tú antes que nosotros.

—¡Herid, pues! ¡He aquí mi pecho!

Los príncipes, con su madre al frente, permanecieron in-

móviles con las hojas de sus armas dirigidas al pecho del teniente, pues diríase que cadenas invisibles aherrojaban sus manos. Jadeantes y rechinando los dientes, temblaban de impotente rabia...; pero nadie se atrevía a descargar el primer golpe. El terrible nombre de Visnoviezki les desarmaba. El teniente quedó dueño de la situación.

La princesa desahogó su impotente ira con un chaparrón de injurias:

—¡Bellaco! ¡Cobarde! ¡Vagabundo! ¿Conque aspiras a ennoblecerte con sangre de príncipes? Pues te equivocas. Antes que dártela a ti, se la daríamos a cualquiera..., a todos. En esto ni el mismo príncipe tiene derecho a imponernos su voluntad.

—No es ahora ocasión propicia para probar mi nobleza— continuó Juan;—pero creo que no sería poco honor para vuestras altezas el usar la espada y el escudo de un caballero de mi condición. Por otra parte, si un bellaco os convenía, estoy yo muy por encima de él. Hasta mi fortuna puede equilibrarse con la vuestra; y como os he dicho ya por qué no queréis concederme la mano de Elena, escuchad mi proposición: yo, por mi parte, os dejaré en posesión de Razlogi sin pedir os cuenta alguna de la tutela.

—No te muestres generoso con lo que no es tuyo.

—No lo soy; os hago sólo una promesa empeñando mi palabra y mi honor de caballero. Así, pues, escoged: o dar cuenta de la tutela al príncipe y abandonar Razlogi, o bien darme la doncella y conservar las tierras.

La jabalina se deslizaba lentamente de las manos de la princesa. Momentos después cayó al suelo con pesado estruendo.

—Escoged— repitió Skretuski:— *aut pácem, aut bélum* (1).

—Habéis tenido la suerte de que Bogun se haya ido de caza con los halcones—dijo en tono más amable la anciana—para evitar vuestra presencia, pues ya ayer sospechaba de vos. Si llega a estar aquí, hubiera habido sangre.

—Señora, también yo llevo sable y no sólo para que me cuelgue del cinturón.

(1) «O la paz o la guerra.»

—Sin embargo, reflexionad. ¿Cuadra a un noble de vuestra condición, que ha entrado en una casa donde ha sido recibido cortésmente, amenazar en ella a la gente y querer apoderarse a viva fuerza de una joven, lo mismo que si se tratara de librarla de la esclavitud musulmana?

—Sí, puesto que esa joven, después de ser esclava, había de verse vendida a un villano.

—No deis ese nombre a Bogun; aun cuando hijo de padres desconocidos, es Bogun un guerrero célebre y un glorioso caballero. Nosotros le conocemos desde su infancia y le consideramos como a un miembro de la familia. Arrebatarle a Elena sería atravesarle con un puñal.

—Señora, el tiempo apremia... Perdonad, pues, que os diga otra vez: escoged.

La princesa se volvió hacia sus hijos:

—¿Qué opináis, pues, hijos míos, de la súplica tan respetuosa de este caballero?

Los jóvenes se miraban unos a otros y se daban con los codos. Nadie contestaba. Al fin refunfuñó Simeón:

—Si nos mandas matar, madrecita, mataremos. Si nos mandas entregar a Elena, la entregaremos. Si malo es matar, no menos malo es entregarla.

Dirigiéndose a Pan Skretuski, continuó la princesa:

—Caballero, nos habéis puesto entre la espada y la pared. Bogun es un alocado capaz de todo. ¿Quién nos preservará de su venganza? El sucumbirá a manos del príncipe, pero antes nos habrá asesinado a todos. ¿Qué hemos de hacer?

—Eso no me atañe.

La anciana calló y, momentos después, prosiguió:

—Escuchadme, buen caballero. Es menester que nadie se entere de este asunto. Mandaremos a Bogun a Pereiáslav. Nosotros mismos acompañaremos a Elena a Lubnie. Vos os encargaréis de que el príncipe, accediendo a vuestros ruegos, nos envíe una escolta a Razlogi. Bogun tiene aquí cerca de ciento cincuenta cosacos, de los cuales muchos han llegado ya. El llevaros en este momento a Elena es imposible; os la arrebataría al poco rato. No hay otra solución. Idos, pues; no habléis a nadie de este secreto y esperadnos.

—Para que me hagáis luego traición...

—¡Haceros traición! Para ello sería preciso poder... y demasiado sabéis que esto es imposible. Dadnos palabra de que guardaréis el secreto hasta entonces.

—Os la doy. Y vos ¿me daréis a Elena?

—No nos queda otro remedio, aunque lo sintamos por Bogun.

—¡Quíá! ¡Quíá! Señores—dijo de repente Skretuski, volviéndose hacia los príncipes:—¿sois cuatro mozos como cuatro robles y tenéis miedo de un solo cosaco contra el que apeláis a la traición? Aunque esto me honra y debo agradecerlo, no puedo menos de deciros que vuestro proceder es indigno de tan ilustre prosapia.

—No os metáis en lo que no os atañe—gritó la princesa. —¿Qué podemos hacer? ¿De cuántos soldados disponéis contra sus ciento cincuenta cosacos? ¿Nos defenderíais, acaso, vos? ¿Defenderíais a Elena misma contra su decisión de arrebatárosla a viva fuerza? ¡Vaya, dejadnos en paz! Partid, partid a Lubnie, que nosotros ya sabremos cómo arreglarnos. Lo que urge es que os llevemos a Elena.

—Como gustéis. Sin embargo, una sola palabra: ¡desgraciados de vosotros si ocurriese algo malo a la princesita!

—¡No nos tratéis de este modo si no queréis conducirnos a la desesperación!

—Pero vosotros, que queríais violentar a Elena, dispuestos como estabais a entregarla a Bogun a cambio de Razlogi, ¿no habéis pensado siquiera en preguntarle si es de su agrado mi humilde persona?

—Se lo preguntaremos, y en vuestra presencia—contestó la princesa, ahogando la cólera que volvía a agitar su pecho, pues comprendía perfectamente el menosprecio que encerraban las palabras del teniente.

Simeón salió a buscar a Elena, con la que volvió a la estancia poco después.

Aún parecían resonar en ella los gritos y amenazas cual los ecos de una tempestad que se aleja, cuando apareció ante aquellos personajes de miradas furibundas, de crueles rostros y contraídos entrecejos, la dulce faz de Elena, como rayo de sol después de una borrasca.

—Señorita—dijo con voz sombría la princesa, señalando

a Skretuski:— ved ahí a vuestro futuro esposo... si vuestra inclinación responde a nuestros deseos.

Elena, cubierto el rostro de mortal palidez, dió un grito, se cubrió la cara con ambas manos y, de pronto, tendió los brazos al teniente.

—¡Oh! ¿Será cierto?—murmuró dominada por dulce arro-  
bamiento.

Una hora después el séquito del embajador y la escolta de Juan recorrían a sus anchas la selva, camino de Lubnie. Skretuski y Podbipienta cabalgaban a la cabeza, seguidos de una larga hilera de carros pertenecientes al séquito del embajador. Juan parecía sumido en profunda melancolía. De repente sacáronle de sus ensueños los apagados ecos de una canción:

Me consumo de añoranza. ¡Cómo me duele el corazón!

En el fondo del bosque, en una carretera trillada por los carromatos de los labradores, apareció Bogun. Su caballo iba lleno de espuma y de barro. Por lo visto, según su costumbre, el guerrero se había ido a recorrer la estepa y los bosques, aturdiendo su corazón con el vértigo del galope, deseoso de olvidar sus pesares al arrullo del viento. En aquel momento regresaba a Razlogi.

Skretuski contemplaba aquella figura marcial y soberbia, que pasaba como una exhalación, y al mirarla no pudo menos de pensar y murmurar entre dientes: «¡Fortuna ha sido que matara a un hombre en presencia de ella!»

De repente sintió un arranque de cólera. Casi compadecía a Bogun, pero sentía profundamente que una promesa solemne hecha a la princesa le impidiera correr en pos de él para alcanzarle y decirle:

—Los dos amamos a la misma mujer. Uno de nosotros sobra en este mundo. ¡Desenvainad el sable, cosaco!

## CAPÍTULO V

Al llegar a Lubnie Skretuski no halló al príncipe, que había ido a Siench a casa de su antiguo palaciego el señor Sufchiński para asistir a un bautizo. Le acompañaban la princesa, dos damas de Zbáraz y muchas personalidades de la corte. En vista de esto tuvo que pasarse aviso a Siench del regreso de Pan Skretuski de Crimea, así como del de la embajada.

Todos los amigos y compañeros de Skretuski le agasajaron cumplidamente al regresar de su largo viaje, distinguiéndose entre ellos Miguel Volodiovski, que había acabado por convertirse en el mejor amigo de nuestro teniente después de su último duelo con él. Era Volodiovski un caballero harto enamorado que, convencido de la informalidad de Anusia, había puesto su sensible corazón a los pies de Angela Leńska, otra dama de honor de la princesa, y como hacía un mes la hubiera visto dar su mano a Stanisevski, había empezado a dirigir sus suspiros amorosos, para consolarse, hacia Ana, la mayor de las doncellas de Zbáraz y sobrina del príncipe Visnoviezki.

Bien sabía, sin embargo, que picando tan alto no tenía la más mínima probabilidad de realizar sus deseos, sobre todo porque la mano de la mayor de las princesitas había sido ya pedida, sirviendo de intermediarios los señores Budiński y Lasota, para el señor Priemski, hijo del vaivoda de Lenchicee.

El desgraciado dragón contó, pues, al teniente su nueva desventura amorosa, poniéndole al corriente al propio tiempo de cuanto ocurría y se murmuraba en la corte del príncipe. Skretuski apenas le prestaba atención, pues su corazón y su mente estaban absortos por otros asuntos. A no ser por sus ansias espirituales, que suelen ser compañeras inseparables del amor, aun siendo éste correspondido, Skre-

tuski se hubiera considerado completamente feliz sólo por volver después de tan larga ausencia a Lubnie, donde de nuevo se veía rodeado de rostros amigos y de aquella animación de la bulliciosa vida guerrera, que era para él su otra existencia.

Lubnie, como residencia señorial fortificada, podía competir en lujo y aristocrático aparato con cualquiera de las pertenecientes a los *reyezuelos*. Distinguíase, sin embargo, de éstas por la vida especial que en ella se hacía, verdadera vida de campamento. El que no hubiera conocido las costumbres y el régimen de aquella ciudad no hubiera dudado, aun llegando en tiempos más pacíficos, que en ella se fraguaba alguna expedición guerrera. El hombre de armas era allí más apreciado que el cortesano; el hierro dominaba al oro, y el clamor de las trompas de campamento era más atractivo que la jovial algarabía de banquetes y tertulias. Por todas partes reinaban un orden ejemplar y una disciplina como en ningún otro punto se conocía. Por doquier se aglomeraban caballeros de variadísimas banderas: coraceros, dragones, cosacos, tártaros, valacos. Servían en estos regimientos no sólo los habitantes de todo el Trans-Dniéper, sino también los nobles más gallardos y joviales de todas las comarcas contiguas a la república. El caballero que quería practicar en una verdadera escuela de armas tenía que dirigirse a Lubnie. Allí no faltaban rutenos, masurianos, ni tampoco lituanos y gente de la Pequeña Polonia, y hasta acudían los prusianos...

Los regimientos de infantería y los artilleros, o sea «la gente de fuego,» estaban formados en su mayor parte por escogidos soldados alemanes, enganchados a buen sueldo. En los cuerpos de dragones servían principalmente los indígenas; bajo las banderas tártaras se agrupaban los lituanos, y los colores de los coraceros eran preferidos por los hijos de la Pequeña Polonia.

El príncipe, enemigo de toda ociosidad en sus soldados, no permitía que cesara ni un instante la viva actividad en el campamento... Unos regimientos iban al relevo de los puestos de guardia y de las guarniciones de las «polancas,» otros se dirigían a la capital... Todos los días, desde el amanecer a la puesta del sol, se practicaban instrucciones y

se pasaban revistas... De cuando en cuando, aunque no amenazara peligro por parte de los tártaros, el príncipe organizaba lejanas expediciones a los eriales y desiertos de la estepa con objeto de acostumar a sus soldados a las fatigas de las marchas, para poder un día llegar, para mayor gloria de su nombre, adonde hasta entonces nadie hubiera puesto su planta. El otoño anterior había recorrido la orilla izquierda del Dniéper llegando hasta Kúdak, donde fué recibido por el jefe de su guarnición, el señor Grodizki, con los honores propios de un soberano. Desde allí continuó bordeando las Cataratas, penetrando hasta Jortiza, y en la linde del país de los Kuchkases hizo erigir un inmenso mogote de piedra para conmemorar su paso por donde nadie había logrado penetrar aún (1).

Pan Boguslav Maskiéwich, joven en años, pero ducho en lides guerreras y a la vez persona docta e instruída, al describir estas y otras campañas del príncipe, contó de ellas maravillas a Pan Skretuski, que fueron confirmadas sin vacilar por Pan Volodiovski, pues él también había tomado parte en aquella expedición. Habían admirado las Cataratas, y muy especialmente la denominada «el Ogro,» porque, como antiguamente Escila y Caribdis, se tragaba todos los años varias docenas de víctimas.

Habían torcido luego hacia Oriente entre abrasadas estepas por donde ni podía avanzar la caballería a causa de los abrojos carbonizados que sobresalían del suelo, obligando a los soldados a vendar los cascos de los caballos. Habían visto allí gran número de reptiles, carroñas, enormes serpientes de diez varas de largo y gruesas como el brazo. Sobre la marcha grababan blasones principescos en las cortezas de las seculares encinas *pro aeterna rei memoria* (2). Por último, habíanse internado en una estepa tan árida e inhospitalaria, que no encontraron en su suelo ni traza de planta humana.

—Me parecía—dijo el docto Maskiéwich—que al fin sólo nos faltaba descender, como Ulises, al reino de Plutón.

—La gente de la vanguardia de la columna de Zamoiski

---

(1) Estas son las palabras del historiador Maskiéwich, que tal vez no recordó que el caudillo Samuel Zborovski penetró hasta Sich.

(2) «Para memoria eterna de ello.»



—dijo Volodiovski—juraba haber penetrado hasta los extremos límites del *orbis terrarum* (1).

A su vez, el teniente contó a sus compañeros cosas de Crimea, donde había pasado seis meses justos en espera de la respuesta del soberano tártaro al mensaje de Su Alteza; describióles las ciudades de aquel país, que existían desde tiempos inmemoriales, y la fuerza guerrera de los tártaros, y terminó relatándoles el pánico que de ellos se apoderó cuando llegaron a sus oídos los rumores de que se preparaba una gran campaña en Crimea y en la que tenían que tomar parte todas las fuerzas de la república.

Entreteniendo sus veladas con estas charlas, esperaban la vuelta del príncipe. De paso el teniente presentó a sus mejores amigos a Pan Longinos Podbipienta, cuya dulce afabilidad no tardó en conquistar todos los corazones. Su fuerza prodigiosa, que demostró manejando su mandoble, le ganó el general aprecio... Contóles a algunos, con la mayor naturalidad, la leyenda de su célebre antecesor y lo de las tres cabezas cortadas, callándose tan sólo, para no ponerse en ridículo, lo del voto que había hecho.

A quien más le abría su corazón era a Pan Volodiovski, cuya sensibilidad amorosa corría parejas con la suya... A los pocos días de conocerse les unía una mutua atracción y paseaban juntos a lo largo de la muralla, suspirando el uno por un astro que brillaba a inaccesible altura, es decir, por la señorita Ana, y el otro consumiéndose por la desconocida de quien le separaban las tres cabezas del voto.

Volodiovski trataba de conquistar a Longinos para que sirviera en dragones, pero el lituano decidió finalmente alistarse bajo la bandera de los coraceros, para estar de este modo a las órdenes de Skretuski.

Con gran satisfacción supo en Lubnie que el teniente era considerado por voto unánime como uno de los mejores oficiales del príncipe... Casualmente, iba a producirse una vacante en la bandera que mandaba Juan, pues Pan Zakrevski, a quien apodaban *Misereremei*, hacía dos semanas que estaba postrado sin esperanzas de vida, a causa de habersele abierto todas las llagas, debido a la humedad.

---

(1) «Orbe de la tierra.»

Al mal de amor del oficial se unió el pesar por la inminente pérdida de un viejo compañero y fiel amigo. Hora tras hora le veló todas las noches sin separarse un paso de su cabecera, y trataba de confortarle, animándole con la esperanza de imaginarias campañas que harían juntos en lo futuro.

Mas el veterano no necesitaba consuelo... Agonizaba satisfecho sobre un duro lecho, cubierto con una piel de caballo y mirando con infantil y cándida sonrisa el Crucifijo que colgaba frente a su cabecera.

—*Miserere mei!*—balbuceó a Skretuski;—señor teniente, ya me voy a buscar mi soldado celestial. Pero como mi piel está tan agujereada por las llagas, lo único que temo es que San Pedro, el gran mariscal de Dios y árbitro del orden y aseo de la Corte celestial, no me deje entrar en el Paraíso si me presento con esta envoltura acribillada... Sin embargo, yo le diré: «San Pedrito de mi alma, os conjuro por la oreja de Malcos a que no me prohibáis la entrada, que no es mía la culpa, y sí de los infieles, si me veis con mis prendas temporales en este estado... *Miserere mei!* Si algún día San Miguel dirige alguna expedición contra las huestes infernales, el viejo Zakrevski sabrá todavía ocupar un puesto en ella.

El teniente, aunque había visto, por su condición de guerrero, muchas veces la muerte cara a cara, y la había dado no pocas veces con sus manos, no pudo contener las lágrimas al oír las palabras del anciano, cuyos últimos instantes parecían un tranquilo ocaso.

Pocos días después oyóse el doblar de las campanas de todas las iglesias y templos ortodoxos de Lubnie anunciando la muerte de *Misereremei*. El mismo día llegaron de la ciudad de Siench el príncipe, acompañado de los señores Budiński y Lasota, de toda la corte y numerosos gentileshombres en larga comitiva de carrozas. La concurrencia en casa de Sufchiński era enorme. El príncipe, para honrar la memoria del difunto y demostrar cuánto apreciaba los servicios de un soldado valeroso, ordenó solemnes funerales, a los cuales asistieron todos los regimientos de la guarnición de Lubnie en escolta fúnebre. Los morteros de las murallas y los fusiles dispararon salvas, la caballería marchó desde el castillo a la iglesia parroquial en

línea de batalla, pero con las banderas plegadas; seguía la infantería con las armas a la funerala.

El mismo príncipe, enlutado, iba tras el ataúd, conducido en una carroza dorada, de la que tiraban ocho caballos blancos como la nieve, con la cola y las crines teñidas de púrpura y con las testeras empenachadas de negras plumas de avestruz.

Un escuadrón de jenízaros de la escolta de honor del príncipe precedía a la carroza, y en pos de ella, vestidos a la española, cabalgaban muchos pajes en gallardos alazanes. Altos funcionarios de la corte, la comitiva oficial, servidumbre del castillo, *jeduques* y *payuques* turcos cerraban el cortejo.

La comitiva se detuvo primero ante la puerta de la iglesia, donde el padre Yaskolski pronunció una sentida oración fúnebre que exordió con las palabras: «¿Hacia qué regiones vuela tu alma, mi buen Zakrevski?»

Luego hablaron algunos de los compañeros del difunto, entre ellos Skretuski como su superior y amigo... Fué entrado después el cadáver en la iglesia, donde tomó la palabra el más elocuente entre todos los oradores elocuentes, el padre Mujoviezki, de la Compañía de Jesús. Su oración fúnebre fué tan acertada y de estilo tan sublime, que el propio príncipe no pudo contener las lágrimas.

Era el príncipe una persona de corazón sinceramente sensible, un verdadero padre para sus soldados. Aunque no transigía en lo que afectaba a la disciplina, nadie le ganaba en generosidad, en amabilidad, en trato de gentes y en el cariñoso amparo que dispensaba no sólo a sus subordinados, sino también a sus esposas e hijos. Severo e implacable con los rebeldes, era en cambio un verdadero bienhechor, no sólo de los nobles, sino también de todos sus súbditos. Cuando, en 1646, la plaga de la langosta destruyó los sembrados, perdonó un año entero de arriendo a los censatarios, mandó repartir el trigo de los depósitos generales a sus súbditos, y después del incendio de Jorol mantuvo a sus expensas a todos los habitantes durante más de dos meses. Los terrazgueros y estarostes (1) menores de las

(1) Gobernadores provinciales.

poblaciones dominiales (1) tenían un cauteloso cuidado de que no llegara a oídos del príncipe la noticia de cualquier atropello o injusticia cometidos en los pueblos. Los huérfanos eran denominados en el Trans-Dniéper «Hijos del Príncipe» por la seguridad que tenían de su tutela, que corría además a cargo de la misma princesa Griselda, auxiliada por el padre Mujoviezki.

De esta suerte reinaban en todos los dominios del príncipe el orden, la abundancia, la justicia y la tranquilidad, lo que no excluía muchas veces el terror, pues en el caso de la menor rebeldía por parte de sus súbditos la ira del príncipe no tenía límites y la sanción era aplicada con presteza. En tal grado reunía en su modo de ser la magnanimidad con la severidad. En aquellos tiempos y en tal país sólo este sistema permitía, en verdad, que se desarrollara y multiplicara desahogadamente la vida de los hombres. Gracias a él, protegido y fomentado el trabajo, alzábanse nuevas aldeas y ciudades, el labrador se había impuesto al aventurero cosaco, el comerciante acarreaba con tranquilidad sus mercancías, las campanas llamaban pacíficamente a los fieles a la oración. El enemigo estaba detenido en las fronteras, y bandas de bandoleros morían empalados o se les transformaba en disciplinados guerreros. En pocas palabras, en el país desierto comenzaba un próspero florecimiento.

Precisa era tal mano para dirigir aquella región salvaje y tener a raya a sus indómitos habitantes, pues en la comarca de Trans-Dniéper se refugiaban cuantos elementos sediciosos salían de Ucrania. Los colonos se sentían atraídos allí por la fertilidad del suelo, que pagaba con creces las labores agrícolas: allí reuníase toda la gente baja, acudiendo de todas las provincias de la República; los delincuentes que se habían escapado de las cárceles; en una palabra, los que Livio llamaría *pastorum convenarumque plebs transfuga ex suis populis* (2).

De enfrenar a gentes de tal jaez, de transformarlos en colonos pacíficos, e imponerles la disciplina de la vida civili-

(1) Antiguos feudos de la nobleza polaca.

(2) «Plebe de pastores y advenedizos, transfugas de sus pueblos.»

zada, sólo era capaz aquel león, a cuyo solo rugido temblaba todo el mundo.

Longinos, que tuvo por primera vez ocasión de ver al príncipe en aquel acto fúnebre, no daba fe a sus propios ojos. Como había oído hablar tanto en su elogio, se lo había imaginado casi un gigante que les llevaba la cabeza a los demás mortales. Jeremías era, por el contrario, un hombre pequeño y bastante enjuto de carnes. Aunque joven todavía, pues sólo contaba treinta y seis años, había en el rostro huellas indelebles de las fatigas de la guerra. Viviendo en Lubnie como un verdadero monarca, compartía, sin embargo, todas las incomodidades con el último de sus soldados en las épocas de expediciones y marchas privadas, comiendo, como sus soldados, pan moreno y acostándose en el suelo sobre una manta... Como la mayor parte de su vida lo fué de campamento, era natural que sus facciones reflejaran el imborrable sello de las penalidades sufridas... No obstante, en aquel rostro advertíase a la primera ojeada un carácter extraordinario. En él se adivinaba una voluntad férrea y su majestad hacía bajar instintivamente la cabeza a todos los que osaban levantar hacia él su mirada. No cabía duda de que aquel hombre tenía conciencia de su poder y su grandeza, y saltaba a la vista que, si hubiera sido coronado al día siguiente, sus sienes hubieran soportado sin extrañeza el peso de la corona. Sus ojos eran grandes, tranquilos y hasta apacibles, aunque se diría que albergaban una dormida tempestad... ¡Desgraciado de aquel que la hubiera despertado! No había quien soportara el brillo de su límpida mirada, y más de un embajador, ya ducho en el ritual cortésano, se turbaba al hallarse ante Jeremías y vacilaba, confuso, antes de empezar su discurso oficial de presentación... Por lo demás, en su Trans-Dniéper era en realidad un soberano. En su cancillería se publicaban rescriptos y privilegios con el encabezamiento: «Nos, por la gracia de Dios, el Príncipe y Señor...»

A pocos magnates reconocía por iguales. Príncipes descendientes de antiguos soberanos servíanle de edecanes. Tal cargo desempeñaba en sus tiempos el padre de Elena, Basilio Búlig Kurcévich, cuya estirpe, según se dijo anteriormente, descendía de Koryat, remontando su origen hasta Rúryk.

Había un no sé qué en el príncipe que, a pesar de su natural amabilidad, mantenía a los que le trataban a respetable distancia. Como quería a sus soldados, se permitía confianzas con ellos sin que nadie se atreviera a la reciprocidad. Los caballeros de su ejército no hubieran, sin embargo, vacilado en lanzarse con sus caballos a los abismos del Dniéper, si ésta hubiera sido la voluntad de su jefe.

De su madre valaca había heredado la blancura de la tez, de nitidez abrasadora cual la del hierro candente, y el cabello negro como el ala del cuervo. Llevaba el pelo cortado al rape, dejándose solamente un fleco recortado sobre las cejas, que le cubría hasta la mitad de la frente. Vestía a la polaca, aunque se cuidaba poco del traje; tan sólo en alguna ocasión solemne se le veía con túnicas riquísimas resplandecientes de oro y pedrería.

Algunos días más tarde se le presentó ocasión a Longinos de verle ataviado solemnemente con motivo de la recepción pública de Rozvano Ursu. Las audiencias de los embajadores se celebraban de costumbre en la sala «Celeste,» llamada así porque el pintor Helm, de Dantzig, había representado en su techo el firmamento tachonado de estrellas. El príncipe presidía bajo de un dosel de terciopelo adornado de armiño y en un elevado sillón a manera de trono, cuyas gradas estaban chapadas de doradas planchas. Tras el príncipe se situaron el predicador Mujoviezki, que era su secretario, el mariscal príncipe de Vorónich, y Boguslav Maskiéovich, y luego, tras los pajes, se alineaban doce trabanes (alabarderos) trajeados a la española. La sala apenas podía contener el sinnúmero de caballeros, vestidos con magníficos trajes y uniformes.

Rozvano rogó al príncipe, en nombre del hospodar, que, valiéndose de su influencia y del pavor que imponía su nombre, obligara al kan a cortar las invasiones de los tártaros en las provincias valacas, donde todos los años causaban terribles daños y devastaciones. Contestó el príncipe en buen latín que el kan mismo podía poco con aquella gente, pero que de todos modos, cuando llegara el *murza* Chausa, a quien esperaba como mensajero del kan en el próximo mes de abril, aprovecharía su visita para recordar al soberano tártaro los agravios inferidos a los valacos.

Skretuski había dado ya cuenta al príncipe de su misión y de su viaje, como también de todo lo que había oído referente a Kmielnizki, y en especial de su huída a Sich. El príncipe acordó enviar unos cuantos regimientos a Kúdak, sin que diera al suceso mayor importancia. Así, pues, como nada parecía amenazar la tranquilidad y poderosa grandeza del principado de Trans-Dniéper, empezaron en Lubnie espléndidas fiestas y veladas. Uno de los motivos era la estancia del embajador Rozvano en la ciudad, el otro que los señores Budiński y Lasota acababan de pedir solemnemente la mano de Anita o Anusia, la mayor de las princesitas, para el hijo del vaivoda de Priemski, con la favorable aceptación del príncipe y de la princesa Griselda.

Sólo Miguel Volodiovski, el caballero enano, se mostraba muy afligido al enterarse de esta nueva, tanto que contestó a Skretuski cuando trataba de animar su atribulado corazón:

—¡Quién estuviera en tu lugar, pues se sabe que te bastaría abrir la boca para conquistar a Anusia! ¿Ignoras acaso que no te ha olvidado un momento durante tu ausencia? Al principio creí que lo hacía para dar celos a Byjóviev, pero ahora veo que lo que quería era dejarlo colgado y que sólo por ti sentía viva atracción.

—¡Lo que me importa a mí Anusia! Vuelve a ella si quieres, *non prohibeo* (1), pero sácate de la cabeza a Panna Ana. Pensar en ella sería querer atrapar con la gorra un ave fénix en su nido.

—Ya sé que es ave rara para mí, y por esto mismo me tocará consumirme de dolor por ella.

—No te preocupes, que no morirás y te enamorarás en la primera ocasión que se te ofrezca. Pero procura que no sea de la princesita Bárbara porque te la birlaría en tus mismas narices el otro hijo del vaivoda.

—¿Es el corazón, acaso, algún niño que se deja mandar? ¿Puedes prohibir a los ojos que miren a un ser tan encantador como la princesa Bárbara, cuya mirada es capaz de ablandar a una fiera?

—¡A otro bobo con este cuento!—exclamó Pan Skre-

(1) «No lo prohibo.»

tuski.—Ahora es cuando veo que sabrás consolarte sin mi ayuda... Pero, te lo repito, vuelve a Anusia, pues, por mi parte, te dejo el campo libre.

Pero Anusia no pensaba en Miguel... En cambio, la indiferencia de Pan Skretuski, que apenas la había mirado tras ausencia tan larga, la irritaba, despertaba su curiosidad y avivaba su despecho, y todas las noches, cuando el príncipe entraba en los salones de la princesa acompañado de los jefes del ejército y de los más altos dignatarios de la corte para pasar allí la velada, Anusia, asomando la cara por detrás de su señora (la princesa era de alta estatura, mientras que Anusia era pequeña), clavaba sus miradas escudriñadoras en el rostro del teniente, ganosa de descifrar el enigma... Mas el rumbo de la mirada de Skretuski, lo mismo que el de sus pensamientos, era muy otro. Siempre que sus ojos se encontraban con los de la joven, se mostraba tan pensativo y absorto como si no fuera aquella criatura la misma a quien cantaba en otros tiempos:

Cual el tártaro furioso  
me habéis el corazón encadenado...

«¿Qué le habrá pasado?» preguntábase a sí misma la niña mimada de toda la corte; y pataleando obstinadamente con sus menudos piecitos, se aferraba a la idea de desentrañar aquel misterio. En realidad, no amaba a Skretuski; pero, como estaba acostumbrada a ser cortejada por todos, no podía soportar aquel menosprecio y se dispuso a conquistar al atrevido, aunque sólo fuera por amor propio.

Así, pues, un día, llevando la labor para la princesa, tropezó con Skretuski, que salía del dormitorio contiguo al del príncipe, y el choque fué tan rudo, que estuvo a punto de derribarle.

—¡Ay de mí!—exclamó, echándose hacia atrás.—¡Qué susto me habéis dado! ¡Buenos días, caballero!

—¡Buenos días, Panna Ana! ¿Me he convertido acaso en un monstruo tan espantable que os asusto?

Anita se quedó inmóvil, bajando los ojos, ensortijándose con los dedos de su mano libre los ricillos de la trenza y oscilando nerviosamente; luego contestó, sonriente y confusa:



—¡Oh!, no..., eso no..., nada de eso... ¡por el amor de mi madre!

Y después de lanzarle una nueva mirada al teniente, tornó a bajar sus ojos...

—¿Estáis enfadado conmigo?

—¿Enfadado yo? ¿Se inquietaría acaso Panna Ana de mi enfado?

—La verdad, no. Es para mí cosa de poca monta. ¿Os figuráis quizá que me echaría en seguida a llorar? Byjóviev es más galante que vos.

—Pues, en ese caso, no me queda más recurso que ceder el puesto a ese caballero y retirarme de la presencia de Panna Ana.

—¿Os contengo acaso?

Y diciendo eso obstruyó el paso al teniente...

—¿Volvéis de Crimea?

—Sí, de Crimea.

—¿Y qué traéis de allí?

—Me he traído a Longinos Podbipienta. Supongo que le habréis visto... Es un caballero muy afable y valeroso.

—Seguramente más afable que vos... ¿Pero a qué ha venido aquí?

—Ha venido para ser otra víctima de los hechiceros ojitos de Panna Ana. Pero os aconsejo que estéis en guardia porque sé que este caballero posee un secreto que le hace invulnerable... Ni la propia Panna Ana podrá nada contra él.

—¿A qué se debe su poder?

—A que no puede casarse.

—¿Y a mí qué me importa?... Pero ¿por qué no puede casarse?

Skretuski se inclinó hacia la joven y le dijo al oído, pero en voz alta y perceptible:

—Ha hecho voto de castidad.

—¿Qué majaderías decís!—exclamó Anusia bruscamente, echando a correr en seguida como un pajarillo asustado.

Sin embargo, Anita, aquella misma noche, se fijó por primera vez atentamente en Longinos. Se había congregado aquel día gran número de visitantes porque el príncipe daba un banquete de despedida en honor de Budiński.

Nuestro lituano iba muy peripuesto: llevaba una túnica corta de raso blanco y un *kontus* polaco de terciopelo azul obscuro, y había substituído su mandoble de verdugo por un ligerísimo alfanje de dorada vaina.

Anita comenzó a lanzarle miradas incendiarias, con el propósito de encelar a Skretuski.

Este no lo hubiera advertido siquiera, a no ser por Volodiovski, que, tocándole con el codo, le dijo:

—Que me atrapen los tártaros, si Anusia no se enamora de ese rodrigón.

—Cuéntaselo a él.

—Ya lo creo que se lo diré. Harán una pareja deliciosa.

—La puede usar de hebilla en su túnica, tal es la proporción entre ambos.

—O en el sombrero como escarapela.

Volodiovski se acercó a Longinos.

—Amiguito, apenas llegáis y probáis que no sois un conquistador despreciable.

—¿Por qué, querido camarada?

—Porque habéis trastornado la cabeza de la muchacha más linda de toda la corte del castillo.

—¡Explicaos!—exclamó Podbipienta, juntando las manos sorprendido.—¡Por favor! ¿Qué quiere decir eso?

—Fijaos en Anita Borzobogata, de la cual estamos todos aquí enamorados, y reparad cómo os asaetea con los ojos. Pero guardaos de que no os deje con un palmo de narices como hizo con nosotros.

Diciendo esto, Miguel dió media vuelta y se alejó, dejando a Longinos mudo de asombro. No se atrevía a dirigir ni una sola ojeada hacia donde se hallaba Anusia y sólo al cabo de un gran rato se volvió con disimulo. Miró y se estremeció. Detrás de la princesa Griselda asomábanse unos ojitos brillantes como ascuas que se fijaban con insistente curiosidad en él.

«¡Vade retro Sátana!» se dijo mentalmente el lituano, y ruborizándose como un colegial, se deslizó a toda prisa al rincón opuesto de la sala.

La tentación era, sin embargo, poderosa. El diablillo que dejaba ver sus ojitos por detrás de la princesa era tan seductor y de mirada tan fascinadora, que Longinos se sen-

tía hipnotizado por un poder desconocido que le obligaba a mirar, aunque fuera una sola vez, en aquella dirección. Pero en aquel instante recordó su voto, surgieron en su mente la visión de su Cortacapuchas, la aparición de su famoso antecesor, las tres cabezas cortadas, y un terror pánico le invadió. Santiguóse y en toda la noche no volvió a fijarse en Anita.

A la mañana siguiente fué a ver a Juan en su alojamiento.

—Y qué, señor teniente, ¿marchamos pronto? ¿Qué noticias hay de la guerra? Veo que tenéis mucha prisa, pero tened paciencia hasta haber jurado la bandera.

Longinos no estaba todavía alistado en lugar del difunto Zakrevski. Tenía que esperar aún un trimestre, es decir, hasta el mes de marzo.

Pero ansiaba la guerra y siguió interrogando al teniente.

—¿Es decir que Su Alteza el príncipe no ha dicho nada respecto a este asunto?

—Nada. El rey sólo vive para la guerra, pero la república no la desea.

—En Chegrin circulaba el rumor de que amenaza una rebelión de cosacos.

—No podéis disimular que vuestro voto os tiene como sobre ascuas. Respecto a la rebelión podéis creer que no hay peligro de que estalle hasta la primavera. Aunque el invierno es benigno, no deja de ser invierno. Estamos apenas a 15 de febrero y todavía en tiempo de nieves y hielo. El cosaco no sale a campaña mientras no pueda atrincherarse. Esa gente se bate denodadamente pegada a las trincheras, pero no es capaz de resistir en campo abierto.

—¿Es decir que hasta los cosacos se hacen esperar?

—Tened también en cuenta que, aunque consiguierais encontrar durante la campaña contra los rebeldes las tres cabezas que necesitáis, quizás no os sirvieran para el cumplimiento del voto, pues una cosa son cruzados o turcos y otra la gente propia, como si dijéramos los hijos *ejúsdem matris* (1).

(1) «De la misma madre.»

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué horrible obsesión me habéis metido en la cabeza!... ¡Ay, qué desesperación! Ojalá me resolviera el padre Mujoviezki esa horrible duda, porque de otro modo no viviré ni un momento tranquilo...

—Claro que os la resolverá, siendo un varón tan docto y devoto; pero temo que os diga lo mismo que yo: *Béllum civile* (1), o sea guerra de hermanos contra hermanos.

—¿Y si algún poder extranjero ayudara a los rebeldes?

—Entonces ya sería otra cosa. Pero, por ahora, lo único que puedo recomendaros es que esperéis y tengáis paciencia.

El caso es que Skretuski, que daba estos consejos, no sabía tomarlos para sí... La congoja que le dominaba hacíaase cada vez más intensa. Aquellas fiestas de la corte y las personas, que antes veía con tanto gusto, se le hacían ahora insoportables.

Marcharon, por fin, los señores Budiński, Lasota y Rozvano Ursus. Después de su partida, reinó en el castillo profunda calma y la vida se deslizaba con pesada monotonía.

El príncipe ocupábase en delimitar sus vastísimas posesiones; encerrábase todos los días con los comisarios regios que acudían de toda la Rutenia y de las tierras de Sandomier, quedándole tiempo muy escaso para dedicarse a los regulares ejercicios de las armas. Los ruidosos banquetes que celebraban los oficiales, y en los cuales no se hablaba más que de futuras guerras, aburrían soberanamente a Skretuski, que, cogiendo su fusil, se iba a cazar a orillas del Soloniza, donde en otro tiempo Zolkievski había alcanzado tan tremenda victoria sobre Nalevaiko, Loboda y Krempski. Las huellas de aquel combate se habían borrado ya casi por completo tanto de la memoria de los hombres como del campo de batalla... Sólo de trecho en trecho surgían de la tierra huesos blanqueados por el tiempo. Más allá del río se dibujaba aquella trinchera cosaca, tras la cual los zaporogos de Loboda y los voluntarios de Nalevaiko habían hecho tan desesperada resistencia. Pero también la trinchera casi había desaparecido bajo una espesura de malezas. Allí se refugiaba Skretuski, huyendo del bullicio de la corte, y, en vez de disparar contra las aves, absorbíase

(1) «Guerra civil.»

en sus recuerdos, evocando aquella figura de la jovencita encantadora, añorada por su corazón. Envuelto en nieblas, arrullado por el pausado crujir de los cañaverales, y bañada el alma en la melancolía de aquellos parajes, sentía en aquel lugar alivio a su propia tristeza.

Pocos días después cayeron lluvias abundantes anunciadoras de la primavera. Soloniza se convirtió en un pantano, haciéndose casi imposible dar un paso fuera de las casas. El teniente se vió, pues, privado hasta del consuelo que hallaba errando por la soledad. Además su inquietud aumentaba, y no sin motivo. Poco antes cifraba sus esperanzas en que los príncipes Kurcévich condujeran a Elena a Lubnie en cuanto la anciana princesa se viera libre de la presencia de Bogun; pero ahora tales esperanzas eran absurdas. La inclemencia del tiempo había dejado los caminos intransitables, y la estepa, en una extensión de varias millas a ambas orillas del Sula, no era más que un vasto pantano. Para cruzarla había que esperar que el sol cálido de la primavera enjugase la tierra. En el ínterin Elena debía permanecer en una verdadera guarida de lobos, rodeada de gente tosca y salvaje y bajo de una tutela que, ejercida por enemigos de Skretuski, no le infundía a éste la menor confianza.

Si los Kurcévich tenían en cuenta sus propios intereses, era ciertamente de esperar que cumpliesen su palabra, ya que tal era en realidad la única salida libre que tenían. Pero ¿quién podría adivinar lo que tramarian, a lo que se atreverían, dominados por el terrible caudillo a quien estimaban y temían al propio tiempo? Hubiera sido para él cosa fácil obligarles a que le entregaran la joven, y el caso no hubiera, en verdad, sido único. Tiempo atrás, Loboda, compañero del malogrado Nalevaiko, había obligado a la señora Poplińska a que le diera su pupila en matrimonio, a pesar de ser la joven de linaje aristocrático y sentir un odio implacable hacia el caudillo cosaco.

Además, si era cierto cuanto se decía de las inmensas riquezas de Bogun, era evidente que éste podía compensar a los príncipes de la pérdida de la princesa y de la renuncia a Razlogi. ¿Pero qué sucedería luego? Entonces—pensaba Skretuski—me dirían por befa que me había salido mal la

cuenta, y ellos huirían a algún paraje de los desiertos de Lituania o Masovia, donde ni la misma mano del poderoso príncipe podría alcanzarlos. Ante tal idea, Skretuski temblaba como un azogado y, exasperadísimo, se estremecía convulsivamente como lobo encadenado. Sentía haber empeñado su palabra de caballero a la princesa y no sabía a qué carta quedarse, pero Juan no era de los que acostumbran a confiar en la clemencia del destino. Su modo de ser se caracterizaba por una singular energía y un gran espíritu emprendedor. No esperaba nada del azar, y prefería luchar cara a cara con el sino, forzándole a que favoreciera sus propósitos. Así, pues, el permanecer por más tiempo en Lubnie inactivo le era más insoportable que cualquier otro.

Decidióse, por tanto, a empezar activamente sus trabajos. Tenía en su escuadrón al joven Rendián, pobre hidalgo de Podlasie, y que a pesar de sus diez y seis años era atrevido y astuto como una zorra y capaz de habérselas con los más osados y expertos... Decidió mandar a éste como espía cerca de Elena.

Terminaba febrero y los aguaceros habían cesado. Se anunciaba marzo bastante sereno, y los caminos prometían ser pronto transitables.

Así, pues, Rendián fué despachado para su comisión. Pan Skretuski le entregó una carta y le proveyó de papel, pluma y un frasquito de tinta, recomendándole que guardara las tres cosas como oro en paño, pues no se le había olvidado que en Razlogi se carecía de tales utensilios. Además le recomendó con insistencia que a nadie revelara el nombre del remitente de la carta, que fingiera ir camino de Chegrin, que se fijara atentamente en cuanto viera y, ante todo y sobre todo, que averiguara dónde estaba Bogun y lo que hacía. Rendián no necesitaba que le repitieran dos veces las cosas, y ladeándose la gorra subió ágilmente a la grupa de su caballo, hizo chasquear el látigo y partió.

Llegaron para Skretuski los días abrumadores de ansiosa espera, y para entretener su ocio ejercitábase en el manejo de la maza de hierro con Miguel, gran maestro en este arte de la guerra, o bien adiestraba su puntería arrojando lanzas contra un aro.

Ocurrió en aquellos días un accidente en Lubnie que por

poco le cuesta la vida. Una mañana un oso rompió su cadena; lastimó, en el patio del castillo, a dos caballeros, espantó a los caballos del comisario Chlebovski y se abalanzó sobre el teniente, que en aquel momento salía de la armería y se dirigía a la habitación del príncipe, sin sable ni más armas que una ligera maza, guarnecida de latón, en la mano. La fiera le habría destrozado sin duda a no ser por Longinos, que, viéndole desde la armería en peligro, acudió en su socorro, desenvainando su cortacapuchas. Dignísimo sucesor de su antepasado Stoveiko, Longinos, de un solo golpe y a presencia de la mayoría de la corte, cercenó a la fiera la cabeza y una pata.

El príncipe, que, desde la ventana, había visto aquella prueba del extraordinario vigor del lituano, hízole llamar inmediatamente y le acompañó a las habitaciones de la princesa, donde Anusia le flechó de tal modo con sus ojitos de fuego, que el pobre tuvo que ir a confesarse a la mañana siguiente y no apareció por el castillo durante tres días, libre al fin de toda tentación con el auxilio de fervorosos rezos.

Entre tanto, transcurrieron diez días y Rendián no regresaba... Nuestro Juan se desmejoraba de tanto esperar, y su aspecto era tan abatido y extenuado, que la misma Anita le mandaba recados para saber qué le pasaba, y Carboni, el médico de la corte, le ofreció cierto filtro contra la melancolía.

Pero era muy otro el remedio que necesitaba, cuando día y noche pensaba de continuo en su princesita... Percatábase cada vez más de que no era un sentimiento frívolo el que albergaba su pecho, sino un amor de esos tan fuertes que, de no conseguir su objeto, hacen estallar el corazón del hombre como artefacto de débil envoltura.

Fácil es, pues, imaginar su contento cuando una mañana temprano apareció en su habitación Rendián, salpicado de barro, maltrecho y ajado, pero alegre como unas castañuelas, pintado en la faz el anuncio de una buena nueva. El teniente saltó del lecho, salió a su encuentro y, cogiéndolo por los hombros, exclamó:

—¿Traes carta?

—Sí, señor, heLa aquí.

El teniente se la arrebató y empezó ávidamente la lectura. Había dudado mucho tiempo de si, en el caso más favorable, Rendián le traería carta alguna, pues no estaba seguro de que Elena supiera escribir. Sabía que las mujeres de las provincias apartadas no solían ser instruídas y, por añadidura, Elena había sido criada entre gente ruda; pero, por lo visto, el fraile no había perdido el tiempo y sus lecciones la habían capacitado para escribir largo y tendido, pues la carta era de cuatro carillas.

Verdad es que la pobrecilla no se expresaba con gran elocuencia ni muchos floreos en las siguientes líneas, brotadas de su sincero corazón:

«Ya no os olvidaré nunca, antes seréis vos quien me olvidaréis, pues he oído decir que entre vosotros también hay hombres frívolos. Pero el enviarme expresamente este jovencito a tantas leguas de camino me hace creer que me queréis como yo a vos, y por ello os doy gracias desde el fondo de mi alma. No creáis, os lo ruego, que no violente mi pudor el hablaros así, pero creo que es mejor decir la verdad que ocultarla o decir lo contrario de lo que siente el corazón. Le he preguntado al señor Rendián qué hacéis en Lubnie y le he pedido noticias sobre las costumbres de la gran corte y del castillo, y cuando me ha dicho que hay jóvenes tan guapas y atrayentes allí, he derramado amargas lágrimas de dolor...»

El teniente interrumpió la lectura, preguntándole a Rendián:

—¿Con qué cuentos has ido allá, mamarracho?

—Todo va a pedir de boca, señor, contestó Rendián.

Juan continuó leyendo:

«...porque... ¿cómo yo, pobre de mí, puedo compararme con ellas? Pero me ha dicho el mensajero que no hacéis caso de ninguna...»

—¡En eso has dicho bien!—comentó el teniente.

No sabía Rendián de qué se trataba, pues Juan leía para sí; pero dió a entender, con una intencionada tosecilla, que no lo ignoraba.

Skretuski prosiguió la lectura:

«...y he tenido, con ello, un gran consuelo y le he rogado a Dios que siga fortaleciendo el afecto que me tenéis, ben-



diciéndonos a ambos... amén. ¡Me consume tanto la añoranza de vos como la de mi madre! ¡Qué triste sería la vida de esta pobre huérfana sin vuestra compañía...! Dios, que ve mi corazón, conoce su candidez, y, si me expreso mal, tenéis que perdonarme, ya que no sé hacerlo de otra manera...»

A continuación refería la linda princesa que su tía pensaba llevarla a Lubnie tan pronto como estuviesen bien los caminos; que su tutora misma quería apresurar la fecha del viaje porque llegaban noticias de Chegrin acerca de cierta inquietud entre los cosacos, y sólo esperaba la vuelta de sus hijos, que se habían ido a Baguslav para asistir a la feria de ganado caballar.

«Sois todo un hechicero..., continuaba la carta de Elena, pues hasta la voluntad de mi tía habéis sabido conquistar.»

En este punto sonrió el teniente, recordando los medios de que había tenido que valerse para ganarse la aquiescencia de aquella buena señora. Terminaba Elena la carta asegurando que su amor sería tan constante y profundo como debe ser el de una esposa a su marido. La carta, en suma, denotaba la pureza de corazón de la que escribía, y el oficial leía y releía de cabo a rabo aquella carta tan sincera, repitiendo mentalmente: «¡Dueña de mi corazón! ¡Que Dios me abandone si alguna vez dejo de amarte!»

Después le hizo a Rendián un sinnúmero de preguntas. El sagaz enviado le dió detallada cuenta de todo el viaje... Le habían acogido con gran afabilidad, y la anciana princesa le había preguntado al punto por el teniente. Al saber que Skretuski era un caballero famoso, que gozaba de la confianza del príncipe, y, además, hombre acaudalado, se mostró muy satisfecha.

—Me preguntó también—dijo Rendián—que si vuestra señoría mantenía la palabra dada, y yo le contesté: Alteza, si el teniente me hubiera prometido el caballo valaco que monto, estaría seguro de que ya nadie me lo birlaba...

—Estás hecho un pillastre...—dijo Skretuski.—Ya que me has defendido con tanto empeño, tuyo es el caballo. ¿No ocultaste nada, y dijiste desde el primer momento que ibas por mi cuenta?

—Lo dije al ver que se trataba de una familia tan lina-

juda, y eso me valió un acogimiento efusivo, sobre todo por parte de la princesita, cuya maravillosa belleza no tiene rival en el mundo. Cuando supo que iba enviado por vos, no sabía la pobre qué silla ofrecerme. A no hallarnos en tiempo de Adviento, no me hubiera faltado nada, hubiera estado como en la gloria. Leyendo vuestra carta, la princesita derramaba lágrimas de alegría.

El teniente permaneció un rato silencioso, presa de honda y dulce emoción:

—¿Y de ese Bogun no has sabido nada?—preguntó al cabo.

—No me he atrevido a preguntar por él a las señoras, pero he intimado con el viejo tártaro, Chejla, que, aunque infiel en creencias, es un siervo leal de la señorita. Me ha contado que, al principio, todos decían pestes de vos, pero luego cambiaron de parecer al saber que los rumores de los pretendidos tesoros de Bogun eran cuentos de hadas.

—¿Cómo se supo eso?

—Veréis. Tenían una deuda con los Sivinski, que se habían obligado a pagar después de un cierto plazo. Cuando el plazo expiró, se dirigieron a Bogun solicitando un préstamo. «Tengo algunos bienes turcos, les contestó éste, pero no tesoros, porque he despilfarrado casi toda mi hacienda.» Tan pronto como lo oyeron decayó su valer ante ellos... Y comenzaron a apreciarlos.

—La verdad es que lo has averiguado todo muy bien.

—Señor, si hubiera averiguado sólo una cosa sin enterarme de la otra, entonces podríais decirme: Me has regalado un caballo, pero falta la silla. ¿Y de qué os serviría un caballo sin silla?

—¡Ea, pues! Quedémonos con la silla también.

—Mis humildes gracias.

Rendián continuó su relato:

—Poco después Bogun tuvo que marcharse precipitadamente a Pereiáslav. Al saberlo me dije: «¿Por qué no has de ir también a Pereiáslav? Si mi amo queda satisfecho de mí, no tardaré en llevar librea.»

—El próximo trimestre la tendrás. ¿De modo que has estado en Pereiáslav?

—He estado, pero no he encontrado a Bogun. El viejo capitán Loboda está enfermo. Se dice que Bogun le substi-

tuirá en seguida en el cargo. Pero allí sucede algo muy extraño... En el regimiento sólo hay un puñado de cosacos; el resto dicen que ha partido con Bogun; ahora el caso es saber si no habrán ido también a Sich. Esto, señor, es cosa muy importante, pues allí se prepara probablemente un levantamiento. Con todo y con eso, he intentado saber algo sobre Bogun, pero sólo me han dicho que había pasado la orilla rutena (1). Entonces he pensado: «Vaya, si es así, la señorita está segura.» Y heme de vuelta.

—Te has portado muy bien. ¿Y no has tenido ningún percance en el camino?

—¡No, señor! Pero vengo con un hambre atroz.

Rendián salió. El teniente, al quedarse solo, empezó a releer la carta y a besar las letras, no tan bonitas, en verdad, como la mano que las había escrito. Lleno de una súbita confianza en lo porvenir, se decía: «En cuanto Dios nos mande el buen tiempo, los caminos se secarán. Los Kurzévich no me harán traición, pues saben que Bogun no tiene donde caerse muerto. Les dejaré Razlogi y todavía les daré algo más con tal que yo alcance esa celestial estrellita.»

La faz radiante y el pecho inundado de alegría, se vistió y se encaminó a la capilla a dar primero humildes gracias a Dios por las buenas noticias.

---

(1) La orilla derecha del Dniéper fué llamada *rutena*, en tanto que la izquierda llevaba el nombre de *tártara*.

## CAPÍTULO VI

En Ucrania entera y en todas las comarcas del Trans-Dniéper empezaron a esparcirse rápidamente vagos rumores nuncios de una tempestad inminente. Noticias extrañas volaban de aldea en aldea, por las viviendas del bosque, al modo de las plantas que llama el pueblo «volatineros» (1), que vuelan por la estepa a impulsos del viento otoñal.

En las ciudades se hablaba muy quedo de una gran guerra, aunque nadie podía precisar quién sería el agresor ni quién el agredido. Sin embargo, los síntomas eran poco tranquilizadores. La ansiedad reflejábese en todos los rostros. Los labradores acudían de mala gana a sus trabajos de costumbre, aun cuando la primavera precoz era espléndida y tibia, y las alondras ya desde mucho antes alegraban los campos con sus trinos. Al cerrar la noche reuníase la gente en las aldeas formando grandes grupos en medio de la carretera y discutía misteriosamente sobre graves acontecimientos. Los rapsodas ciegos, que vagaban errantes acompañando con la lira sus cantos, eran acosados por la gente, ansiosa de noticias. Había quienes afirmaban haber visto, durante la noche, brillar en el cielo insólitos reflejos y alzarse la luna sobre los bosques como teñida en sangre. Augurábase alguna desgracia: acaso la muerte del rey; todo esto era mucho más extraño, si se atiende a lo poco accesibles al miedo que eran aquellas tierras, teatro desde tiempo inmemorial de continuos disturbios, guerras e incursiones. Lo cierto era que ráfagas siniestras cruzaban el espacio extendiendo por todas partes la inquietud.

Era tanto más densa y como tempestuosa la atmósfera, cuanto no había quien pudiera precisar la verdadera índole del peligro. Entre todos los indicios de mal agüero había

---

(1) Perekotypol. (*N. del T.*)

dos principalmente que parecían presagiar la inminencia de una catástrofe. Una multitud inaudita de tañedores de lira, muchos de ellos desconocidos y de tipo extranjero, empezaba a pulular por las aldeas y pueblos. La gente aseguraba que eran falsos *rapsodas*. Arrastrándose por todas partes, predecían, con cierto aire misterioso, el amanecer del Juicio final y la cólera de Dios.

Además, los zaporogos llaneros bebían con desenfreno.

El otro indicio era aún más alarmante. Sich, incapaz de contener a todos sus habitantes dentro de sus estrechos límites, tampoco podía alimentarlos. Las expediciones a la estepa no siempre eran coronadas de éxito, y no podían procurar a los cosacos el pan indispensable, de manera que todos los años, en tiempo de paz, una gran parte de llaneros se desparramaba por los lugares poblados de los alrededores.

Pululaban por Ucrania y hasta por toda Rusia. Los había que se alistaban en las fuerzas armadas de los estarostes; había otros que se dedicaban a la venta ambulante de *vodka*, y otros que se establecían en pueblos y ciudades y vivían practicando el comercio o ejerciendo oficios. No había aldea donde no se encontrara una cabaña aislada, albergue de algún *zaporogo*; algunos vivían en ellas con sus mujeres y su ajuar. Estos *zaporogos*, generalmente hombres taimados y astutos, eran, hasta cierto punto, beneficiosos en la aldea de su residencia. No había mejores herreros, carreteros, curtidores, cereros, pescadores y cazadores que ellos. Lo mismo si se trataba de construir una casa que de fabricar una silla o una albarda, el cosaco era un artesano universal, hábil para todo. Pero, por lo común, no eran colonos estables; su vida era poco sedentaria. Al primer requerimiento de cualquiera que quería hacer valer a mano armada sus supuestos derechos, o realizar alguna incursión, o tal vez defenderse de algún ataque inminente, reuníanse de un vuelo los mozos cosacos cual bandada de cuervos voraces.

Se valían de sus servicios los gentileshombres, los aprovechaban los hidalgüelos (1), querellantes sempiternos en-

(1) Nobleza menor.

tre sí. No obstante, cuando no había ocasión de emprender tales expediciones vivían tranquilos en sus aldeas, trabajando hasta echar los bofes, para ganar, con el sudor de su frente, el pan de cada día.

A veces pasaban un año o dos en calma, hasta que de improviso llegaba la noticia de alguna expedición importante organizada por algún atamán contra los tártaros o contra los *lajes*, o tal vez de los hidalgos polacos contra los valacos, y al instante todos aquellos carreteros, herreros, curtidores y cereros abandonaban sus ocupaciones pacíficas, empezando por beber hasta embriagarse, de taberna en taberna, por toda Ucrania.

Cuando habían gastado el último ochavo seguían bebiendo al fiado para ahogar en el vino no sólo los recuerdos presentes, sino también los futuros, como ellos decían. Los botines en perspectiva debían pagar el gasto de tales calaveradas.

Como este fenómeno se repetía siempre, los antiguos habitantes de Ucrania acostumbraban a decir: «¡Alerta! Los ventorros rebosan de llaneros; algo se prepara en Ucrania.»

En vista de tales indicios, los estarostes procuraban reforzar las guarniciones en los castillos, vigilando ansiosamente el desarrollo de los acontecimientos; los señores iban concentrando las fuerzas armadas de los puestos de vigilancia, en tanto que los hidalgos trataban de poner en abrigo a sus familias dentro de los muros de las villas.

Aquella primavera los cosacos empezaron a beber como nunca, derrochando a manos llenas todos los bienes que habían *amasado*, sin limitar el campo de sus calaveradas a un solo distrito o a un solo *vaivodato*, sino extendiéndole por toda la amplitud de Ucrania.

Indudablemente, algo se estaba preparando, aunque los llaneros mismos no tenían la menor idea de lo que iba a suceder. Hablábbase de la huida a Sich de Kmielnizki; se decía que las tropas regulares de Circasia, Boguslaw, Korsun y otras ciudades habían desertado para unirse a él, pero al mismo tiempo corrían rumores de otra especie. Desde hacía varios años se hablaba de una gran guerra con los infieles; decíase que el rey la deseaba para que no faltara rico botín a los gallardos cosacos, pero que los *lajes* se oponían.

Todos estos rumores se mezclaban ahora, produciendo entre la gente una agitación general, la expectación de algún acontecimiento extraordinario.

Aquella excitación atravesó también las murallas de Lubnie. Era imposible hacer oídos sordos a tales rumores, no siendo tampoco ésta la costumbre del príncipe Jeremías; en su dominio la inquietud no tomó en realidad carácter de revuelta, ya que el temor era freno que a todos contenía. Pero no tardaron en propalarse vagas noticias de Ucrania: que en ciertos puntos los aldeanos se mostraban rebeldes con los nobles, que mataban a los judíos, se empeñaban en ser alistados en las tropas de registro (1) para hacer la guerra contra los paganos, y que el número de los desertores que huían hacia Sich aumentaba de día en día.

El príncipe despachó correos a Krakovski, Kalinovski, a Loboda en Pereiáslav, y mandó reunir el ganado de las estepas, haciendo incorporarse a las guarniciones de las polancas.

Entre tanto llegaron noticias un poco tranquilizadoras. El gran hetmán informó al príncipe de todo lo que se sabía de Kmielnizki, pero, a su juicio, no había que temer nada grave del estado actual de cosas. El gran hetmán de campo lo definía como «las agitaciones de siempre, parecidas al zumbido de los enjambres de abejas en la primavera.» El viejo Basilio fué el único que mandó una carta al príncipe en la que le rogaba insistentemente que no tomara nada a la ligera, pues la tempestad se fraguaba en los Campos Salvajes. Decía de Kmielnizki que había salido de Sich con rumbo a Crimea a implorar el auxilio del kan. «Y me informan mis amigos de Sich—añadía—que el hetmán de campamento está concentrando allí tropas de infantería y caballería, sin omitir pantano ni riachuelo, ni explicar a nadie los motivos que a ello le inducen. Por eso creo—terminaba—que la tempestad se nos viene encima. ¡Quiera el cielo que pase sin intervención de los tártaros, para que no sea la perdición de todas las provincias de Ucrania!»

El príncipe se fiaba de Basilio más que de los mismos

(1) Tropas regulares. (*N. del T.*)

hetmanes, pues sabía que nadie, en toda Ucrania, conocía mejor a los cosacos, y era como el sabedor de sus artimañas. Y decidió reunir todas las tropas de que disponía, creyendo necesario enterarse bien de la situación. Así, pues, una mañana llamó a Byjówiez, comandante de la bandera valaca, y le dijo:

—Irás como embajador mío a Sich y entregarás al atamán de campamento esta carta que lleva mi sello oficial. Para que sepas a qué atenerte te diré: la carta no es sino un pretexto. Toda la importancia del resultado de tu embajada depende de tu entendimiento. Es preciso que te fijes en todo lo que allí ocurre y averigües el efectivo de las tropas concentradas y de las que han de concentrarse aún. Te recomiendo principalmente que trates de ganarte la confianza de la gente indicada para sonsacarle noticias acerca de cuanto conviene a Kmielnizki; es decir, dónde se halla y si es cierto que se ha ido a Crimea en demanda del auxilio de los tártaros. ¿Comprendes bien mis instrucciones?

—Como si las llevara grabadas en la palma de la mano.

—Pasarás por Chegrin y, durante todo el viaje, no descansarás más que una sola noche. En cuanto llegues, irás a ver al portabandera Basilio Zachvilijovski y le rogarás te provea de cartas para sus amigos de Sich, donde las entregarás en secreto. Ellos te informarán de todo. De Chegrin irás a Kúdak en una barca; allí ofrecerás mis respetos a Grodziki y le entregarás esta carta. Te hará acompañar hasta más allá de las Cataratas, poniendo a tu disposición los barqueros necesarios. No pierdas el tiempo en Sich; vé, escucha y vuelve... si sales de allí con vida, pues no es cosa de juego la misión que te confío.

—Vuestra Alteza dispone de mi sangre. ¿He de llevar mucha gente conmigo?

—Cuatrocientos hombres de los destacamentos de guardia. Sal hoy mismo; pero antes, al anochecer, ven a verme para que te dé el «santo y seña.» Te confío una misión muy arriesgada.

Byjówiez se retiró contentísimo. En la antecámara se encontró con Juan Skretuski y con algunos oficiales de artillería, que le preguntaron:

—¿Qué hay de nuevo?



—Parto hoy mismo.

—¿Para dónde? ¿Para dónde?

—Para Chegrin y aún más allá...

—Venid un rato a mi casa—dijo Pan Skretuski.

Y así que estuvieron solos en la estancia, el teniente empezó a rogarle, con insistencia, que le permitiera ocupar su lugar en tal embajada.

—En nombre de nuestra amistad—dijo—os lo ruego; pedidme cuanto queráis: un potro turco, un corcel de pura sangre, todo os lo daré, a todo renunciaré con tal que pueda yo partir también... Mi alma se siente atraída irresistiblemente hacia aquellos parajes... ¿Queréis dinero? Lo tendréis siempre que accedáis a mi ruego. No conquistaréis gloria alguna porque, de estallar la guerra, aquí es donde empezará la lucha...; sólo la vida ponéis en peligro. Sé también que Anusia os hechiza, como a tantos otros; si partieseis, durante vuestra ausencia os robarían su corazón.

Este último argumento impresionó más que ningún otro a Pan Byjówiez. Sin embargo, todavía dudaba.

Si cedía, ¿qué diría el príncipe? ¿No se lo tomaría a mal? ¿No era gran honor la misión que se le había conferido?

Al oírle oponer estas razones, Juan corrió precipitadamente hacia el salón del príncipe, haciendo que, inmediatamente, le anunciara el paje. A los pocos momentos volvió éste notificándole que el príncipe le concedía audiencia.

El corazón de Skretuski palpitaba de un modo loco, temeroso de que un imperioso «no» del príncipe destruyera toda su esperanza.

—¿Qué se os ofrece, teniente?—preguntóle el príncipe al verle entrar.

Juan se inclinó, respetuoso.

—Monseñor—dijo,—vengo a suplicaros humildemente os dignéis encomendarme la proyectada expedición a Sich. Quizá consintiera Pan Byjówiez, por amistad, en cederme su puesto. Yo tengo en ello más interés que en mi vida. Pan Byjówiez sólo teme que Vuestra Alteza se contraríe.

—¡Vive Dios!—exclamó el príncipe,—no hubiera yo enviado a nadie mejor que a vos; pero como acabáis de volver de un viaje tan largo, creí que no sería de vuestro agrado emprender otra expedición.

—¡Alteza! Por hallarme otra vez en aquellas comarcas, gustoso emprendería el viaje, de nuevo, todos los días.

El príncipe le escudriñó largo rato con sus ojos negros y al fin le preguntó:

—¿Qué es, pues, lo que os atrae allí?

Pan Skretuski se sintió, como un culpable, incapaz de resistir la fuerza de aquella mirada penetrante.

—Bien veo—dijo al fin—que he de confesar la verdad y que ningún misterio podría escapar a la penetración de Vuestra Alteza. Lo único que no sé es si os dignaréis escucharme favorablemente.

Y contó cómo había conocido a la hija del príncipe Basilio; su amor por ella; los motivos que tenía para desear verla otra vez y traerla a Lubnie al volver de Sich, a fin de substraerla a las insidias cosacas y a la fogosa impetuosidad de Bogun. No habló de las maquinaciones de la princesa viuda, pues le había prometido guardar silencio. Luego empezó a rogar al príncipe con tal encarecimiento que le confiara la misión de Pan Byjówiez, que aquél le contestó en estos términos:

—De ninguna manera me opondré a confiaros la misión y a daros buen séquito, con tanto más motivo cuanto que habéis sabido combinar tan acertadamente el interés de vuestro amor y las exigencias de dicha misión. Accedo, pues, a vuestro deseo.

Diciendo estas palabras, dió unas palmadas y ordenó al paje que buscara a Pan Byjówiez.

Juan, loco de contento y muy emocionado, besó con gratitud la mano del príncipe, el cual le acariciaba con aire paternal la frente, tranquilizándole.

El príncipe profesaba un afecto entrañable a Skretuski por su bravura como soldado y como oficial y por ser persona de su absoluta confianza. Además existía entre ellos aquella estrecha unión que se establece entre un subordinado que adora de todo corazón a su jefe y un superior cariñoso y amable. La corte del príncipe estaba llena de numerosos cortesanos que le servían y adulaban con hipocresía y por propio interés; pero la extraordinaria perspicacia de Jeremías le permitía apreciar el verdadero valor de cuantos le rodeaban. Sabía que el corazón de Juan

era claro y límpido como una gota de rocío; por esto le apreciaba cada día más, en justa reciprocidad a sus leales sentimientos.

Además se enteró con júbilo del amor de su favorito por la hija de Basilio, aquel siervo fiel de los Visnoviezki, cuya memoria le era tanto más cara cuanto que a ella se mezclaban recuerdos dolorosos.

—No hay que achacar a falta de agradecimiento para con el príncipe—dijo—mi aparente indiferencia respecto a la joven...; pero como los tutores no aparecían por Lubnie y ninguna queja llegaba a mis oídos, creí siempre que era buena gente. Sin embargo, ya que acabas de recordarme mis deberes con esa joven, velaré por ella como si fuera mi propia hija.

Pan Skretuski, oyendo al príncipe, admiraba profundamente la bondad de aquel noble caballero que parecía reprocharse a sí mismo el haber perdido de vista, abrumado por los asuntos públicos, el destino de la hija del antiguo soldado y cortesano.

En aquel momento llegó Pan Byjóviev.

—*Mosán* (1)—le dijo el príncipe,—no tengo más que una palabra: si queréis partir, partid; pero permitidme pedir que cedáis el puesto a vuestro compañero Skretuski. Tiene sus motivos especiales y justificados para desear este favor. Yo procuraré buscar para vos una compensación.

—Monseñor—respondió Byjóviev,—alto favor me dispensáis al pedir mi consentimiento para una cosa que podíais ordenarme, y fuera yo indigno de tal merced si no accediera de muy buen grado a vuestro deseo.

El príncipe se volvió a Juan y le dijo:

—¡Ea! Dad gracias a vuestro amigo, y preparaos para poner os en camino.

No es difícil imaginarse las sentidas palabras de gratitud que dirigió Juan a Pan Byjóviev.

A las pocas horas estaba ya pronto para el viaje. Hacía ya tiempo que le pesaba permanecer inactivo en Lubnie, así es que la nueva expedición era el cumplimiento de todos sus anhelos. En primer término, vería a Elena, y

(1) Señor.

luego... Es verdad que tendría que separarse de ella por largo tiempo; pero como antes que los caminos, inundados a causa de las torrenciales lluvias, volvieran a ser transitables en coche no podía la princesa llevar a Elena a Lubnie, Skretuski, de todos modos, hubiera tenido que esperar en Lubnie, o quedarse en Razlogi; esto último era contrario a sus tratos con la princesa viuda y además despertaría los celos de Bogun. Sólo en Lubnie podía Elena estar en absoluta seguridad contra las maquinaciones de Bogun. Sin embargo, forzada, como estaba, a permanecer buen espacio de tiempo en Razlogi, lo mejor que podía hacer Skretuski era marcharse, para luego, al regreso de su misión y bajo el amparo de las fuerzas armadas del príncipe, apoderarse de ella.

Sumido en tales cavilaciones, apremiaba el teniente sus preparativos para el viaje. Habiéndolo dispuesto todo, provisto de las cartas e instrucciones del príncipe, y del dinero, entregado por el tesorero de palacio, para los gastos de viaje, al atardecer se puso en camino, seguido de Rendián y cuarenta hombres de armas de la bandera cosaca del príncipe.

## CAPÍTULO VII

El mes de marzo toca a su fin. Las altas hierbas verdean con exuberante lozanía; los tallos de los «volatineros» se cubren de flores. La estepa rebosa de vida por todas partes.

En las primeras horas de la madrugada avanzaba Skretuski a la cabeza de su escolta, como si navegara por un mar cuyas olas inquietas fuesen las tinieblas mecidas por el viento. Resonaban por doquier las alegres voces de la primavera: gritos, gorjeos, silbidos, chasquidos, batir de alas y alegre zumbar de insectos; la estepa resonaba, como una lira pulsada por la mano de Dios.

Sobre la cabeza de los jinetes cerníanse azores que parecían crucecitas inmóviles suspendidas de la azulada bóveda; bandadas triangulares de ocas silvestres; largas filas de grullas. Galopaban por la llanura las indómitas manadas de caballos de la estepa; se les veía henchir la hierba con el pecho, avanzando como una tempestad... De repente se paran en seco, se quedan como clavados en el suelo; forman un semicírculo alrededor de los viajeros, con las crines al viento, los ollares dilatados y los ojos llenos de asombro. Diríase que quieren aplastar bajo sus cascos a los intrusos huéspedes. Pero instantes después se alejan en súbito arranque, huyendo con la rapidez de la flecha, de igual modo que habían acudido... Sólo se oye ya el crujir de las hierbas que se doblan; sólo se percibe la variación de matiz de las flores multicolores al agitarse... Se apaga el ruido del galope; de nuevo sólo suena la alegre música de las aves.

A pesar de todo este júbilo, flota sobre la estepa un ambiente de desolación. No hay caballo que la recorra ni pensamiento que la conciba. Y el hombre sólo se siente dominado por un vehemente deseo de abarcar con su amor

aquellos yermos de la solitaria estepa y desvanecerse en su inmensidad con toda la languidez de su alma dolorida, anheloso de repasar sobre el seno de sus mogilas, arrullado por esa misteriosa voz que repercutía en su corazón...

Apuntaba el alba. Grandes gotas de rocío centelleaban sobre las hojas de las artemisas y saxífragas; fuertes ráfagas de viento enjugaban la tierra, en la que habían formado las lluvias extensas charcas, semejantes a pequeños lagos, en cuya superficie se reflejaban los rayos del sol.

La escolta del oficial avanzaba lentamente: era difícil apresurar la marcha, pues a veces los caballos se hundían hasta los corvejones en el suelo enlodado. Skretuski les permitía sólo de tarde en tarde descansar sobre los cerros de los mojones, ansioso de llegar a su destino, donde había casi de simultanear el saludo de llegada y el de despedida.

Al medio día de la jornada siguiente, después de haber dejado tras sí un trecho de selva, divisó ya los molinos de viento de Razlogi diseminados en lo alto de los cerros y de los altozanos próximos... El corazón quería salirse del pecho. Nadie le esperaba allí, nadie sabía su llegada. ¿Qué diría *ella* al verlo?... He aquí ya las cabañas de los «buenos indígenas,» escondidos en los huertos de cerezos recién plantados; luego el pueblo, las diseminadas viviendas de los siervos, y, más allá, la alta garrucha del pozo en la explanada de la hacienda.

Pan Skretuski espoléó su caballo, lanzándolo a galope y haciéndose seguir de su gente; atravesaron el pueblo como un torbellino, con sonoro fragor guerrero. Acá y acullá algunos aldeanos, que se asomaban precipitadamente a las puertas de sus casas, se santiguaban al verlos pasar. ¿Serían diablos o tártaros?

Levantán los caballos tal nube de barro con los cascos, que no se puede distinguir quién llega... La tropa no tarda en irrumpir en la explanada y se detiene ante el pórtico cerrado.

—¡Eh! ¡Abrid, abrid!

El ruido, los golpes dados contra el pórtico y los ladridos de los perros hicieron, por fin, acudir a la servidumbre, presurosa y asustada, al portal, en la creencia de que se trataba de alguna incursión de los tártaros.

—¿Quién es?

—¡Abrid!

—No están los príncipes.

—¡Abre, hijo de paganos! Venimos de Lubnie enviados por el príncipe.

Por fin los criados reconocieron la voz de Pan Skretuski.

—¡Ah! ¿Es Vuestra Señoría? ¡Al instante, al instante!

La puerta se abrió. En el mismo momento salió la princesa en persona y miró desde el umbral a los recién llegados, poniéndose una mano a modo de visera sobre los ojos para distinguirlos mejor.

Apeóse Skretuski, y se acercó a ella, preguntándole:

—¿No me conocéis ya, señora?

—¡Ah! ¿Vos aquí, señor teniente? Temía que fuese una agresión de los tártaros... ¡Salud! Tened la bondad de pasar.

—¿Os extraña, sin duda, verme en Razlogi?—dijo Skretuski así que hubieron penetrado en la sala.—Sin embargo, no he faltado a mi palabra. Es el mismo príncipe quien me envía con una embajada a Chegrin y otros puntos aún más lejanos; me ha encargado que haga escala para presentaros sus respetos y enterarme de vuestra salud.

—Yo se lo agradezco a Su Alteza, mi amable dueño y bienhechor. ¿Piensa expulsarnos muy pronto de Razlogi?

—El príncipe no piensa, en manera alguna, en tal cosa, pues ignora su derecho a hacerlo. Lo que yo prometo es sagrado. Permaneceréis en Razlogi; a mí me bastan mis propios recursos.

Al oír estas palabras despejóse de repente el rostro sombrío de la princesa.

—Sentaos, noble señor. No deseo sino que estéis a gusto bajo de mi techo, como yo gustosa os lo ofrezco.

—¿Y Elena, está bien? ¿Dónde está?

—¡Oh! Comprendo, caballero, que no venís aquí por mí precisamente. Sí, Elena está muy bien. Parece que los amores no la sientan mal. Voy a llamarla ahora mismo y a cambiar de traje; me avergüenza recibir de este modo a mis huéspedes.

En efecto, la anciana vestía una túnica de indiana descolorida, con una pelliza, y calzaba botas altas de cuero de vaca.

Sin aguardar a que la llamaran, Elena entró, rápida, en el aposento. El criado tártaro le había notificado la llegada de Pan Skretuski.

Entró sin aliento, roja como una cereza, respirando afanosamente; sólo en sus ojos se pintaba, risueña, la dicha.

Juan se acercó a ella de un salto y le besó las manos. Luego, así que hubo salido—por discreción—la princesa viuda, colmó de besos a la joven, cediendo a su impetuosidad innata. Elena se oponía débilmente, sintiéndose casi desfallecer de ventura y contento.

—No esperaba yo veros, señor—balbució la princesita, entornando los hermosos ojos;—pero, cesad, por favor, en esas caricias, que son actos pecaminosos.

—¿Cómo no besaros—replicó Juan—cuando ni la miel me parece tan dulce como vuestros labios? Lejos de vos creía consumirme de añoranza, y si el príncipe no me envía a veros...

—Luego ¿sabe el príncipe...?

—Se lo he dicho todo... Se congratula de nuestro amor. ¡Guarda tan grata memoria de vuestro padre el príncipe Basilio! Estoy convencido de que me habéis dado algún filtro, niña de mi alma, pues, lejos de vuestra presencia, no veo la luz del día.

—¡Esa ceguera es para mí un favor del cielo!

—¿Recordáis aquel augurio del halcón que hizo unirse nuestras manos? Es que el destino lo quería.

—Sí, lo recuerdo.

—Cuando desde Lubnie iba a cazar a Soloniza para disipar mi tristeza, os veía aparecer ante mí como si vuestra aparición fuera una realidad; pero, cuando extendía los brazos para estrecharos entre ellos, desaparecíais cual una sombra. Mas ya no volveréis a escaparos, pues estoy seguro de que nadie puede ya oponerse a nuestra unión.

—No seré yo, ciertamente, quien la deshaga.

—Repetidme otra vez que me amáis.

Elena bajó los ojos, pero contestó, con voz firme y con gran decisión:

—Os amo como a nadie en el mundo.

—Prefiero vuestras palabras a que me colmasen de riquezas y honores, pues comprendo que habláis con el alma en



los labios... aunque no sé, en verdad, qué me hace merecedor del gran favor que me dispensáis.

—Porque tuvisteis piedad de mí, porque me amparasteis tomándome bajo de vuestra custodia, porque escuché de vos palabras que de nadie jamás había oído...

La emoción ahogó su voz. El teniente volvió a acariciar sus manos.

—No seréis mi mujer, sino mi dueña—murmuró.

Quedaron un momento silenciosos. Queriendo resarcirse de tan larga separación, Skretuski no cesaba de mirar a Elena. Parecíale aún más bella que antes.

En la penumbra de la habitación, en el juego de los rayos de sol que se descomponían en los colores del iris al atravesar los discos de vidrio de las ventanas, recordaba la princesita aquellas imágenes de santas vírgenes que se ven en la sombra de las iglesias. Pero, al mismo tiempo, emanaba de ella tal calor de vida, había tal belleza en su rostro y en toda su persona, que su contemplación era capaz de trastornar la cabeza más firme y encender un amor duradero más allá de la muerte, un amor eterno.

—Vuestra belleza llegará a cegarme por completo—dijo el teniente.

Los blancos dientes de la joven princesa brillaron deslumbradoramente al sonreír.

—Apuesto que Ana Borzobogata me gana cien veces en belleza.

—Tanto se os parece, como un trozo de estaño al disco lunar.

—Pues otra cosa me dijo el señor Rendián...

—El señor Rendián es un cabeza de chorlito... ¡Valiente cuidado me da esa señorita! Que sean otras abejas las que liben la miel de tal flor... y os aseguro que no le faltan.

El coloquio fué interrumpido por el viejo tártaro que vino a saludar a Juan, a quien consideraba ya su futuro amo. Desde la puerta le hacía profundas reverencias, repitiendo, según costumbre oriental: *¡Es-selam!*

—Pues bien, también a ti te llevaré conmigo, buen anciano. Sirve también a la princesa hasta la muerte.

—Que no tardará mucho en llegar, noble señor; pero mientras viva serviré fielmente a la princesa... ¡Dios es uno!

—Dentro de uno o dos meses, aproximadamente, cuando vuelva yo de Sich, emprenderemos el camino de Lubnie—dijo Juan volviéndose a su prometida.—Allí el padre Mujovietski nos espera para echarnos la bendición.

Elena le miraba espantada.

—¡Cómo! ¿Vais a Sich?

—Me envía el príncipe con unas cartas... Mas tranquilizaos, la persona de un embajador es sagrada, hasta para los bárbaros. Quisiera enviaros en seguida con la princesa a Lubnie, pero los caminos están todavía intransitables. Yo mismo he podido comprobarlo; hasta a caballo es casi imposible caminar por ellos.

—¿Os detendréis mucho en Razlogi?

—Esta misma tarde salgo para Chegrin... Cuanto menos tardemos en despedirnos, tanto más pronto nos volveremos a ver. Como estoy al servicio del príncipe, no soy dueño ni del tiempo ni de mi voluntad.

—Os invito a reparar las fuerzas con un bocado, si ya estáis satisfechos de deciros ternuras amorosas—anunció la princesa asomando por la puerta.—¡Oh, oh!, veo que tienes las mejillas como amapolas, hija mía. No parecéis enamorado tímido, señor caballero... Pero, la verdad, no me extraña...

Dicho lo cual, dió unas palmaditas cariñosas en el hombro de la princesita y los tres pasaron al comedor.

La vieja estaba de excelente humor. Bogun hacía ya mucho tiempo que había muerto para ella... Y ahora, debido a la generosidad del teniente, todo iba a las mil maravillas, Razlogi «*cum boris, lasis, graniciebus et coloniis*» (1) podía ya considerarse como propiedad suya y de sus hijos. Y no eran despreciables aquellos bienes.

Skretuski preguntó si los príncipes volverían pronto.

—Los espero ya de un día a otro. Al principio ostentaban rencor; pero luego, parando mientes en vuestra noble conducta, trocaron en entrañable afecto su malquerencia, considerándolos su futuro pariente, y dicen que es raro encontrar en estos tiempos de molicie un caballero tan gallardo y valiente.

(1) Latín polaquizado; el sentido es: con los bosques, selvas, fronteras y colonias.

Después del almuerzo, el teniente bajó con Elena al huerto plantado de guindos que había más allá de la explanada, lindando con el foso. El jardín en plena floración parecía cubierto de nieve; a lo lejos se divisaba la oscura masa del encinar, donde resonaba el *cu-cú* de un cuclillo.

—Eso es de buen agüero—dijo Skretuski;—pero es preciso preguntarle.

Y, volviéndose hacia el quejigal, preguntó:

—Ave amiga, ¿cuántos años viviremos en nuestro nido esta señorita y yo?

El cuco empezó a cantar. Contaron más de cincuenta años.

—¡Dios lo quiera!

—Los cucos no mienten nunca—observó Elena.

—Siendo así, voy a hacerle otra pregunta—dijo Skretuski entusiasmado.—Ave amiga—preguntó de nuevo,—¿tenemos muchos hijos varones, hermosos y fuertes?

El cuclillo dió al punto la respuesta dejando oír su voz nada menos que doce veces.

Skretuski no cabía en sí de gozo.

—¡Oh! Así podré llegar a estaroste, Dios mediante. ¿Habéis oído bien, señorita?

—No he oído nada—respondió Elena, sonrojándose como una guinda;—ni siquiera sé lo que habéis preguntado.

—¿Queréis, pues, que lo repita?

—No..., no..., no es necesario.

Entre tales coloquios y diversiones el día transcurrió para ellos como un sueño... Llegó la tarde y con ella el momento de las despedidas largas y cariñosas... El teniente partió para Chegrin.

## CAPÍTULO VIII

Así que Pan Skretuski hubo llegado a Chegrin fué a casa del viejo Basilio, a quien encontró agitadísimo por febril impaciencia. Esperaba ávidamente a algún emisario del príncipe, pues los rumores que llegaban de Sich eran cada vez más amenazadores. Ya nadie ponía en duda que Kmielnizki se disponía a reivindicar, a mano armada, los agravios que había sufrido y los antiguos privilegios de los cosacos. Se sabía que aquél había ido a Crimea a ver al kan para mendigar el auxilio de los tártaros y que se le esperaba de un momento a otro en Sich al frente de sus hordas. Preparábase, por tanto, una gran campaña de los llaneros contra la República, que podía resultar desastrosa si los tártaros tomaban parte en ella. La tempestad era cada vez más inminente, haciéndose más definida y más amenazadora. Ya no circulaban en Ucrania rumores vagos e inciertos, noticias precisas de próximas guerras y matanzas.

El gran hetmán, que, en un principio, no se había inquietado mucho por todo esto, acercábase a la sazón a Circasia con sus tropas; llegaban hasta Chegrin las patrullas avanzadas de las tropas de la Corona, con el principal objeto de reprimir la desertión, puesto que multitud de cosacos regulares empezaban a huir en grandes masas hacia Sich. En cuanto a la nobleza concentrábase en las ciudades.

Se decía que iba a pregonarse una campaña general contra los vaivodatos del Sur. Muchos hidalgos, sin esperar el bando correspondiente, mandaban a sus mujeres e hijos a los castillos y se dirigían contra Circasia. La desgraciada Ucrania se dividió en dos partes: una que se encaminaba apresuradamente a Sich, y la otra que se ponía en marcha hacia el campamento de la Corona. Una que era partidaria de la disciplina y curso normal de las cosas, y otra de la desenfrenada libertad. Unos anhelaban conservar lo que

era fruto de un trabajo secular, mientras otros trataban de desposeerles de tales bienes. En breve plazo habían de teñirse las manos de unos y otros en sangre fraterna. La terrible contienda tenía las características de una guerra social. Sólo más tarde se buscaron pretextos de lemas religiosos, ajenos en absoluto a todos los habitantes del llano.

Aun cuando masas compactas de negruzcas nubes se cernían en el horizonte de Ucrania, presagiando una noche siniestra; aun cuando zumbaba en su seno un continuo torbellino, resonando fragorosos ruidos de un extremo a otro de la bóveda celeste, nadie presentía aún, al parecer, la intensidad del huracán que se desencadenaba. Quizás el mismo Kmielnizki ignoraba las posibles consecuencias de aquel estado de cosas y enviaba cartas al castellano de Cracovia, al comisario regio de Ucrania, el gran portaestandarte de la Corona. Esas misivas iban llenas de quejas y recriminaciones, pero también abundaban en protestas de fidelidad a S. M. el rey Ladislao IV y a los Estados de la República. ¿Trataría con esto de ganar tiempo? O bien ¿supondría, tal vez, que existiera algún arreglo capaz de hacer abortar en su principio la espantosa campaña? Andaban muy divididas las opiniones, no habiendo ni dos individuos que estuvieran de acuerdo al apreciar los hechos. Basilio Zachvilijovski y el viejo Barrabás eran los únicos que no se forjaban ninguna clase de ilusiones.

El viejo coronel había recibido también carta de Kmielnizki, pero sarcástica, amenazadora, plagada de insultos y redactada en estos términos: «Con todo el ejército zaporogo apelaremos ante quien corresponda y le rogaremos con insistencia nos permita, al fin, gozar de los privilegios que se nos otorgaban en el documento que durante tanto tiempo tuvisteis guardado en vuestro poder. Al proceder así, sólo atendíais a vuestro interés y provecho; por consiguiente, todo el ejército zaporogo os considera digno de acaudillar sólo carneros o cerdos, pero no hombres libres... Por mi parte, ruego a Vuestra Gracia me dispense si no le traté convenientemente en mi humilde morada el día de la feria de San Nicolás, en Chegrin, y si me marché a la región zaporoga sin darle cuenta de ello y prescindiendo de su permiso.»

—¡Señores! ¡Ved cómo se mofa de mí!—exclamó el anciano jefe dirigiéndose a Basilio y a Skretuski.—Y eso que yo soy quien le enseñó el oficio de la guerra, dispensándole paternal cariño...

—Me parece que dice—observó Basilio—que reclamarán los privilegios merced al apoyo que le presten todas las fuerzas armadas de los zaporogos. Desengañémonos, se trata de una guerra civil, que es la más abominable de las guerras.

—En tal caso, urge que me apresure—replicó Juan.—Tened, pues, la bondad de entregarme cartas para las personas a quienes debo visitar.

—¿Tenéis una carta para el atamán en jefe?

—Sí, me la ha dado el mismo príncipe.

—Os daré, pues, otra para uno de los atamanes de campamento. Además, hay allí un pariente de Barrabás, que se llama como él. Ellos te informarán de todo. Pero ¡quién sabe si no es ya demasiado tarde para tal mensaje! ¿Quiere saber el príncipe los rumores que allí corren? La respuesta es breve: ¡malos! ¿Desea conocer qué medida es la más urgente? Pues breve es el consejo: que reúna el mayor número posible de soldados y se agregue a los hetmanes.

—Despachad al príncipe un correo que le lleve respuesta y vuestro consejo—dijo Skretuski.—En cuanto a mí, tengo que proseguir mi viaje, pues así lo ha dispuesto el príncipe y no puedo quebrantar sus órdenes.

—¿Os percatáis del peligro que os amenaza en esa empresa?—preguntó Basilio.—Está ya tan excitada la gente que no nos dejará tranquilos. A no ser por la proximidad de las tropas de la Corona, quizás ya nos hubiera atacado el populacho; cuanto más avancéis será peor. Vais a meteros vos mismo en las fauces del lobo.

—¡Señor abanderado! Jonás estuvo en el vientre de la ballena, no en el gaznate, y, sin embargo, con la ayuda de Dios salió incólume.

—Bien, pues, ¡partid! Alabo vuestra decidida resolución. Hasta Kúdak podréis llegar sin peligro, y allí decidiréis lo que habéis de hacer luego. Grodziki es un experto veterano y os aconsejará mejor que ningún otro. Por lo que a mí toca, estoy decidido a unirme al príncipe; si he de batirme

en las postrimerías de mi vida, prefiero que sea a sus órdenes antes que a las de otro. Por de pronto, haré que os preparen un *báidak* (1) o una *dombaza*, con los barqueros correspondientes, para que os lleven hasta Kúdak.

Dejando al alférez, Skretuski se encaminó a su posada de la plaza y al palacio ducal para ultimar los preparativos de su marcha. Fueran cuales fueran los peligros que ofreciera el viaje, Juan pensaba en ellos no sin cierta satisfacción. Vería el Dniéper en casi todo su curso hasta el llano, y sus cataratas.

Para los guerreros de aquella época dicha región era como un país encantado, misterioso, que atraía a todos los espíritus aventureros. Muchos que habían pasado toda su vida en Ucrania no podían alabarse de haber visto Sich, a no ser que hubieran hecho causa común con la «Cofradía» (2). Pero a pocos nobles placía ya hacerlo, pues habían pasado ya, para no volver, los tiempos de Samko Zborovski. Las discrepancias entre Sich y la república, que estallaron por vez primera en tiempo de Nalevaiko y Pavluk, lejos de aplacarse, resurgían a cada momento con mayor intensidad. El número de guerreros de noble alcurnia era cada vez más reducido, y esto no sólo entre los de origen polaco, sino también entre los de origen interior, que no se distinguían de los llaneros ni por su habla ni por sus creencias religiosas. Gente de la calaña de los Kurcévich encontraba pocos partidarios. En resumidas cuentas, lo que inducía a la nobleza a hacerse de la *Cofradía* del llano no era sino alguna desgracia, algún destierro o algún crimen cuya expiación era un tanto problemática.

Un misterio impenetrable, como las nieblas del Dniéper, envolvía a aquella asociación de bandoleros del llano, que formaba parte de la república. Narrábanse maravillas de aquel país y Skretuski anhelaba verlo con sus propios ojos.

Por otra parte, no dudaba, en verdad, que volvería sano y salvo, sabiendo lo que significaba la inmunidad del embajador, y, sobre todo, tratándose de un enviado del príncipe Jeremías.

(1) Embarcaciones cosacas usadas en el Dniéper. (*N. del T.*)

(2) Sociedad secreta de conspiración en Ucrania. (*N. del T.*)

Mientras esto pensaba, asomado a la ventana de su cuarto, Juan dejaba vagar la mirada por la plaza del mercado. Llevaba así cerca de dos horas cuando, de pronto, divisó dos figuras conocidas que se encaminaban a la hostería del valaco Dopulo, situada en la Esquina del Campanario.

Reparando en ellas, reconoció a Pan Zagloba en compañía de Bogun. Iban del brazo y no tardaron en desaparecer en el obscuro portal, sobre el que sobresalía una muestra de paja, indicadora de que allí había posada y bodega.

Asombróse el teniente de la presencia de Bogun en Chegrin y de su amistad con Pan Zagloba.

—¡Rendián! ¡Ven aquí!—gritó.

El mozo apareció en la puerta del cuarto contiguo.

—Escucha. Entra en ese mesón, donde se ve aquella muestra; en él verás un hidalgo grueso que tiene una cicatriz en la frente. Dile que hay aquí una persona que desea hablarle con urgencia de un asunto importante. Aunque te interrogue acerca de quién soy, no pronuncies mi nombre.

Rendián salió al punto. Momentos después apareció ante el oficial en compañía de Pan Zagloba.

—¡Salud, caballero!—exclamó Skretuski cuando el hidalgo hubo atravesado el umbral de la estancia.—¿Os acordáis de mí?

—¿Si me acuerdo?... ¡Derritan los tártaros mi grasa y empléenla a guisa de candelas en sus mezquitas si os he olvidado! Vos sois, señor, el que abrió la puerta de Dopulo con la cabeza de Chapliński hace unos cuantos meses. El procedimiento fué muy de mi agrado por cuanto yo había empleado antes semejante medio para evadirme de la prisión de Estambul. Pero ¿qué se ha hecho de Podbipienta, del blasón «Corta-capuchas,» de su castidad y de su mandoble? ¿Siguen encaramándose a su cabeza los gorriones tomándola por una rama seca?

—El señor Podbipienta goza de buena salud y os envía muchos recuerdos.

—Es un aristócrata de gran riqueza, pero grande es también su necedad. Si alguna vez abate tres cabezas iguales a la suya, no formarán en junto sino cabeza y media, pues no habrá cortado más que tres mitades de cabezas... ¡Uf!,



¡qué calor! Y eso que apenas estamos aún en marzo. La lengua se me seca en la garganta.

—Ahí tengo un hidromiel añejo, no del todo despreciable. ¿Aceptaréis quizá un traguito?

—Sólo el miserable rehusa cuando paga un hombre galante... Casualmente, mi barbero—que también me sirve de médico—me ha recomendado el hidromiel como remedio infalible contra la acritud de los humores negros... Se aproximan tiempos de prueba para la nobleza: *dies irae et calamitatis* (1). Chapliński se muere de miedo; ya no se le ve en casa de Dopulo, donde vienen a embriagarse los jefes cosacos. Yo soy el único que afronta valerosamente todo peligro y hasta hago compañía a esos coroneles que apesantan a pez y a brea... ¡Excelente hidromiel en verdad! No es despreciable por cierto. ¿Dónde lo habéis adquirido?

—En Lubnie... ¿Hay aquí muchos jefes cosacos?

—¿Quién no encontraréis aquí? Están Fedor, Jacobovich, el viejo Filón, Dziedzala, Daniel Nechai y, finalmente, su ojo derecho, Bogun, mi mejor amigo desde que, después de verle borracho perdido a mis pies, le prometí adoptarle. Todos ellos se están pudriendo ahora en Chegrin y se encuentran indecisos sobre el partido que han de tomar; no se atreven todavía a declararse ostensiblemente en favor de Kmielnizki. Y si renunciaran a unirse a ese caudillo cosaco, el mérito será mío.

—¿Por qué?

—Porque, bebiendo con ellos, los catequizo a favor de la república y los convierto en leales guerreros. Si el rey no me recompensa con una buena estarostía, creedme que no hay justicia en nuestra república ni se premian debidamente los méritos; más valdría entonces criar gallinas que exponer la cabeza *pro público bono* (2).

—En mi sentir, valiera más que la expusierais peleando a sablazos con ellos, pues me parece que gastáis el dinero inútilmente convidando a todo el mundo. De este modo no los atraeréis a la buena causa.

—¡Gastar yo el dinero! ¿Por quién me tomáis? ¿No hago

(1) «Días de ira y calamidad.»

(2) «Por el bien público.»

ya bastante alternando con plebeyos? ¿Queréis que encima de esto les pague el gasto? ¡Harto honrados deben considerarse con que yo les permita pagar por mí!

—¿Y Bogun qué hace entre la gente?

—¿Qué hace? Curioseosa como los demás para enterarse de las noticias que llegan de Sich. Por eso está allí. Todos los cosacos le quieren con idolatría y le hacen monerías como unos micos. Estoy seguro de que el regimiento de Pereiáslav le seguirá a él y no a Loboda. Además ¿quién sabe qué partido tomarán los cosacos de registro, mandados por Krechovski? Bogun es fiel compañero de los llaneros si se trata de combatir a los turcos o a los tártaros, pero ahora se muestra más circunspecto. Entre los vapores del vino me ha confesado que ama apasionadamente a una joven de noble estirpe y piensa casarse con ella. En vísperas de semejante boda, ¿cómo va a fraternizar con villanos? Desea, pues, que le adopte, que le transmita mis blasones... Pero ¡qué exquisito es este hidromiel! añejo!

—Bebeos otro vaso.

—Con mucho gusto. No lo beberé así en la casa de la muestra de paja.

—¿No habéis preguntado el nombre de la aristócrata con quien quiere casarse Bogun?

—Señor teniente, ¡qué me importa su nombre! Sólo sé que si, como es probable, le pongo al cosaco unos apéndices de asta, la llamarán la «señora Cierva.»

Skretuski estuvo tentado de obsequiar con un buen revés a Pan Zagloba, pero éste no se fijó en su indignación y prosiguió sin desconfianza:

—También fui yo buen mozo en mi juventud. Si os contara lo que me valió la palma del martirio en Gálata... ¿Veis este agujero en mi frente? Basta deciros que me lo abrieron los eunucos en el harén de aquel bajá.

—Otra vez me dijisteis que era una bala que unos bandidos...

—¿Lo dije? ¡Bien dicho está! Porque todo infiel es un bandido. ¡A Dios pongo por testigo!

La entrada de Basilio interrumpió la conversación.

—Bueno, pues, teniente—dijo el anciano portaestandar-te.—Las barcas están amarradas y tienen ya pilotos segu-

ros. ¡Poneos en marcha, en nombre de Dios!... He aquí las cartas. Voy a ordenar a vuestra gente que baje directamente a la orilla.

—¿Y adónde os encamináis?—preguntó Zagloba.

—A Kúdak.

—Me parece que allí tendréis bastante calor.

Pero el teniente no oyó esta profecía, pues salía ya de la sala al patio donde estaban los ordenanzas con sus caballos, dispuestos para emprender la marcha.

—¡A caballo! ¡A la orilla!—mandó Pan Skretuski.—Conducid los caballos a las barcas y esperad.

Entre tanto le dijo el viejo abanderado a Pan Zagloba, en el interior de la habitación:

—Ha llegado a mis oídos que os codeáis con los coroneles cosacos y bebéis con ellos.

—*Pro público bono*, señor portaestandarte.

—Sois, por lo que veo, largo de alcances, pero corto de vergüenza... Queréis congraciaros con los cosacos *in pócullis* (1) para que os conserven la amistad en caso de que ellos ganen.

—Aunque así fuera; como llevo ya la palma del martirio, no tengo deseo de ganar otra de manos de los cosacos, lo cual no es extraño, pues sé que la mejor sopa la pueden estropear dos clases distintas de setas. En cuanto a vergüenza no invito a nadie a compartirla conmigo; me la bebo toda y, con la ayuda de Dios, espero que no será más amarga que este hidromiel. El mérito tiene que subir a la superficie como flota el aceite en el agua.

En aquel punto volvió Skretuski.

—La gente está ya en marcha—dijo.

Basilio llenó el pichel, contestando:

—¡Buen viaje!

—¡Y feliz vuelta!—añadió Zagloba.

—Tendréis buen viaje, pues las aguas están altas.

—Sentaos, señores, bebamos hasta la última gota, pues un *antal* (2) no es demasiado para nosotros.

Sentáronse los tres y bebieron.

(1) «Entre copa y copa».

(2) Octava parte de un tonel; (*N. del T.*)

—Vais a ver un país muy curioso—anunció Basilio.—Saludad de mi parte a Grodizki en Kúdak. ¡Ese sí que es un soldado! Está metido en el último extremo del orbe, lejos del alcance de la vista del hetmán, y, sin embargo, mantiene tal disciplina en su jurisdicción, que ya quisiera la república un orden así en todas partes. Conozco bien Kúdak y las cataratas. En tiempos remotos se iba allí con frecuencia. El alma se entristece al pensar que todo eso haya pasado para no volver más... y ahora...

El abanderado apoyó su encanecida cabeza en la mano y se quedó muy pensativo. Hubo un momento de silencio en que sólo se oía el sonido de los cascos de los caballos en el portal: el resto de la gente de Skretuski se dirigía a la ribera para embarcarse.

—¡Dios mío!—continuó Basilio, saliendo de su abstracción.—En otros tiempos, en medio de tantas discordias y reyertas como había, se vivía mejor. ¡Oh! Recuerdo como si fuera hoy cuando estuvimos junto a Jócim hace veinte y siete años; cuando los húsares mandados por Lubomiski atacaron a los jenízaros, los cosacos de la trinchera lanzaban en alto sus gorras y gritaban, haciendo temblar la tierra y dirigiéndose a Sagaidachny: «¡Déjanos morir con los lajes, padrecito!...» Y hoy en contra... En estos días el mismo llano, que debía ser el baluarte del cristianismo, deja rebasar a los tártaros los límites del Estado, para atacarlos luego cuando vuelvan cargados de botín. Hoy es peor todavía; Kmielnizki se alía públicamente con los tártaros para, con su ayuda, exterminar a los cristianos.

—¡Ahoguemos el dolor bebiendo!—interrumpió Pan Zgloba.—¡Qué hidromiel más exquisito!

—Permita Dios—continuó el anciano portaestandarte—que descienda yo cuanto antes a la tumba para no ver una guerra fratricida. Las culpas de todos deben expiarse con sangre, pero no será sangre de redención, ya que los hijos de la misma madre van a degollarse unos a otros. ¿Quiénes viven en el llano? Los rutenos. ¿Quién es el soldado del ejército de Jeremías? ¿Quién forma los destacamentos de los nobles? Los rutenos. ¿Escasean quizá en el campamento de la Corona? Y yo mismo ¿quién soy? ¡Oh desventurada Ucrania! Los musulmanes de Crimea te pondrán la

cadena al cuello y te condenarán al remo en las galeras turcas.

—No os lamentéis así, señor portaestandarte—repuso Pan Skretuski,—si no queréis que las esclusas de vuestros ojos se abran de par en par. Quién sabe si para nosotros volverá a lucir todavía un tranquilo rayo de sol.

Los últimos fulgores del sol poniente proyectaban un reflejo purpúreo en la nevada cabellera del anciano.

Las campanas de la ciudad tocaban el Angelus y doblaban en acción de gracias.

Salieron. Pan Skretuski se fué a la iglesia, Basilio al templo ortodoxo y Pan Zagloba a casa de Dopulo, en la Esquina del Campanario.

Cuando volvieron a encontrarse en la orilla, junto al embarcadero de Tasmina, había cerrado ya la noche. Las gentes de Skretuski ocupaban ya las barcasas.

Los barqueros estaban aún embarcando los bultos. De la cercana embocadura del Dniéper soplabla viento frío; la noche se anunciaba bastante tempestuosa. A la luz de las hogueras encendidas en la orilla, reflejos sangrientos cabrilleaban en la superficie del agua, que parecía huir rápida para sumirse en sombrío abismo.

—¡Buen viaje!—dijo Basilio estrechando cordialmente la mano de Juan.—¡Y cuidado!

—Contad conmigo... Supongo que pronto nos volveremos a ver.

—En Lubnie o en el campamento del príncipe.

—¿Vais, pues, decididamente a ver a Su Alteza?

Basilio se encogió de hombros con ademán evasivo.

—Es preciso. Ya que se ha de hacer guerra, hagámosla.

—Quedad en buena salud, señor portaestandarte.

—¡Dios os guarde!

—*Vive valeque!* (1)—exclamó a su vez Pan Zagloba.—Si por casualidad el viento os llevara a Estambul, saludad al sultán en mi nombre... Pero, no, ¡váyase al diablo el turco! ¡Qué hidromiel más exquisito! ¡Brr...! ¡Qué frío se siente aquí!

—¡Hasta más ver!

(1) «Vive y pásalo bien.»

—¡Hasta otra!

—¡Dios os acompañe!

Rechinaron los remos en los *báidaks* y las barcas arrancaron, hendiendo el agua.

Los fuegos que ardían en la villa fueron desapareciendo rápidamente.

Juan vió aún durante largo rato la venerable figura de Basilio iluminada por la llama de la hoguera. Una indecible tristeza le oprimió de pronto el corazón. Las aguas le mecían y le llevaban alejándole de los corazones fieles, de su amada, de las comarcas amigas; implacables, como el destino, llevábanle a regiones salvajes, a lo desconocido...

Entraron al cabo en la desembocadura del Tasmina en el Dniéper.

Silbaba el viento y los remos movíanse acompasada y tristemente. Los barqueros empezaron a cantar:

Iban y bebían,  
las nieblas no se hundían.  
Bebían y cantaban,  
las nieblas no marchaban.

. . . . .

Pan Skretuski se arrebujo en su *burka* y se tendió en el lecho que sus soldados le habían preparado. Empezó a pensar en Elena, en que todavía la joven estaba en Lubnie, en que Bogun se quedaba y él partía. Un vago temor, siniestros presentimientos y pavorosas preocupaciones le cercaban como una bandada de siniestros cuervos.

Luchó para apartar tales ideas hasta quedar rendido, empezando sus pensamientos a confundirse, mezclándose en extraño consorcio con el silbido del viento, con el chapoteo de los remos, con las canciones de los pescadores... Al fin le venció el sueño.

## CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente Pan Skretuski se despertó fresco, fuerte y con el ánimo más alegre.

El día amanecía espléndido. La brisa ligera y tibia rizaba en finos encajes las desbordantes aguas del Dniéper.

Las riberas, esfumadas por la bruma, confundíanse en inacabable llanura con la superficie del río.

Rendián, que acababa de despertarse, restregándose los ojos, miró a su alrededor con asombro y casi con susto al no ver ni sombra de tierra.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Estamos acaso en alta mar?

—Es sólo un río muy caudaloso, no es mar—contestó Skretuski;—no divisarás las orillas hasta que cese la niebla.

—A lo que parece, no tardaremos en pisar los parajes turcos.

—Los pisaremos si se nos ordena... Por lo demás, ya ves que nuestro barco no va solo.

A simple vista se divisaba delante de ellos unos cuantos *báidaks*, *dombazas* o *tumbazas* y otras barcas cosacas, pardas y estrechas, trenzadas de junco, llamadas *chaicas*. Algunas embarcaciones avanzaban arrastradas por la rápida corriente del río; otras lo remontaban penosamente con ayuda de los remos y de la percha. Algunas llevaban a bordo pescado, cera, sal y guindas secas; todo ello destinado para la venta en los pueblos de la costa.

Otras volvían de los poblados aledaños cargadas de víveres para abastecimiento de Kúdak, o bien de mercancías que encontraban fácil salida en el Bazar Popular de Sich.

Río abajo, a partir de la embocadura del Pehola, las riberas del Dniéper eran ya verdaderos desiertos. Sólo de trecho en trecho blanqueaban los retiros invernales de los cosacos. Mas el río seguía siendo la arteria que unía a Sich con el resto del mundo, y, por consiguiente, el tráfico por

él solía ser muy animado, sobre todo cuando la crecida facilitaba la navegación, tornándose navegables hasta las mismas cataratas—con excepción del «Ogro»—para las barcas que iban agua abajo.

El teniente contemplaba con ansiosa mirada aquella animación de la vida en el río. Mientras la rápida corriente arrastraba los *báidaks* hacia Kúdak, la niebla se iba disipando y se destacaban claramente los contornos de las orillas. Sobre las cabezas de los navegantes volaban millares de aves acuáticas: pelícanos, ocas silvestres, grullas, ánades y frailecillos, chorlitos ribereños y águilas pescadoras.

En los cañaverales que bordeaban las orillas se oía tal estrépito, tanto ruido de torbellinos de agua y de batir de alas, que semejava aquéllo una reunión general de moradores alados del río, presagio de alguna guerra en los aires.

Más allá de Kreménchug las orillas eran ya más bajas y abiertas.

—Mirad, mirad —exclamó Rendián de repente,—aunque quema el sol, los campos parecen cubiertos de nieve.

Skretuski miró y, en efecto, hasta donde alcanzaba su vista, ambas orillas brillaban bajo los rayos del sol como si estuviesen cubiertas de un maravilloso cendal blanco.

—Oye, piloto, ¿qué es esa blancura?—preguntó al guía.

—Son guindos, señor—contestó el piloto.

Eran, en efecto, selvas enteras de guindos, formadas por árboles enanos que cubrían una gran extensión de ambas orillas, más allá de la desembocadura del Pchola. Aquellos árboles daban sabrosos y abundantes frutos que servían para nutrir, en la época otoñal, a las aves, a los cuadrúpedos y hasta a los hombres extraviados en aquellos parajes, constituyendo al mismo tiempo materia para negociar; las barcas llevaban la fruta hasta Kiev y todavía más lejos. A la sazón aquellos árboles estaban cuajados de flores.

Cuando la embarcación se aproximó a la orilla para dar descanso a los remeros, desembarcó Skretuski con Rendián para contemplar más de cerca aquellas selvas. Un perfume embriagador les envolvió, dificultando la respiración; miriadas de pétalos cubrían ya el suelo. En algunos puntos formaban los árboles espesuras impenetrables. Entre los guindos crecían también infinidad de almendros salvajes y



enanos, cubiertos de flores rosadas, que exhalaban una fragancia todavía más intensa. Un sinnúmero de abejorros, abejas y multicolores mariposas revoloteaban sobre aquel abigarrado mar de flores, cuyos límites no se divisaban.

—¡Qué encanto, señor, qué encanto!—exclamaba Rendián.—¡Cuán raro es que la gente no pueble estas comarcas, donde veo que también abunda la caza!

Saltaban de mata en mata, entre los guindos, liebres grises y blancas e inmensas bandadas de pinzones grandes de azuladas patas. Rendián mató algunos con su rifle, pero se quedó muy contrariado al enterarse por el piloto mayor de que aquella carne era venenosa.

Sobre la tierra blanda se advertían además huellas de ciervos y antílopes tártaros. A lo lejos resonaban ecos como de gruñidos de jabalíes.

Los viajeros, después de un rato de descanso y contemplación, prosiguieron su camino.

Las orillas, tan pronto ondulantes como llanas, dejaban ver el panorama de bellos encinares, bosques, señales fronterizas, mojones, mogilas y extensas estepas. Aquellos contornos ofrecían un aspecto tan soberbio, que Pan Skretuski, instintivamente, repetía para sus adentros la pregunta de Rendián: «¡Cuán raro es que la gente no pueble estas comarcas!» Pero para esto era preciso que otro príncipe Jeremías se encargase del gobierno de aquel desierto, llevando allí el orden y organizando la defensa contra las incursiones de los tártaros y llaneros.

En algunos sitios el río formaba ensenadas y recodos, penetrando por los barrancos y rompiendo sus olas espumosas contra los peñascos del litoral o inundando las sombrías grutas de las rocas. Tales cuevas y recodos solían servir de escondrijos y ocultas moradas a los cosacos.

Innumerables aves poblaban las embocaduras de los ríos, cubiertas de profusión de juncos, cañaverales y espadañas. En suma, un mundo salvaje y lleno de escabrosidades, de cuando en cuando árido, yermo y misterioso, desplegábase ante los ojos de nuestros viajeros.

De allí en adelante la travesía se hizo más penosa. El calor de aquel día despertaba y ponía en movimiento enjambres de voraces mosquitos y de otros insectos que pu-

lulaban en los pantanos de la estepa. Los había hasta de una pulgada y su picadura hacía brotar un hilillo de sangre.

Al anoecer llegaron a la isla Romanovka, cuyos fuegos eran perceptibles desde lejos, y saltaron a tierra para pasar allí la noche. Los pescadores, que acudieron a contemplar la escolta del teniente, llevaban las camisas, los brazos y hasta el rostro embadurnados de alquitrán para preservarse de las picaduras de los insectos. Era gente de costumbres toscas y vivía en estado casi salvaje; llegaban allí en gran número al empezar la primavera y se dedicaban a pescar y ahumar luego el pescado que habían de vender en los pueblos Chegrin, Circasia, Pereiáslav y Kiev.

Su oficio era penoso, pero productivo a causa de la abundancia de peces, que algunos años llegaba hasta a constituir una plaga en aquellos parajes, pues por falta de agua se acumulaban numerosos restos en los recodos y remansos, apestando el aire con su podredumbre.

Por aquellos pescadores supo el teniente que todos los llaneros, que vivían igualmente de la pesca, habían abandonado hacía algunos días la isla, encaminándose al llano, en virtud de la orden del atamán de campamento. Todas las noches se veían desde la isla las hogueras que encendían en la estepa los desertores, camino de Sich.

No ignoraban los pescadores que se preparaba una campaña contra los lajes y no lo disimulaban ante el oficial. Este comprendió que su expedición sería ya, seguramente, demasiado tardía. Tal vez antes de su llegada a Sich estarían ya en movimiento los regimientos cosacos para subir al Norte. Pero había recibido órdenes de avanzar, y, como verdadero soldado, no tuvo la menor vacilación y decidió seguir adelante, aunque fuera por pleno campamento zapорого.

Al amanecer del día siguiente prosiguieron la marcha. No tardaron en pasar la magnífica bahía de Tareñ, la Roca Pelada y el Islote llamado de los Caballos, célebre por sus barrizales, en los que hormiguan reptiles que le hacen inhabitable. Todo el aspecto salvaje del país y el rápido aumento de la corriente eran indicios de la proximidad de las cataratas. Dibujóse, por fin, en el horizonte la torre

de la ciudadela de Kúdak. Juan había concluido la primera etapa de su viaje.

No penetró, sin embargo, aquella tarde en el recinto del fuerte, pues Grodizki había dado la consigna de que, una vez comunicado el «santo y seña,» a la puesta del sol, no se dejara entrar ni salir a nadie. Si el mismo rey hubiera llegado, hubiera tenido que pernoctar en Sloboda, aldehuela situada al pie de las murallas.

El teniente se sometió a la regla común. No eran muy cómodos los alojamientos, porque las chozas de Sloboda, que eran unas sesenta, hechas de adobes, tenían tan reducido tamaño, que sólo se podía entrar en algunas de ellas doblando el espinazo. No valía la pena tampoco de construir otras, porque cada vez que había una incursión tártara la guarnición del castillo las arrasaba a fin de que los asaltantes careciesen de abrigo y de libre acceso contra los fosos. En aquella aldea vivían los «errabundos,» gente trahumante llegada de Polonia, Rutenia, Crimea y Valaquia. Eran contados los que profesaban la misma religión, sin que a esto se le diera importancia alguna; nadie se cuidaba de cultivar la tierra, pues siempre estaban sobre las armas por temor a las incursiones de la horda. Alimentábanse de pesca y de trigo que recibían de Ucrania; apagaban la sed con aguardiente de mijo fermentado, y se adiestraban en distintos oficios, por lo cual su servicio era apreciado en el castillo.

El teniente no pudo conciliar el sueño a causa del olor insoportable que despedían unas pieles de caballo, con las que se fabricaban correas en la aldea.

Al día siguiente, al amanecer, en cuanto sonó la campana y las trompetas del fuerte tocaron diana, Skretuski mandó anunciar en el castillo la llegada del embajador del príncipe, pidiendo ser recibido en audiencia. Grodizki, que conservaba vivo el recuerdo de la reciente inspección del príncipe, salió personalmente al encuentro de su enviado. Era hombre de unos cincuenta años, con un solo ojo, que le daba la expresión de un cíclope, y de rostro sombrío. Se había vuelto medio salvaje viviendo en un remotísimo desierto, sin comunicarse con alma viviente. Provisto de poderes ilimitados, era de una severidad arbitraria y brutal.

Su rostro estaba desfigurado por la viruela y cuajado además de cicatrices de sablazos, flechas y dardos tártaros, que parecían manchas blancas sobre su morena piel. Por lo demás, era un soldado en cuerpo y alma, vigilante como las grullas, que no apartaba la vista del lugar de donde podían venir tártaros y cosacos. No bebía sino agua; no dormía más que siete horas y se levantaba muchas veces de noche para hacer su ronda, por si los centinelas no guardaban bien las murallas, castigando severísimamente la menor negligencia que advirtiera en sus soldados. Sin embargo, conocedor como nadie del modo de ser de los cosacos, se había ganado su simpatía a pesar de todo.

En invierno, cuando había escasez de alimentos en Sich, mandaba hacer distribuciones de trigo. Era un ruteno del corte de aquellos que en sus tiempos atravesaban la estepa en compañía de Prezlav de Lanskoronski y Samko Zborowski.

—¿De modo que vais a Sich, noble señor?—le preguntó a Pan Skretuski luego de haberle introducido en el castillo y acogido afablemente, sentándole a su mesa.

—A Sich, comandante. ¿Qué noticias tenéis de allí?

—¡Hay guerra! El atamán de campo ha alistado en todas partes a los cosacos, que acuden de los campos, de los riachuelos, de las islas. A muchos desertores de Ucrania impido el paso como puedo. Hay allí ya en armas treinta mil hombres o más. Cuando adelanten hacia Ucrania, cuando se unan con ellos los cosacos regulares y el populacho, formarán un núcleo de más de cien mil.

—¿Y...

—Se espera de un día a otro que llegue a Crimea al frente de los tártaros. Tal vez haya llegado ya. A decir verdad, no sé qué necesidad tenéis de ir a Sich, pues no tardaréis en encontrarles aquí; es seguro que han de pasar forzosamente por Kúdak.

—¿Estáis en disposición de resistir?

Pan Grodziki miró de un modo sombrío al teniente y contestó con mucha calma y con voz firme:

—No podré resistir...

—¿Cómo que no?

—Me falta pólvora. Acabo de mandar unos veinte bar-

cos para que me envíen al menos un poquito..., pero hasta ahora no la he recibido. No sé qué les habrá ocurrido a mis mensajeros. ¿Les habrán interceptado el paso, o tampoco tendrán allí pólvora?... Lo único que sé es que todavía no la han mandado. Tengo existencias sólo para un par de semanas... Si contara con todo lo necesario, volaría la fortaleza antes que los cosacos pusieran pie en ella. Se me ha ordenado que permaneciera aquí, y aquí estoy; que vigilara, y vigilo; que enseñara los colmillos un poco, y así lo hago; si me tocara morir, sólo una vez me ha parido mi madre: no vacilaré.

—¿Y no podríais vos mismo fabricar la pólvora?

—Hace ya dos meses que los zaporogos me están interceptando el salitre, que ha de venir del mar Negro. ¡No hay remedio! ¡Me toca morir!

—¡Sois un alto ejemplo para nosotros, viejos guerreros!... ¿Y si vos mismo salierais en busca de pólvora?

—Monseñor, no abandonaré Kúdak, ni puedo tampoco hacerlo. Aquí he pasado mi vida; aquí, pues, quiero morir. No penséis que vais a asistir a ningún banquete, ni que se os va a recibir con los honores con que se agasaja en otras partes a los embajadores, ni que os servirá allí de escudo vuestra calidad de embajador. Hasta a sus propios atamanes asesinan. Desde que estoy aquí no he visto morir uno de muerte natural... También a vos os tocará morir.

Juan se quedó silencioso.

—Veo que decae vuestro ánimo. Más vale que no vayáis.

—Querido señor comandante—contestó el teniente, picado en su amor propio,—buscad otro medio para infundirme miedo... Todo lo que me contáis lo he oído decir ya veinte veces, y si me aconsejáis que no vaya, deduciré de ello que vos no iríais en mi lugar... y que, por tanto, no sólo os falta pólvora para defender Kúdak, sino también arrestos.

Pan Grodzki, en vez de encolerizarse, miró con mayor afabilidad al teniente.

—¡Qué modo de enseñar los dientes tiene este sollo!—murmuró en ruteno.—Perdonadme. Veo por vuestra respuesta que sabréis defender la dignidad del príncipe y mantener el honor de vuestra noble alcurnia. Os daré un par de

*chaïcas*, ya que con vuestros *báidaks* no podríais salvar las cataratas.

—Eso precisamente venía a pedirlos.

—Cerca del Ogro mandadlas varar en seco, porque, aunque allí el agua es profunda, el paso es tan difícil que raro es el barco que lo intenta. Cuando estéis ya en fondos bajos, vivid alerta contra las emboscadas, y acordaos que el hierro y el plomo son más elocuentes que cualquier discurso. Allí se aprecia sólo a los hombres audaces. Las *chaïcas* las tendréis listas para mañana. Mandaré proveerlas de otro par de remos, pues un solo par es insuficiente en las cataratas.

Hablando así Grodizki salió con el teniente para enseñarle la fortaleza y hacerle ver su distribución. Por todas partes reinaban un orden y una disciplina ejemplares. De día y de noche se veían pasar grupos de centinelas a lo largo de las murallas, de cuyo continuo reforzamiento y restauración estaban encargados los prisioneros tártaros.

—Cada año levanto las murallas una vara—dijo;—ya miden tal altura, que, si tuviera bastante pólvora, ni cien mil enemigos conseguirían nada; pero, sin poder hacer fuego, no podré defenderme, siendo tanta la superioridad del adversario.

La fortaleza era verdaderamente inexpugnable, pues estaba defendida no sólo por los cañones, sino por las profundidades del Dniéper y por un acantilado de rocas que caían verticalmente sobre el agua.

No se necesitaba, pues, una guarnición numerosa para su defensa.

En la fortaleza no había más que seiscientos hombres, pero eran soldados de los más escogidos. Estaban armados con mosquetes y arcabuces.

El Dniéper, que corría en aquel sitio en cauce encajonado, era tan estrecho, que un disparo desde las murallas pasaba mucho más allá de la orilla opuesta. Los cañones del castillo dominaban ambas orillas y todos los alrededores del fuerte. Además, a distancia de media milla del castillo erguía una alta torre, desde la cual se dominaban los alrededores en un radio de ocho millas. La guarnecían cien soldados, sometidos a la inspección diaria de Grodizki.

Cuando se percibía en las cercanías gente, dábase en se-

guida aviso al castillo, y entonces las campanas tocaban a rebato y toda la guarnición se ponía en un momento sobre las armas.

—No pasa semana sin que ocurra una alarma—añadió Grodizki,—pues los tártaros rondan por ahí como grandes rebaños, que cuentan muchas veces varios miles de hombres; les rechazamos como podemos, a cañonazo limpio, y muchas veces manadas enteras de caballos salvajes de los tártaros caen en manos de nuestros guardias.

—¿Pero no os aburre permanecer siempre en este lugar despoblado?—preguntó Pan Skretuski.

—No; prefiero mi puesto a cualquier salón en el palacio real. Veo yo más mundo desde aquí, que puede ver el rey desde las ventanas de su residencia en Varsovia.

En efecto, desde las murallas se veía la estepa sin límites, semejante, a la sazón, a un inmenso mar de verdura; hacia el Norte la desembocadura del Samarra, y hacia el Sur la corriente del Dniéper en toda su extensión, rocas, barrancos, selvas y la blanca superficie espumosa de las otras cataratas de Surski.

Al atardecer fueron a la torre, pues Skretuski, que por primera vez visitaba aquella fortaleza perdida en las estepas, ardía en deseos de verlo todo.

Entre tanto, se le preparaban las *chaicas* en Sloboda, las cuales, provistas de dos pares de remos, se hacían más manejables. A la mañana siguiente debía partir, pero no se acostó en toda la noche, meditando el partido que debía tomar en vista de los graves riesgos que le amenazaban en su expedición al terrible Sich. La vida le sonreía, era joven, amaba y esperaba vivir pronto al lado de la mujer querida, pero anteponía el honor y la gloria al cuidado de su propia existencia. Cruzóle por la mente la idea de que la guerra era inminente; de que Elena, esperándole en Razlogi, podía verse rodeada del más horrible de los incendios, expuesta a las brutalidades no sólo de Bogun, sino del populacho indisciplinado y salvaje. Honda ansia y agudo dolor oprimían su alma. Las estepas debían estar ya suficientemente secas; tal vez se podía ir ya perfectamente desde Lubnie a Razlogi, pero como él mismo había dicho a Elena y a la princesa que aguardasen hasta su vuelta, creyen-

do que la tempestad no estallaría tan de repente, temía ahora lo que pudiera ocurrir durante su viaje a Sich. Atravesaba a pasos rápidos la sala del castillo, mesándose la barba y juntando las manos en desesperada incertidumbre. No sabía qué hacer, qué partido tomar. Y le parecía ver a Razlogi pasto de las llamas, rodeado por la chusma enloquecida, más semejante a una hueste de Satanás que a una turba de seres humanos. Sus pisadas se repetían con eco lóbrego bajo la bóveda del castillo. Antojábasele que los poderes malditos del infierno venían en busca de Elena. Oyóse en las murallas el toque de queda, se apagaron las luces, y como se imaginase oír el eco de la trompa de caza de Bogun, el joven rechinó los dientes y echó mano, con un movimiento instintivo, al puño del sable.

¡Ay! ¿Por qué habría tomado sobre sí aquella empresa librando de ella a Byjóviev?...

Rendián, que daba cabezadas en el umbral de la puerta, despertóse al notar la alteración del teniente; se levantó, se restregó los ojos, atizó las hachas que ardían en las abrazaderas de hierro, y empezó a ir y venir por la estancia para llamar la atención de su amo.

Pero éste, absorto por completo en sus téticas reflexiones, siguió paseando y despertando con sus pisadas los ecos dormidos.

—¡Señor! ¡Señor!—profirió Rendián.

Pan Skretuski le miró con ojos atónitos y salió de repente de su abstracción.

—Rendián, ¿le temes a la muerte?—preguntó.

—¿A quién? ¿A la muerte? ¿Qué queréis decir con esto?

—Quien va a Sich no vuelve.

—¿Pues por qué vais vos?

—Porque esta es mi voluntad: no te metas en este asunto... Pero me da lástima de ti; eres todavía un muchacho, y aunque eres un pícaro, allí nada te valdrán tus tretas. Vuelve a Chegrin y desde allí a Lubnie.

—Señor—repuso Rendián rascándose la nuca,—sí que temo la muerte. ¿Por qué negarlo? Quien no la teme tampoco teme a Dios, único árbitro de muerte y vida; mas puesto que vos la buscáis y no yo, sobre vos caerá la culpa, que sois mi dueño, no sobre mí, que soy vuestro siervo...



Yo no os abandonaré, pues, aunque pobre, no soy villano y sí de noble estirpe. Sin carecer de ambiciones...

—Sabía que eras un bravo mozo, pero debo decirte: si no quieres marchar por tu gusto, marcharás obedeciendo mi orden, ya que no te queda otro remedio.

—Aunque me matarais, no me marcharé. ¿Me tomáis acaso por un Judas capaz de entregaros a la muerte?

Al pronunciar estas palabras, Rendián levantó las manos hacia la cara y empezó a berrear desesperadamente...

Comprendió Pan Skretuski que con aquel sistema no conseguiría nada de él, pero no quiso imponerse apelando a la amenaza; el pobre muchacho le daba lástima.

—Oye—dijo,—aun sin tu ayuda trataré de hurtar mi cabeza al filo de la espada. Y tú, yéndote, llevarás unas cartas a Razlogi, que me importan más que mi vida. Allí dirás a Su Alteza y a los príncipes, que sin la menor demora lleven a la señorita a Lubnie si no quieren encontrarse sorprendidos por la rebelión. Tú mismo procurarás que se cumpla mi voluntad. Te confío una misión importante digna de un amigo, no de un siervo.

—Podéis enviar a otro; una carta cualquiera la lleva.

—Pero... ¿quién es aquí el hombre de mi confianza? ¿Te has vuelto bobo? Te lo repito: aunque me salvaras dos veces del peligro de la muerte, no me rendirías mayor servicio, pues vivo atormentado al pensar en lo que puede ocurrir, y un frío sudor baña mi cuerpo de tanta angustia.

—¡Dios mío! Veo que he de marchar, pero tanta lástima me da dejaros, que no me consolaría lo más mínimo aunque ahora mismo me regalarais vuestro vistoso cinturón.

—Tuyo será el cinturón, con tal que cumplas bien mi encargo.

—Renuncio hasta el cinturón, con tal que me permitáis acompañaros.

—Mañana volverás en la *chaica* que manda el señor Grodziki a Chegrin. Luego, sin demora ni descanso alguno, te dirigirás directamente a Razlogi. No les hables a la anciana princesa, ni a Elena, una palabra del peligro que me amenaza; ruégales únicamente que se marchen sin demora a Lubnie, aunque sea a caballo y sin ningún equi-

paje; toma esta bolsa con dinero para el camino, y ahora mismo te escribiré las cartas.

—Señor, ¿es posible que no vuelva a veros más?—exclamó Rendián, cayendo a los pies del oficial.

—Todo será como Dios quiera—replicó Juan, alzándole con sus brazos;—pero conviene que en Razlogi te muestres con rostro despreocupado. Ahora vete a dormir.

Skretuski pasó el resto de la noche escribiendo y rezando fervorosamente, y el ángel consolador no tardó en concederle su alivio.

Entre tanto las sombras de la noche se disiparon, y la luz del alba penetró en las angostas ventanillas viniendo de Oriente. Amanecía y rayos rosados penetraban en el cuarto. En la torre y en el castillo oyóse el toque matinal de diana.

Al cabo de poco rato apareció Grodizki en la habitación.

—Las *chaicas* os esperan, señor teniente.

—Y yo a mi vez estoy listo para salir...—contestó con calma Pan Skretuski.

## CAPITULO X

Las ligeras *chaicas* corrían veloces a ras del agua, cual golondrinas, llevando al joven oficial hacia su destino.

La crecida del río hacía menos peligrosos los arrecifes de las cataratas. Salvaron los escollos de Surski y Lojany. Una ola benéfica los llevó al otro lado de la barra de Vorona; las barcas rechinaron ligeramente rozando la punta del Kniazy y Strelez, pero con tan suave choque que no produjo avería alguna en ellas, y por fin los viajeros divisaron en la lejanía el espumoso torbellino de la catarata «Insaciable» (El Ogro), terror de los barqueros.

Allí tuvieron que atracar, llevar las lanchas a tierra y arrastrarlas a lo largo de la ribera, pesada y larga labor que requería regularmente todo un día. Por fortuna había esparcidos en toda la orilla numerosos maderos redondos, señales evidentes de pasados transportes, los cuales, colocados bajo las quillas, facilitaban el deslizamiento de las barcas.

Ni en los alrededores ni en la estepa había un solo ser humano; tampoco en el río se vislumbraba una sola *chaica*, pues sólo podían navegar hacia Sich aquellas que Grodizki había dejado pasar por Kúdak, consiguiendo con esto su propósito de separar la Ucrania zaporoga del resto del mundo. El silencio era interrumpido solamente por el fragor de las olas al batir las rocas de la «Insaciable.»

Mientras sus hombres arrastraban las barcas sobre los rulos, Skretuski contemplaba asombrado aquel grandioso panorama de la naturaleza, y un espectáculo aterrador hirió su vista. Toda la anchura del río se hallaba obstruída por siete grandes peñascos colocados en fila, emergiendo del agua, negruzcos, agrietados por las olas, que se habían abierto camino entre ellos formando fantásticos portalones y pasajes. La corriente embestía el pétreo valladar con

todo el peso de su gran masa; retrocedía luego con loca furia, deshecha en blanca espuma, y volvía de nuevo al asalto cual potro encabritado. Rechazada de nuevo, insistía en su ataque, tratando de despejar su camino con sus enormes dentelladas. Revolvíase con impotente rabia, formando monstruosos torbellinos, para erguirse, impetuosa, otra vez en altas columnas, bullendo como enorme caldera y rugiendo como fiera vencida y agotada por la lucha.

Pero luego el estrépito volvía a hender los aires como el fragor de un centenar de cañonazos, como los aullidos de innúmeras manadas de lobos, como el bramido de un monstruo encadenado.

En cada arrecife librábase la misma lucha, se producía igual confusión. Sobre el abismo se escuchaba el chillido de los pájaros espantados a la vista de tan horrendo espectáculo, y entre los peñascos divisábanse las siluetas lúgubres de las rocas, que se estremecían en continuo vacilar cual cohorte de fantasmas diabólicos.

La gente que arrastraba las embarcaciones, aunque hecha a tales espectáculos, persignábase devotamente y le advertía al teniente que no se acercara demasiado a la orilla. Una leyenda popular decía que quien miraba fijamente a la «Insaciable» acababa por ver tan espantables visiones que perdía el juicio; otros aseguraban que de cuando en cuando emergían de los torbellinos unas manos negras y gigantescas, prontas a arrastrar a los desprevenidos que se hubieran imprudentemente aproximado, y que una carcajada siniestra retumbaba entonces en el fondo de aquel caos. Durante la noche, ni aun los mismos *zaporogos* osaban pasar sus barcos a través de aquellos parajes.

Para ser admitido como miembro de la «Cofradía del Llano» era preciso atravesar en barca, sin ayuda de nadie, las cataratas. Sin embargo, no se estaba obligado a cruzar la «Insaciable,» cuyos peñascos sobresalían siempre sobre las revueltas aguas. Bogun era el único, según el cantar de los rapsodas ciegos, que había llegado a atravesar aquel temido paso, por más que no faltaba quien se resistía a creerlo.

La operación de transportar las barcas y volverlas al cauce del río ocupó casi todo un día. El sol se inclinaba ya

hacia el ocaso cuando Skretuski mandó ocupar de nuevo las barcas. Las cataratas próximas fueron cruzadas, en cambio, sin dificultad ninguna, por la carencia de peñascos emergentes, y llegaron al fin a las aguas mansas del llano, dejándose llevar por la corriente.

En el camino pudo ver Skretuski en la linde de Kuchkás la enorme «mogila» de blanca piedra que había mandado erigir el príncipe en conmemoración de su paso por aquellos lugares, confirmándose el informe que le había dado anteriormente Boguslav Maskiéovich en Lubnie.

Aunque próximos ya a Sich, el teniente no quiso aventurarse de noche en el laberinto de Chertomélik y resolvió pernoctar en Jortiza.

Deseaba también encontrar algún zaporogo para que se supiera con antelación por su conducto que quien llegaba era nada menos que un embajador. Pero Jortiza parecía un desierto, lo que no dejó de sorprender en extremo al teniente, pues Grodizki le había hablado de un destacamento de cosacos instalado allí permanentemente para rechazar los ataques de los tártaros. Acompañado de unos cuantos hombres de su comitiva, aventuróse en exploración bastante lejos de la orilla, no siéndole posible recorrer toda la isla, que tenía más de una milla de extensión. La noche había ya cerrado, oscura y tempestuosa. Volvió, pues, a las *chaicas*, que habían sido entre tanto sacadas a la arena. Los soldados encendieron hogueras para vivaquear y defenderse de los insectos.

Transcurrió tranquila la mayor parte de la noche. La tropa cosaca y los guías dormían junto al fuego; velaban únicamente los centinelas y el oficial, quien desde su partida de Kúdak padecía un terrible insomnio. Sentía, además, que le consumía la fiebre. A ratos le parecía oír pasos que se aproximaban desde el fondo tenebroso de la isla, y luego creía escuchar extraños ecos, como balidos de lejanas cabras. Mas todo lo atribuía a alucinaciones.

De pronto, al despuntar el día, una figura sombría irguióse ante él. Era uno de los centinelas de servicio.

—¡Que vienen, señor!—dijo rápidamente.

—¿Quién?

—Los cosacos llaneros. Son unos cuarenta.

—Menos mal; no son muchos... Despierta a la tropa. Echa leña al fuego.

Pronto estuvieron en pie los soldados. La llama avivada despedía una lluvia de chispas que iluminaban las barcas y el puñado de soldados del teniente. No tardaron en acudir otros centinelas. En aquel momento se podían distinguir ya claramente los pasos desiguales de gente que avanzaba. El rumor de las pisadas se apagó a cierta distancia. Luego preguntó una voz con acento de amenaza:

—¡Alto! ¿Quién va por la orilla?

—Y vos ¿quién sois?—repuso el sargento.

—¡Contesta, hijo del infierno, si no quieres que te interroge a tiro limpio!

—Su Gracia el enviado de Su Alteza Serenísima el príncipe Jeremías Visnoviezki, que lleva cartas para el atamán de campo—anunció enfáticamente el sargento.

Callaron las voces del grupo de los cosacos; era evidente que celebraban un breve consejo.

—¡Venid por aquí!—gritó el sargento.—No tengáis miedo. A los embajadores no se les ataca, pero tampoco ellos deben atacar.

Resonaron de nuevo pasos, y, al cabo de un rato, de la obscuridad surgió un grupo de unos cincuenta hombres; por su cobriza tez, corta estatura y por los chaquetones de pieles de cabra con el pelo hacia fuera que constituían su indumentaria, el teniente comprendió a la primera ojeada que eran tártaros en su mayoría. No llegarían a veinte los cosacos que pudiera haber entre ellos.

Con la rapidez del rayo cruzó por la mente de Juan Skretuski la idea de que Kmielnizki debía de haber vuelto ya de Crimea, puesto que los tártaros hallábanse ya en Jortiza.

Un viejo zaporogo, de estatura gigantesca y aspecto cruel y salvaje, que se hallaba al frente del grupo, acercóse al fuego y preguntó:

—¿Quién es el enviado del príncipe?

Despedía un fuerte olor de aguardiente; era evidente que el zaporogo estaba borracho.

—¿Quién es el enviado?—repitió.

—Yo—contestó Pan Skretuski con altivez.

—¿Tú?

—¿Eres acaso mi hermano para tutearme?

—Aprenda los buenos modales, bellaco. Se dice «ilustre y magnífico señor» —terció el sargento.

—¡A la horca, hijos del infierno! ¡Así la muerte os estrangule, excelencias del cuerno! ¿Qué queréis al atamán?

—Eso no es cosa tuya... Guíanos lo más pronto posible hacia donde esté el atamán, si en algo aprecias tu vida y tu piel.

En este momento adelantóse otro zaporogo del grupo:

—Estamos aquí por orden del atamán—dijo—y no debemos dejar que se acerque por aquí ningún laj. El que quiera pasar ha de ser atado y llevado a su presencia, y así lo haremos.

—Al que venga a vosotros por su voluntad no le atarás.

—No hay más remedio, esta es la orden.

—¿Y no sabes, villano, lo que vale la persona de un embajador? ¿No sabes a quién represento?

El viejo gigante le interrumpió.

—Conduciremos al embajador..., pero de la barba..., así... Y levantaba la mano hacia la barba del teniente.

En el mismo instante lanzó un grito y se desplomó como herido por un rayo... Juan Skretuski le había destrozado el cráneo con su *checán* (1). «¡Koli!, ¡koli!» (2) vociferó la tropa, dando furiosos alaridos. Los cosacos regulares acudieron a defender a su jefe. Oyóse una descarga de mosquetería. Los clamores «¡koli!, ¡koli!» se mezclaban al rechocar de las armas. Entablóse un reñido combate.

Las hogueras, pisoteadas en la agitación de la lucha, se apagaron, dejando a los combatientes a oscuras. No tardaron en reinar tales desorden y confusión, que, no pudiendo ya hacer uso de las armas, matábanse los adversarios a cuchilladas, a puñetazos, se desgarraban las carnes a mordiscos, que substituyeron a los sablazos. De pronto surgieron nuevos y distintos clamores y alaridos del interior de la isla. Los asaltantes recibían refuerzos.

Un momento más y aquel auxilio hubiera resultado tar-

(1) Especie de maza de armas en forma de hacha. (*N. del T.*)

(2) ¡Mata! ¡Mata!

dío, pues los cosacos de Juan, bien disciplinados, llevaban ya la mejor parte en la pelea.

—¡A las barcas!—ordenó con voz de trueno Pan Skretuski.

El mandato fué obedecido en un abrir y cerrar de ojos. Por desgracia, las *chaicas* estaban demasiado tierra adentro y no era posible echarlas al agua de un solo golpe.

Entre tanto se lanzó el enemigo con furia a la orilla.

—¡Fuego!—ordenó el teniente.

Una descarga de mosquetería detuvo en el acto a los agresores, que se retiraron en desorden, formando confusos grupos, dejando unos veinte hombres tendidos en la arena; algunos de aquellos cuerpos, sacudidos por las convulsiones de la agonía, parecían peces monstruosos sacados del agua y esparcidos por la orilla.

Al mismo tiempo, los barqueros, secundados por unos cuantos soldados, apoyaron los remos contra el suelo, realizando los últimos esfuerzos para poner a flote las barcas, pero en vano.

El enemigo se lanzó al ataque desde lejos. El chapoteo de las balas que caían en el agua confundíase con el silbido de las flechas y los quejidos de los heridos.

«¡Alá! ¡Alá!...» gritaban, con acento cada vez más belicoso, los tártaros.

«¡Koli!, ¡koli!...» respondíanles las voces de los cosacos.

La voz tranquila de Pan Skretuski repetía con creciente frecuencia el mando de «¡Fuego!»

Los primeros albores del amanecer iluminaron con su pálida luz el campo de batalla.

Por la parte de tierra veíase la aglomeración de los combatientes cosacos y tártaros, unos con las caras pegadas a las culatas de sus *silbones* (1), otros encorvados hacia atrás y tendidas las cuerdas de sus arcos...; por la parte del río divisábanse dos *chaicas* envueltas en el humo de las descargas, cuyos fogonazos las iluminaban a cada momento. En medio yacían los cuerpos, tendidos en la arena en la suprema calma de la muerte.

En uno de los barcos se erguía Juan Skretuski, más alto que todos, altivo, tranquilo, blandiendo el bastón de man-

(1) Escopetas usadas por los cosacos y tártaros. (N. del T.)



do, con la cabeza descubierta, pues una flecha tártara le había arrebatado la gorra. Acercósele el sargento.

—Es imposible que resistamos, señor—dijo a su oído.— Son demasiado numerosos.

Pero Juan no pensaba en otra cosa que en sellar con sangre su embajada, en defender la inviolabilidad de su cargo, en morir gloriosamente. En tanto que sus soldados diezmaban al enemigo disparando al abrigo de los sacos de víveres, que constituían sus defensas, él solo se hallaba al descubierto, expuesto a todos los disparos.

—¡Bueno!—respondió,—moriremos todos, hasta el último.

—¡Moriremos, padrecito!—exclamaron a una los regulares.

—¡Fuego!

Las *chaicas* se envolvieron nuevamente en humo. Desde el interior de la isla iban acudiendo otras turbas armadas de lanzas y guadañas. Los asaltantes dividiéronse en dos columnas. Una sostenía fuego graneado; la otra, compuesta de más de doscientos cosacos y tártaros, sólo esperaba el momento propicio para llegar al cuerpo a cuerpo. Al mismo tiempo, de entre los arbustos de la ribera surgieron cuatro barcas dispuestas a atacar al teniente por la espalda y por los flancos.

Ya era completamente de día. El humo se extendía en largas fajas por la tranquila atmósfera y velaba el campo de la lucha.

El teniente mandó a un grupo de doscientos cosacos avanzar contra las barcas asaltantes, que, impulsadas por los remos, deslizábanse, raudas como ágiles pájaros, por la mansa superficie del agua.

Los disparos que salían del fondo de la isla dirigidos contra los tártaros fueron debilitándose visiblemente. Esto era lo que parecían esperar los combatientes.

—Señor—dijo el sargento, avanzando de nuevo hacia Pan Skretuski,—los tártaros se ponen los cuchillos en los dientes; al instante van a echarse sobre nosotros.

En efecto, unos trescientos tártaros de la horda, los sables en la mano, los cuchillos entre los dientes, se aperciaban al ataque. Seguíanles algunas docenas de zaporogos

armados de guadañas. El ataque debía realizarse por todos los lados, pues las barcas enemigas estaban ya a tiro. Los flancos de las embarcaciones envolvíanse en nubes de humo. Una granizada de balas cayó sobre las gentes de Pan Skretuski.

Desde las dos *chaicas* resonaron dolorosos gemidos. Transcurridos unos cuantos minutos, la mitad de los cosacos de Juan había sucumbido, defendiéndose el resto con loca desesperación. Con los rostros ennegrecidos por el humo, los brazos extenuados, los ojos turbios, inyectados de sangre, continuaban luchando, aunque apenas podían sostener en las manos los recalentados cañones de los mosquetes. La mayor parte estaban heridos.

En aquel momento un siniestro aullido y un grito ensordecedor hendieron los aires. Eran los tártaros de la horda disponiéndose al ataque.

De repente se disipó la humareda que hasta entonces había formado una densa nube en torno de aquella agitada masa de cuerpos humanos, reapareciendo seguidamente ambas *chaicas* de Skretuski en las que hormigueaba la sombría turbamulta tártara. Semejaban dos enormes caballos muertos, atacados por una ávida manada de lobos. Y aquellos bultos confusos de combatientes chocaban en rudos empujones unos contra otros, lanzando fieros aullidos; algunos cuerpos erguíanse en supremo esfuerzo, como combatiendo a un invisible adversario, y caían para no levantarse. Unos cuantos cosacos seguían oponiendo desesperada resistencia.

Al pie del palo de su *chaica* erguíase Juan Skretuski, defendiéndose con furiosa energía, el rostro manchado de sangre, una flecha tártara clavada hasta la mitad en el hombro derecho... Semejaba su figura la de un gigante dominando la turba que le envolvía; su sable relampagueaba con vertiginosa rapidez.

A cada uno de sus golpes respondían gritos y estertores. El sargento con otro soldado defendía sus flancos. La horda retrocedía a veces, aterrada ante los tres valientes; pero, empujados de nuevo por los suyos, los asaltantes volvían a exponerse mal de su grado a los mandobles de aquellos bravos.

—¡Cogedlos vivos!—aullaban algunas voces del grupo.—  
¡Llevadlos vivos al atamán! ¡Ríndete!

Pero Skretuski no se hubiera rendido más que a Dios, a quien se dispuso a entregar su alma. Su rostro adquirió de repente una palidez cadavérica, y el joven vaciló y desplomóse en el fondo de su barca.

—¡Adiós, padrecito!—rugió, desesperado, el sargento.

Y cayó a su vez a los pocos instantes...

Las dos *chaicas* desaparecieron poco después, cediendo al empuje irresistible de la masa de los asaltantes.

## CAPÍTULO XI

En el arrabal de Hasán-Bajá, en Sich, en la casucha del *fiel contraste militar* (1), dos zaporogos, sentados ante una mesa, restauraban sus fuerzas con aguardiente de mijo fermentado, que bebían a grandes tragos en un vaso de madera colocado sobre la mesa entre ambos.

Uno de ellos, Felipe Zacar, el fiel contraste, era casi un viejo decrépito; el otro, Antón Tatárchuk, atamán de los cosacos del destacamento de Chegrin, era un hombre de unos cuarenta años, de elevada estatura, robusto, de expresión salvaje y de ojos oblicuos de tártaro. Hablaban en voz baja, como si temiesen que alguien les oyera.

—¿De modo que será hoy?

—Casi ahora mismo—respondió Tatárchuk.—No se espera sino la llegada del atamán jefe y de Tugay-Bey, que se ha ido con el mismo Kmielnizki a Bazávluk, donde se halla la horda... Los miembros de la Cofradía están concentrados ya en el patio, y los capitanes van a reunirse en consejo esta misma tarde... Antes de anochecer se sabrá todo.

—¡Hum! Puede salir mal la cosa—refunfuñó el anciano Felipe Zacar.

—Dime, contraste, ¿sabías que traía también una carta para mí?

—Ya lo creo; si yo mismo he llevado las cartas al jefe y saben que sé de letra. Al laj se le han encontrado tres: una para el jefe mismo, otra para ti y la tercera para el jefe Barrabás. Todo Sich lo sabe.

—¿Sabes de quién son?

---

(1) Funcionario militar en la Ucrania zaporoga, encargado de la inspección de medidas y pesos que se usaban en las tiendas del llamado «Bazar Popular,» en Sich.

—La que viene dirigida al jefe es del mismo príncipe; lo hemos conocido en el sello. En cuanto a la tuya, no lo sé.

—¡Que Dios me salve!

—Si en ellas no te tratan directamente de amigo de los lajes, saldrás con bien.

—¡Sálveme Dios! —repitió Tatárchuk.

—¡Veo que te sientes culpable!

—¡Quita allá! Nada de eso...

—Quizá escamotee el jefe todas las cartas, ya que va también su propio pellejo en el juego. Lo mismo había de costarle a él que a ti.

—Tal vez.

—Pero si te sientes culpable, lo mejor...

El viejo contraste bajó más la voz.

—Lo mejor será que huyas.

—Pero ¿cómo?, ¿adónde?—preguntó Tatárchuk inquieto.

—El atamán jefe ha colocado guardias en todas las islas para que no se escape ningún laj que pudiese traicionarles diciendo lo que pasaba. Bazávluk está vigilado por los tártaros. No hay ni un pez en el agua, ni un solo pájaro en los aires, que puedan escabullirse.

—Escóndete, pues, en Sich mismo..., donde puedas...

—Ya sabrán descubrirme... A no ser que me escondas tú entre los toneles del bazar... ¿No eres pariente mío?

—No ocultaría yo allí ni a mi propio hermano... Temes la muerte... Bebe hasta perder la cabeza... Una vez embriagado, no sentirás nada.

—Quizás nos sean comprometedoras las cartas.

—Quizá no lo sean.

—¡Oh calamidad de calamidades!—dijo Tatárchuk.—Y el caso es que tengo la conciencia tranquila... Soy muchacho fiel..., odio a los lajes... Pero, aunque no fuera comprometedor la carta... ¡El diablo sabe lo que dirá el laj ante el consejo! Es capaz de perderme...

—Es un valiente... No dirá ni una palabra.

—¿Le has visto hoy?

—Sí, le he puesto pez en las heridas, le he vertido en la garganta aguardiente mezclado con ceniza... ¡Curará...! ¡Es un laj valiente! Dicen que antes de caer en sus manos ha

matado a infinidad de tártaros en Jortiza, degollándolos como puercos. No tengas miedo del laj.

La conversación fué interrumpida por el lúgubre sonido, en la explanada del campamento, de los timbales de cobre.

Tatárchuk, al oírlo, estremeciöse y se levantó de un salto. Su rostro y su actitud indicaban extrema intranquilidad.

—Ya tocan llamando al consejo—murmuró, con el pecho oprimido.—¡Sálveme Dios! ¡Tú no digas nada de nuestra charla, Felipe! ¡Sálveme Dios!

Dicho esto, tomó la botella de aguardiente y, llevándosela con ambas manos a la boca, bebió, bebió, como si quisiera beber hasta la muerte.

—¡Vámonos!—dijo el contraste.

El eco de los timbales iba intensificándose por momentos.

Salieron. El arrabal de Hasán-Bajá estaba separado del patio de armas sólo por una muralla que circundaba el campamento y por una puerta con un bastión alto en el que se veían las bocas de varios cañones apuntando hacia fuera. En el centro del arrabal alzábanse la casa del fiel contraste y las casitas de los atamanes del Bazar. Rodeaban la espaciosa plaza tinglados que servían de tiendas: míseras barracas construídas con maderos de encina, que se importaban en abundancia de Jortiza, y cubiertas de ramaje y trenzado de mimbre. Las casitas, sin exceptuar la del contraste, más bien parecían chozas montañesas de pastores, pues sólo sus tejados sobresalían de la superficie de la tierra. Eran negros y embadurnados; cuando se encendía fuego en el interior, el humo salía penosamente no sólo por la abertura de lo alto del tejado, sino por todo el desván. Entonces no parecían cabañas, sino montones de ramas y mimbres, envueltos en nubes de humo de pez derretida.

Reinaba en ellas perpetua obscuridad a pesar de que ardían constantemente en su interior madera resinosa y astillas de encina. Las tiendas de mercado—algunas docenas—se dividían en tiendas principales, o sea pertenecientes a jefes, y tiendas hospederías, que solían albergar en tiempos de tranquilidad a los tártaros y valacos, unos con pieles, tejidos orientales, armas y toda clase de botín; otros dedicados casi exclusivamente a la venta de vino; pero las tien-

das hospederías casi siempre estaban desocupadas, pues las compras en aquel nido de salvajes tenían, casi siempre, un marcado carácter de actos de pillaje, lo que ni el contraste ni los atamanes del mercado lograban evitar.

Había entre las tiendas, además, treinta y ocho tabernas de campamento, a cuyas puertas, y sobre montones de basura, virutas, tablones y boñigos de caballo, se veían a todas horas zaporogos postrados, medio muertos de borrachera, unos rígidos, durmiendo como troncos, otros con los labios llenos de espuma, agitándose en convulsiones o ataques de *delirium tremens*.

Algunos aullaban canciones cosacas, escupían, se pegaban o se abrazaban, maldiciendo la suerte de su raza, pisoteando la cabeza y el pecho de los tumbados en el suelo. Sólo cuando se propalaba la noticia de que se preparaba alguna expedición contra los tártaros o rutenos imponíase la sobriedad, y, entonces, a los que debían tomar parte en la expedición se les condenaba a pena de muerte en caso de embriaguez. Pero en tiempos normales, especialmente en el Bazar del Mercado, casi todos estaban borrachos el día entero: el contraste, los atamanes de mercado, los vendedores y los compradores. El olor de vodka en estado de fermentación, mezclado con el hedor de pez, pescado, humo y pieles de caballo, saturaba continuamente la atmósfera en todo el arrabal, que por lo abigarrado de los bazares y tiendas parecía un pueblo turco o tártaro.

Allí se vendía todo lo que procedía de los pillajes de algún lugar de la Crimea, Valaquia o de las playas de Anatolia.

Había allí tejidos resplandecientes del Oriente, tisúes, damascos, brocados de oro, paños de todas clases, percal, indiana y tela fina, cañones inservibles de bronce y hierro, pieles, forros, pescado seco, guindas y golosinas turcas, objetos de iglesia, medias lunas de latón arrancadas de los minaretes, crucifijos dorados robados de templos ortodoxos (1), pólvora y armas blancas, mangos para lanzas y

---

(1) En la época de las incursiones los zaporogos no reconocían autoridad alguna, ni humana ni divina. Hasta los tiempos de Kmielnizki no hubo templo alguno en Sich, pues a dicho atamán se debe, precisamente,

sillas de montar. Por entre aquella abigarrada confusión de objetos y colores abríanse paso gentes ataviadas con jirones yuxtapuestos de toda clase de vestidos y medio desnudas en verano, semisalvajes, embadurnadas de humo y hollín, cubiertas de lodo, llenas de picaduras de mosquitos gigantes que revoloteaban continuamente sobre Chertomélik, y, como ya hemos dicho, continuamente borrachas.

A aquella hora había en el arrabal Hasán-Bajá una aglomeración inusitada de gente. Cerraban todos a escape portales y tabernas para acudir al patio de armas donde tenía que reunirse el consejo.

Felipe Zacar y Antón Tatárchuk seguían al grueso de la muchedumbre. Este último, arrastrando los pies perezosamente, deteníase de cuando en cuando, dejando que otros grupos le adelantasen. Creciente inquietud se pintaba en su rostro.

Pasaron el puente del foso, penetraron bajo la puerta y al fin desembocaron en una vasta explanada de armas, rodeada por treinta y ocho barracones de madera. Estos eran los cuarteles, o más bien casas de alojamiento, y constituían una especie de campamento militar que albergaba regimientos cosacos. Dichos cuarteles, todos de las mismas dimensiones, sólo se diferenciaban por sus nombres, tomados de las diferentes ciudades de Ucrania, y que designaban también los regimientos.

La casa del Consejo se alzaba en uno de los ángulos del patio. En ella no podían deliberar más que los jefes, presididos por el atamán de campo. Los «compañeros,» o sea la muchedumbre, deliberaban al aire libre, enviando a cada momento diputaciones a los ancianos y, con frecuencia, invadiendo la sala y aterrorizando al Consejo.

En el patio había un gentío enorme, pues el atamán de campo había hecho reunir en Sich todas las fuerzas armadas diseminadas en las islas, riachuelos y praderas; por lo tanto, «los compañeros» eran más numerosos que de cos-

---

la construcción de la primera iglesia. No se hacía distinción entre los distintos ritos y sectas religiosos; todo cuanto se dice respecto a la disposición religiosa de los *Llaneros* hay que desecharlo como una fábula fantástica.



tumbre. El sol tocaba ya a su ocaso y se había pegado ya fuego a varios barriles de pez. Aquí y allí veíanse también toneles de aguardiente que se repartían por partes iguales entre los grupos alojados, lo que daba más animación a las discusiones. Los *esauls* (1) estaban encargados de mantener el orden entre los cuarteles; iban armados con robustas estacas de encina para poner freno a las turbulencias de los miembros del Consejo, y con pistolas para la defensa de su propia vida, que veían a menudo en peligro.

Tatárchuk y Zacar entraron directamente en el edificio del Consejo, pues ambos tenían derecho a sentarse entre los ancianos, uno por ser fiel contraste y el otro por desempeñar el cargo de atamán de campamento.

En la sala del Consejo no había más que una mesita para el escribano militar. Los jefes y el atamán de campo se sentaban sobre pieles a lo largo de las paredes. Pero en aquel momento sus puestos no estaban todavía ocupados. El atamán de campo atravesaba con pasos de gigante la sala; y los jefes, formando pequeños grupos, hablaban en voz baja, intercalando en su conversación, de cuando en cuando, alguna injuria nada velada.

Notó Tatárchuk que sus conocidos y hasta sus amigos afectaban no verle. Acercóse, pues, inmediatamente al joven Barrabás, cuya situación antojábasele análoga a la suya. Los demás los miraban a ambos de reojo, pero Barrabás no se inmutaba en modo alguno, pues ignoraba aún de qué se trataba. Era Barrabás un joven de extraordinaria belleza y de fuerza extraordinaria, a la cual debía su grado de atamán de campamento, pues su necedad era proverbial en todo Sich y le había valido el apodo del «atamán necio,» como también el privilegio de que la más insignificante palabra suya provocara grandes risas en los ancianos.

—Si no nos ponemos pronto en salvo, tal vez nos arrojen juntos al agua, con una piedra al cuello—dijo Tatárchuk en voz muy baja.

—¿Por qué?—preguntó Barrabás.

—¡Cómo! ¿No sabes lo de las cartas?

---

(1) Especie de sargentos cosacos. (*N. del T.*)

—¡Que le mate su propia madre! ¿Es que yo he escrito algunas cartas?

—Mira qué ojos nos echan...

—Si empezase yo a trompazos con los que nos miran, dejarían de mirarnos... pues se les saltarían los ojos de las órbitas.

En aquel momento se oyeron clamores en el exterior, señal de que algo acaecía. Se abrió de par en par la puerta de la sala del Consejo y entró Tugay-Bey en compañía de Kmielnizki; los clamores eran jubilosos vítores dedicados a ellos.

Tugay-Bey, que era, pocos meses antes, el tártaro más guerrero, el terror de los *Ulaneros* y objeto de un odio implacable en Sich, era aplaudido en aquel momento por sus «compañeros» que lanzaban las gorras al aire en su honor, considerándole como a un buen amigo de Kmielnizki y de los zaporogos.

Tugay-Bey entró primero; le seguía Kmielnizki, en la mano el bastón de mando, insignia de su cargo de atamán de las tropas zaporogas.

A su regreso de Crimea, después de haber desempeñado bien su misión cerca del kan, habíale conferido esa dignidad. La muchedumbre le había llevado en triunfo, y después de forzar la caja del tesoro, le había ofrecido el bastón de mando, la bandera y el sello, insignias de los atamanes. Por eso había cambiado tanto de aspecto; era indudable que encarnaba el tremendo poderío de todo el dominio zaporogo.

Ya no era aquel Kmielnizki agraviado y perseguido que huía a Sich a través de los Campos Salvajes, sino Kmielnizki-atamán, espíritu sangriento, gigante, vengador de su propio agravio en millones de víctimas.

Y, sin embargo, lejos de romper sus cadenas, había sólo forjado otras más pesadas. Su actitud para con Tugay-Bey dejaba traslucir la realidad; en el seno mismo de su poder el atamán de los zaporogos se contentaba con el segundo lugar, cediéndole el primero al tártaro, respetando humildemente la altivez y el indecible desprecio con que le trataba.

Era la relación entre un vasallo y su soberano feudal.

Pero no había otro remedio; todo su crédito a los ojos de los cosacos lo debía Kmielnizki a los tártaros y al cariño del kan, representado por el salvaje y furioso Tugay-Bey. Kmielnizki sabía hermanar el orgullo que rebosaba en su pecho con la humildad tan a maravilla como unía el atrevimiento con el ingenio. Era un león y un zorro, un águila y una serpiente al mismo tiempo.

Por primera vez desde la colonización cosaca, el tártaro actuaba como soberano en pleno Sich... ¡Triste señal de los tiempos!

A la vista del temido tártaro, los «compañeros» reunidos lanzaban al aire sus gorras. Así eran los tiempos...

Empezaron las deliberaciones. Tugay-Bey ocupaba el puesto de honor, en el centro, sobre un montón más mullido de pieles. Estaba sentado con las piernas cruzadas y masticaba granos tostados de girasol, cuyas cáscaras escupía ante sí hacia el centro de la sala.

Tenía a su derecha a Kmielnizki y a su izquierda al atamán de campo. El primer atamán y los delegados de la Cofradía estaban recostados contra las paredes.

Habían cesado las conversaciones; de fuera llegaba cual lejano oleaje el ruido sordo del populacho, que deliberaba, alborotado, al aire libre.

Kmielnizki tomó la palabra, expresándose en estos términos:

—«Señores: Gracias a la benevolencia, afecto y particular aprecio con que nos honra el Serenísimo zar de Crimea, señor de numerosos súbditos, hermano de los astros del cielo, con el beneplácito del magnánimo rey Ladislao de Polonia, nuestro soberano, y por la espontánea voluntad de los audaces ejércitos zaporogos, fiados en nuestra inocencia y en la justicia de Dios, nos preparamos a vengar los terribles y abominables ultrajes que hemos sufrido con resignación cristiana, mientras nos ha sido posible, de manos de los pérfidos lajes, comisarios regios, estarostes y ecónomos de toda la nobleza y de la raza judía (1). Habiendo ya derramado tantas lágrimas, señores, vosotros y

---

(1) El modo de deliberar en Sich describelo el diario de Eryk Lasota embajador imperial en Zaporogia en 1594.

todo el ejército zaporogo, sobre estas injurias, habéis puesto en mis manos el bastón de mando para que me sea más fácil hacer prevalecer nuestra inocencia y la de todos nuestros ejércitos.

»Considerándolo una gran benevolencia por parte de vuestras señorías, he acudido al serenísimo kan implorando el auxilio que no nos había ofrecido. Sin embargo, anheloso de serviros, he sabido, con harto dolor, que es posible haya entre nosotros traidores capaces de pactar con los pérfidos lajes, informándoles de nuestros preparativos y de nuestras fuerzas armadas.

»Si fuera así, los traidores serían castigados con arreglo a la voluntad y a la discreción de vuestras señorías. Os invitamos a oír la lectura de las cartas halladas en la persona del enviado de nuestro perseguidor el príncipe Jeremías Visnoviezki. ¿Qué digo enviado?... El espía encargado de observar nuestros preparativos y las buenas disposiciones de nuestro leal amigo Tugay-Bey para traicionarnos ante los lajes. Vosotros decidiréis y juzgaréis si ese hombre debe ser castigado, así como aquellos de los nuestros a quienes estaban destinadas dichas cartas y cuyos nombres nos delató sin demora el atamán de campo, fiel amigo mío, de Tugay-Bey y de todas las tropas.»

Calló. Al pie de las ventanas iba aumentando cada vez más el clamoreo del populacho; el escribano militar se levantó y empezó a leer la carta del príncipe dirigida al atamán de campo, cuyo principio estaba redactado en estos términos: «Yo, por la gracia de Dios príncipe y señor de Lubnie, Jorol, Priluka, Hadziach, etc., vaivoda ruteño, etc., estaroste, etc.» La carta era puramente oficial. El príncipe, sabiendo que habían sido llamados a las armas los soldados de los «pantanos,» preguntaba al atamán si era cierto, y les exhortaba a que desistiesen de ello por amor a la tranquilidad de las provincias cristianas. Respecto a Kmielnizki decía que, si intentaba poner en revuelta a Sich, se le entregara a los comisarios reales, los cuales insistirían personalmente en que así se procediera.

La segunda carta era de Grodizki, dirigida igualmente al gran atamán, y la tercera y cuarta de Basilio Zachvilijovski y del anciano coronel de Circasia y para Tatárchuk

y Barrabás. En ninguna de esas cartas constaba palabra alguna que pudiese infundir sospechas contra los destinatarios.

Basilio se limitaba a pedir a Tatárchuk que tomara bajo su protección al portador y le auxiliase en todo lo que necesitar pudiera.

Tatárchuk respiró.

—¿Qué decís, señores, de estas cartas?—preguntó Kmielnizki.

Los cosacos permanecían en silencio. Todas las deliberaciones solían empezar así; ningún jefe se atrevía a ser el primero en exponer su opinión, a menos de tener la cabeza calentada por el aguardiente. Pobres de espíritu, pero sagaces, lo hacían principalmente por temor de decir alguna sandez que expusiera a la cólera de los demás al proponente o le valiese algún apodo burlón con el que se le designase de por vida. Lo cual no tenía razón de ser en Sich, donde, en medio de la mayor ordinariez, tan increíblemente desenvuelto estaba el espíritu de mofa como el temor de ser objeto de burlas. Así, pues, los cosacos callaban.

Kmielnizki habló de nuevo, diciendo:

—El atamán de campo es hermano y fiel amigo nuestro. Tengo fe en él como la tengo en mi alma, y al que sostuviere lo contrario lo tendré por traidor. El atamán es un antiguo compañero y soldado.

Y, levantándose, besó en ambas mejillas al aludido.

—Señores—respondió éste,—yo reúno las tropas; al hetmán le toca conducir las... En cuanto al emisario del príncipe, mío es, ya que a mí me lo enviaban, y puesto que es mío, lo entrego a vuestras manos como mi obsequio...

—Señores delegados de la «Cofradía»—dijo Kmielnizki,—inclinados ante el atamán porque es un hombre justo. Id a decir a los vuestros que, si hay algún traidor entre nosotros, no es el atamán. Él ha sido el primero en apostar centinelas; ha sido el que mandó prender a los traidores que intentasen unirse a los lajes. Señores delegados, afirmad ante la Cofradía que el atamán no es traidor, sino el más virtuoso de nosotros.

Los delegados inclináronse profundamente, primero ante Tugay-Bey, que se había limitado a oír y callar con abso-

luta impasibilidad, sin dejar de mascar sus semillas, luego ante Kmielnizki, y, por último, ante el atamán de campo.

Después todos abandonaron la sala.

A los pocos momentos resonaban gritos de júbilo bajo las ventanas, indicando que los delegados habían cumplido su mandato.

—¡Viva nuestro atamán de campo! ¡Viva el atamán!— clamaban enronquecidas voces con tal brío que casi hacían temblar las paredes de la sala.

Al mismo tiempo resonó una atronadora descarga de arcabuces y silbones. La diputación volvió a entrar en la sala colocándose en un rincón.

—Señores—dijo Kmielnizki cuando decreció un poco el clamoreo que sonaba bajo las ventanas,—habéis reconocido con razón la inocencia del atamán. Ahora bien, si él no ha hecho traición, ¿quién la ha hecho? ¿Quién de vosotros tiene amigos entre los lajes? ¿A quién escriben cartas? ¿Quién es su confidente? ¿A quién recomiendan la persona del emisorio del príncipe? ¿Quién es el traidor?

Al hablar así, iba alzando la voz y lanzaba sus miradas acusadoras y airadas hacia donde estaban Tatárchuk y Barrabás, como si quisiera designarlos públicamente.

Oíanse rumores en la sala. Varias voces clamaban: «¡Barrabás! ¡Tatárchuk!» Algunos jefes levantábanse de sus puestos, y entre los delegados se oían gritos de: «¡Matadlos! ¡Matadlos!»

Tatárchuk palideció. Barrabás miró estupefacto a los concurrentes; su mente perezosa se esforzó algún tiempo en comprender. ¿De qué le acusaban? Al fin exclamó:

—¡No os comeréis mi carne, hijos de perro!

Y prorrumpió en una carcajada de idiota.

Remedáronle algunos, y, de repente, la mayor parte de los jefes prorrumpieron en una carcajada salvaje, sin que ninguno de ellos supiera el motivo a ciencia cierta.

De fuera llegaban clamores cada vez más perceptibles, indicio de que el aguardiente se subía ya a las cabezas.

Levantóse Antón Tatárchuk, y vuelto hacia Kmielnizki, habló en estos términos:

—¿Qué os he hecho yo, señor atamán del ejército zapорого, para que deseéis mi muerte? ¿De qué soy culpable? El

comisario Basilio Zachvilijovski me ha dirigido una carta, ¿y qué...? ¿No ha escrito también el príncipe al atamán? ¿He recibido yo la carta? ¡No! ¿Y qué hubiera hecho si me la hubieran entregado? Habría ido a ver al escribano militar; le hubiera suplicado que me la leyera... porque no sé leer ni escribir... Y de este modo siempre hubierais sabido lo que la carta decía. No he visto al laj ni soñando. ¿Soy, pues, traidor? ¡Oh hermanos zaporogos! Tatárchuk os ha acompañado a Crimea, y cuando os poníais en marcha para tierras valacas, a tierra valaca iba, y si os encaminabais a Esmolensko, a Esmolensko iba Tatárchuk, y se batía con vosotros, ¡muchachos valientes!, y vivía vuestra vida—vuestra vida de muchachos valientes,—y derramaba su sangre con vosotros, con sus muchachos valientes, y moría de hambre como vosotros, como sus muchachos valientes... No es, pues, ni laj ni traidor, sino cosaco, hermano vuestro, y si el señor atamán insiste en darle muerte, que nos diga por qué. ¿Qué le he hecho yo? ¿En qué he faltado?... Y vosotros, hermanos míos, apiadaos de mí... y juzgadme con justicia.

—¡Tatárchuk es un valiente! ¡Tatárchuk es honrado!—exclamaron varias voces.

—Eres un muchacho valiente, Tatárchuk, y no insisto en tu muerte—respondió Kmielnizki,—porque eres amigo mío. No eres laj, sino cosaco, hermano nuestro. Si el traidor fuese un laj, no me apenaría ni lloraría; pero siendo el traidor uno de nuestros muchachos valientes, siendo el traidor compañero mío, ¡oh! entonces sangra mi corazón y mis ojos derraman lágrimas por mi compañero. Porque si tú has estado en Crimea y en tierra valaca y bajo de los muros de Esmolensko, tu falta es por esto mismo mayor al haber querido descubrir ahora a los lajes los preparativos y los planes de los ejércitos zaporogos. Te han escrito encargándote que facilites al emisario del príncipe la ejecución de sus proyectos. Y decidme, señores atamanes, ¿qué puede proyectar un laj sino mi muerte y la de mi entrañable amigo Tugay-Bey, y la pérdida del ejército zaporogo?... Por consiguiente, has cometido una gran falta, Tatárchuk, una falta irreparable. En cuanto a Barrabás, ha recibido una carta de su tío el coronel

que manda en Circasia, el amigo de Chaplinski, el amigo de los lajes, que tenía guardados los privilegios reales para que nunca gozase de ellos el ejército zaporogo... Puesto que así es, y juro por mi salvación que es así, los dos sois culpables. ¡Pedid a los atamanes que se apiaden de vosotros; yo uniré mi ruego a vuestros ruegos por grande que sea la falta y por manifiesta que la traición sea!

Entre tanto, fuera de la sala se oía no ya un clamor sordo y confuso, sino como un fragor de tempestad. La «Cofradía,» impaciente por saber lo que decidía el Consejo, envió una nueva diputación.

Tatárchuk se veía perdido. Acordóse en aquel momento de que hacía una semana, en la última asamblea de atamanes, se había opuesto a que se confiriera a Kmielnizki la bulava de atamán, y a la alianza tártara. Gotas de mortal sudor brotaron de su frente; comprendió que no había salvación para él. En cuanto al joven Barrabás, era evidente que, al entregarle a la muerte, Kmielnizki anhelaba vengarse del viejo coronel circasiano, que amaba en extremo a su sobrino.

Pero Tatárchuk no quería morir. No hubiera palidecido ante una espada, ante una bala, ni aun ante el palo; pero la índole del suplicio que le esperaba le ponía los pelos de punta. A favor del momentáneo silencio que siguió al discurso del atamán, exclamó con voz desgarradora:

—¡En nombre de Cristo crucificado, hermanos atamanes, hermanos de mi corazón, no perdáis a un inocente!... ¡No he visto a ese laj ni le he hablado nunca! ¡Apiadaos de mí, hermanos! No sé lo que de mí querría el laj. Preguntádselo vosotros mismos. ¡Por el nombre de Jesucristo nuestro Redentor, por la Virgen purísima, por San Nicolás el taumaturgo y por el arcángel San Miguel, os juro que perdéis a un alma inocente!

—¡Que traigan al laj!—ordenó el viejo fiel contraste.

—¡Que traigan al laj! ¡Que lo traigan!—repetieron los jefes.

Siguió un confuso movimiento entre la multitud; unos corrieron a la puerta de la sala contigua, donde el prisionero estaba encerrado esperando que le mandasen compa-



recer ante el Consejo; otros se acercaron con aire amenazador a Tatárchuk y Barrabás.

Hladki, atamán del campamento de Mirgorod, fué el primero que dió la señal, exclamando: «¡Mueran!» Los delegados repitieron el grito. Uno de ellos, Charnota, se precipitó a la puerta exterior y, abriéndola de par en par, gritó al populacho allí reunido:

—¡Señores cofrades! Tatárchuk ha hecho traición, Barrabás también. ¡Que mueran!

La muchedumbre respondió con un horrendo rugido. En la sala se produjo una confusión general. Todos los jefes habían dejado sus puestos. «¡El laj! ¡Que venga el laj!» vociferaban unos, mientras otros trataban de restablecer el orden.

De pronto, cediendo al empuje de la multitud, abrióse de par en par la puerta y dió paso a la avalancha de la turba que hasta aquel instante había deliberado en el patio. Figuras horribles invadieron la sala, embriagadas de furia, vociferando, gesticulando y rechinando los dientes, apesetando a aguardiente.

—¡Muera Tatárchuk! ¡Muera Barrabás! ¡Dadnos a los traidores para arrastrarlos por el patio!—gritaban voces de borrachos.—¡Matadlos! ¡Matadlos!—exclamaban otros. Y centenares de puños amenazaban a las pobres víctimas.

Tatárchuk no oponía resistencia, limitándose a lanzar penetrantes gemidos. Pero el joven Barrabás empezó a defenderse con loca furia; había comprendido que le querían degollar. El terror, la desesperación y la ira le desfiguraban el rostro; lanzaba espuma por su boca y un fiero rugido brotó de su pecho. Dos veces logró desprenderse de las manos de sus verdugos, que volvieron a cogerle por los hombros y el pecho, a asirle por la barba y los cabellos. El desdichado, incapaz de tenerse en pie, pugnaba por desprenderse a mordiscos de las garras del populacho, y lanzaba nuevos rugidos; se desplomaba a veces, para erguirse al punto, la faz ensangrentada, cual horrible fantasma. Con el vestido hecho jirones, arrancados los cabellos y un ojo colgando, fué al cabo tan violentamente empujado contra la pared, que se rompió un brazo.

Al verle caer perdido el conocimiento, sus verdugos le agarraron por las piernas y le arrastraron al patio de ar-

mas con Tatárchuk, donde, a la luz de barriles de pez encendida y llameantes hogueras, empezó la ejecución—propia-mente dicha—de los condenados. Varios miles de hombres se precipitaron sobre ellos, pugnando entre aullidos por hacer presa en los sin ventura, estrujándolos, pisoteándolos, destrozándolos y girando en torno suyo con el movimiento convulsivo de las masas enloquecidas de furor. A veces varios brazos ensangrentados levantábanse al aire y sacudían por encima de las cabezas dos bultos informes que no parecían ya figuras humanas, para volver a aplastarlos contra el suelo. Los que no podían acercarse proferían gritos endemoniados, proponiendo unos que se arrojara a las víctimas al agua, y otros que se las metiese en barriles de pez derretida. Los borrachos entablaron ruda pelea unos con otros; en su loco frenesí, encendieron dos cubos de aguardiente que iluminaron aquella escena infernal con una luz trémula y azulada. Desde el cielo les contemplaba la luna silenciosa, clara y serena.

Así castigaba la Cofradía a sus traidores.

En la sala del Consejo, desde el momento en que los cosacos sacaron arrastrando a Tatárchuk y al joven Barrabás, renació la calma y los atamanes volvieron a sentarse en sus puestos a lo largo de las paredes, pues acababan de sacar del cuartito contiguo e introducir en la sala al prisionero. Su rostro se hallaba cubierto de sombra por estar ya medio extinguida la lumbre del hogar. En la penumbra no se distinguía más que una figura alta, esbelta, erguida y arrogante, a pesar de tener los brazos atados con fibra de corteza. Pero Hladki avivó los tizones con un puñado de leña resinosa; la llama se elevó al instante en alta espiral e iluminó con su sereno claror el rostro del prisionero, cuya mirada se posaba en Kmielnizki. Este al fijarse en él se estremeció. El prisionero era Juan Skretuski.

Tugay-Bey escupió los granos de girasol que masticaba y refunfuñó en ruteno:

—Yo conozco a ese laj... Ha estado en Crimea.

—¡Que muera ahorcado!—gritó Hladki.

—¡Que muera ahorcado!—repitió Charnota.

Repuesto de su turbación, Kmielnizki dirigió una mirada significativa a los jefes, los cuales callaron al punto

ante la amenaza de aquella mirada. Luego, volviéndose al atamán de campo, le dijo:

—También conozco yo a ese hombre.

—¿De dónde vienes?—preguntó el atamán a Skretuski.

—Venía a ti como enviado del príncipe, cuando me han asaltado unos bandidos en Jortiza, y pisoteando el derecho de gentes, respetado hasta por los pueblos más salvajes, han degollado a mis hombres y me han herido e insultado sin considerar mi doble dignidad de embajador y de hidalgo, trayéndome aquí como prisionero. Su Alteza Serenísima, monseñor Jeremías Visnoviezki, sabrá pedirte cuenta, atamán de campo.

—¿Y por qué nos has tratado como enemigos? ¿Por qué rompiste el cráneo de un valiente con tu maza? ¿Por qué tú solo has matado cuatro veces más hombres de los que había en tu tropa? Además, so pretexto de traerme una carta, venías a saber si estábamos organizados, para referírselo luego a los lajes. Sabemos también que traías cartas para algunos traidores del ejército zaporogo, para tramar con ellos la ruina general de todo nuestro ejército. Por consiguiente, no te recibimos como embajador, sino como traidor, y te castigaremos en justicia.

—Te equivocas, atamán de campo, y también tú, serenísimo hetmán impostor—respondió Skretuski, dirigiéndose a Kmielnizki.—En cuanto a las cartas, todos los embajadores que salen para apartadas regiones llevan, además del pasaporte, cartas de amigos para amigos para que les sirvan. Traía una carta del príncipe y no venía para tramar vuestra ruina, sino para desviaros de hechos que acarrearían un mortal paroxismo a la patria y producirían vuestra definitiva perdición y la de todo el ejército zaporogo. ¿Sabéis contra quién levantáis vuestras manos sacrílegas? ¿Contra quién pactáis con los infieles, vosotros que os llamáis defensores del cristianismo? Contra el rey, contra los nobles y contra el Estado entero. Por tanto, no soy yo, sino vosotros los traidores. Os lo repito, ¡desgraciados de vosotros si no borráis vuestro crimen con el arrepentimiento y la sumisión! No están tan remotos los tiempos de Pávruk y Nalevaiko... ¿No os acordáis ya del castigo que éstos recibieron? Pensad, pues, que la paciencia del Estado,

*patientia rei publicæ* (1), está ya agotada, y que sus espaldas se levantan ya sobre vuestras cabezas.

—Vomitas insultos, hijo de Satanás, para salir del aprieto y evitar la muerte—exclamó el atamán.—Pero no te salvarán tus amenazas y latinajos.

Varios de los jefes presentes empezaron a golpear el suelo con los sables, rechinando los dientes. Juan levantó la cabeza con altivez aún más arrogante y continuó impertérrito:

—No creas, atamán de campo, que tema la muerte y defienda mi vida, porque trate de probaros mi inocencia. Como hidalgo, no puedo ser juzgado sino por mis iguales; los que ahora me rodean no son jueces, sino bandidos; no son nobles, sino villanos; no guerreros, sino bárbaros... Bien sé que no me libraré de una muerte que colmará la medida de vuestros crímenes. Ante mí está el martirio y la muerte, a mi espalda el poder y la venganza de la república entera, cuyo nombre os hace a todos temblar.

La majestad de su figura, la arrogancia de sus palabras y el nombre de la república produjeron honda impresión en todos los presentes. Los jefes mirábanse silenciosos. Empezaban a darse cuenta de que no trataban con un vulgar prisionero, sino con el temible enviado de una nación poderosa.

Tugay-Bey refunfuñó:

—Es un laj valiente.

—Es un laj valiente—respondió Kmielnizki.

Golpes redoblados y violentos dados en la puerta interrumpieron la conversación. En el patio habíanse consumado ya la ejecución y el descuartizamiento de Tatárchuk y Barrabás. Llegaba otra delegación de la Cofradía. Unos veinte cosacos penetraron en la sala, ensangrentados, jadeantes, bañados de sudor y completamente borrachos. Detuviéronse en la puerta y, levantando los brazos todavía humeantes de sangre, hablaron en estos términos:

—La Cofradía saluda a los señores próceres—inclináronse hasta el suelo—y les ruega que le entreguen ese laj para que nuestros hombres se diviertan jugando con él como con Barrabás y Tatárchuk.

—¡Entregadles el laj!—gritó Charnota.

(1) «Paciencia de la república.»

—¡No, no se lo entreguéis; que esperen!.. Es un embajador...

—¡Muera!, ¡muera!—clamaban varias voces.

Luego callaron todos. Sin duda esperaban la decisión del atamán y de Kmielnizki.

—La Cofradía lo pide por favor—dijeron otra vez los enviados.—Si nos lo negáis, ella lo cogerá a viva fuerza.

Skretuski parecía perdido sin remedio. Entre tanto Kmielnizki inclinóse hacia Tugay-Bey.

—Es prisionero tuyo—murmuró.—Lo han cogido tus tártaros; tuyo es.... ¿Te lo vas a dejar quitar? Es un aristócrata rico. Y has de saber que el príncipe Jeremías lo rescataría a peso de oro.

—¡Entregad al laj!—gritaban los cosacos con voces cada vez más amenazadoras.

Tugay-Bey, desperezándose, se levantó. Su rostro varió en un abrir y cerrar de ojos; las pupilas se le agrandaron como las de un gato montés, y sus dientes brillaron, y de repente se lanzó a modo de un tigre contra los cosacos que pedían el prisionero.

—¡Atrás, canallas! ¡Atrás, perros infieles, viles esclavos, bellacos!—rugió.

Y asiendo de la barba a dos zaporogos y sacudiéndolos iracundo, añadió:

—¡Atrás, borrachos, rebaño impuro, reptiles nauseabundos! ¿Queréis quitarme el botín?... Pues bien, ¡ved cómo os trato, canallas!

Hablando así, siguió arrancándoles las barbas a otros mozos, y, por último, derribó de un revés a uno de ellos, que empezó a patalear.

—Inclinaos hasta el suelo, serviles; de lo contrario os llevaré a todos como esclavos o pisotearé a Sich entero como os pisoteo a vosotros. ¡Os quemaré vivos y con vuestras propias entrañas cubriré vuestros cadáveres!

Los delegados retrocedieron aterrorizados. El terrible aliado mostraba de lo que era capaz.

Cosa rara; en Bazávluk no había más que seis mil soldados de la horda. Verdad es que detrás de éstos se alzaba el kan con todas sus fuerzas de Crimea. Y en Sich sólo había unos cuantos millares de soldados cosacos, si bien su

caudillo podía contar además con los destacamentos que había mandado ya a Tomakovka; sin embargo, ni una sola voz se atrevió a protestar contra Tugay-Bey. Las razones con que el terrible caudillo tártaro había acudido en defensa del prisionero eran, según parecía, el único medio eficaz de convencer de una vez a los zaporogos, a quienes el auxilio de los tártaros les era en aquella sazón indispensable.

Los delegados salieron en tropel al patio diciéndole a gritos a la multitud que no *jugaría* con el laj, pues éste era un cautivo de Tugay-Bey, quien se había enfadado mucho.

—¡Nos ha arrancado las barbas!—clamaban algunos.

Al punto se oyeron en el patio voces que repetían: «¡Tugay-Bey se ha enfadado!»

—¡Está furioso!—clamaba la turba con plañidera voz.

—¡Está furioso! ¡Furioso!...

Pocos momentos después se oyó cerca de la lumbre una voz chillona que cantaba:

¡Ey! ¡Ey!  
Tugay-Bey  
rabía mucho.  
¡Ey! ¡Ey!  
Tugay-Bey,  
¡cálmate, amigo!

Luego millares de voces repitieron: «¡Ey, ey! Tugay-Bey...!» y así quedó improvisada una de aquellas canciones que luego atravesaba toda Ucrania como un huracán, vibrando en las sonoras cuerdas de liras y tiorbas.

De súbito quedó interrumpida la canción. Por la puerta de la parte del arrabal de Hasan-Bajá había penetrado precipitadamente un destacamento que pretendía entrar a toda costa en la casa del Consejo, abriéndose penosamente paso entre la muchedumbre y gritando: «¡Paso! ¡Paso!» Ya se disponían a salir los jefes, cuando los nuevos huéspedes irrumpieron en la sala.

—¡Un mensaje para el atamán!—gritó un viejo cosaco.

—¿De dónde venís?

—De Chegrin. Hemos caminado sin descanso día y noche para traeros la carta. ¡Hela aquí!

Kmielnizki tomó la carta de manos del cosaco. La leyó.

De repente su rostro se alteró; interrumpió la lectura y dijo con voz tonante:

—Señores atamanes: el gran hetmán envía contra nosotros a su hijo Esteban al frente de un ejército. ¡Es la guerra!

Un confuso rumor resonó en la sala. ¿Serían murmullos de alegría o de terror?... Kmielnizki adelantóse hasta el centro de la sala... Puesto en jarras, con los ojos llameantes de furia, ordenó con voz amenazadora e injuriosa:

—¡Los jefes a sus compañías! ¡Dispárense los cañones de la torre! ¡Vacíense las barricadas de aguardiente!... ¡Mañana, al amanecer, en marcha!

Desde aquel momento acabáronse ya en Sich las deliberaciones en común, el poder de los atamanes, las asambleas y la autoridad de la Cofradía. Kmielnizki asumía un poder ilimitado. Pocos minutos antes, temiendo que fuese desoída su voz por la turbulenta asamblea, había tenido que apelar a la astucia para salvar al prisionero y para doblegar la obstinada voluntad de la Cofradía; ahora, en cambio, era el dueño absoluto de la vida y de la muerte de todos los presentes. Siempre sucedía así: antes y después de la campaña, aunque hubiese sido ya elegido el hetmán, la turba imponía su voluntad a los jefes y al atamán de campo, siendo peligroso todo vislumbre de oposición. Pero en cuanto sonaba la primera señal anunciadora de una expedición guerrera, la Cofradía convertíase en un ejército sujeto a la disciplina militar, los jefes en oficiales, y el atamán en jefe supremo y dictador.

Por eso, a la voz de mando de Kmielnizki, los atamanes se levantaron inmediatamente para ocupar sus puestos en sus compañías. El Consejo estaba terminado.

Tronaron momentos después, estremeciendo las paredes de la sala, los cañones de la puerta de la muralla que comunicaba la explanada destinada a los cosacos de Sich con el arrabal de Hasan-Bajá, y su eco siniestro se extendió por toda Chertomélik como señal de guerra.

Anunciaba, al mismo tiempo, que una nueva era apuntaba en la historia de dos pueblos. Pero ni los borrachos cosacos de Sich ni el mismo atamán de los zaporogos lo sospechaban.

## CAPÍTULO XII

Kmielnizki y Skretuski fueron a pernoctar a casa del atamán de campo y lo propio hizo Tugay-Bey, para quien lo intempestivo de la hora hacía difícil el regreso a Bazáv-luk. El jefe bárbaro trataba a Juan con todos los miramientos debidos a un prisionero de quien se espera obtener un buen rescate: no como a esclavo, sino con gran respeto, teniéndole en mayor consideración todavía que a los cosacos, por haberle visto en otro tiempo en la corte del kan, con el cargo de embajador del príncipe. En vista de ello el atamán le invitó a su *casita*, cambiando igualmente su conducta con él.

El viejo atamán era un hombre consagrado en cuerpo y alma a Kmielnizki, que le había conquistado y dominado. Habíase percatado, no sin asombro, durante las deliberaciones del Consejo, de que el jefe supremo quería evidentemente salvar al cautivo, y su asombro fué mayor aún cuando, apenas sentados en la *casita*, oyó a Kmielnizki decirle al tártaro:

—¿Cuánto piensas exigir por este prisionero, Tugay-Bey?

El jefe tártaro miró a Skretuski y respondió:

—Me has dicho que es un personaje importante. Además sé que es un enviado del terrible príncipe, quien sabe apreciar a sus fieles. ¡*Bismilah!* Pagará él y pagará el otro..., pagarán los dos...

Tugay-Bey reflexionó un instante y añadió luego:

—Pondremos dos mil táleros.

—Conforme—replicó Kmielnizki,—dos mil táleros.

Tugay-Bey guardó silencio algunos momentos. Diríase que quería atravesar con sus ojos oblicuos a Kmielnizki.

—Me darás tres mil—dijo.

—¿Cómo tres mil, si tú mismo acabas de pedir dos mil?

—Porque, si quieres adquirir el prisionero, es porque



tienes gran interés en ello... y teniendo gran interés darás los tres mil.

—Me ha salvado la vida.

—¡Alá, eso bien vale mil táleros más!

Juan intervino en el trato.

—Tugay-Bey—dijo con ira,—nada puedo prometerte del tesoro del príncipe, pero yo mismo te daré los tres mil táleros, aunque tuviera que arruinarme. Tengo depositada, aproximadamente, esa cantidad en casa de Su Alteza; mis posesiones rurales, además, no son de las peores, y no quiero deberle la vida ni la libertad a este atamán.

—¿Y cómo sabéis mis intenciones?—preguntó Kmielnizki.

Volvióse luego hacia Tugay-Bey y añadió:

—Va a empezar la guerra. Antes de que tu enviado regrese de casa del príncipe, habrá corrido mucha agua por el Dniéper... Yo en persona te llevaré el dinero mañana mismo a Bazávluk.

—Da cuatro mil y no hablemos más de ese laj—repuso impasible Tugay-Bey.

—Daré, pues, cuatro mil fiándome en tu palabra.

—Señor—dijo el atamán,—¿quieres en seguida ese dinero? Ahí está, guardado en la alacena; puede que aún sobre algo.

—Mañana lo llevarás a Bazávluk—contestó Kmielnizki.

Tugay-Bey se tendió y bostezó.

—Tengo sueño—dijo.—Mañana, antes de que amanezca, he de salir para Bazávluk. ¿Dónde está mi cama?

El atamán le indicó con el dedo un montón de pieles de carnero tendidas al pie de la pared. Tugay-Bey se tendió en el camastro y a los pocos minutos empezó a roncar como un caballo.

El atamán dió varias vueltas por el angosto cuarto.

—El sueño huye de mis párpados—dijo.—Dadnos de beber, señor atamán.

—¿Aguardiente o vino?

—Aguardiente; de lo contrario no me dormiría.

—El cielo comienza ya a palidecer—observó el atamán de campo.

—Sí, es tarde. Ve a descansar, viejo camarada; pero antes bebe un trago conmigo.

—¡Por vuestra gloria y fortuna!

—¡Por tu felicidad!

El atamán de campo se enjugó la boca con la manga, dió la mano a Kmielnizki, y, encaminándose después al rincón opuesto del cuarto, se hundió entre pieles. La edad le enfriaba ya la sangre.

Pronto acompañaron sus ronquidos a los de Tugay-Bey. Kmielnizki, sentado a la mesa, estaba absorto con sus pensamientos. De pronto se levantó y miró a Juan.

—Señor teniente—le dijo,—estáis libre.

—Gracias, señor hetmán de los zaporogos; aunque me hubiera gustado más deber la libertad a otro que a vos.

—Nada tenéis que agradecerme. Me habéis salvado la vida; ahora yo os pago en la misma moneda... Estamos en paz. Pero todavía he de deciros unas palabras; no os dejo marchar sino a condición de que me juréis, por vuestro honor de caballero, que no diréis a nadie, cuando regreséis, ni nuestros preparativos, ni nuestras fuerzas, ni nada de cuanto hayáis podido ver en Sich.

—Veo que me hicisteis gustar inútilmente el fruto de la libertad. No puedo empeñar mi palabra en cuanto a eso a menos de proceder como aquellos que se pasan al enemigo.

—En ello va mi cabeza; de ello depende la salvación de todo el ejército zaporogo. El gran atamán no acudiría, de seguro, contra nosotros con todas sus fuerzas, si le informaseis de nuestros contingentes. No os extrañe, por tanto, que no os dé la libertad hasta no verme en seguridad completa. Sé perfectamente el alcance de mi empresa; sé todo lo terrible que es la potencia contra quien voy a luchar: los dos hetmanes, vuestro terrible príncipe que vale él solo por todo un ejército; las gentes de Zaslav, de Koniecpolski y de todos aquellos régulos que pisotean la nuca cosaca. Bien sé cuánto trabajo me costó y cuántas cartas tuve que escribir para conseguir se adormeciera su vigilancia; no puedo, por tanto, permitir ahora que vuelvas a despertarla tú. Cuando todas las masas populares y los cosacos regulares y todos los oprimidos en su fe y en su libertad; cuando todas esas huestes engruesen mis tropas, como lo ha hecho el ejército zaporogo y el benigno kan de Crimea, entonces cuento poder hacer frente al enemigo, ya que también mis

fuerzas serán considerables. Pero mi más firme esperanza la pongo en Dios, testigo de mi inocencia y de las violencias seculares que venimos padeciendo.

Kmielnizki vació el vaso de aguardiente y luego empezó a dar vueltas con paso febril alrededor de la mesa. Juan le seguía con la mirada.

—No blasfeméis así, hetmán de los zaporogos—le dijo con voz enérgica;—no invoquéis el nombre de Dios ni su supremo auxilio; sólo conseguiríais atraeros la cólera del cielo y sería más inminente vuestro castigo. ¿Sois, acaso, vos el llamado a apelar al socorro del Altísimo, vos que, por vengar ofensas y agravios personales, levantáis tan tremenda tempestad, provocando el fuego de la guerra civil, pactando con los infieles y paganos contra los cristianos? ¿Cuál será el resultado? Vencedor o vencido, habréis hecho derramar torrentes de sangre; habréis hecho verter lágrimas a raudales; habréis devastado nuestro suelo más que una plaga de langosta; entregado a vuestros propios hermanos a la esclavitud de los paganos; conmovido a la república hasta en sus cimientos; levantado la mano contra la majestad real y mancillado los altares del Señor. Y todo esto ¿por qué? ¿Porque Chaplinski expolió vuestra hacienda, porque, ebrio, os amenazó! ¿Qué os atrevéis a intentar? ¿Qué es lo que no sacrificáis en pro de vuestros intereses particulares? ¿Imploráis el auxilio de Dios? Mirad, pues; yo, aunque estoy en vuestro poder, aunque en vuestras manos estén mi vida y mi libertad, yo os digo: No, no es a Dios a quien debéis invocar en vuestro auxilio, sino a Satán, ya que sólo el infierno puede secundaros.

Kmielnizki sentía cómo la sangre se agolpaba en sus sienes; asió bruscamente el pomo del sable, mirando al teniente como un león dispuesto ya a dar un aullido y lanzarse sobre la víctima... Sin embargo, consiguió dominar su cólera. Por fortuna la embriaguez no le había trastornado aún el juicio. Acaso sintiera cierta inquietud; tal vez oyera voces interiores que le dijeran: ¡Desanda tu camino!... De repente, como si intentara defenderse de sus propios pensamientos, o persuadirse a sí mismo, empezó a hablar así:

—Tales palabras no las hubiese soportado de nadie; pero

tú, también, ten cuidado de que tu audacia no acabe por agotarme la paciencia. Me amenazas con el infierno; me acusas de miras personales y de traición. ¿Quién te dice que sólo quiera vengar yo mis propias ofensas? Si así fuese, ¿dónde hubiera hallado partidarios, dónde hubiera encontrado estos millares de hombres ya alistados en mis banderas, ni los que siguen alistándose, si sólo me guiara la venganza de un ultraje inferido a mi persona? Ved lo que sucede en Ucrania. ¡Ay! En esa tierra tan exuberante, en mi suelo patrio, en nuestra casa, ¿quién está seguro del mañana?, ¿quién vive allí feliz?, ¿quién no se ve privado de su religión, de su libertad?, ¿quién no llora y suspira por ella?... Allí no hay más que los Visnoviezki, los Podozki, los Zaslavski, los Kalinovski y los Koniezpolski y un puñado de hidalgüelos. Para ellos son las estarostías, las dignidades, la tierra y sus habitantes; para ellos la dicha y la preciosa libertad, en tanto que el resto del pueblo vuelve al cielo sus miradas, bañadas en lágrimas, esperando que Dios se apiade de él, ya que ni el rey puede salvarlo. ¿Y cuántos nobles, incapaces de soportar por más tiempo su opresión, huyen a Sich, como yo mismo he huído? No quiero hacer la guerra al rey; no quiero luchar contra mi patria; ella es mi madre y él mi padre. El rey es un soberano magnánimo, pero no así los régulos; con ellos se hace la vida imposible. En sus manos están la imposición de toda clase de gabelas sobre el arriendo de las alquerías, el derecho de la pesca, de la cosecha, de los molinos de trigo, de la apicultura y de la cría del ganado cornudo... Su tiranía y los atropellos cometidos por los judíos reclaman la venganza de los cielos. ¿Qué ha recibido el ejército zaporogo en premio a los grandes servicios prestados en tantas guerras? ¿Qué se ha hecho de los privilegios cosacos? El rey nos los otorgó; los régulos nos los han quitado. Nalevaiko ha muerto descuartizado; Pávluk fué quemado dentro de un buey de cobre candente. Aún no se ha secado la sangre de las heridas que nos causó el sable de Zolkievski y Koniezpolski. Todavía corren las lágrimas derramadas por tantos degollados, decapitados, empalados... y ahora ¡levantad los ojos! ¿Qué es lo que brilla en el firmamento? (Kmielnizki señalaba con la mano a la ventana, por donde podía di-

visarse un cometa en el firmamento.) ¡La ira de Dios! ¡El azote de Dios! ¡Si he de ser yo el azote de Dios en esta tierra, cúmplase la divina voluntad! ¡Echaré sobre mis hombros esa carga!

Dicho esto, tendió ambas manos al cielo; parecía como envuelto en la gran llama de la antorcha gigantesca de la venganza... Empezó a temblar de pies a cabeza y se desplomó sobre el banco como aplastado por el peso de su predestinación.

Hubo un profundo silencio, interrumpido solamente por los ronquidos de Tugay-Bey y del atamán. En un rincón de la casucha resonó el plañidero chirrido de un grillo.

Juan permanecía sentado, con la cabeza baja; diríase que trataba de formular una réplica a las palabras de Kmielnizki, que pesaban sobre él como bloques compactos de granito. Al fin habló en voz apagada y entristecida:

—¡Ay de mí! Aunque fuera cierto todo eso, ¿quién sois vos, hetmán, para erigiros en juez y verdugo? ¿Qué orgullo, qué crueldad os enloquece? ¿Por qué no dejáis a Dios la misión de juzgar y castigar? Yo no defiendo a los malos; no apruebo los agravios ni llamo *derecho* a las violencias cometidas; pero estúdiate a ti mismo, hetmán. Te quejas del yugo de los régulos; dices que no quieren obedecer rey ni ley; condenas su orgullo; pero, ¿y tú?, ¿estás, acaso, exento de altivez? ¿No eres tú mismo quien levanta la mano contra la república, contra la ley y contra la majestad real? Ves sólo la tiranía de los régulos y de los nobles, pero ¿no ves que si no fuera por sus pechos, por sus lorigas, por su poder, por sus castillos, cañones y huestes, esta tierra abundante en leche y miel gemiría bajo el yugo turco o tártaro, cien veces más insoportable? ¿Quién la defendería entonces? Al amparo y poder de aquéllos se debe el que vuestros hijos no sirvan en las bandas de jenízaros, el que no sean arrastradas vuestras hijas a los viles harenes. ¿Quién es el que puebla la estepa, funda aldeas y ciudades y levanta templos al Señor?

La voz de Juan se elevaba por grados.

Kmielnizki miraba con sombríos ojos la botella de aguardiente. Sus puños, cerrados, descansaban sobre la mesa; silencioso, inmóvil, parecía luchar consigo mismo.

—¿Y quiénes son esos régulos?—prosiguió el teniente. —¿Han venido de Alemania o de los países turcos? ¿No son sangre de vuestra sangre, carne de vuestra carne? ¿No es vuestra esa nobleza, no son vuestros esos reyezuelos? Si es así, ¡desdichado de vos, hetmán! Armáis a vuestros hermanos menores contra personas venerables, convirtiéndolos en parricidas. ¡Dios mío! Aunque fueran todos malos, aun cuando todos (lo que no ocurre) pisotearan los derechos y violaran los privilegios, que los juzgue Dios en el cielo y la Dieta en la tierra, ¡pero no vos, hetmán! ¿Podéis, acaso, afirmar que sólo entre vosotros están los justos? ¿Tan limpios estáis de pecado que tenéis el derecho a lanzar la primera piedra contra la falta ajena? Y, ya que preguntabais dónde han ido a parar los privilegios de los cosacos, voy a contestaros: No son los reyezuelos quienes os han despojado de aquéllos, sino los mismos zaporogos, los Lobodas, los Saskos, los Nalevaikos, y ante todo ese Pávluk, cuyo suplicio inventáis, sabiendo vos mejor que nadie que no fué quemado vivo en un buey de cobre candente. Vuestras conspiraciones, vuestras rebeliones e incursiones, parecidas a las correrías tártaras, los aniquilaron... ¿Quién introdujo a los tártaros en el seno de la república para atacarlos, por lucro, hasta volver cargados de rico botín? ¡Vosotros! ¿Quiénes han sido, ¡Dios mío!, los que entregaban a la gente cristiana, a sus propios hermanos, a la esclavitud de los turcos? ¿Quién cometió las mayores atrocidades? ¡Vosotros! ¿Quién amenazaba siempre al noble, al mercader, al villano? ¡Vosotros! ¿Quién encendió la guerra civil, pasando a fuego las aldeas y ciudades de Ucrania, saqueando los templos de Dios y violando a las mujeres? ¡Vosotros, nadie más que vosotros! ¿Qué queréis, pues? ¿Queréis, tal vez, que os otorguen los privilegios de promover impunemente la guerra civil y el bandolerismo? Más vale, mucho más, lo que os ha sido perdonado que lo que os fué quitado. Se ha querido curar *membra pútrida* (1), no amputarlos, y no sé si hay en el mundo, fuera de la república, autoridad alguna que hubiera tolerado tal llaga abierta en su propio seno, ni que fuera capaz de tanta paciencia y be-

(1) Palabras históricas de Zolkievski: «Miembros podridos.»

nignidad. Y en recompensa de ello, ¿cuál ha sido el agradecimiento? He ahí descansando a vuestro aliado, un enemigo implacable de la república. Es vuestro amigo, pero enemigo de la cruz y de la cristiandad; no es uno de los reyezuelos de Ucrania, sino un murza de Crimea. ¡En su compañía vais a quemar vuestro propio nido y juzgar a vuestros propios hermanos! Pero en lo sucesivo él será también el que usurpará el poder supremo, y vosotros seréis quienes tendréis que calzarle las espuelas.

Kmielnizki vació otro vaso de rosolka.

—Antes —dijo en tono sombrío,—cuando Barrabás padre y yo fuimos admitidos a presencia del rey, nuestro gracioso señor, y cuando ante él lloramos nuestros atropellos y nuestros agravios, el rey nuestro señor nos dijo: «¡Cómo! ¿Para qué lleváis arcabuces y sables?»

—Y cuando os presentéis ante el Rey de los reyes le oiréis preguntaros: ¿Has perdonado a tus enemigos como yo perdoné a los míos?

—No quiero guerra con la república.

—¡Pero le ponéis el cuchillo en la garganta!

—Voy a librar a los cosacos de vuestras cadenas.

—Para cargarles luego con los grilletes tártaros.

—Quiero defender nuestra fe.

—Con la ayuda del infiel.

—¡Vete! No eres tú la voz de mi conciencia; ¡vete!, te digo.

—La sangre derramada pesará sobre ti; las lágrimas vertidas te acusarán, te acecha la muerte y te aguarda el juicio divino.

—¡Ave de mal agüero! —exclamó furiosamente Kmielnizki, y su puñal fulguró ante el pecho de Skretuski.

—¡Herid!—dijo Juan.

De nuevo reinó un momento de silencio, volviéndose, a poco, a oír los ronquidos de los durmientes y el lastimero chirrido del grillo.

Kmielnizki permaneció un instante amenazando con el puñal el pecho de Juan; de pronto estremeciéndose, dominando su emoción, y dejó caer el puñal. Asió luego la jarra de aguardiente y la vació hasta el fondo, tornando luego a desplomarse en el banco.

—¡No puedo matarte!—murmuró,—¡no puedo!... Es tarde ya. ¿Es ya de día?... Pero ya es tarde para retroceder... ¿Qué es lo que hablas del juicio y de la sangre?

Había ya bebido mucho antes, y el aguardiente le iba haciendo perder poco a poco la noción de las cosas...

—¿Qué juicio? ¿Cómo? ¡El kan me ha prometido refuerzos! Ahí está Tugay-Bey que duerme... Mis mozos emprenderán mañana la marcha. ¡San Miguel, el arcángel vencedor, está con nosotros! Y si..., si tú me... Yo te he librado de las manos de Tugay-Bey. Acuérdate... Dirás... ¡Oh, cuánto sufro!... Pero no retrocederé, ¡ya es tarde!... ¿Qué juicio?... Nalevaiko... Pávluk...

Súbitamente incorporóse, pintado el espanto en los ojos.

—¿Quién está ahí?—gritó.

—¿Quién está ahí?—repitió el atamán, despierto a medias.

Pero Kmielnizki reclinó la cabeza contra el pecho; su busto vaciló; balbuceó: «¿Qué juicio?» y quedóse dormido.

Juan, pálido de emoción por la conversación sostenida, y debilitado por la pérdida de sangre de las recientes heridas, sintióse desfallecer. Imaginóse que la muerte estaba tal vez próxima y se puso a orar fervorosamente en alta voz.



## CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, en cuanto amaneció, el ejército cosaco —infantería y caballería— emprendió la marcha desde Sich.

Aunque la sangre no había bañado las estepas todavía, la guerra empezaba ya. Los regimientos seguíanse unos a otros, semejantes a bandadas de langostas cuyos enjambres, fecundados por el sol de primavera, se hubieran levantado de los cañaverales de Chertomélik, avanzando sobre los campos de Ucrania. En los bosques, más allá de Bazávluk, esperaban ya con las armas al brazo los contingentes de la horda tártara. Seis mil guerreros elegidos entre los mejores soldados, mucho mejor armados que las bandas de vagabundos anteriores, constituían la fuerza que el kan ponía a disposición de Kmielnizki y de los zaporogos.

Al verlos, los cosacos lanzaron sus gorras al aire, haciendo salvas con sus mosquetes y arcabuces. Resonaron sus alaridos, mezclados con los gritos de «¡Alá!, ¡Alá!», que proferían los tártaros y que parecían subir hasta el cielo.

Kmielnizki y Tugay-Bey, ambos cabalgando bajo los bunchuques (1), encaminaron sus corceles uno hacia otro y se saludaron ceremoniosamente.

Formaron en orden de marcha, con esa rapidez particular de los cosacos y los tártaros, y todo el ejército avanzó. Los tártaros de la horda iban en las dos alas de los cosacos, y en el centro Kmielnizki con el grueso de su caballería, seguido de la formidable infantería zaporoga (2).

---

(1) Colas de caballo usadas como estandarte, en significación de la calidad de hetmán.

(2) Contra la opinión generalmente admitida hoy, Bauplán afirma que la infantería zaporoga era enormemente superior a la caballería. Según Bauplán, 200 polacos dispersaban fácilmente a 2,000 hombres de

Luego venían los artilleros y sus piezas, el parque, los carros con el servicio del campamento, las provisiones de avituallamiento y, finalmente, conducidos por los *chabanes*, los rebaños de ganado mayor y menor.

Cruzada la selva de Bazávluk, los regimientos se extendieron por las estepas. El día amanecía espléndido; ni una nubecilla empañaba la bóveda del cielo. Una brisa ligera soplaba suavemente desde el Norte hacia el mar; los rayos del sol centelleaban jugando en las lanzas de los guerreros y en las flores de la estepa. Ante las miradas del ejército se extendían en toda su inmensidad los Campos Salvajes, como un mar sin límites, haciendo palpitar de alegría los corazones cosacos.

La gran bandera escarlata, con la imagen del arcángel San Miguel bordada en oro, se inclinó varias veces saludando a la estepa natal, y, siguiendo su ejemplo, inclináronse también los bunchuques y las insignias de los regimientos. Un grito unánime salió de todos los pechos.

Los escuadrones se desplegaron libremente; los timbales y los tiorbistas (1) se adelantaron abriendo la marcha al son de los tambores, timbales y tiorbas, acompañados de una canción que, brotando de un coro, fué repetida por millares de bocas, estremeciendo el aire de la estepa:

Oh, estepas, estepas natales,  
pintadas con flores bellas,  
cual un vasto mar...

Los tiorbistas soltaron las riendas, y erguidos hacia atrás en las sillas, levantando los ojos al cielo, hicieron vibrar las cuerdas de las tiorbas; los litauristas, alzando las manos sobre la cabeza, batían sus discos de cobre; los atabaleros sus parches sonoros; y todos aquellos sonidos, mezclados con las palabras monótonas de la canción y los silbidos penetrantes y disonantes de los silbatos tártaros, fundiéronse en una sola nota gigantesca, salvaje, desolada, como el mismo desierto. La exaltación se apoderó de todos

---

caballería zaporoga; en cambio, 100 cosacos de infantería, atrincherados, podían defenderse durante mucho tiempo contra 1,000 polacos.

(1) Tañedores de tiorba. (*N. del T.*)

los regimientos; las cabezas se movían al compás de la canción, y parecía que la estepa entera cantaba y se estremecía a coro con los hombres, los caballos y las banderas.

Bandadas de aves asustadas levantaban el vuelo y precedían al ejército como una gran vanguardia aérea.

A veces cesaban el canto y la música y se oían el crujido pesado de los estandartes, el ruido de los cascos, el resoplar de los caballos y el chirrido de los carros de campaña, semejante a los gritos de los cisnes y las grullas.

Al frente, bajo los pliegues de la imponente bandera escarlata, junto al bunchuque, al paso de su blanco corcel, avanzaba hacia el Norte Kmielnizki, con un dolmán de color de púrpura, en la mano la áurea bulava. Tras él, avanzando pesadamente como una inmensa ola del mar, marchaba el conjunto de sus regimientos, inundando los riachuelos, bosquecillos y mogilas, y esparciendo una vasta confusión de voces y sonidos por la vasta extensión de la estepa.

Y desde Chegrin, desde el extremo septentrional de aquel desierto, otras oleadas humanas avanzaban contra ésta: el ejército real a las órdenes del joven Potozki.

Cosacos, zaporogos y tártaros de la horda, entonando cantos de alegría, corrían al combate como a un banquete nupcial. Allá, los austeros húsares cabalgaban en sombrío silencio, indiferentes a aquella lucha sin gloria. Acá, bajo de la bandera escarlata, un jefe anciano y experto agitaba con ademán amenazador su bulava, como si estuviera seguro de la victoria, seguro de su venganza. Allá, en la vanguardia, un jinete adolescente, de rostro pensativo, parecía presentir el horror de su destino inminente y triste.

Aún los separaba la inmensidad de la estepa.

Kmielnizki no se daba prisa. Calculaba que cuanto más se internase el joven Potozki en el desierto, alejándose así de los dos hetmanes, tanto más se exponía a una total derrota. De Chegrin, de Povolocha y de todas las ciudades ribereñas de Ucrania afluían diariamente nuevos desertores, que engrosaban sin cesar las filas del ejército cosaco, trayendo, al mismo tiempo, noticias del campo enemigo. Por ellos sabía Kmielnizki que el viejo hetmán había mandado por tierra a su hijo con sólo dos mil hombres, al mismo

tiempo que seis mil cosacos fieles a la república y un millar de infantes alemanes descendían el Dniéper sobre báidaks. Ambos ejércitos debían estar en constante comunicación; sin embargo, ya el primer día se rompió el orden. Arrastrados por la rápida corriente del Dniéper, los báidaks se adelantaron mucho a los húsares que avanzaban por tierra, cuya marcha se retrasaba en extremo a causa de numerosos riachuelos, afluentes del Dniéper, que tenían que franquear.

Kmielnizki, deseando que aquella distancia se aumentara todavía más, avanzaba con lentitud. El tercer día de marcha acampó junto a Komysa Voda (1) y descansó.

Los cuerpos de reconocimiento de Tugay-Bey, que habían capturado a unos enemigos, los condujeron ante el atamán. Eran dos dragones desertores del campamento de Potozki; habían desertado en las mismas murallas de Chegrin. Galopando día y noche, llegaron a adelantar considerablemente a su ejército. Al punto fueron conducidos ante el caudillo cosaco. Sus relatos confirmaron lo que ya sabía Kmielnizki de las fuerzas del joven Esteban Potozki; además le traían otra nueva noticia: que los ordinarios cosacos que avanzaban con los infantes alemanes por el río iban mandados por el viejo Barrabás y Krechovski.

Kmielnizki levantóse bruscamente al oír este último nombre.

—¿Krechovski?—exclamó.—¿El coronel de los regulares de Pereiáslav?

—El mismo, ilustre y magnífico hetmán—contestaron los dragones.

El hetmán volvióse a los coroneles que le rodeaban.

—¡En marcha!—ordenó con voz de trueno.

Media hora después se levantó el campo, a pesar de que el sol tocaba ya a su ocaso y de que la noche se anunciaba tempestuosa.

Algunos nubarrones horribles, sanguinolentos, se amontonaban en la parte occidental del cielo; cual manada de dragones o leviatanes, se aproximaban unos a otros como aprestándose a la lucha. Las tropas avanzaban hacia la

(1) Torrente de los Juncos. (*N. del T.*)

izquierda en dirección a la orilla del Dniéper. Ahora iban silenciosas, sin cantar, sin tocar los tambores y litauras, galopando veloces, mientras se lo permitían las hierbas, tan crecidas en aquellos parajes, que los regimientos, al hundirse entre ellas, se perdían a veces por completo de vista y las abigarradas banderas parecían avanzar solas por la estepa. La caballería despejaba el paso para los carruajes y los infantes, que en su marcha penosa pronto quedaron rezagadísimos. Entre tanto, la noche tendió sobre la estepa su manto. Una luna rojiza, gigantesca, elevó poco a poco su disco en la bóveda celeste, apagándose y encendiéndose al paso de las nubecillas como la llama de una lámpara al sople del viento.

Serían ya más de las doce cuando los cosacos vieron destacarse sombrías y giganteschas masas en el fondo obscuro del firmamento: eran las murallas de Kúdak. A favor de la obscuridad, las vanguardias se arrastraron hasta el pie de las almenas de la ciudadela, tan cautelosa y silenciosamente como lobos o aves nocturnas, tratando de caer de improviso sobre la fortaleza dormida.

Mas, de pronto, un resplandor en las murallas rasgó las tinieblas, una detonación tremenda conmovió las rocas del Dniéper, y un globo de fuego, trazando un semicírculo de chispas en el cielo, cayó en la hierba de la estepa. El sombrío cíclope Grodizki, por las muestras, estaba alerta.

—El perro tuerto ve hasta de noche—refunfuñó Kmielnizki, dirigiéndose a Tugay-Bey.

Los cosacos dieron la vuelta a la fortaleza. No podían pensar en tomarla, toda vez que los ejércitos reales se acercaban a su encuentro, y, por tanto, continuaron su avance. Pero Grodizki continuaba cañoneándoles, estremeciendo las murallas del fuerte, con el doble objeto de infundirles daño, ya que pasaban a corta distancia, y de poner en guardia a las tropas que descendían el Dniéper y que tal vez no andarían ya muy lejos.

Pero, sobre todo, el fragor de las piezas de Kúdak repercutió en el corazón y en el oído de Juan. El joven guerrero, conducido en la retaguardia del ejército cosaco por orden de Kmielnizki, se había puesto gravemente enfermo al segundo día de marcha. Aunque sus heridas no eran

mortales, había perdido tanta sangre, que corría peligro su vida.

Sus heridas, curadas al estilo cosaco por el viejo Zacar, se habían abierto de nuevo; la fiebre le devoraba. Así es que aquella noche permanecía tendido en el fondo de la telega cosaca, casi sin enterarse de lo que pasaba en torno suyo. Sólo el ruido de los cañones de Kúdak le despertó. Abrió los ojos, se incorporó en la telega y miró atentamente a su alrededor. En las tinieblas se deslizaba el ejército cosaco como una legión de espectros, y el fuerte rugía y brillaba envuelto en humo rojizo. Algunas balas ígneas saltaban por la estepa, roncando y gruñendo como una jauría de perros excitados... Ante tal espectáculo, tanta tristeza y tanta nostalgia invadieron el corazón de Juan, que hubiera querido morir allí mismo para que su alma pudiera volar hacia los suyos. ¡Era la guerra! ¡La guerra! Y él se pudría allí, en el campo enemigo, impotente, desarmado, enfermo, sin casi poderse levantar del fondo de su telega. La república estaba en peligro y él no podía acudir a salvarla. Imaginábase a las tropas de Lubnie ya en marcha, y al príncipe en persona al frente de los ejércitos, brillantes los ojos. Hacia donde él señalaba con la bulava, lanzábanse al asalto trescientas lanzas, como trescientos rayos. Rostros conocidos desfilaban ante los ojos de la imaginación del joven. Ora veía al pequeño Volodiovski volando a la cabeza de los dragones, blandiendo su fino sablecito y probándole a todo el que se le ponía por delante que era el rey de los esgrimidores; ora al señor Podbipienta blandiendo su gigantesco «Corta-capuchas.» ¿Cortaría las tres cabezas de un solo golpe? Allí estaba Yaskolski, el sacerdote, custodiando los estandartes y rezando con las manos alzadas, pero, como antiguo guerrero, sin poder resistir la tentación y gritando de cuando en cuando «¡Mata! ¡Mata!» ya a los coraceros, galopando, la bastilla casi en contacto con la nuca de sus corceles. Los regimientos lanzáronse a la carga y convergían, confundiéndose, en el tumulto de la batalla.

De repente cambió la alucinación. Ante el oficial aparece Elena, pálida, con el cabello en desorden, gritando: «¡Socorro! ¡Bogun me persigue!» Skretuski se levanta... Pero una voz, ya no ficticia, le dice:

—Estáte quieto, muchacho, o te ato.

Es Zacar, el viejo «esaul» del campamento, a cuya custodia ha confiado Kmielnizki al oficial para que le guarde y le cuide con el mayor celo. Le tiende de nuevo en la paja, en el fondo de la telega, le tapa con una piel de caballo y le pregunta:

—¿Qué te sucede?

Skretuski vuelve en sí completamente. Los fantasmas se disipan. Los carros costean las mismas orillas del río. Fresca brisa sube del agua. La noche palidece ya, y las aves acuáticas empiezan a lanzar su grito matutino.

—Oye, Zacar—pregunta Juan.—¿Hemos pasado ya el fuerte de Kúdak?

—Sí, lo hemos pasado—contestó el zaporogo.

—¿Adónde vais así?

—No sé..., parece que se va a batir el cobre..., pero no sé...

El corazón de Pan Skretuski se estremeció de alegría al oír tales palabras. Pensaba que Kmielnizki empezaría la campaña sitiando Kúdak.

La prisa de los cosacos por avanzar le hizo suponer que al fin se acercaba el ejército de la Corona, y que Kmielnizki había dejado quizá de flanco el fuerte para no verse obligado a dar batalla, expuesto al alcance de sus cañones.

—Tal vez quede yo libre esta misma noche—pensó, levantando los ojos al cielo en acción de gracias.

## CAPÍTULO XIV

Las tropas que descendían el Dniéper a las órdenes del viejo Barrabás y de Krehovski oyeron el estampido de los cañones de Kúdak. Este ejército se componía de seis mil cosacos de registro y un regimiento de infantería alemana escogida, mandado por el capitán Juan Flik.

Nicolás Potozki había titubeado no poco antes de decidirse a lanzar los cosacos contra Kmielnizki. Pero como nadie ejercía sobre ellos más influencia que Krehovski, en quien el hetmán tenía absoluta confianza, se había limitado a exigir a los regulares el juramento de fidelidad y les había dejado marchar a la buena de Dios.

El tal Krehovski, soldado muy experto, que había ganado gran fama en las guerras anteriores, era protegido de los Potozki. Debía a éstos su grado de coronel, los títulos de nobleza que la Dieta acababa de confirmarle, y, por último, inmensos dominios situados cerca de la confluencia del Dniéster y del Ladava, que le fueron concedidos para usufructo vitalicio. Tantos lazos le unían a Potozki y a la república, que el hetmán no hubiera podido abrigar la menor idea de desconfianza hacia él. Se encontraba en la mejor edad, apenas si contaba cincuenta años, y al servicio de la patria se abría ante él un gran porvenir. Algunos suponían que sería el sucesor de Esteban Kmielnizki, quien de simple caballero de la estepa había llegado a ser vaivoda de Kiev y senador de la república. Sólo dependía esto del mismo Krehovski. No tenía más que continuar su camino, al que le habían conducido su valor, su tremenda energía y su desmesurada ambición de altos cargos y riquezas. Esta misma ambición era la que le había hecho pretender, no hacía mucho tiempo, la estarostía de Litinia, y cuando le fué concedida, por último, al señor Korbut en vez de a él, consiguió ahogar en el fondo de su corazón el



sentimiento punzante de esperanzas frustradas, aunque no pudo evitar que la pena y la envidia acabasen por quebrantar su salud.

Ahora parecía sonreírle de nuevo la suerte, pues habiendo recibido del gran hetmán un cargo militar tan importante, bien podía calcular que su nombre habría de llegar forzosamente a oídos del mismo rey. Y esto era de mucha importancia, porque, hallándose en tan ventajosas condiciones, le bastaba someterse al acto de presentación de su homenaje de vasallo para que su alma de hidalgo se sintiera acariciada por el dulce murmullo de las reales palabras, otorgadoras de los altos privilegios: «Inclinóse ante Nos y rogónos un premio a sus méritos, y Nos, recordando los grandes servicios prestados, le concedemos, etc., etc.»

De esta manera se obtenían entonces honores y riquezas en Rutenia; por este camino las inmensas superficies de la inculca estepa, que antes sólo pertenecieron a Dios y a la república, iban pasando paulatinamente a manos privadas de la nobleza menor; por este camino cualquier pobre diablo podía ir medrando hasta convertirse en un gran señor y alimentar la esperanza de que sus sucesores tuvieran su puesto entre los senadores.

Una sola cosa roía el corazón de Krechovski: el tener que compartir sus actuales funciones con Barrabás. Pero esta compartición era sólo nominal. En realidad, el viejo coronel circasiano había envejecido y decaído tanto en los últimos tiempos, que sólo su cuerpo andaba todavía por este mundo, pues su espíritu estaba ya sumido en ese estado de aturdimiento e indiferencia que suele preceder a la muerte real. En los momentos iniciales de la campaña se había mostrado más activo y más animado; al son de los clarines de guerra, la vieja sangre de guerrero corría con nuevo ardor por sus venas, pues en sus tiempos había sido un famoso caballero y un célebre caudillo de las estepas; pero inmediatamente después de la partida, al sentirse arrullado por el batir acompasado de los remos, por el lánguido cantar de los cosacos y por el armonioso crujir de las proas de los *báidaks*, había caído en una especie de alérgamiento que le había hecho olvidar casi del todo su existencia en este mundo sublunar. Krechovski era

quien tenía que disponerlo todo, cargándose él toda la responsabilidad. Barrabás sólo se espabilaba a la hora de comer; entonces hacía algunas preguntas, a las que daba cualquier contestación satisfactoria, y el anciano suspiraba y decía: «Hubiera preferido entregar mi viejo cuerpo al reposo en otra guerra, pero no ha sido esta la voluntad de Dios.»

La comunicación con el ejército de la Corona, mandado por Esteban Potozki, estaba, como ya se ha dicho, interrumpida desde el principio. Krechovski se lamentaba de que la caballería, compuesta de húsares y dragones, avanzara demasiado despacio y empleara demasiado tiempo en el paso del río, y de que el joven hijo del hetmán careciese de toda experiencia militar; pero, a pesar de todo, no concedía descanso a los remeros, haciéndoles avanzar con toda rapidez. Los *báidaks* se deslizaban ágiles por el curso del Dniéper, en dirección de Kúdak, alejándose cada vez más de las tropas de la Corona. Finalmente, una noche oyeron el tronar de los cañones. Barrabás dormía y no despertaba. En vista de ello, Flik, que iba algo delante, tomó un ligero bote y se dirigió a Krechovski.

—Señor coronel—dijo,—esos son los cañones de Kúdak... ¿Qué debo hacer?

—Amarrad las barcas. Pernoctaremos entre los cañaverales.

—Es evidente que Kmielnizki ataca la ciudadela... A juicio mío, convendría acudir en auxilio de los sitiados,

—No os pido vuestra opinión... Os transmito mis órdenes. El que manda soy yo.

—¡Señor coronel!...

—¡Amarrad las barcas y esperad!—replicó Krechovski.

Pero, viendo que el enérgico alemán se tiraba rabiosamente de la rubia barba y que no estaba dispuesto a bajar la cabeza sin razones de fuerza, añadió con menos aspereza:

—Puede ser que de aquí a mañana llegue el castellano Potozki con su caballería. No es fácil que tomen el fuerte en una noche.

—¿Y si no llega Potozki?

—Esperaremos, aunque sea un día más. No conocéis a Kúdak. El enemigo se romperá los dientes contra sus mu-

rallas. Yo no acudiré en auxilio de los sitiados sin orden del castellano, pues no tengo derecho para hacerlo. Es cosa suya.

Parecía que toda la razón estaba del lado de Krechovski, y Flik, sin insistir, volvió hacia sus tropas alemanas.

Momentos después, los báidaks se aproximaban a la orilla derecha, introduciéndose entre los cañaverales que bordeaban el río, cuyo caudal era muy dilatado en aquel sitio, en un trecho de más de un estadio. Extinguióse por fin el chapoteo de los remos, los barcos desaparecieron por completo entre los cañaverales, y el río quedó enteramente desierto.

Krechovski prohibió que se encendieran hogueras, que se cantase y que se hablase, así es que un profundo silencio se extendió por aquellos parajes, interrumpido sólo por el retumbar de los lejanos cañones de Kúdak.

Sin embargo, con excepción de Barrabás, nadie durmió aquella noche en los barcos. Flik, que era un perfecto caballero y estaba lleno de ardor bélico, hubiese volado como un pájaro en socorro del fuerte. Los cosacos se preguntaban en voz baja cuál podría ser la suerte de la fortaleza. ¿Resistiría o sucumbiría? Entre tanto, el fragor hacía cada vez más intenso. Todos estaban persuadidos de que el fuerte repelía un asalto general. «Kmielnizki no bromea, pero tampoco Grodizki—murmuraban los cosacos.—¿En qué parará esto mañana?»

Es de suponer que Krechovski, sentado a la proa de su embarcación, se haría la misma pregunta. Estaba muy pensativo. Conocía bien a Kmielnizki desde largos años atrás. Hasta entonces siempre había visto en él a un hombre de dotes extraordinarias, a quien sólo faltaba un campo de acción para elevarse muy alto, como un águila. Pero ahora dudaba de él. Los cañones seguían tronando... ¿Sería posible que Kmielnizki asediase en serio el fuerte?

—Si es así—pensaba,—es hombre perdido. ¡Cómo! Haber sublevado a los zaporogos, haberse asegurado el concurso del kan, haber reunido fuerzas de que ningún jefe ha dispuesto hasta ahora, y, en vez de arrojarse con la mayor rapidez sobre Ucrania, de llamar a la muchedumbre a las armas, de conquistar para sus banderas a los cosacos de

tropa, de aniquilar cuanto antes a los hetmanes y ocupar todo el país, sin dar tiempo a que la república envíe contra él nuevas fuerzas..., ¿él, Kmielnizki, un viejo guerrero, dirige infructuosos asaltos a una fortaleza inexpugnable, que puede resistir más de un año? ¿Permite que el núcleo de sus fuerzas se estrelle contra los muros de Kúdak, como una ola del Dniéper que se rompe contra los peñascos de las cataratas? ¿Va a esperar bajo las murallas del fuerte hasta que los hetmanes aumenten sus fuerzas para asediarse, como en otros tiempos a Nalevaiko a orillas del Soloniza?... ¡Es hombre perdido! Sus propios cosacos le traicionarán. El asedio rechazado provocará gran desaliento y pánico general; la chispa de la rebelión va a extinguirse en su mismo principio... y Kmielnizki no será más temible que una espada cuya hoja se ha roto por el pomo. ¡Es un insensato!... *Ergo* (1), mañana haré bajar mis infantes cosacos y mercenarios alemanes a la ribera; y, la noche próxima, caeré de improviso sobre sus bandas rendidas por vanos ataques, pasaré a los zaporogos a cuchillo, y a Kmielnizki encadenado lo llevaré a los pies del gran hetmán.. Culpa suya es. Bien distinto podría haber sido el resultado.

Al pensar así, la ambición encendida de Krehovski subía a lo alto, como en las alas de un halcón. Sabía perfectamente que el joven Potozki de ningún modo podría llegar hasta la noche siguiente. ¿Quién sería, pues, el que cortase la cabeza a la hidra? ¡Krehovski! ¿Quién apagaría la rebelión, que podría extenderse por toda Ucrania como un incendio formidable? ¡Krehovski! Quizá se resintiera algo el viejo hetmán de que todo esto sucediese sin que su hijo participase de la gloria, pero pronto se le pasaría el enojo, y los rayos de gloria tan alta, unidos a los del afecto real, iluminarían la frente del vencedor. ¡Mas eran vanas ilusiones! Tendría que dividir su gloria con el viejo Barrabás y Grodizki. La faz de Krehovski se oscureció. No obstante, momentos después la alegría volvió a brillar en ella.

Aquel tronco viejo, Barrabás, de un día a otro podía descender a la tumba, y Grodizki no tenía otro deseo que el de

(1) «Por tanto.»

permanecer en Kúdak, asustando, de cuando en cuando, a las bandas tártaras con los disparos de sus cañones... De modo que no había allí nadie más que Krehovski. ¡Ah, si llegase a obtener el cargo de hetmán de Ucrania!...

Los estrellas brillaban en la bóveda celeste, y al coronel se le antojaban piedras preciosas para adornar su bastón de mando. El viento gemía entre las cañas, y su rumor le parecía el crujir del *bunchuque* del hetmán.

Los cañones de Kúdak no cesaban de tronar.

—Sí, Kmielnizki tendrá que doblar la cabeza bajo de la espada del verdugo—seguida pensando el coronel;—;pero suya será la culpa! ¡De otro modo hubiera podido suceder!... Si hubiese invadido sin demora Ucrania, ¡otro hubiera sido el resultado!... Allí todo hierve y bulle, allí hay pólvora que espera sólo la chispa para estallar... La república es poderosa, pero impotente en Ucrania; además, su rey está ya cargado de años y tiene la salud quebrantada... Una sola batalla que ganasen los zaporogos acarrearía consecuencias incalculables..

Krehovski apoyó el rostro contra las manos y se quedó inmóvil.

Las estrellas iban descendiendo hacia el horizonte y hundiéndose, poco a poco, en el remoto confín de la estepa. Los pinzones, escondidos entre la hierba, comenzaban a gritar.

No tardaría en despuntar el día.

Por fin las cavilaciones del coronel concretáronse en una decisión inquebrantable. Al día siguiente atacaría a Kmielnizki aniquilándole. Sobre el pedestal de su cadáver llegaría a ser el instrumento de venganza de la república, su defensor en lo futuro, su dignatario y senador, y dueño, por añadidura, de inmensas riquezas. Cuando hubiese vencido a los zaporogos y a los tártaros, no se negaría nada... ¡Y, sin embargo, no le habían concedido la estarostía de Litinia! Ante este recuerdo, apretó los puños... No se la habían dado a pesar del poderoso patrocinio de los Potozki, sus altos protectores, a pesar de sus méritos guerreros, únicamente porque era hombre nuevo, *homo novus*, mientras que su rival descendía de estirpe principesca. En aquella república no bastaba lograr las cartas de nobleza, sino

que era preciso esperar a que esa nobleza se cubriera de moho como el vino, de herrumbre como el hierro.

Sólo Kmielnizki parecía de talla para instaurar un nuevo orden de cosas, que tendría la aprobación hasta del mismo rey; pero el desdichado prefería romperse la cabeza contra los muros de Kúdak.

Poco a poco iba calmándose el coronel. Se habían negado una vez a concederle la estarostía... ¿Pero qué importaba? Tanto más tratarían de desagraviarle, especialmente cuando hubiera conseguido apagar gloriosamente la rebelión, librando de la guerra civil a Ucrania... ¡a toda la república!... Entonces sí que no le negarían nada; entonces no necesitaría ni de la protección de los Potozki.

Su cabeza, acosada por el sueño, volvió a inclinarse sobre el pecho: se durmió soñando con estarostías, con castellanatos, con las donaciones concedidas por el rey y la Dieta.

Cuando despertó era de día. Todos dormían aún en los báidaks. En lontananza, las aguas del Dniéper brillaban con pálidos resplandores difusos... Un silencio absoluto reinaba en torno suyo... Aquella calma fué precisamente la que le despertó.

Los cañones del fuerte habían cesado de retumbar.

—¿Qué es eso?—se preguntó Krehovski.—¿Habrá sido rechazado el primer asalto, o acaso habrá sido tomado Kúdak? ¡Pero esto no puede ser! ¡No!, los cosacos se encuentran sencillamente fuera de tiro, lamiéndose las heridas, en tanto que el ciclope les está siguiendo con la vista a través de las troneras, dirigiendo sus cañones, de nuevo, contra ellos. Mañana repetirán el ataque y volverán a romperse los dientes...

Amaneció por completo. Krehovski despertó a los hombres que dormían en su báidak y envió un bote en busca de Flik.

Este acudió inmediatamente.

—Señor coronel—le dijo Krehovski,—si no llega hasta la noche el castellano, y los cosacos renuevan el asalto, a la entrada de la noche acudiremos en socorro del fuerte.

—Mi gente está preparada—respondió Flik.

—Distribuidla pólvora y balas.

—¡Ya lo he hecho!

—Desembarcaremos esta noche, avanzaremos sigilosamente por la estepa, y les cogemos inesperadamente por la espalda.

—*¡Gut, sehr gut!*... (1); ¿pero no sería mejor avanzar un poco por el río? Faltan cuatro millas hasta la fortaleza, lo que resulta un poco lejos para la infantería.

—Los infantes irán a las grupas de los caballos de los regulares...

—*¡Sehr gut!*

—Lo esencial es que los soldados permanezcan entre los cañaverales en silencio, sin desembarcar en la orilla y sin hacer ruido y sin encender fuego, pues el humo nos delataría... Conviene que no sospechen nuestra presencia...

—La niebla es tan espesa, que ni el humo verían.

En efecto, el río, el recodo cubierto de cañaverales donde estaban los báidaks y la estepa entera estaban envueltos en un blanco e impenetrable sudario de niebla, cuyo fin no alcanzaba la vista.

Pero acaso más entrado el día se disipara la niebla y dejara sin velos el río y la estepa.

Flik se retiró. Los hombres, en los báidaks, empezaban a levantarse. Se les comunicaron inmediatamente las órdenes del coronel y se comió el rancho, sin que se armara el ruido de costumbre entre los soldados.

Quien hubiera pasado por la orilla o por el centro del río no habría sospechado, ni remotamente, que en el recodo inmediato se escondían algunos miles de hombres... A los caballos se les dió el pienso con la mano para que no relincharan. Los báidaks, envueltos por la niebla, estaban como acurrucados en el bosque de cañas... Sólo acá y acullá se deslizaba alguna lanchita de dos remos transportando galletas y transmitiendo órdenes; fuera de eso, por todas partes reinaba un silencio sepulcral.

De pronto, de las hierbas, de los juncos, de los matorrales y malezas de la costa, en toda la extensión del recodo del río, alzáronse gritos extraños de bocas muy numerosas:

—¡Pugu!... ¡Pugu!...

---

(1) «Bien, muy bien.»

Silencio... Y poco después de nuevo:

—¡Pugu!... ¡Pugu!...

Y otra vez silencio, como si aquellas voces que llamaban en las orillas esperasen contestación.

Sin embargo, nadie contestaba. Por tercera vez resonaron las llamadas, pero esta vez más rápidas e impacientes:

—¡Pugu!... ¡Pugu!

En aquel momento salió de las barcas la voz de Krechovski, que resonó entre la niebla matutina:

—¡Quién vive!

—Los cosacos de la llanura.

Los mozos, acurrucados en los báidaks, sintieron estremecerse sus corazones. Aquellas señas tan misteriosas les eran harto conocidas. De ese modo entendíanse entre sí los zaporogos durante su estancia en los campamentos hibernales, y así invitaban también, en tiempos de guerra, los «cofrades» a los cosacos de registro y de los destacamentos de guardia, muchos de los cuales pertenecían secretamente a la Cofradía, a entrar en negociaciones con ellos.

Por segunda vez se oyó la voz del coronel:

—¿Qué queréis?

—Bogdan Kmielnizki, hetmán de los zaporogos, os advierte que sus cañones apuntan al recodo del río.

—Decid al hetmán de los zaporogos que los nuestros apuntan a las riberas.

—¡Pugu! ¡Pugu!

—¿Qué más?

—Bogdan Kmielnizki, hetmán de los zaporogos, ruega al coronel Krechovski, su amigo, que venga a conferenciar.

—Que dé primero rehenes.

—Diez capitanes de campamento.

—¡Conforme!

En aquel instante las orillas del recodo se llenaron de zaporogos que parecían haber brotado, cual misteriosas flores, de la tierra, surgiendo de las altas hierbas donde habían estado escondidos. A lo lejos, por la parte de la estepa, llegaban jinetes, culebrinas, docenas y centenares de banderas, insignias y bunchuques. Llegaban al son de atabales y canciones. Todo aquello parecía más bien un encuentro amistoso y cordial que un encuentro bélico.



Los regulares respondieron con gritos de bienvenida desde los báidaks. Abordaban ya las barcas que traían a los jefes de campamento. Krehovski subió a una de ellas; remaron hacia la orilla y allí le fué ofrecido un caballo; pocos minutos después se encontraba en presencia de Kmielnizki.

El hetmán, al verle, se descubrió y le acogió cordialmente.

—Señor coronel—dijo:—mi antiguo compañero y amigo, cuando el gran hetmán de la Corona os ordenó que me prendierais y llevarais al campamento, no quisisteis hacerlo y me avisasteis para que me salvara huyendo. Por este acto podéis contar para siempre con mi agradecimiento y cariño fraternal.

Y, diciendo esto, le tendió amigablemente la mano.

Pero el bronceado rostro de Krehovski conservaba una actitud glacial. Al fin dijo:

—¿Y ahora que estáis salvado, señor hetmán, enarboláis la bandera de la rebelión?

—No hago más que reivindicar, con los privilegios reales en la mano, las injusticias que nos oprimen a vosotros y a nosotros, como también a toda Ucrania, y cuento con el beneplácito de Su Majestad Graciosísima.

Krehovski fijó una mirada escudriñadora en su interlocutor, y le dijo, acentuando cada palabra:

—¿Has cercado el fuerte de Kúdak?

—¡Yo! ¡Tendría que estar loco! He pasado bajo sus murallas sin quemar un grano de pólvora, aunque el tuerto no cesaba de cañonearme, anunciándoos mi llegada. Me corría demasiada prisa llegar a Ucrania, no a Kúdak, junto a vos, mi antiguo hermano de armas y mi bienhechor.

—¿Qué me queréis?

—Acompañadme un poco por la estepa: hablaremos.

Espolearon los caballos y se alejaron. Su entrevista duró poco más o menos una hora.

A su regreso el rostro de Krehovski estaba muy pálido y su expresión era terrible.

Inmediatamente se despidió del hetmán.

—Nos quedaremos los dos solos en Ucrania—le dijo el hetmán al despedirse.—Por encima de nosotros el rey... y nadie más.

Momentos después Krehovski volvía a sus báidaks. Allí le esperaban con impaciencia el viejo Barrabás, el comandante Flik y los oficiales.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?—preguntaban todos.

—¡Todos a tierra!—replicó Krehovski con voz impreciosa.

Barrabás parpadeó soñoliento y en sus ojos relampagueó un extraño fulgor.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó.

—¡Todos a tierra, nos rendimos!

Una oleada de sangre tiñó de púrpura la pálida y terrosa faz de Barrabás. Levantóse del timbal en que estaba sentado, se irguió cuanto pudo, y, de repente, aquel anciano decrepito convirtióse en un gigante lleno de vida y de fuerza.

—¡Traición!—rugió.

—¡Traición!—repitió Flik, con una mano en el puño del sable.

Mas, sin darle tiempo a desenvainar, Krehovski le derribó de un sablazo, a sus pies, dejándole tendido sobre la pasarela. Luego saltó del báidak a una de las lanchas que había allí con cuatro remeros zaporogos.

—¡Hacia los báidaks!—gritó.

La embarcación huyó como una flecha... Krehovski, de pie en ella, el gorro en la punta del sable ensangrentado, los ojos llameantes, clamaba con voz formidable:

—¡Hijos míos! ¡No queremos degollar a los nuestros! ¡Viva Bogdan Kmielnizki, hetmán de los zaporogos!

—¡Viva el hetmán!—repitieron centenares y miles de voces.

—¡Mueran los lajes!

—¡Mueran! ¡Mueran!

A los aullidos que salían de los báidaks respondían en la costa los gritos de los zaporogos. En las embarcaciones distantes, muchos soldados no sabían siquiera lo que ocurría. Así que se hubo propalado entre todos la noticia de que Krehovski se había pasado a las banderas zaporogas, la alegría de los cosacos de la tropa rayó en delirio. Seis mil gorras volaron por el aire; seis mil disparos de arcabuz resonaron. Los cascos de las embarcaciones temblaron bajo el pataleo de los jóvenes guerreros, originándose un

general tumulto y confusión. Pero aquella alegría debía teñirse en sangre, porque el viejo Barrabás quiso antes morir que traicionar a su bandera, bajo la cual había servido el tiempo de una vida humana.

Algunas docenas de cosacos de Circasia se declararon de su partido y se empeñó un combate breve y terrible como toda lucha en que un puñado de gentes, deseosas de la muerte, sin esperar piedad, se defienden contra avalanchas de enemigos. Ni Krechovski ni ninguno de los cosacos esperaban aquella resistencia.

El antiguo león se despertó en el viejo coronel. A toda intimación de deponer las armas respondía a tiros. Con el bastón de mando en la mano, la blanca cabellera en desorden, multiplicaba, con voz de trueno, las órdenes, demostrando una energía juvenil.

Su embarcación fué rodeada por todos lados. Los hombres de aquellos báidaks que no podían abrirse camino saltaban al agua y, nadando o vadeando entre los cañaverales, agarrábanse al borde del barco, subiendo a él con bestial esfuerzo. Mas la resistencia duró poco. Los cosacos que permanecieron fieles a Barrabás cubrían con sus cadáveres el puente, muertos a sablazos y lanzadas o desgarrados con las manos, en tanto que el anciano, empuñando el sable, continuaba defendiéndose.

—¡Ríndete!—gritaba Krechovski adelantándose hacia él.

—¡Muera el traidor!—respondió Barrabás, y levantó el sable.

Krechovski retrocedió de un salto hacia la turba, gritando.

—¡Matadlo!

Parecía, sin embargo, que ningún cosaco se atrevía a ser el primero en levantar el brazo contra el anciano. Pero quiso su mala suerte que el coronel resbalase en la pegajosa sangre, y cayera.

Postrado en el suelo, no infundía ya aquel respeto, o más bien aquel horror... Al momento más de veinte lanzas atravesaron su cuerpo. El anciano sólo tuvo tiempo de proferir: «¡Jesús, María!»

Empezaron a dar sablazos sobre el caído y su cadáver fué descuartizado. La cabeza, separada del tronco, rebotó de

una a otra embarcación, como una pelota en el juego, hasta que al fin, mal lanzada, cayó en el agua, sumergiéndose.

Pero quedaban aún en pie los alemanes, que oponían mayor dificultad en su resistencia, ya que formaban un regimiento de mil soldados veteranos y expertos en varias guerras.

Es verdad que el bizarro Flik había caído bajo el sable de Krechovski, pero le había reemplazado en el mando del regimiento el teniente coronel Juan Wérner, veterano de la guerra de los Treinta Años.

Aunque seguro de la victoria, porque las barcas alemanas estaban rodeadas por completo por los cosacos, Krechovski quería conservar a Kmielnizki aquel cuerpo tan numeroso de infantería, incomparable y perfectamente armada, por lo cual prefirió entablar negociaciones con ellos.

Era de creer que Wérner accedería, puesto que conversaba tranquilamente con Krechovski escuchando atento las numerosas promesas que le prodigaba el pérfido coronel. El sueldo atrasado que le debía la república le sería pagado inmediatamente por todo el año transcurrido, y, además, con otro año de paga anticipada. Al cabo de un año, cada soldado mercenario recobraría libertad absoluta, aun para alistarse de nuevo bajo las banderas de la Corona.

Parecía que Wérner reflexionaba, pero había ordenado por lo bajo que sus báidaks estrecharan sus distancias para colocarse en un círculo cerrado, orillado por una muralla de infantes, todos fuertes como robles, vestidos con jubones amarillos y sombreros de fieltro del mismo color, dispuestos en perfecto orden de batalla, con el pie izquierdo adelante, el mosquete en la cadera derecha, preparados para hacer fuego.

Wérner, con el sable desenvainado, se hallaba en la primera fila; llevaba largo rato reflexionando.

Al fin alzó la cabeza.

—*Herr Hauptmann* (1)—dijo,—aceptamos.

—¡Nada perderéis en el cambio de servicio!—exclamó satisfecho Krechovski.

---

(1) «Señor capitán.»

—Pero con una condición.

—¡La acepto! Cualquiera que sea.

—Más vale así. Nuestro servicio a sueldo de la república acaba en junio: el primero de julio nos pasaremos a vosotros.

Un juramento se escapó de los labios de Krechovski; sin embargo, se dominó.

—¿Os burláis de mí, teniente coronel?—preguntó.

—Nada de eso—repuso Wérner con flema.—Nuestra fe de soldados nos manda cumplir nuestros compromisos. Nuestro servicio expira a fines de junio. Aunque mercenarios, no somos traidores. Nadie nos llamaría por otro nombre, y vos mismo desconfiaríais de nosotros, pues ¿quién podría garantizaros que al primer encuentro no volviéramos a pasarnos a los hetmanes?

—Entonces. ¿Qué queréis?

—Que nos dejéis marcharnos libremente.

—¡Eso es absurdo! ¿Estáis loco? Mandaré que os pasen a todos a cuchillo.

—¿Cuántos hombres perderéis en esto?

—No se escapará ni uno solo de vosotros.

—Perecerá la mitad de los vuestros.

Ambos decían la verdad, por cuya razón Krechovski no quiso empeñar en seguida la batalla, aunque la imperturbable calma del alemán le hacía bullir toda la sangre, y le ahogaba la rabia.

—Reflexionad—exclamó—hasta la puesta del sol. Después mis hombres apretarán el gatillo.

Y se alejó apresuradamente sobre su lanchita para ponerse de acuerdo con Kmielnizki.

Transcurrió un momento de espera. Los báidaks cosacos formaron un anillo más estrecho en torno de los mercenarios. Estos conservaban esa actitud glacial que sólo es capaz de conservar un guerrero viejo y muy experto a la vista del peligro.

A las amenazas e injurias que les lanzaban a cada instante los cosacos desde los báidaks, no respondían más que con desdeñoso silencio. Era verdaderamente imponente ver aquella calma en medio de los estallidos de furia, siempre más vehementes, por parte de los cosacos, los cuales sacu-

diendo sus lanzas y *silbones* en actitud amenazadora, rechinando los dientes y renegando, esperaban impacientes la orden de atacar.

Entre tanto el sol, trazando un arco gigantesco en el cielo, se acercaba a su ocaso, apartando paulatinamente sus rayos de oro del recodo del río, dejándole poco a poco entre sombras.

Por fin el recodo quedó completamente a oscuras.

Entonces se oyó el toque de trompa y en seguida llegó desde lejos la voz de Krechovski.

—¡El sol se ha puesto!—dijo.—¿Habéis reflexionado ya bastante?

—¡Sí!—contestó Wérner.

Y volviéndose a sus soldados blandió la espada desnuda.

—¡*Feuer!* (1)—ordenó con voz tranquila y flemática.

Sonó una descarga... El chapuzón de los cuerpos que daban la zambullida suprema..., aullidos de rabia y nutridos disparos contestaban a los mosquetes alemanes. Las culebrinas con la boca apuntando hacia la orilla dejaron oír su voz grave, vomitando metralla contra los báidaks alemanes. Una nube de humo envolvió por completo aquella parte del río, y sólo el fragor de la batalla, los gritos, el silbido de las flechas tártaras, los disparos de los *silbones* y arcabuces, y las descargas regulares de los mosquetes anunciaban que los alemanes continuaban defendiéndose.

Al ponerse el sol ardía todavía la batalla, pero ya con menos vigor. Kmielnizki, acompañado de Krechovski, Tugay-Bey y unos cuantos atamanes, se aproximó a la orilla para hacer un reconocimiento de la batalla. Sus narices dilatadas aspiraban el humo de la pólvora, sus oídos deleitábanse indeciblemente al percibir los alaridos de los alemanes que se ahogaban y sucumbían. Los tres jefes contemplaban aquella matanza como una función de teatro, que constituía, al mismo tiempo, un augurio favorable para ellos.

La lucha tocaba a su fin. Las descargas cesaron; en cambio los gritos cada vez más fuertes de los cosacos triunfantes llegaban hasta el cielo.

(1) «¡Fuego!»

—Tugay-Bey—exclamó Kmielnizki,—este es el primer día de victoria.

—¡No hay prisioneros ni botín!—decía entre dientes el tártaro:—¡no me gusta tal victoria!

—En Ucrania hallaréis botín y prisioneros bastantes para llenar a Estambul y Gálata.

—Y, a falta de otros, te prenderé a ti.

Diciendo esto, desternillóse el salvaje Tugay-Bey en una carcajada satánica.

Momentos después añadió:

—Y, sin embargo, yo hubiera cogido muy a gusto a esos *francos*... (1).

Entre tanto la lucha había cesado por completo. Tugay-Bey volvió grupas para regresar al campamento. Los otros le siguieron.

—¡Y ahora, en marcha para Aguas Amarillas!—exclamó Kmielnizki.

---

(1) Alemanes.

## CAPÍTULO XV

Oyendo el fragor de la batalla, Juan esperaba ansioso su resultado. Al principio creyó que Kmielnizki había chocado contra todas las fuerzas de los hetmanes; pero por la tarde le desengañó el viejo Zacar, y la noticia de la defecación de los cosacos bajo el mando de Krechovski, de la matanza de los alemanes, conmovió profundamente al joven guerrero, ya que aquello no era más que presagio de nuevas traiciones. Harto sabía el teniente que una parte importante de las tropas de los hetmanes estaba formada en su mayoría por contingentes cosacos.

La agitación del teniente aumentaba a cada momento y el triunfo alcanzado por las tropas zaporogas le llenaba de amargura. Todo se presentaba a su vista bajo un aspecto tristísimo. De la llegada del príncipe nada se sabía; en cambio los hetmanes habían cometido, a todas luces, un tremendo error al no concentrar sus fuerzas y marchar hacia Kúdak o bien esperar al enemigo al abrigo de los lugares fortificados de Ucrania; en lugar de hacer eso, diseminaban sus tropas, debilitándose voluntariamente, abriendo de par en par las puertas a la felonía y a la traición.

En el campamento zaporogo se había hablado ya anteriormente de la actitud observada por Krechovski y de que un importante ejército, bajo las órdenes de Esteban Potozki, había sido enviado expresamente contra el enemigo; pero la naturaleza de estos rumores no merecía fe. Pensaba Skretuski que sólo se trataría de fuertes avanzadas que a su debido tiempo se retirarían. Ahora la situación había cambiado. Las tropas de Kmielnizki, gracias a la traición de Krechovski, habíanse aumentado en unos cuantos miles de hombres, y el joven Potozki se encontraba en un horrible peligro, ya que ahora era muy fácil envolverle y aniquilar-



le por completo, privado de auxilio y perdido en la inmensidad de la estepa.

En el dolor que le causaban las heridas, en su continua ansia, en sus noches de insomnio, sólo confortaba a Skretuski el pensar en la intervención del príncipe.

La estrella de Kmielnizki forzosamente empezaría a palidecer tan pronto como se moviera el príncipe en Lubnie. Acaso se había unido ya con los hetmanes. Aun cuando la fuerza de Kmielnizki era muy importante, aunque el principio de la marcha prometía mucho para el porvenir, aunque iba acompañado de Tugay-Bey y el mismo *zar* de Crimea le había prometido su socorro en caso de un descalabro, Skretuski estaba lejos de figurarse que pudiera durar mucho aquella insensata rebelión. Le parecía imposible que un solo cosaco pudiera conmover los cimientos de la república y quebrar su formidable fuerza.

«Esta ola, pensaba el teniente, se romperá en los umbrales de Ucrania. ¿Cómo han terminado todas las conspiraciones cosacas? Estallaron como una llama y se apagaron al primer encuentro con los hetmanes. Así ocurre siempre. Cuando se entabla un combate entre un nido de bandidos del llano, por una parte, y un Estado cuyos límites bañan dos mares, por otra, fácil es adivinar el desenlace del conflicto. La tempestad no puede ser duradera; pasará pronto y renacerá la calma.»

Aquella convicción confortaba a Juan y puede decirse que hasta le ayudaba a soportar la carga que pesaba sobre sus hombros, la más agobiadora de toda su vida. Aunque pasajero, el huracán podía devastar campos, derribar casas y traer toda suerte de daños irreparables. Aquella tempestad le había puesto a pique de perder la vida, le había hecho caer en una amarga esclavitud, precisamente en el momento en que la libertad no le importaba menos que su propia vida. ¡Pero cuánto más debían dañar tales perturbaciones a los seres más débiles que él, incapaces de defenderse! ¿Qué le ocurriría a Elena en Razlogi?

Pero Elena debía de haber llegado ya a Lubnie. El teniente la veía en sueños, rodeada de rostros amigos, mirada por el propio príncipe y por la princesa Griselda, admirada por los caballeros, añorando sólo a su húsar, que

se había perdido en los parques de Sich. Pero la hora de la vuelta del húsar debía de estar cercana. El mismo Kmielnizki le había prometido la libertad... y, por lo demás, la ola cosaca seguía penetrando en el umbral de la república... y cuando se rompiera se acabarían las penas, los pesares y las angustias pasados.

La ola avanzaba en realidad. Kmielnizki, sin pérdida de tiempo, había levantado el campo y salía a marchas forzadas al encuentro del joven Potozki.

Su fuerza armada era ya verdaderamente tremenda, pues entre los cosacos de Krechovski y los tártaros de Tugay-Bey se había formado un ejército de unos veinticinco mil hombres disciplinados y aguerridos. De las fuerzas de Potozki nada se sabía en concreto. Los desertores aseguraban que llevaba consigo dos mil hombres de caballería pesada y unas veinte culebrinas. A pesar de todo, el resultado de una batalla en tales condiciones podía ser dudoso, ya que una sola carga de los formidables húsares era a veces más que suficiente para destruir un ejército diez veces superior en número. Jodkievich, hetmán de Lituania, cerca de Kircholm, con sólo tres mil húsares, había aniquilado a diez y ocho mil hombres escogidos de infantería y caballería suecas. En Klushin una bandera de coraceros había dispersado en un furioso ataque a muchos millares de mercenarios ingleses y escoceses. Kmielnizki se acordaba de todas aquellas hazañas y avanzaba, según las palabras del historiador ruso, lenta y cautelosamente: «mirando en todas direcciones con los múltiples ojos de su entendimiento, como un cazador ingenioso, manteniendo destacamentos de guardia hasta una extensión de más de una milla del campamento (1).»

De esta manera se acercaban a Aguas Amarillas. Dos nuevos prisioneros confirmaron la escasez de las fuerzas de la Corona y contaron que el castellano había atravesado ya las Aguas Amarillas. Kmielnizki, en cuanto lo supo, se detuvo e hizo cavar trincheras.

El corazón se le saltaba del pecho de alegría. Si Potozki se atrevía a dar el asalto, sería infaliblemente derrotado,

(1) Samoíl Velichko, 162.

Los cosacos no son capaces de resistir a los coraceros en campo raso; pero, abrigados por las trincheras, se batían de un modo admirable, y con tal ventaja en el número podrían ellos rechazar todo ataque. Además, Kmielnizki contaba con la juventud y poca experiencia de Potozki. Mas el joven castellano tenía como consejero un guerrero experto en la persona de Esteban Charnezki, coronel de húsares, hijo del estaroste de Ziviez, que se percató del peligro y decidió a su jefe a replegarse y esperar al enemigo detrás de las Aguas Amarillas.

Kmielnizki no tuvo más remedio que seguirles. Al día siguiente, sábado 5 de mayo, pasados los pantanos de las Aguas Amarillas, los dos ejércitos se encontraron cara a cara.

Pero ninguno de los jefes quería ser el primero en atacar. Los campamentos contrarios atrincherábanse a toda prisa.

Todo el día estuvo diluviando. Las nubes cubrían tan densamente el cielo, que poco después del mediodía la luz era tan escasa como en una tarde de invierno. Por la noche el aguacero se hizo aún más tremendo. Kmielnizki se frotaba, satisfecho, las manos.

—Dejemos que se moje bien la estepa—le decía a Krechovski.—Entonces no vacilaré en atacar de frente hasta a los húsares, que, con sus pesadas armaduras, se ahogarán en el fango.

Y la lluvia no cesaba, como si el cielo mismo quisiera acudir en auxilio de los zaporogos. Los dos ejércitos trabajaban en la construcción de trincheras, pero sin entusiasmo y de mal humor, en medio de torrentes de agua. Llovía tanto, que era imposible encender fuego. Algunos miles de tártaros de la horda salieron del campamento, encargados de impedir que las tropas polacas trataran de escaparse a favor de la niebla, la lluvia y las sombras de la noche. Reinó, al cabo, profunda calma. Se oía tan sólo el ruido del aguacero y el silbido del viento, aunque nadie pegaba los ojos en los dos campamentos.

Al despuntar el alba, en el campamento polaco sonaron las trompetas prolongada y lúgubrementemente, como dando el toque de alarma, y luego oyéronse velados redobles de tambor. El día amanecía triste, oscuro, húmedo; el aguacero

había cesado, pero seguía cayendo una menuda lluvia, tan fina, que parecía pasada por una criba.

Kmielnizki mandó disparar el primer cañonazo. Al punto se oyó otro, otro, tres, diez, y no tardó en entablarse la acostumbrada «conversación» de cañoneo entre los dos campamentos.

—Zacar—dijo Juan a su ángel guardián,—llévame a la muralla para ver lo que ocurre.

Zacar, curioso también, no se opuso a tal deseo. Subieron a un alto bastión angular, desde donde se divisaban, como en la palma de la mano, toda la llanura de la estepa, los pantanos de Aguas Amarillas, los dos ejércitos. Mas apenas dirigió Skretuski una mirada ante sí, cogióse la cabeza con ambas manos.

—¡Por Dios vivo!—exclamó.—¡Si esto no es más que una vanguardia!

En efecto, las trincheras del campamento cosaco se extendían en una longitud de un cuarto de legua, mientras que el campamento polaco, comparado con él, parecía sólo un pequeño puesto atrincherado. La desproporción de las fuerzas era tan evidente, que no se podía poner en duda la victoria de los cosacos.

El teniente sentía oprimírsele el corazón de dolor. No había llegado todavía la hora en que debían ser vencidas la arrogancia y la rebelión, pues, según parecía, no se harían esperar nuevos triunfos de las armas insurgentes. Las escaramuzas habían comenzado ya bajo del fuego de los cañones. Desde el bastión podían distinguirse jinetes aislados o pelotones de caballería hostilizándose. Los tártaros venían a las manos con los regulares de Potozki, vestidos de azul oscuro y amarillo. Los destacamentos de caballería se acometían y se alejaban unos de otros rápidamente, intentaban sorprenderse de lado, disparaban pistoletazos a quema ropa, lanzaban flechas o esgrimían las lanzas y, echándose lazos, trataban de desarmarse mutuamente. Aquellos encuentros parciales parecían, mirados a distancia, más bien un divertido juego; pero los caballos sin jinete que se veían por doquier, en la planicie, eran indicio de que allí se jugaba a vida o muerte. Los tártaros acudían en enjambres cada vez más numerosos, y sus compac-

tas masas no tardaron en cubrir gran parte del campo. Del campamento polaco iban también saliendo más regimientos y colocándose en orden de combate ante las trincheras.

Estaban tan cerca, que Skretuski, con sus ojos de águila, podía distinguir perfectamente los estandartes y los bunchuques, y hasta a los capitanes y tenientes de caballería, colocados con sus caballos al flanco de los estandartes.

Estremeciábasele el corazón de alegría, y oleadas de sangre le subían al pálido rostro. Como si Zacar y los cosacos que servían los cañones del bastión compartieran sus sentimientos, gritaba, entusiasmado, conforme iban apareciendo los estandartes:

—¡Esos son los dragones del señor Balaban, los vi en Circasia!... Aquella es la bandera valaca, con una cruz en el escudo. ¡Oh, ahora sale la infantería!

En un supremo arrebató de entusiasmo, alzando las manos, exclamó:

—¡Los húsares! ¡Los húsares de Charnezki!

En efecto, aparecían los húsares con sus lanzas en profusa selva, con sus largos gallardetes verdes y negros, con sus yelmos ornados de alas de metal, con sus áureas guerreras fúlgidas. Salían de la trinchera en grupos de seis y se iban alineando bajo la valla. Ante su calma, su dignidad y su destreza, lágrimas de alegría velaron los ojos de Juan.

Aunque las fuerzas eran tan desiguales; aunque sobre aquellas escasas banderas avanzaba una verdadera avalancha negra de zaporogos y tártaros, que ocuparon, como siempre, los flancos; aunque las columnas enemigas se extendían sin fin por la estepa, Pan Skretuski tenía ya fe en la victoria. Su rostro resplandecía, renacíanle las fuerzas; miraba con ansiosa atención al campo de batalla, centelleantes y ardientes los ojos, sin acertar a estarse quieto.

—¡Eh, muchacho!—refunfuñó el viejo Zacar.—¿Se te quiere ir el alma al Paraíso?

Lanzando alaridos y gritos de «¡Alá! ¡Alá!» avanzaron algunos ligeros destacamentos tártaros, que fueron recibidos por el enemigo con violentas descargas. Pero aquello no era sino un amago. Los tártaros, antes de llegar junto a las banderas polacas, se dispersaron por ambos

lados, volando hacia los suyos y desapareciendo entre la multitud.

En aquel momento sonó el gran tambor de Sich. A su voz, cosacos y tártaros, formando una gigantesca media luna, se precipitaron al ataque con furioso ímpetu. Kmielnizki trataba, por lo visto, de aniquilar a la primera acometida los regimientos enemigos y apoderarse del campamento. Bastaba un momento de pánico para que saliera bien el golpe de mano. Pero ni sombra de confusión se notaba entre las banderas polacas. Permanecían inmóviles, formando una sola y larga fila. Defendidas sus espaldas por la trinchera y sus flancos por las piezas del campamento, no se les podía atacar sino de frente. Hubiérase creído al principio que iban a esperar a pie firme; pero luego, cuando la media luna de cuerpos humanos hubo recorrido la mitad de la explanada, oyéronse de pronto los clarines del campamento dando el toque de carga, y la densa fila de lanzas, hasta entonces erguida hacia el cielo, se bajó de un golpe al nivel del lomo de los caballos.

—Los húsares cargan—exclamó Skretuski.

Encorvados los jinetes en las sillas, lanzáronse al ataque, las banderas de los húsares seguidas de los dragones, y toda la línea de combate avanzó.

La carga de los húsares fué terrible... Al primer choque, en un abrir y cerrar de ojos, aniquilaron tres regimientos de cosacos, dos de Steblov y uno de Mirgorod. Los alaridos y estertores llegaron hasta los oídos de Skretuski.

Hombres y caballos, desplomándose al empuje gigantesco de los jinetes de acero, caían como las espigas al soplo de la tempestad. La resistencia fué tan corta, que Skretuski vió desaparecer a los tres regimientos como si algún monstruoso dragón se los hubiera engullido.

¡Y se trataba de tropas compuestas de los mejores guerreros de Sich!

Los caballos enemigos, espantados por el crujir de las grandes alas de plata que adornaban los yelmos de los húsares, sembraron el pánico entre las filas de los zaporogos. Los regimientos de Irkleiev, Kalnibolok, Minsk, Skurin y Titorov, cediendo al ímpetu de las masas en fuga, empezaron a retroceder en completo desorden. Los dragones ha-

bían alcanzado ya a los húsares, y los ayudaban en la sangrienta siega.

El regimiento de Viasiur emprendió la fuga luego de ofrecer una resistencia corta y enconada, y retrocedió en loco pánico hasta las mismas trincheras cosacas. El centro, mandado por Kmielnizki, vacilaba más a cada instante, recibiendo rudos ataques, reulando en masas desordenadas, cediendo a tan irresistible empuje, sin hallar ocasión propicia de poner sus filas en nuevo orden de batalla.

—¡Esos no son lajes, son demonios infernales!—exclamó el viejo Zacar.

Juan estaba como aturdido de emoción. A causa de su enfermedad carecía de dominio sobre sí mismo: lloraba y reía a la vez; de cuando en cuando, con voz atronadora, profería órdenes como si condujese personalmente a un regimiento.

Zacar le asió por el faldón de la sobreveste para contenerle, y tuvo que llamar a otros para que le ayudasen a sujetarlo.

La batalla se libraba tan cerca del campamento cosaco que casi podían distinguirse ya los rostros. Los cañones tronaban en las vallas, y las balas cosacas, cayendo al azar, ora entre unos, ora entre otros combatientes, no hacían más que aumentar el desorden.

Por fin los húsares chocaron contra el regimiento de Paskov, destinado a la guardia personal del hetmán, y en cuyo centro se hallaba éste en persona. De pronto resonó un grito terrible en todas las filas de los zaporogos. El gran estandarte purpúreo vaciló y cayó al suelo.

En el mismo instante, Krechovski, al frente de sus cinco mil cosacos regulares, entraba a su vez en línea. Montaba un enorme caballo bayo. Sable al aire, desnuda la frente, volaba hacia el enemigo, arrastrando tras él a los llaneros dispersos, que, animados por aquel refuerzo, a pesar de su desorden, volvían a la carga. En el centro de la línea se empeñó nueva lucha.

No tuvo mayor éxito Kmielnizki en sus dos alas. Los tártaros, rechazados dos veces por las banderas valacas y los cosacos regulares de Potozki, perdieron por completo el ánimo para continuar la batalla. Tugay-Bey mismo ha-

bía perdido ya dos caballos. La victoria se inclinaba decididamente por el joven Potozki.

La lucha tocaba a su fin. El aguacero, que desde hacía rato arreciaba, adquirió tales proporciones, que las densas gotas de lluvia casi ocultaban la luz del día. De las reclusas celestiales, que parecían haberse abierto de par en par, caían sobre la superficie de la tierra abundantes chorros de agua, que no tardaron en convertirse en nutridos torrentes. La estepa fué transformándose en un vasto lago. La obscuridad se hizo tan intensa, que ni a pocos pasos se distinguían las caras humanas. El ruido de la lluvia impedía oír las voces de mando. Los mosquetes y arcabuces, mojados, callaron. El cielo mismo daba fin a la carnicería.

Kmielnizki, calado hasta los huesos, furioso, volvió al campamento sin dirigir a nadie ni una sola palabra. Refugiado en su pequeña tienda de pieles de camello, medio deshecha por los balazos, permanecía sentado, completamente solo, a merced de sus amargos pensamientos.

Una gran desesperación se apoderaba de él... En aquellos momentos se dió clara cuenta de lo gigantesca que era la tarea que había osado emprender. Derrotadas sus fuerzas, repelidos sus ataques, casi aniquilado en una batalla con fuerzas tan escasas que hubieran podido tomarse más por una patrulla que por un ejército, se percataba ahora de cuán tremenda era la fuerza de resistencia de la república. No había, en verdad, dejado de tenerlo en cuenta al lanzarse a la guerra; pero, con todo, sus cálculos habían fallado. Así, por lo menos, le parecía en aquel instante. Se cogió con ambas manos la cabeza pelada al rape, tentado de rompérsela contra el primer cañón que encontrara. ¿Qué sucedería, pues, cuando se tratase de hacer frente a los hetmanes, a todas las fuerzas de la república?

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la aparición de Tugay-Bey.

Los ojos del caudillo tártaro despedían rayos de furia, su faz estaba lívida y los dientes brillaban entre sus lampiños labios.

—¿Dónde está el botín, dónde están los prisioneros, dónde las cabezas de los jefes enemigos, dónde la victoria?— preguntó con voz ronca.



Kmielnizki se puso en pie de un salto, y tendiendo el brazo hacia el campamento de la Corona, respondió con voz de trueno:

—¡Allí!

—¡Vé, pues, allí!—rugió Tugay-Bey.—De lo contrario te arrastraré con una cuerda al cuello hasta Crimea.

—¡Iré!—contestó Kmielnizki.—¡Hoy mismo iré!... y cogeré el botín y los cautivos. ¡Pero tú darás cuenta de tu conducta al kan, tú que quieres despojos y retrocedes en el combate!

—¡Perro!—aulló Tugay-Bey.—¡Tú eres quien perderá al ejército del kan!

Permanecieron un rato frente a frente, resoplando como dos jabalíes. El primero que se apaciguó fué Kmielnizki, y dijo:

—¡Cálmate, Tugay-Bey! La lluvia ha interrumpido la lucha en el momento en que Krechovski había ya logrado forzar a los dragones. Yo los conozco. Mañana se batirán ya con menos furor. Mañana la estepa no será más que un charco. Los húsares se hundirán en él. Mañana todos serán nuestros.

—¡Basta que tú lo digas!—murmuró Tugay-Bey.

—Y lo cumpliré. Tugay-Bey, amigo mío, el kan te ha enviado aquí para auxiliarme y no para desesperarme.

—Pero tú le prometiste la victoria y no la derrota.

—Les hemos hecho varios prisioneros a los dragones: ¿quieres que te los ceda?

—Sí. Los haré empalar.

—Guárdate de ello, déjalos en libertad, son ucranianos del regimiento de Balaban. Les encargaremos que fomenten la desertión entre los dragones. Y sucederá lo mismo que con Krechovski.

Tugay-Bey se aplacó. Miró rápidamente a su aliado.

—¡Serpiente!—refunfuñó.

—La astucia vale tanto como el valor. Si conseguimos que deserten los dragones, no escapará ni un solo hombre enemigo del campamento. ¿Me entiendes ahora?

—Yo me apoderaré de Potozki.

—Tuyo será. Y también te doy a Charnezki.

—Dame ahora un poco de aguardiente... Tengo frío...

—¡A tus órdenes!

En esto llegó Krechovski, sombrío y taciturno como un fantasma nocturno. Las anheladas estarostías, castellanas, castillos, tesoros, todo se había desvanecido en la batalla como la niebla. Quizás al día siguiente se disiparan por completo todos aquellos sueños, y en vez de su humo vano aparecería ante sus ojos la horca. Si el coronel, después de aniquilar a los mercenarios alemanes del hetmán, no hubiera destruído los puentes tras sí, hubiera decidido ahora hacerle traición a Knielnizki y llevar a sus regulares al campamento de Potozki.

Pero eso ya no era posible.

Sentáronse los tres ante una mesa, en torno a una jarra de aguardiente, y bebieron en silencio.

El aguacero iba amainando.

Anocheceía. Juan, loco de alegría, debilitado, lívido, estaba tumbado, inmóvil, en el fondo de la telega. Zacar, que le profesaba entrañable cariño, mandó a sus cosacos extender una cubierta de fieltro por encima de su cabeza.

El teniente escuchaba el rumor monótono y triste de la lluvia, pero una sublime alegría le inundaba de luz el alma. Sus húsares habían dado otra vez prueba de lo que valían; la república había mostrado una fuerza de resistencia digna de su poder y majestad; el primer choque del alud cosaco se había estrellado contra las puntas de las lanzas de los ejércitos de la Corona... Y detrás de ellos estaban aún los hetmanes, el príncipe Jeremías, tantos grandes señores, tanta nobleza, tanta fuerza armada, y por cima de todos, el rey, *primus inter pares* (1).

El pecho se le inflamaba de orgullo, como si todo aquel poderío fuera suyo en aquel momento. Dominado por este sentimiento, compadeciése de los cosacos por primera vez desde la pérdida de su libertad.

—Desde luego son culpables—pensaba,—pero más que nada son obcecados. Atacan al sol armados de una azada. Son culpables, pero dignos de lástima por haber caído bajo las garras de un hombre que los conducirá a su perdición segura.

(1) « Primero entre iguales. »

Luego su pensamiento salvaba los límites de lo presente. Volvería la paz y entonces cada cual podría pensar en preparar su propia felicidad. Su alma y su recuerdo se cernían sobre Razlogi. Allí, en la vecindad del antro del león, todo debía de estar tranquilo como en un desierto. La rebelión nunca alzaría allí la cabeza, y aunque la alzase... Elena estaría, sin duda, ya en Lubnie y no había nada que temer.

Pero la voz del cañón vino súbitamente a cortar la trama de oro de sus pensamientos.

Kmielnizki, borracho, quería llevar otra vez sus regimientos al ataque. Mas todo se limitó a un ligero cañoneo. Krechovski consiguió calmar el ardor del hetmán.

El día siguiente, que era domingo, transcurrió pacífico y sin un solo disparo. Ambos campamentos descansaban uno frente al otro como los de dos ejércitos aliados. Juan atribuía esta calma al descorazonamiento de los cosacos. Por desgracia, no sabía que Kmielnizki, entre tanto, vigilando con los «múltiples ojos de su entendimiento,» medía la defección de los dragones de Balaban.

El lunes, al amanecer, se reanudó la batalla. Al principio Skretuski siguió, lleno de gozo y con una sonrisa en los labios, las peripecias de la lucha. Los regimientos polacos formaron de nuevo fuera de las trincheras; pero ahora no se precipitaban al ataque, sino que se limitaban a rechazar al enemigo sin cambiar de posición. La estepa estaba hecha un barrizal, no sólo en la superficie, como el primer día, sino a una gran profundidad. La pesada caballería no podía evolucionar, lo cual dió desde el principio gran ventaja a las ligeras tropas cosacas y tártaras. Poco a poco fué desapareciendo la sonrisa de los labios de Juan. En esto, en el campo atrincherado de los polacos, la nube de asaltantes ocultó por completo la estrecha zona de los ejércitos de la Corona... Era casi evidente que con un esfuerzo más quedaría rota aquella cadena y el enemigo daría el asalto directamente dentro de las trincheras. Ya no pudo notar Juan ni la mitad del arrojo y ardor bélico con que se batían los regimientos la víspera. El ejército polaco se defendía también ahora denodadamente, pero sin dar los primeros golpes, sin poder destrozarse los destacamentos cosa-

cos, sin poder barrerlos ya ante sí como el huracán. El suelo de la estepa, remojado a gran profundidad, frustraba la furia del empuje, dejando a la pesada caballería bajo las vallas, materialmente clavada en el suelo. El arranque impetuoso constituía su fuerza y hubiera podido decidir la victoria. Y ahora apenas podía moverse de su puesto.

Kmielnizki sin cesar conducía regimientos y más regimientos al combate. Se multiplicaba, acompañaba al ataque a sus escuadrones uno por uno, no retrocediendo sino ante la proximidad inmediata de los sables enemigos. Su ardor se comunicaba poco a poco a los zaporogos, que corrían a cual más a lo largo del vallado, dando gritos y alidos, a pesar de ver el suelo sembrado de cadáveres de los suyos. Tropezaban con una muralla de pechos acorazados, se clavaban en las puntas de las lanzas, corrían dispersos, diezmados; pero, no obstante, volvían a la carga. Bajo aquel choque impetuoso empezaron a vacilar las filas polacas, doblegándose, reculando en algunos puntos, cual un luchador que ya desfallece, ya saca fuerzas de flaqueza, entre los férreos brazos de su rival.

Aún no había llegado el sol a su cenit, cuando estaba ya en juego casi todo el ejército zaporogo. La batalla continuaba tan encarnizada, que entre las dos líneas de combatientes se elevaba como un nuevo vallado de cadáveres de hombres y caballos.

A cada momento, masas de guerreros heridos volvían de la batalla cubiertos de sangre y fango, exhaustos y cayéndose de cansancio. Pero luego volvían entonando cantos de alegría y reflejados en el rostro el ardor bélico y la certidumbre de la victoria, y, aunque sucumbiesen, su último grito era: «¡Mueran! ¡Mueran!»

El refuerzo que había quedado en el campamento se aprestaba a intervenir en la lucha.

Skretuski se entristeció. Los batallones polacos se refugiaban detrás de las murallas. No podían resistir más, y en su retirada se advertía una precipitación febril, que arrancó de más de veinte mil pechos un clamor de triunfo. Redobló el furor del asalto. Los zaporogos volaron sobre los regulares del regimiento de Potozki, encargados de proteger la retirada. Pero una lluvia de balas de cañones

y mosquetes les hizo retroceder... Se interrumpió algunos momentos el combate. En el campamento polaco resonó la trompeta parlamentaria, pero Kmielnizki no quería ya pactar. Doce escuadrones cosacos, echando pie a tierra, lanzáronse con la infantería y con los tártaros al asalto de las trincheras. Krechovski, a la cabeza de un cuerpo de tres mil infantes, se encargaba de infundirles ánimo en aquel momento decisivo. Todos los atabales, tambores, litauras y cornetas sonaron a la vez, ahogando el ruido de los gritos de guerra y de los disparos de mosquete.

Skretuski veía, temblando, las filas compactas de la incomparable infantería zaporoga correr a las trincheras, cercarlas como un anillo que iba estrechándose más y más. Largas columnas de blanco humo volaban hacia los asaltantes desde las trincheras, como si un pecho de gigante se esforzara en rechazar con su soplo aquella nube de langostas que le asediaban por todas partes. Las balas de cañón, secundadas por las descargas, cada vez más nutridas, de los arcabuces, abrían brechas en la masa asaltante. El ruido ensordecedor no cesaba ni un momento. Aquel hormiguero humano hervía, bullía, y su masa, en algunos sitios, se revolvía en contorsiones convulsivas; diríase que era un monstruo herido, pero que seguía arrastrándose. ¡Ya llegaban!... ¡Ya alcanzaban las trincheras! ¡Ya eran impotentes contra ellos los cañones!

Juan cerró los ojos. Y, con la rapidez del rayo, algunas interrogaciones cruzaron por su mente.

¿Seguiría viendo en la muralla las lanzas polacas cuando volviera a abrir los ojos? ¿Las vería o no las vería? Se oyó un clamor, que fué en aumento, al que no tardó en unirse un fragor insólito. ¿Qué estaría sucediendo? Los gritos llegaban del recinto del campamento... ¡Oh!... ¿Qué era lo que ocurría?

—¡Dios misericordioso!—gritó el teniente.

Había abierto de nuevo los ojos, y en vez de la grande y dorada bandera de la Corona veía ondear en lo alto de la trinchera el estandarte color escarlata con la efigie del Arcángel.

El campamento polaco se hallaba en poder del enemigo. Hasta por la noche no supo el teniente, por boca de

Zacar, todos los pormenores de la acción. No sin razón llamaba serpiente Tugay-Bey a Kmielnizki. En el momento más culminante de la lucha, fascinados por éste, los dragones de Balaban se pasaron a los cosacos y, cogiendo de espaldas a sus propios regimientos, completaron su derrota.

Aquella misma noche Juan vió a los prisioneros; presenció la muerte del joven Potozki. Con el cuello atravesado por una flecha, el castellano no sobrevivió sino unas horas a su derrota, muriendo en los brazos de Esteban Charnezki.

—Decid a mi padre—balbuceó en el momento supremo el joven jefe—que muero como... como un caballero.

Y no pudo decir más, pues su alma abandonó el cuerpo y voló al cielo.

Durante mucho tiempo recordó Juan aquel rostro pálido y aquellos ojos azules, límpidos, alzados al cielo en el postrer momento de agonía. Y ante aquel cadáver, caliente aún, el señor Charnezki prometió solemnemente que, si Dios le permitía recobrar la libertad, tomaría una sangrienta venganza de lo sucedido a su amigo y de la vergonzosa derrota. Ni una sola lágrima asomó a su rostro severo: era un guerrero férreo, muy célebre ya por grandes hechos, un hombre a quien ninguna desgracia pudo doblegar y que cumplió sus votos. Lejos de ceder, en aquel momento, a la desesperación, era el primero en animar a Juan, agobiado por el terrible desastre y por la afrenta inferida a la república. «No es éste—le dijo—el primer revés que haya tenido que sufrir la república, que, a pesar de todo, conserva intactas sus fuerzas indomables. Puesto que ningún poder del mundo la ha quebrantado, tampoco la quebrantarán ahora los esfuerzos de una turbamulta de campesinos rebeldes. Dios mismo les castigará por haberse rebelado contra sus superiores, infringiendo la santa voluntad del Altísimo... En cuanto a la derrota... es verdad que es dolorosa, pero ¿quién ha sido derrotado hoy? ¿Los hetmanes en persona? ¿Los ejércitos de la Corona? ¡No! Después de la deserción y traición de Krechovski, el puñado de hombres mandados por Potozki era, más que un ejército, una vanguardia de exploradores. De fijo que la

rebelión se extenderá por Ucrania entera, pues los campesinos que la habitan son tercios y aguerridos, pero no es la primera vez que allí estalla. La sofocarán los hetmanes guiados por el príncipe Jeremías, cuyas fuerzas están todavía incólumes. Cuanto más furioso estalle el incendio, más fácilmente se sofocará, y acaso ahora sea para siempre. De poca fe y de poco corazón sería quien pudiese admitir que un caudillo cosaco cualquiera, apoyado por un *murza* tártaro, podía amenazar seriamente a una nación poderosa. ¡Desdichada república si una simple revuelta de campesinos hubiera de decidir sobre su suerte, sobre su existencia! Es verdad que hemos emprendido esta expedición con demasiado menosprecio del enemigo—terminó diciendo Charnezki,—pero, aunque haya sido derrotada la vanguardia, creo que los hetmanes, no ya con la espada y con armas de guerra, sino a garrotazo limpio, acabarán con los rebeldes.»

Y no parecía que quien así hablaba fuese un prisionero, un soldado derrotado, sino un jefe orgulloso, seguro de la victoria del día siguiente.

Su nobleza de espíritu y la fe en el poder de la república cicatrizaban, como un bálsamo, las heridas del alma del teniente.

Al contemplar de cerca el poder de Kmielnizki, Skretuski se había deslumbrado un poco, sobre todo porque hasta entonces la suerte le favorecía. Pero Charnezki tenía, indudablemente, razón. Aún estaban intactas las fuerzas de los dos hetmanes; detrás de ellos seguía irguiéndose todo el majestuoso poder de la república, el derecho, la autoridad suprema y la voluntad divina... Fortalecido en su alma y ya más animado, Skretuski se alejó, no sin aconsejar antes a su jefe que entablara negociaciones inmediatas con Kmielnizki, encaminadas a conseguir la libertad.

—Yo soy prisionero de Tugay-Bey—replicó Charnezki— a él le pagaré mi rescate. En cuanto al *vataga* (1) no quiero trato alguno con ese criminal, destinado al verdugo.

---

(1) Caudillo cosaco.

Juan era confortado también por Zacar, que le había facilitado su entrevista con los cautivos, y que le acompañó hacia su telega.

—No ha sido difícil vencer al joven Potozki — decía Zacar, —pero otra cosa será habérselas con los hetmanes. La obra apenas está empezada y su solución está en las manos de Dios... ¡Oh! Mucho cogieron los cosacos y tártaros a los polacos, pero una cosa es coger y otra conservar. Y tú, muchacho, no caviles, no sufras, pues recobrarás la libertad de todos modos y tornarás a ver a los tuyos, mientras que el viejo cosaco languidecerá solo... La soledad es la peor suerte para la vejez. ¡Sí! ¡Aún falta enténderselas con los hetmanes! ¡Eso es lo difícil!

En efecto, la victoria, por brillante que fuese, no decidía en modo alguno el triunfo decisivo en favor de Kmielnizki. Al contrario, podía acarrearle mala fortuna, pues era de esperar que el gran hetmán, ansioso de venganza por la muerte de su hijo, perseguiría a los zaporogos con singular empeño, no omitiendo ningún medio para aniquilarlos de una sola vez.

Al gran hetmán le separaba del príncipe Jeremías cierta antipatía que, mal disimulada por la urbanidad cortesana, resaltaba varias veces en distintas ocasiones. Kmielnizki lo sabía, pero no se le ocultaba que ahora cesaría esta rivalidad y que el castellano de Cracovia sería el primero en tender la mano para un arreglo pacífico, que le aseguraría el socorro del famoso guerrero y sus poderosos ejércitos.

Con estas fuerzas aliadas, guiadas por un caudillo como el príncipe, Kmielnizki aún no podía osar medir sus fuerzas, pues no tenía bastante confianza en su propio poder. Por esta razón decidió entrar, sin demora alguna, en Ucrania, para llegar al mismo tiempo que la noticia de la derrota de Aguas Amarillas, y caer de improviso sobre los hetmanes, antes de que el príncipe pudiera acudir en su socorro.

Al día siguiente, sin conceder descanso alguno a sus tropas, al despuntar el alba, se puso en marcha tan de prisa, que aquello parecía una huida. Diríase que una inundación se extendía sobre la estepa, avanzando irresistible-



mente y acreciendo con cuantos caudales de agua encontraba en su camino. Pasaban bosques, encinares, mogilas, vadeando sin descanso ríos y más ríos. Los contingentes cosacos engrosábanse sin cesar con la ola de campesinos fugitivos que afluían de toda la Ucrania. Dichos campesinos llevaban noticias de ambos hetmanes, pero vagas y contradictorias. Según unos, el príncipe no había cruzado aún el Dniéper; según otros, se había unido ya a los ejércitos reales. En cambio, todos estaban de acuerdo en que la Ucrania ardía ya. Los campesinos no se limitaban a invadir los Campos Salvajes para unirse a Kmielnizki, sino que, además, incendiaban ciudades y aldeas, asesinando a sus señores y distribuyendo armas por todas partes. El ejército real llevaba ya quince días librando escaramuza tras escaramuza. Steblev había sido arrasado; bajo Derenhovce se había librado una sangrienta batalla. Los cosacos de guardia se habían pasado ya en varios puntos a los campesinos rebeldes, y todos esperaban sólo una señal para ponerse en marcha. Kmielnizki redoblaba la rapidez de su avance, ya que todo esto correspondía a sus cálculos.

Al fin se detuvo en el umbral de Ucrania. Chegrin le abrió sus puertas de par en par; la guarnición cosaca se alistó en seguida en sus banderas; la casa del estaroste Chaplinski fué destruída; la multitud degolló a algunos nobles que se habían refugiado en la ciudad.

Gritos de júbilo, repique de campanas y procesiones innumerables la alborozaban de continuo.

En poco tiempo todos los alrededores fueron pasto de las llamas.

Cuantos seres humanos podían manejar una guadaña, una hoz, una lanza, se unían a los zaporogos. Masas incalculables de campesinos afluían de todas partes al campamento. Además llegaron noticias fidedignas de que el príncipe había ofrecido, en efecto, su apoyo a los hetmanes, pero sus tropas no se habían unido aún al ejército.

Kmielnizki respiró. Continuó el avance sin demora. Caminaba a través de la revuelta, la carnicería, el fuego. Su camino quedaba sembrado de cenizas y cadáveres. Avanzaba como una avalancha, destruyendo cuanto encon-

traba a su paso, convirtiendo en desolados campos las fértiles comarcas. Avanzaba como un genio de venganza, como un dragón de leyenda, dejando un rastro aterrador de fuego y sangre.

Se detuvo por fin, con el grueso de sus fuerzas, en Circasia y destacó a los tártaros mandados por Tugay-Bey y el fiero Krivonos, que alcanzaron a los hetmanes y los atacaron sin vacilar.

Pero su temeridad les costó muy cara. Repelidos, diezmados, deshechos completamente, tuvieron que retroceder a la desbandada.

Kmielnizki se apresuró a volar en su socorro. Por el camino supo que Sieniavski, con algunos regimientos, se había unido a los hetmanes, quienes, alejándose de Korsun, marchaban sobre Boguslav. La noticia era cierta. Kmielnizki entró en Korsun sin resistencia, y dejando dentro de sus muros los carros, la existencia de víveres y toda impedimenta del campamento, corrió en persecución de las fuerzas enemigas.

No duró mucho su avance, pues a pocas leguas de camino, en Kruta Belka, sus exploradores tropezaron con el campamento polaco.

Juan Skretuski no pudo presenciar el desenvolvimiento de la batalla: le habían dejado en Korsun con el campamento. Zacar le albergó en una casa de la plaza del mercado, cuyo propietario, señor Zabokrizki, había sido ahorcado, poco antes, por el populacho, y encargó a unos cuantos cosacos de los restos del regimiento de Mirgorod de su defensa, pues la turbamulta saqueaba sin cesar las casas y asesinaba a cuantos creía lajes. Al través de los cristales rotos, Juan vió pasar grupos de hombres embriagados, ensangrentados, arremangados, que iban de casa en casa, de bodega en bodega, registrándolo todo de arriba abajo. De cuando en cuando un clamor ensordecedor anunciaba que se habían apoderado de un nuevo hidalgo o judío, hombre, mujer o niño, escondido en el desván o el granero. Arrastraban por las calles las víctimas, y la turbamulta se ensañaba en ellas con ferocidad horrible.

El populacho se disputaba jirones de carne y se divertía en pintarrajearse con sangre rostro y pecho. Con entrañas

todavía calientes formaba collares y guirnaldas que se colgaba al cuello. Los saqueadores asían por los tobillos a los niños hebreos y los desgarraban en dos partes, como una pieza de tela, entre las locas carcajadas de la muchedumbre. Las turbas intentaban entrar a viva fuerza en las viviendas rodeadas de guardias donde había prisioneros de importancia, que había dejado con vida sólo la esperanza de obtener por ellos un rico rescate. Los piquetes de zaporogos y tártaros las rechazaban golpeando los cráneos de los agresores con los mangos de las lanzas, con los arcos y con vergajos. Cuando tal escena tuvo lugar ante la casa que ocupaba Skretuski, Zacar mandó que se castigase sin misericordia a la turbamulta, tarea que los cosacos de Mirgorod llevaron a cabo con deleite, pues, aunque los llaneros aceptaban la cooperación del populacho en tiempos de rebelión, despreciaban a éste muchísimo más que a los nobles. Por algo se jactaban de ser ellos los «cosacos nobles y bien nacidos.» El mismo Kmielnizki regaló más tarde, varias veces, numerosos campesinos a los tártaros, los cuales los empujaban ante sí como rebaños hasta Crimea, donde los vendían para Turquía y Asia Menor.

La multitud que cometía estas tropelías en la plaza llegó a tal grado de ciego furor, que los asesinos acabaron por degollarse unos a otros. Al declinar el día, pegaron fuego a todo un lado de la plaza, a la iglesia, a la casa parroquial. Por fortuna, el viento soplaba de la parte de la estepa y no favorecía el incendio. El fulgor de éste iluminó la plaza con tanta claridad como los mismos rayos del sol. El calor se hizo insoportable.

Oíase, a lo lejos, el formidable ruido del cañón, indicio evidente de que la batalla de Kruta Belka iba empeñándose.

—¡Allí se verán apurados los nuestros!—murmuraba el viejo Zacar.—Los hetmanes no se andan con chiquitas... ¡El señor Potozki padre es un soldado ejemplar!..

Y añadía, señalando al gentío que se solazaba en la plaza.

—¡Bah!, ahora se divierten; pero si resultase vencido Kmielnizki, de igual modo se divertirían sobre su cadáver...

En aquel instante oyóse galopar de caballos, y unos cincuenta jinetes, las cabalgaduras cubiertas de espuma, in-

vadieron la plaza. Sus rostros negros del humo de la pólvora, el desorden de sus trajes y sus cabezas vendadas con telas tintas en sangre, denotaban que venían de la batalla.

—¡Buena gente! ¡Sálvese quien crea en Dios! ¡Los lajes vencen a los nuestros!—gritaban con voz desgarradora.

Siguieron un tumulto y una confusión general. La muchedumbre se agitó cual las olas impulsadas por el viento. De repente un pánico furibundo se apoderó de todos. Querían dispersarse, pero no sabían por dónde, pues los carros obstruían las calles y una parte de la plaza del mercado era pasto de las llamas. La multitud se empujaba, vociferaba, se golpeaba, pidiendo, entre aullidos, misericordia, a pesar de que el enemigo estaba aún lejos.

La noticia le causó a Skretuski frenética alegría: corría enloquecido por la habitación, golpeándose el pecho con toda su fuerza y gritando:

—¡Demasiado lo sabía yo! ¡Sí, sí, por mi alma y por mi salvación que lo sabía!.. ¡Han tenido que habérselas con los hetmanes... con toda la república! ¡Llegó la hora del escarmiento!.. Pero... ¿qué es eso?

Oyéronse de nuevo pisadas de caballos, y llegaron a la plaza del mercado algunos centenares de jinetes, todos tártaros, que, a todo galope, corrían como ciegos... La muchedumbre les interceptaba el paso; pero ellos se lanzaron contra el populacho, golpeándolo, matándolo a sablazos... Luego volvieron sus caballos, volando por el camino que conduce a Circasia.

—Corren como el viento—exclamó Zacar.

Apenas había dicho esto, pasó otro destacamento, y después otros. La fuga parecía general. Los pelotones de guardia en las casas comenzaron también a huir. Zacar se precipitó hacia la puerta para detenerlos.

—¡Alto!—les gritó a sus gentes de Mirgorod.

El humo, el calor, el desorden, el galope de los caballos, los gritos de alarma, los rugidos de la turbamulta, el fulgor de las llamas fundiéronse en una escena endemoniada que Juan veía desarrollarse, de pie ante la ventana.

—¡Qué desastre debe de haber habido allí! ¡Qué desastre sin nombre!—decía a Zacar, sin pensar que el cosaco no podía compartir su júbilo.

Volvieron a pasar, como exhalaciones, más fugitivos.

El estampido de los cañones hacía temblar en sus cimientos las casas de Korsun.

De repente se oyó una voz desgarradora, bajo las mismas ventanas, que vociferaba:

—¡Sálvese el que pueda! ¡Han matado a Kmielnizki! ¡Han matado a Krechovski y a Tugay-Bey!

En la plaza parecía haber llegado el fin del mundo y la gente se lanzaba alocada entre las llamas.

Juan se postró de hinojos, alzando los brazos al cielo y exclamando:

—¡Dios todopoderoso! ¡Dios grande y justo! ¡Gloria a Vos en las alturas!

—¡Ven! ¡Ven, muchacho!—exclamó Zacar jadeante.— Muéstrate a la gente, promete gracia a mis cosacos de Mirgorod que quieren huir. ¡Si huyen, seremos asaltados por la turbamulta!

Skretuski salió a la plaza. Los cosacos de Mirgorod iban y venían, inquietos, por frente a las ventanas, dando visibles muestras de querer abandonar sus puestos y lanzarse por el camino que conduce a Circasia. El miedo les dominaba a todos. A cada momento llegaban nuevos grupos de los ejércitos derrotados, como bandadas de aves, de la parte de Kruta-Belka. Huían aldeanos, tártaros, cosacos de guardia, zaporogos, en revuelta confusión. Y no obstante, el grueso del ejército de Kmielnizki debía continuar la resistencia, la guerra no debía de estar todavía decidida, ya que los cañones seguían retumbando con redoblada fuerza.

Juan se volvió a los cosacos de Mirgorod.

—Ya que habéis guardado con fidelidad y respeto mi persona—dijo con altivez,—no tenéis necesidad de buscar la salvación en la fuga, porque yo os prometo conseguir el perdón y el afecto del hetmán.

Todos los cosacos de Mirgorod se descubrieron. Juan, las manos apoyadas en las caderas, los miraba con altivez. La plaza iba quedándose desierta. ¡Qué cambio de la suerte! El, Juan Skretuski, cautivo hasta momentos antes, a quien el ejército cosaco conducía en sus furgones, hallábase ahora en medio de los orgullosos cosacos, como un amo ante sus siervos, como un señor rodeado de villanos, como un húsar

del regimiento de coraceros entre sus mozos de campamento.

El cautivo les prometía protección y ellos se descubrían en su presencia, y humildemente clamaban en ese tono sombrío y prolongado que denota terror y sumisión:

—¡Señor, apiádate de nosotros!

—Se hará lo que os digo—contestó Skretuski.

Estaba seguro de su favorable intervención cerca del hetmán, ya que era su amigo y había llevado varias veces sus cartas al príncipe Jeremías y sabía conquistar su benevolencia. La satisfacción, el contento, pintábanse en su rostro iluminado por el brillo del incendio.

—¡Oh! ¡La guerra ha terminado!.. ¡La avalancha enemiga está detenida al umbral de la república!—pensó.—Razón tenía Charnezki: indomable es la fuerza de la república, su poder y energía...

El orgullo le dilataba su pecho; no el bajo orgullo engendrado por la venganza que se cree satisfecha por la humillación del enemigo; ni tampoco la mera alegría de haber recobrado la tan ansiada libertad, ni la vanidad de que la gente se descubriera ante él; sino la satisfacción de saberse hijo de la república vencedora, todopoderosa, contra cuyas puertas se estrellarían y romperían toda la furia, todos los ataques, todos los golpes de destino, como el poder infernal contra las puertas del cielo. Sentíase orgulloso, como hidalgo patriota que había sabido permanecer firme en las dudas, sin que su fe se quebrantase. Ya no deseaba venganza alguna, antes bien pensaba:

—La república ha castigado como una reina y sabrá perdonar como una madre.

El retumbar de los cañones se había transformado en un estruendo incesante.

En las calles, ya del todo desiertas, oyóse de nuevo el choque de los cascos de los caballos. A la plaza llegaba con la rapidez del rayo un cosaco, sobre un caballo sin silla, sin gorra, con el rostro cruzado por un sablazo y chorreando sangre. El cosaco paró el caballo, y extendiendo los brazos en cruz, exclamó, luego de recobrar el aliento:

—¡Kmielnizki vence a los lajes! ¡Vencidos están los ilus-

tres y magníficos señores hetmanes, los coroneles, los caballeros y guerreros!

Dicho esto, estremeci6se y se desplom6 del caballo.

Los de Mirgorod acudieron en su auxilio.

Por el rostro de Juan cruz6 un soplo de fuego y hielo.

—¿Qué dice?—pregunt6 con voz de fiebre a Zacar.—¿Qué ha sucedido? Eso no es posible. ¡No! ¡Vive Dios! ¡No es posible!

Rein6 un profundo silencio.

S6lo se oía, en el extremo opuesto del mercado, el crepitar de las llamas, brotando haces de chispas, y el ruidoso derrumbamiento de alg6n edificio devorado por las llamas.

Y llegaban nuevos correos gritando:

—¡Los lajes han sido vencidos!

Seguíaes un destacamento de tártaros. Caminaban lentamente, porque llevaban un convoy de infantes, evidentemente prisioneros.

Skretuski no podía dar crédito a sus ojos. Acababa de reconocer el color del uniforme de los húsares del gran hetmán. Con voz extraña, como si no fuera la suya, retorciéndose las manos, repetía obstinadamente:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Seguían retumbando todavía los cañones. La batalla continuaba. Por todas las calles afluían en tropel tártaros y zaporogos, negros, jadeantes, pero ebrios de alegría y entonando canciones.

Así vuelven del campo de batalla los soldados victoriosos.

Juan se puso lívido como un cadáver.

—¡Eso es imposible!—exclamaba con voz cada vez más ronca.—¡Es imposible! La república...

Algo llamó de nuevo su atención. Llegaban los cosacos de Krechovski, con verdaderos haces de banderas... Al llegar al centro de la plaza las arrojaban al suelo.

—¡Oh desgracia! ¡Son las banderas polacas!

Va cesando el cañoneo. Se oye a lo lejos el rodar de muchos carros que se acercan. Les precede una elevada telega cosaca y escoltan su larga fila cosacos del regimiento de Paskov, a quienes conoce el teniente por las gorras amarillas. Pasan por enfrente de la casa de Juan, guardada

por los cosacos de Mirgorod. Y el teniente, poniéndose una mano sobre los ojos a modo de visera, para preservarlos de los cegadores fulgores del incendio, fija su mirada en los prisioneros que ocupan el primer carro.

De pronto retrocede, agita los brazos como un hombre herido por un dardo en el pecho, y sus labios exhalan un grito terrible, sobrehumano:

—¡Jesús, María! ¡Los hetmanes!

Y cae en brazos de Zacar. Se le velan los ojos y se le hielan las facciones, tornándose rígidas como las de un cadáver.

Momentos después tres jinetes entran en la plaza de Korsun, al frente de innumerables regimientos.

El del centro, vestido de púrpura, caballero en blanco alazán, con la dorada bulava en la cadera, avanza con arrogante mirada de un rey: Bogdan Kmielnizki.

A su lado vienen Krechovski y Tugay-Bey.

La república yace a los pies del cosaco, entre sangre y polvo.



## CAPÍTULO XVI

Pasaron algunos días... Diríase que sobre la república se había derrumbado la bóveda celeste. Las Aguas Amarillas, Korsun, la derrota de los ejércitos reales, que hasta entonces habían sofocado toda sublevación de los cosacos; los hetmanes prisioneros; la Ucrania entera en un formidable incendio; las inauditas matanzas que manchaban la historia..., todo aquello había acontecido con tan inesperada rapidez, que nadie podía ni creer que tantas calamidades pudieran acosar a un solo país. Unos no lo creían realmente, otros estaban medio embrutecidos de terror, muchos se volvían locos. Había quienes profetizaban la llegada del Anticristo y la proximidad del Juicio final. Todos los vínculos sociales se habían roto, todas las relaciones humanas y familiares habían quedado destrozadas. Habíase acabado toda autoridad, se habían originado disidencias entre unos y otros. El averno había desencadenado todas las furias, lanzándolas al mundo para que en él se divirtieran. Asesinatos, robos, felonías, brutalidades, salvajismos, violencias, latrocinios y toda suerte de horrores habían sucedido al trabajo, la cortesía, la fe y la conciencia. Parecía que de allí en adelante el objeto de la Humanidad no era ya el bien, sino solamente el mal, que había transformado los corazones y las ideas, considerándose como santo lo que antes era vil, y vil lo que antes era santo.

El sol, velado por el humo de los incendios, no alumbraba ya la tierra. Durante las noches, al resplandor del fuego, la luna y las estrellas palidecían. Ciudades, aldeas, iglesias, cortijos, bosques, todo era pasto de las llamas. Los hombres ya no hablaban; gemían o aullaban como perros. Nadie le daba ya valor a la vida. Los seres humanos parecían a millares, abandonados y olvidados, sin dejar recuerdo alguno. Y del seno de tantas calamidades ase-

sinatos, rugidos, humos e incendios, alzábase aislado un solo hombre, cada día más alto, creciendo cual un formidable gigante, casi obscureciendo ya la luz del día, proyectando su sombra a través de los mares.

Ese hombre era Bogdan Kmielnizki,

Doscientos mil hombres armados, ebrios por sus victorias, le obedecían ahora a la menor señal. Las masas se sublevaban por doquiera, los cosacos regulares fraternizaban con ellas en todas las ciudades. Todo el país, desde el Pripet hasta los confines de la estepa, estaba ardiendo. La insurrección se extendía a los *vaivodatos* de Rutenia, Podolia, Volinia, Braslav, Kiev y Chernigov. El poderío de Kmielnizki crecía de día en día. Nunca había tenido en pie la república la mitad del ejército de que ahora disponía él, ni aun contra el enemigo más formidable. Ni el emperador de Alemania disponía de otro igual. La tempestad sobrepujaba a toda previsión.

El hetmán mismo no se daba cuenta, al principio, de su propio poder, no acertando a comprender cómo había podido llegar a tal encumbramiento. Hablaba aún de la fidelidad que debía a la república, del derecho y de la justicia, porque no sabía que aquellas palabras eran ya sólo formas huecas que podía pisotear impunemente. Sin embargo, a medida que iban aumentándose sus fuerzas, alzábase en él, también, aquel egoísmo desmesurado y espontáneo que no tiene rival en toda la historia. Las ideas del bien y del mal, de virtud, crimen, violencia y justicia, confundíanse en el alma de Kmielnizki con las ideas de su supuesto agravio personal o de su propio bien. Para él era bueno todo el que seguía su causa, malo el que se oponía a ella.

Hubiera sido capaz de blasfemar hasta contra el sol si no hubiera brillado a la hora que a él le convenía, considerándolo una ofensa. La humanidad, los acontecimientos, el mundo entero, los medía por su propio rasero. Pero, a pesar de toda la astucia y de toda la hipocresía del hetmán, había en su modo de ver las cosas cierta fe en lo bueno, aunque extraña y monstruosa. Desde este punto de vista podían explicarse no sólo las locas extravagancias, sino también las buenas acciones del caudillo cosaco. Aunque nunca se sabía el límite de su brutalidad y perversidad con-

tra el enemigo, no dejaba, en cambio, de agradecer todo servicio, aun en el caso de que se le prestase por carambola.

Sólo cuando estaba embriagado olvidaba también los beneficios recibidos, y rugiendo como una bestia enfurecida, echando espuma por la boca, daba órdenes sangrientas, de las cuales después se arrepentía. Cuanto más le sonreía la fortuna, más se entregaba a la bebida, ya que su inquietud se aumentaba con sus crecientes éxitos. Parecía que los triunfos le habían lanzado a tal altura, que él mismo temía subir más; su poder, espantoso para todos, no dejaba de asustarle a él mismo. El torrente gigantesco de la rebelión, que le había arrastrado con vertiginosa y despiadada rapidez, no sabía adónde le llevaría, y no las tenía todas consigo respecto al final de todo aquello.

Después de haber levantado el estandarte rebelde, con el lema de vengar sus propios entuertos, aquel cosaco, diplomático a ratos, suponía que, tras sus primeros triunfos o sus primeros reveses, le sería fácil entrar en negociaciones y que le ofrecerían el perdón, la satisfacción y tal vez hasta una compensación por las supuestas injurias y daños. Conocía de sobra la república, su paciencia inagotable como las olas del mar, su misericordia sin límites, que no era toda debilidad. ¿No se la había visto ofrecer el perdón a Nalevaiko, cercado por todas partes, reducido al último trance? Pero ahora, después de las victorias por él obtenidas en Aguas Amarillas, de la derrota de los hetmanes, después de haberse levantado la guerra civil en todos los vaivodatos del Sur, los cosacos habían adelantado ya demasiado, los acontecimientos habían tomado ya proporciones inesperadas y en adelante la lucha se desencadenaría irremisible, implacable.

¿Por qué bando se decidiría la victoria?

Kmielnizki consultaba a los adivinos, interrogaba a los astros, escudriñaba con sus propios ojos lo porvenir... Pero sólo una impenetrable obscuridad se alzaba ante él.

Una inquietud horrible le ponía a menudo los cabellos de punta, y en su pecho levantábase horripilante como un huracán la desesperación. ¿Qué sucedería?

Más perspicaz que cuantos le rodeaban, percatábase en seguida de que si la república no sabía emplear su fuerza

ni tampoco la conocía, esta fuerza era inmensa y nadie resistiría al hombre capaz de concentrarla en sus manos.

¿Se sabía acaso si la siniestra gravedad del peligro, la proximidad de una hecatombe y de la catástrofe final, impondrían silencio a las disidencias, a las discordias interiores, a las rivalidades de los grandes, al egoísmo, a los libertinajes, a las charlas estériles de la Dieta, y a los excesos de los nobles, y acabarían con la impotencia del rey? Entonces se levantarían quinientos mil guerreros, todos nobles, para aplastarle a él, a Kmielnizki, y no le salvarían ni el kan de Crimea ni el mismo sultán de Turquía.

Este poder dormido de la república no le era desconocido a Kmielnizki, ni tampoco al difunto rey Vladislao, quien había dedicado toda su vida a la preparación de una guerra de exterminio contra el más poderoso de los soberanos terrestres, ya que esa era la única manera de hacer resucitar aquel poder entumecido. Convencido de la exactitud de sus cálculos, el rey no hubiera vacilado en hacer estallar la pólvora de la sedición cosaca. Era la voluntad del destino provocar aquel diluvio en que los cosacos debían ahogarse sin piedad.

Kmielnizki comprendía, además, lo horrible que era, a pesar de su aparente debilidad, la resistencia de la república.

Contra aquel país desordenado, desequilibrado, medio desgarrado, lleno de libertinaje, falto de toda disciplina, estrellábanse estériles las olas turcas, las más horribles de todas, como contra un inmenso peñasco... Así había ocurrido bajo las murallas de Jócim, lo que él mismo había presenciado con sus propios ojos... La república, a pesar de su aparente impotencia, no cesaba de erguir sus banderas en las murallas de nuevas capitales conquistadas en el extranjero. ¿Qué valía, pues, toda victoria sobre ella? ¿Qué es lo que no conseguiría cuando llegase a la desesperación, cuando tuviera que elegir entre la victoria o la muerte?

Cada triunfo de Kmielnizki constituía, pues, un nuevo peligro para él mismo, ya que apresuraba el despertar del león dormido e imposibilitaba más toda negociación. Cada victoria suya llevaba el germen de una futura derrota: en el fondo de todo vaso de néctar embriagador había para él

heces amargas... Contra la fuerza cosaca rodaría pronto en torbellino toda la fuerza de la república. Parecía oír a Kmielnizki, a lo lejos, su sordo tronar.

No cabía la menor duda que de la Magna Polonia, de Lituania, de las provincias de Prusia y de la populosa Masovia, acudiría una numerosa muchedumbre guerrera. ¡Sólo le faltaba el jefe!

Kmielnizki había hecho prisioneros a los hetmanes, pero esto era una dicha en la que había no poco de ironía del destino, pues los hetmanes, en efecto, eran guerreros afamados, pero ninguno de ellos era el jefe cuya autoridad pudiera imponerse en aquellos momentos de terror, asombro y desastre.

Aquel jefe podía serlo un solo hombre. Su nombre era el príncipe Jeremías Visnoviezki.

Y precisamente porque los hetmanes acababan de ser reducidos a la esclavitud, no cabía duda alguna de su elección. Kmielnizki lo veía claramente, igual que todos sus contemporáneos. A Korsun, donde Kmielnizki se había detenido para dar reposo a sus tropas después de la batalla, llegábanle noticias del Trans-Dniéper de que el temido príncipe había salido ya de Lubnie y que avanzaba ahogando sin piedad la rebelión. A su paso desaparecían pueblos, aldeas, granjas y ciudades, y alzábanse selvas enteras de horcas y palos ensangrentados. El terror que sembraba multiplicaba sus fuerzas. Decíase que llevaba a sus órdenes quince mil hombres elegidos entre los mejores soldados de la república.

En el campamento cosaco esperaban a cada momento verle aparecer. Desde poco después de la batalla de Kruta-Belka, los gritos de «¡viene Jarema!, ¡Jarema llega!» que lanzaban los cosacos, bastaban para perturbar al populacho que huía a la desbandada. Esto impresionaba profundamente a Kmielnizki.

El hetmán hallábase ahora ante la siguiente alternativa: o marchar, con todo su ejército, al encuentro del príncipe y alcanzarle en el Trans-Dniéper, o bien penetrar en el mismo corazón de la república, dejando parte de sus fuerzas para la conquista de las ciudades de Ucrania.

Una expedición guerrera contra el príncipe parecía

peligrosa. Teniendo que habérselas con un caudillo tan famoso, Kmielnizki, a pesar de toda su superioridad numérica, podía ser derrotado en una batalla campal, y en tal caso todo se perdía de un golpe. Aquella multitud, que constituía la inmensa mayoría de sus contingentes, había demostrado que el solo nombre de Jeremías bastaba para ponerla en fuga. Se necesitaba mucho tiempo para transformarla en tropa homogénea, capaz de resistir a los regimientos del príncipe.

Por otra parte, el príncipe, probablemente, no aceptaría la batalla campal, limitándose a defenderse en fortalezas y en guerrillas, y en tal caso duraría la lucha meses enteros, tal vez años, y mientras tanto tendría tiempo la república de reunir sus nuevas tropas y acudir en auxilio del caudillo.

Por tanto, Kmielnizki decidió dejar a Visnoviezki en el Trans-Dniéper, fortificarse en Ucrania, organizar allí sus fuerzas e invadir luego la república y dictarle la paz. Contaba con que el príncipe necesitaría ocupar por mucho tiempo todas sus fuerzas en sofocar la revolución sólo en las riberas del Dniéper, y así tendría él el campo libre. Además, intentaba fomentar la rebelión del Trans-Dniéper, mandando allá regimientos sueltos para ayudar a las turbas rebeldes.

Finalmente, creía que podría engañar al príncipe con falsas promesas y que el príncipe contemplanaría e iría desmenuzando sus tropas. Tramando estos planes, Kmielnizki se acordó de Skretuski y le hizo comparecer ante él, pocos días después de la batalla de Kruta-Belka, cuando el pánico dominaba al populacho.

Recibióle en la casa del Consejo, teniendo a su lado sólo a Krechovski, a quien Skretuski conocía desde mucho antes, y le saludó con la afabilidad, no exenta de altivez, que correspondía a su actual rango.

—Señor teniente—le dijo,—en pago del servicio que me prestasteis, he pagado a Tugay-Bey vuestro rescate y os he prometido la libertad. Llegó la hora de cumplir mi promesa. He aquí el bastón de salvoconducto (1), con el cual po-

(1) Bastón de mando de subjefe de regimiento cosaco, que substituía entre los cosacos la hoja de salvoconducto.

dréis atravesar libremente las líneas de nuestras tropas. Además, os daré un cuerpo de guardia para vuestra defensa contra las turbas. Id a uniros con vuestro príncipe.

Juan permanecía en silencio; ninguna sonrisa de satisfacción le animaba el rostro.

—¿Podréis ponerlos en camino? Veo que la enfermedad os ha abatido mucho.

En efecto, Skretuski parecía un espectro. Las heridas y las desazones habían derrumbado a aquel gallardo gigante, cuya vida diríase que no había de prolongarse ni hasta la mañana siguiente. Acentuaba el lamentable aspecto de su pálido rostro, en el que se pintaba la desesperación, su barba negra y muy crecida. Arrastrado por el campamento cosaco, había sido testigo ocular de todo lo ocurrido después de su salida de Sich. Había presenciado la afrenta y la derrota de la república, el aprisionamiento de los hetmanes, los triunfos cosacos; había visto pirámides enteras de cabezas de soldados; había visto colgar a los nobles por las costillas, cortar los pechos a las mujeres, profanar a las vírgenes; había visto el valor desesperado y también el miedo vil y cobarde; todo lo había visto, todo lo había padecido, y seguía sufriendo ahora tanto más cuanto que su cabeza y su corazón estaban abrasados por la idea de que él era uno de los responsables de tantas y tamañas calamidades, pues nadie sino él había librado de la soga a Kmielnizki.

Pero ¿podía prever él que el cumplimiento de su deber de caballero cristiano, que el socorro del prójimo, había de tener tan funestas consecuencias? Sus sufrimientos eran terribles.

Se preguntaba qué le habría ocurrido a Elena, y al pensar en lo que podía haberle ocurrido si la mala suerte la había detenido en Razlogi, alzaba sus manos hacia el cielo, clamando con una voz en que vibraban hondísima desesperación y loca amenaza:

—¡Dios mío! ¡Llámame a tu seno, ya que me acosas en este mundo más de lo que me merezco!

Luego percatábase de que deliraba, caía de rodillas y pedía al Señor el perdón, la salvación y la piedad para la patria y para aquella paloma cándida, que quizás en vano había reclamado la ayuda de Dios y de su ser querido.

En una palabra, había sufrido tanto, que no le producía gozo alguno su vuelta a la libertad, y aquel atamán de los zaporogos, aquel triunfador que quería aparecer magnánimo probándole su afecto, no le causaba ni la más mínima impresión. Kmielnizki notó su desdén, frunció el ceño y dijo:

—Aprovechad sin demora mi gracia, para que no cambie de parecer, ya que sólo mi bondad y mi fe en la justicia de mi causa me inducen a cometer la imprudencia de armar un brazo enemigo; pues de sobra sé que no cesaréis de combatirme.

—Mientras el Señor me conceda fuerzas—respondió Juan.

Y su mirada penetró hasta el fondo del alma del cosaco. Kmielnizki, no pudiendo sostener la majestad de aquella mirada, clavó los ojos en el suelo y dijo después de un buen rato:

—¡Poco importa! Soy lo bastante poderoso para no tener que preocuparme de un moribundo. Decid al príncipe vuestro señor lo que habéis visto entre nosotros; decididle a no mostrar tanta arrogancia, porque, si apura mi longanimidad, iré a encontrarle en el Trans-Dniéper, donde dudo mucho que le agrade mi visita.

Skretuski callaba.

—He dicho y repito — prosiguió — que no hago la guerra a la república; se la hago a los señores, en primer lugar al príncipe. El príncipe es mi enemigo, el azote del pueblo ucraniano, es un apóstata despegado de la Iglesia ortodoxa, un tirano... Me he enterado de que sofoca la rebelión en torrentes de sangre... ¡Que ande con cuidado, no sea que se derrame la suya!...

Se exaltaba al hablar, el rostro se le teñía de púrpura, los ojos le brillaban febriles. Se hallaba en una de esas crisis de ira y rabia en que la memoria se pierde y la razón se ofusca por completo.

—¡Mandaré a Krivonos que me lo traiga a rastras con una cuerda al cuello!... — gritaba. — ¡Lo pisotearé! ¡Montaré a horcajadas en sus espaldas!

Juan miraba altivamente al furibundo atamán.

—Primero hace falta vencerle—dijo imperturbable.

—¡Noble atamán!—intervino Krechovski.—Dejad que se



vaya cuanto antes este insolente hidalgo; no cuadra con vuestra dignidad que os encolericéis con él. En vista de que le habéis prometido la libertad, cuenta él con que no faltará a vuestra palabra y tendréis que soportar sus ultrajes.

Kmielnizki se calmó unos momentos...; respiraba penosamente. Al fin dijo:

—¡Váyase, pues! ¡Y que sepa también que el hetmán de los zaporogos devuelve el bien por el mal! Que le den el salvoconducto, como he dicho, y que le escolten cuarenta tártaros y le conduzcan hasta el mismo campamento.

Dicho esto, se volvió a Juan y añadió:

—Ahora acordaos de que estamos en paz. Os he tomado cariño, a pesar de vuestras insolencias; pero, si volvéis a caer en mis manos, no habrá salvación para vos.

Krechovski acompañó al teniente.

—Ya que el hetmán os deja marchar sano y salvo—le dijo—y ya que todos los caminos os quedan libres, os aconsejo, como antiguo conocido, que no os detengáis hasta Varsovia. Huid del Dniéper, que será fatal para todos vosotros. Vuestros tiempos han pasado. Si comprendierais la situación, os pasaríais a nuestra causa, pero sé que es hablar en vano... Como nosotros, subiríais muy alto.

—Hasta la horca—refunfuñó Juan.

—Me han negado la estarostía de Litina, y ahora por una les quitaré diez... Cazaremos en sus nidos a todos esos magníficos señores, a los Koniezpolski, los Kalinovski, los Potozki, los Lubomirski, los Visnoviezki, los Zaslavski; exterminaremos a toda la nobleza y nos repartiremos sus propiedades. Dios lo quiere: en prenda, nos ha dado ya dos victorias importantísimas.

Juan, sin cuidarse de las charlas del coronel, les daba otro rumbo a sus pensamientos... Krechovski continuó:

—Cuando después de la batalla, que era nuestra victoria, vi atado de pies y manos en la tienda de Tugay-Bey a mi ilustre bienhechor, Su Alteza el atamán de la Corona, este magnánimo señor se dignó llamarme ingrato y Judas... Yo le contesté: «¡Alteza!, no soy ingrato yo, porque cuando ya esté instalado en tus castillos y bienes como dueño, te haré mi estaroste, con tal que me prometas no emborcharte...» ¡Oh, oh!... Tugay-Bey va a deleitarse con los pá-

jaros que ha cogido... Sólo por eso los guardamos vivos...; si no fuera por eso, otro trato les daríamos Kmielnizki y yo... Pero mirad, ya está enganchado vuestro carro y los tártaros en orden. ¿Hasta dónde queréis que os escolten?

—Hasta Chegrin.

—Tal como se hace la cama se duerme... Los tártaros os escoltarán, aunque sea hasta Lubnie; esa es la orden que han recibido... Procurad conseguir tan sólo que vuestro príncipe no los empale, lo que haría seguramente si se tratase de cosacos. Por eso os han dado una escolta tártara. El hetmán ha mandado también que se os devuelva vuestro caballo... Que sigáis bien, que os acordéis de nosotros, y saludad al príncipe de parte de nuestro atamán. Si podéis, aconsejadle que venga en persona a visitar a Kmielnizki en acto de sumisión... Quizá entonces halle gracia a sus ojos... ¡Adiós!

Skretuski subió al carro, que fué rodeado al punto por los tártaros, y pusiéronse en camino. Trabajo les costó abrirse paso en la plaza del mercado, en la que se agrupaba gran gentío de zaporogos y de hombres del pueblo armados. Todos estaban preparándose las gachas. Todos cantaban ya los poemas de las dos victorias, improvisados por los rapsodas ciegos y por los tocadores de lira, que afluían por todas partes al campamento. Entre las hogueras donde hervían las marmitas yacían aquí y allá cadáveres de mujeres atropelladas durante la orgía nocturna y se alzaban pirámides de cabezas cortadas, después de la batalla, a los muertos y heridos. Aquellos cadáveres y aquellas cabezas, ya en estado de descomposición, exhalaban un hedor que no parecía molestar gran cosa a la turba allí reunida. La ciudad mostraba vestigios de las devastaciones y del brutal libertinaje de los zaporogos: ventanas y puertas estaban fracturadas, y toda la plaza sembrada de trozos de innumerables objetos destrozados, mezclados con paja y plumón. De los aleros de los tejados pendían cadáveres de ahorcados, la mayoría judíos, y la turba se entretenía aquí y allá en balancearse asida a los pies de las víctimas.

A un lado de la plaza veíanse los negros escombros de las casas quemadas y de la iglesia parroquial. Las ruínas

humeantes exhalaban todavía un calor insoportable. El olor a quemado impregnaba la atmósfera.

Pasadas aquellas ruinas de incendios, se extendía el campamento tártaro, junto al que tenía que pasar Skretuski. Había allí masas enteras de prisioneros y vigilaban el botín densas patrullas tártaras. Todos los habitantes de las comarcas de Chegrin, Circasia y Korsun, que no habían conseguido salvarse de la fuga o no habían sucumbido bajo las hachas de la turbamulta, estaban encadenados allí. Entre los cautivos había soldados hechos prisioneros en ambas batallas; habitantes de los alrededores que hasta entonces no habían podido o querido hacer causa común con los rebeldes; propietarios de rancia nobleza con su servidumbre, estarostes, funcionarios particulares, hacendados ucranianos, hidalgüelos, hombres, mujeres, niños... No había ancianos, porque los tártaros los habían asesinado, como carne sin valor en los mercados turcos. Empujaban ante sí pueblos enteros y colonias rústicas de la Ucrania, sin que Kmielnizki osara oponerse a ello... En muchos sitios los hombres habían empuñado las armas a la voz del hetmán, y en recompensa los tártaros les habían quitado sus mujeres y sus niños y les habían quemado las cabañas. ¿Quién se hubiera extrañado o recordado a alguien en medio de aquella desenfrenada confusión, de aquel salvajismo espiritual? La turbamulta que engrosaba las filas de la rebelión renunciaba a sus pueblos natales, a sus hogares. Si les quitaban las mujeres, ellos se las quitaban a los otros. Las más apreciadas eran las «lajitas,» a las que, después de gozarlas en las orgías, asesinaban sus raptos, si no se las compraban los tártaros de la horda.

Atadas en grupos de tres o cuatro, no faltaban las bellas mocitas de Ucrania, arrastradas con las vírgenes patricias: la esclavitud y la mala suerte nivelaban las jerarquías. La visión de estos seres desgarraba el alma y clamaba venganza. Haraposas, medio desnudas, expuestas a las groseras burlas de los malvados, recorrían en curiosos grupos la explanada, ya recibiendo empellones y golpes, ya besos de bocas nauseabundas, casi perdidos el sentido y la voluntad. Algunas sollozaban o gemían; otras, con los ojos entornados y la boca abierta o con la expresión de la locura en el ros-

tro, se sometían indiferentes a todo. Oíanse por todas partes gritos horribles de cautivos asesinados sin piedad, en castigo a su desesperada resistencia. El ruidoso chasquido de los zurriagos, de cuero de buey, crujía sobre las espaldas de los prisioneros; los gritos de dolor y los gemidos de los niños se mezclaban con los mugidos del ganado, con los relinchos de los caballos. El botín no había sido aún ordenado ni repartido. Todo era confusión. Carros, caballos, ganado vacuno, camellos, carneros, mujeres, hombres, montones de vestidos robados, utensilios, alfombras, armas; todo aquello, dispuesto en un montón inmenso, esperaba el arreglo y reparto final. De cuando en cuando los corredores echaban ante ellos nuevos rebaños de hombres y animales; barcazas cargadas de despojos llegaban por el río Ros, y del campamento principal venían continuamente nuevos curiosos a deleitarse en la contemplación de todas aquellas riquezas reunidas. Algunos, hartos de kumys (1) o borrachos de aguardiente, vestidos con trajes fantásticos, cubiertos con ornamentos, casullas, túnicas rusas y hasta sayas de mujeres, se enzarzaban en disputas y riñas y armaban gran alboroto, como en una feria, para adjudicarse cada uno la mejor parte. Los boyeros tártaros, acurrucados en medio del ganado, se divertían, arrancando unos de sus pífanos ruidos infernales, otros jugando a los dados, otros apaleándose. Bandas de perros que habían acudido, arrastrándose, en busca de sus dueños, ladraban y aullaban lastimosamente.

Al fin Juan se dejó atrás aquel averno humano, lleno de gemidos, llantos, desgracias y gritos infernales. Por fin iba a respirar a pleno pulmón. Mas he aquí que detrás del parque enemigo le esperaba otro espectáculo horripilante. A lo lejos bullía el campamento tártaro, en el que resonaba incesante relincho de caballos, entre los cuales pululaban millares de gentes. Más acá, a ambos lados de la carretera que conducía a Circasia, guerreros jóvenes se ejercitaban en el arco. Servíanles de blanco prisioneros desfallecidos o enfermos, que no hubieran podido resistir las fatigas del largo viaje hasta Crimea... Yacían ya a lo largo del ca-

(1) Bebida refrescante hecha con leche de yegua. (N. del T.)

mino docenas de víctimas acribilladas a flechazos, algunas de ellas retorciéndose todavía entre las últimas convulsiones; los desgraciados sobre quienes seguían disparando, no pocos de ellos hombres y mujeres ancianos, pendían, atados por las muñecas, de los árboles de la carretera. Risas de aprobación y gritos desenfrenados acompañaban a cada flechazo certero.

—¡Cómo corre la flecha!

—¡Bravo, muchachos!

—¡Cómo lo ha clavado!

—¡El arco está en buenas manos!

Alrededor del campamento principal tenían lugar hecatombes de ganado y de caballos, al punto despedazados en raciones. El suelo estaba empapado en sangre. Los repugnantes olores de la carne cruda dificultaban la respiración. Entre los montones de carne circulaban carniceros tártaros, con el cuchillo ensangrentado en la mano. El día era bochornoso, el sol brillaba abrasador. Tras una hora escasa de camino Juan y su séquito halláronse en plena campiña; pero de lejos llegó aún hasta ellos, durante mucho tiempo, el rumor ensordecedor del campamento principal y el terrible mugido del ganado. Aquellas hordas salvajes habían dejado visibles huellas de su paso. En varios sitios se veían las viviendas quemadas, las chimeneas erectas entre los escombros de las casas de campo, las mieses tronchadas por los cascos de los caballos, árboles destrozados, huertos enteros de cerezos talados para nutrir las hogueras. En la carretera se topaban a cada paso con carroñas de caballos, con cuerpos humanos horriblemente mutilados, lívidos, hinchados, entre bandadas de cornejas y cuervos posados alrededor o volando por encima de los cadáveres. Las siniestras aves huían, con gritos ensordecedores y ruidoso aleteo, al llegar los viajeros.

Por todas partes hería la vista el horror de la sangrienta obra de Kmielnizki, y casi no podía comprenderse contra quién había levantado su brazo, si se tenía en cuenta que, ante todo, su propio país gemía bajo el peso aplastante de la desgracia.

En Mleiov tropezaron con otros destacamentos tártaros que empujaban ante sí nuevos tropeles de prisioneros. El

pueblo de Gorodisce estaba quemado a ras de tierra. Sólo quedaba en pie el macizo campanario de la iglesia, y una encina, en el centro de la plaza, ofrecía sus frutos horribles: docenas de jovencuelos judíos, ahorcados tres días atrás. También habían degollado a numerosos nobles de Konoplanka, Starosielo, Vienzovka, Balaklei y Vodachevo. La ciudadela misma estaba desierta: los hombres alistados bajo las banderas de Kmielnizki; las mujeres, los niños y los ancianos se habían refugiado en los bosques ante el esperado avance de los ejércitos del príncipe Jeremías.

Pasó después Juan Skretuski por Smila, Zobotín y Novosielce, y llegó a Chegrin, sin detenerse en el camino más que lo preciso para el descanso de los caballos.

Al día siguiente, a eso del mediodía, internáronse en la ciudad. Esta no había sufrido los estragos de la guerra. Sólo unas cuantas casas estaban demolidas, entre ellas la de Chaplinski, que había sido arrasada completamente. En el fuerte se hallaba de guarnición el teniente coronel Naokolopalez con un millar de mozos armados; pero él, sus bravos cosacos y toda la población eran presa de un inmenso terror, pues no sólo ellos, sino cuantos iban por el camino, esperaban ver asomar de un momento a otro al príncipe y sus tropas, dispuestos a tomar una venganza sin precedentes, inaudita. No se sabía a ciencia cierta el origen de tales rumores. El terror los había quizás engendrado. En fin, corría de boca en boca que el príncipe descendía ya por el Sula, que se hallaba ya en las proximidades del Dniéper, que acababa de incendiar el pueblo de Vasiutińka, que había exterminado la población de Borysy. La aparición en la carretera de algunos jinetes o un destacamento de infantería bastaba para provocar terrible pánico. Skretuski escuchaba ávidamente aquellas noticias, y se decía que, aun cuando fuesen falsas, pondrían trabas a la propagación de la revuelta en el Trans-Dniéper, ya que las regiones situadas inmediatamente detrás del río estaban ya bajo el brazo férreo del príncipe.

Skretuski trató de obtener de Naokolopalez algunos datos más precisos, pero el teniente coronel, como los demás, nada sabía a punto fijo respecto a la llegada del prin-

cipe. Muy al contrario, él mismo deseaba averiguar algo por conducto de Juan.

Como todos los báidaks, barcas y lanchas estaban amarrados a la orilla del río, los desertores de la orilla opuesta no podían llegar a Chegrin. Sin detenerse más tiempo en Chegrin, dió Juan a sus hombres orden de atravesar el río y de encaminarse sin demora a Razlogi. La certidumbre de saber pronto a qué atenerse sobre la suerte de Elena, y la esperanza de que se hubiera salvado o encontrado refugio, junto a la princesa, en Lubnie, le devolvía fuerzas y salud. Al llegar a la otra orilla dejó el coche, montó a caballo y galopó al frente de su escolta de tártaros, a quienes daba apenas punto de reposo, ya que creyéndole embajador y considerándose sus subordinados, destinados a sus órdenes, no se atrevían a desobedecerle. Corrían como perseguidos, envueltos en los torbellinos de dorado polvo que levantaban los cascos de los corceles. Pasaron granjas, caseríos, aldeas. Por todas partes reinaban soledad y silencio; las viviendas estaban tan despobladas, que tropezaban muy de tarde en tarde con algún ser humano. Sin duda todos se escondían de ellos. Juan mandaba explorar en algunos sitios las huertas, los claros de los bosques, los cobertizos, los tejados de los graneros, sin encontrar alma viviente.

Al fin, más allá de Pogreby, uno de los tártaros divisó, en los cañaverales que orillaban el Kagámlik, una forma humana que trataba de esconderse.

Los jinetes se precipitaron a la orilla, y poco después llevaban a presencia de Skretuski a dos hombres completamente desnudos: uno era un anciano, el otro un esbelto adolescente de unos quince años; los dientes les castañeteaban de espanto y durante buen rato no acertaron a articular palabra.

—¿De dónde sois?—preguntó Skretuski.

—No tenemos hogar, señor—respondió el anciano;—pedimos limosna. Soy tocador de lira; me guía ese niño, que es sordomudo.

—¿Pero de dónde venís ahora? ¿Por qué pueblos habéis pasado? Habla sin temor. No se os hará daño alguno.

—Nosotros íbamos vagando por todos los pueblos, señor,

hasta que cierto día un diablo nos despojó. Teníamos botas buenas, y nos las quitó; llevábamos buenas gorras, y nos las quitó; las hopalandas, regalo de caridad, nos las quitó también; ni siquiera nos dejó mi lira.

—Te pregunto, imbécil, de qué aldea vienes.

—Lo ignoro, señor. Soy un pobre bardo. Ya veis: estamos desnudos y tiritamos por la noche. De día buscamos almas caritativas que puedan vestirnos y saciarnos, pues tenemos hambre.

—Oye, villano, y responde a lo que te pregunto... ¡Si no, te ahorco!

—Nada sé, señor... Si yo supiera... o si yo... o si luego...; dejadme en paz, se acabó.

Era evidente que el viejo, no sabiendo quién era el que le interrogaba, había decidido no contestar a ninguna pregunta.

—¿Has pasado por Razlogi, donde viven los príncipes de Kurcévich?

—No sé dónde está, señor.

—¡Que lo cuelguen!—ordenó Juan a voz en grito.

—¡Sí he pasado, señor!—exclamó el anciano viendo que la cosa se ponía seria.

—¿Qué has visto allí?

—Hemos pasado por aquel pueblo hace cinco o seis días. Luego hemos sabido en Brovarki que los guerreros habían ido por allí antes que nosotros.

—¿Qué guerreros?

—No sé, señor, unos dicen que eran lajes, otros que cosacos.

—¡A caballo!—gritó Skretuski a los tártaros.

El grupo se alejó al galope. El sol declinaba: como aquella tarde en que, después de haber hallado a Elena y a la princesa en su camino, cabalgaba Juan a su lado a la portezuela de la carroza de Rozvan. Como entonces también, Kagámlik parecía inundado de púrpura. El día expiraba soñoliento, todavía más sereno, más templado. Pero aquel día Juan cabalgaba rebotando de dicha al delicioso despertar de un sentimiento nuevo, mientras que ahora galopaba como un condenado, empujado por un siniestro huracán de inquietud y de presentimientos tristes. Una



voz de desesperación le decía en su interior: «Bogun te la ha raptado, no volverás a verla...» Y, al pronto, la voz de la esperanza añadía: «¡El príncipe se acerca, está salvada!» Ambas voces le hostigaban con tanta obstinación que se le desgarraba el corazón en el pecho. Corrían a todo el galopar de sus caballos. Transcurrieron una hora, dos. La luna se elevó, más pálida a medida que se alzaba en el horizonte. Los caballos, blancos de espuma, resoplaban extenuados de fatiga. Como el rayo cruzaron la selva, como el rayo corrieron a la barranca. Una vez pasada ésta, surgiría ante ellos Razlogi. Faltaba un minuto para que se decidiera la suerte del noble guerrero. Con la desenfrenada velocidad de la carrera, el viento zumbaba en sus oídos; se le cayó la gorra; el caballo resoplaba dolorosamente en su máximo esfuerzo.

Todavía un momento. Un salto más, el barranco se queda ya atrás... ¡Ajajá!

De repente un grito sobrehumano, terrible, se le escapa del pecho. Patio, cobertizo, cuadras, graneros, empalizadas, plantíos de cerezos, todo había desaparecido.

La pálida luna iluminaba la colina y en ella se veía un montón de negros escombros, que ya ni exhalaban humo.

El silencio era profundo. Mudo de asombro, con los brazos levantados al cielo, detúvose Juan a dos pasos del foso. Miraba ante sí con gran fijeza, moviendo la cabeza de un modo extraño. Los tártaros detuvieron también sus caballos. Al fin el teniente echó pie a tierra y se encaminó hacia los restos calcinados del puente levadizo; atravesó el foso por una viga y se desplomó sobre una piedra en medio del patio de armas. Luego miró a su alrededor, como hombre que, hallándose por vez primera en algún sitio, hace esfuerzos para orientarse. Había perdido la conciencia de la realidad. Su pecho no exhaló ni un solo gemido... Pasados algunos momentos, apoyó los codos contra las rodillas, inclinó la cabeza y permaneció inmóvil largo espacio. Parecía vencido por el sueño. Y una especie de sueño era el aturdimiento que le anonadaba; por su cerebro cruzaban, en vez de pensamientos, visiones, cuadros borrosos.

Al principio fingióse a Elena tal como la había dejado al despedirse de ella, pero con el rostro como velado por

una niebla que le impedía distinguir sus facciones. Quería disipar aquella vaga nube, mas no podía y se le desgarraba el corazón. Luego desfilaron, rápidos, por su imaginación la plaza del mercado de Chegrin, el viejo Basilio y el rostro de Pan Zagloba con la frente agujereada. Aquellas facciones se le imponían con peculiar insistencia... Pero, por fin, las reemplazó la faz sombría de Grodizki... Luego vió Kúdak, las cataratas, la batalla de Jortiza, Sich, todo el camino recorrido por el ejército cosaco y todos los acontecimientos, hasta el último día, hasta la última hora. Pero se sintió envuelto en tinieblas... Había perdido la noción de las cosas. No obstante, conservaba un vago recuerdo de que se dirigía a Razlogi en busca de Elena, y, habiendo flaqueado, de pronto, sus fuerzas, descansaba en un montón de escombros. En aquel momento hubiera querido levantarse, continuar su viaje, pero una inmensa extenuación parecía clavarle en el sitio, como si balas de cien libras hubieran sido atadas a sus pies.

Permaneció sentado, inmóvil. La noche avanzaba. Los tártaros dispusieron a vivaquear encendiendo un pequeño fuego, asando pedazos de carne de caballo, y, una vez calmada el hambre, tendieron en el suelo.

Al cabo de una hora escasa se levantaron sobresaltados.

Oíase a lo lejos un ruido como de pisadas de numerosos caballos al galope.

Los tártaros ataron, como primera providencia, un trozo de tela blanca al extremo de una pértiga y reavivaron el fuego para que se pudiese ver desde lejos que eran gentes de paz.

Las pisadas, el resoplido de los caballos, el retiñir de los sables fueron acercándose y no tardó en aparecer en la carretera un grupo de jinetes que rodeó, en seguida, a los tártaros.

Entraron en negociaciones. Los tártaros señalaban a su jefe, que continuaba sentado en la piedra del collado, iluminado de lleno. Declararon luego que eran hombres de escolta del enviado, el cual diría a quién representaba.

Entonces acercóse al cerro el jefe del destacamento, con varios hombres; pero apenas hubo reconocido las facciones

de aquel caballero sentado sobre la piedra del altozano, abrió los brazos, exclamando:

—¡Skretuski! ¡Por Dios vivo! ¡Es Skretuski!

Juan no se movía.

—¿No me reconocéis, señor teniente? Soy Byjóviev. ¿Qué os pasa? ¡Decidlo, por favor!

Juan no respondía.

—¡Despertaos, por Dios! ¡Eh! ¡Venid aquí, compañeros!

Era efectivamente Byjóviev, que precedía en vanguardia a todas las fuerzas del príncipe.

Llegaron, entre tanto, otros regimientos... Con la rapidez de un rayo se propagó la noticia de que Juan había sido hallado, y todos se apresuraron a saludar a su querido compañero. El «menudo caballero» Volodiovski, los dos Slesyński, Dzik, Orpisevski, Migurski, Jacobovich, Lenz, varios oficiales y, ante todo, Pan Longinos Podbipienta. Todos corrían, atropellándose, hacia el cerro.

Mas en vano le dirigían la palabra, le llamaban por su nombre; en vano le sacudían por los hombros e intentaban ponerle en pie... Skretuski les miraba con los ojos desmesuradamente abiertos y no conocía a nadie... O, mejor dicho, parecía conocerlos a todos, pero se decía que todos le eran indiferentes.

Los que sabían la historia de sus amores—y casi todos la sabían,—al darse cuenta del lugar en que se encontraban, lo comprendieron todo viendo aquellos montones negruzcos de escombros y cenizas.

—El dolor le ha extraviado el juicio—murmuró uno de ellos.

—La desesperación le enloquece.

—Llévémosle al príncipe... Tal vez al ver al jefe vuelva en sí.

Pan Longinos se retorció las manos. Todos rodeaban a Skretuski mirándole con compasión. Varios se enjugaban las lágrimas con los guantes..., otros suspiraban doloridos. De repente del círculo destacóse una alta sombra oscura; se acercó lentamente a Juan y le impuso las manos en la cabeza.

Era el capellán Mujoviezki.

Todos callaron y se arrodillaron, como en espera de un

milagro. Pero el capellán no hizo ningún milagro, sino que con las manos sobre la cabeza de Skretuski empezó a rezar en voz alta, alzando los ojos al cielo, blanco de luz de luna:

—*Páter noster qui es in caelis, sanctificétur nomen túum, advéniat régnum túum, fiat voluntas túa* (1)...

Se interrumpió un instante y luego, con voz más clara y solemne, prosiguió:

—...*Fiat voluntas túa*...

Silencio profundo.

—...*Fiat voluntas tua!*—pronunció por tercera vez el sacerdote.

Entonces, de los labios de Skretuski brotaron estas palabras de inmenso dolor, pero también de honda resignación:

—*¡Scut in caelo et in terra!* (2)...

Y el caballero se prosternó, prorrumpiendo en sollozos.

---

(1) «Padre nuestro... hágase tu voluntad.»

(2) «Así en el cielo como en la tierra.»

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO. . . . .	5
CAPITULO PRIMERO. . . . .	17
CAP. II. . . . .	33
CAP. III. . . . .	52
CAP. IV. . . . .	74
CAP. V. . . . .	98
CAP. VI. . . . .	120
CAP. VII. . . . .	129
CAP. VIII. . . . .	136
CAP. IX. . . . .	147
CAP. X. . . . .	159
CAP. XI. . . . .	168
CAP. XII. . . . .	188
CAP. XIII. . . . .	197
CAP. XIV.. . . .	204
CAP. XV. . . . .	220
CAP. XVI.. . . .	245



# CATÁLOGO DE LAS OBRAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORA DE MONTANER Y SIMÓN

## I. - HISTORIA UNIVERSAL

de G. Oncken. Nueva edición con un discurso preliminar de Rafael Altamira. Cuarenta y seis volúmenes elegantemente encuadernados y profusamente ilustrados. - Al contado, 500 pesetas. A plazos, 550. Primer plazo, ptas. 44, y los restantes 23 a 22 pesetas mensuales.

*Fuera de la serie*

NUESTRO SIGLO, por von Leixner, trad. de Menéndez Pelayo. Un volumen, 15 pesetas.

HISTORIA DE LA GUERRA DE 1914, por el general D. Carlos Banús. Un volumen, 12 pesetas.

## II. - HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

de Lafuente, continuada por Juan Valera. Más de 6,000 grabados. *A. Edición de lujo.* - Seis magníficos tomos en folio. Al contado, 400 pesetas. A plazos, 450. Primer plazo, pesetas 42, y los restantes 24 a pesetas 17 mensuales. - *B. Edición económica.* - Veinticinco lujosos tomos. Al contado, 200 ptas. A plazos, 225. Primer plazo, ptas. 22,50, y los 15 restantes a ptas. 13,50 mensuales.

*Fuera de la serie*

HISTORIA DE FELIPE II, de H. Fornerón. Un tomo con ilustraciones, encuadernado en piel, 20 pesetas.

HISTORIA CRÍTICA DE LA REGENCIA DE DOÑA MARÍA CRISTINA, por Gabriel Maura Gamazo. Tomo I, 6 pesetas.

## III. - HISTORIA NATURAL

ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinard. - ZOOLOGÍA, por el doctor Claus. - BOTÁNICA, por D. Odón de Buen. - MINERALOGÍA, por el Dr. G. Tschermak. - GEOLOGÍA, por A. Geikie. Lujosa edición, ilustrada con miles de grabados; 13 tomos ricamente encuadernados. La obra completa, al contado, 125 pesetas. A plazos, 140 pesetas. Primer plazo, 16,50 pesetas; los 13 restantes a 9,50 mensuales.

## IV. - DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

por N. Fernández Cuesta, reconocido por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario español más completo. Cuatro tomos encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales, a 7,50 pesetas cada uno.

## V. - DICCIONARIO DE DICCIONARIOS

castellano, latín, portugués, francés, italiano, catalán, inglés, alemán, por el Dr. Arturo Masriera, con la colaboración de L. C. Viada y Lluch y E. Massaguer. Cuatro volúmenes de 800 páginas

cada uno. Al contado, 100 pesetas. A plazos, 120. Primer plazo, pesetas 15,50; los 11 restantes a 9,50 pesetas mensuales.

#### VI. - COSTUMBRES DEL UNIVERSO

Espléndida edición con riquísimos grabados. Dos grandes tomos bellamente encuadernados. Al contado, 110 pesetas. A plazos, 125. Primer plazo, pesetas 17; los doce restantes a pesetas 9 mensuales.

#### VII. - HISTORIA DE LAS CRUZADAS

de Michaud, ilustrada con cien grandes composiciones de Gustavo Doré. Dos tomos casi folio ricamente encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales a pesetas 7,50.

#### VIII. - FABULAS DE LAFONTAINE

Traducción de Teodoro Llorente; láminas y dibujos de Gustavo Doré. Un tomo casi folio ricamente encuadernado. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 50. Primer plazo, pesetas 12,50, y los 5 restantes a 7,50 pesetas mensuales.

#### IX. - HISTORIA GENERAL DEL TRAJE

ilustrada por Hottenroth con 240 bellísimas cromolitografías. Dos grandes volúmenes ricamente encuadernados. Al contado, 90 pesetas. A plazos, 100. Primer plazo, pesetas 12, y los 11 restantes a pesetas 8 mensuales.

#### X. - OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Comprende las siguientes creaciones:

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA**, reproducción en facsímil de la edición impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. - Dos tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 34,50.

**LA DIVINA COMEDIA**, ilustrada con 110 composiciones de Flaxman. Un tomo de 600 páginas, en couché, ricamente encuadernado. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

**LAS MIL Y UNA NOCHES**. Edición de gran lujo con láminas en colores y en negro. Dos tomos ricamente encuadernados. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 52,50.

**FÁBULAS DE ESOPO** Lujosa edición, profusamente ilustrada. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

Precio de la colección completa: al contado, 115 pesetas. A plazos, 133. Primer plazo, ptas. 25; los doce restantes a 9 ptas. mensuales.

*Por separado*

**LA DIVINA COMEDIA**. Primer plazo, pesetas 9, y los dos restantes a 7 pesetas mensuales. - **LAS MIL Y UNA NOCHES**. Primer plazo, 12,50 pesetas, y los cinco restantes a 8 pesetas mensuales.

#### XI. - OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS

Edición de lujo ilustrada con dibujos de Pellicer y Apeles Mestres. Dos tomos encuadernados con planchas alegóricas. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 35. Primer plazo, pesetas 12,50, y los tres restantes a 7,50 pesetas mensuales.

#### XII. - BIBLIOTECA DE GEOGRAFIA PINTORESCA

Constituída por los siguientes volúmenes bellamente encuadernados: **EL HOMBRE Y EL ANIMAL**, de A. Mangin, profusamente ilustrada. Al contado, 13 pesetas. A plazos, 15.



**LAS RAZAS HUMANAS**, de F. Ratzel. Dos abultados tomos. Al contado, 35 pesetas. A plazos, 40.

**AMÉRICA PINTORESCA**. Viajes de los más famosos exploradores modernos. Magníficas ilustraciones. Al contado, 25 ptas. A plazos, 23.

**ÁFRICA PINTORESCA**. Región de los GRANDES LAGOS, por V. Giraud, y **EL CONGO**, por M. Westermarck. Al contado, 15 pesetas. A plazos, 17.

Precio de la colección completa: al contado, 88 ptas. A plazos, 100. Primer plazo, ptas. 15, y los diez restantes a ptas. 8,50 mensuales.

### XIII. - EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

Famosa novela de E. Pérez Escrich, en 4 tomos encuadernados. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 46. Primer plazo, pesetas 11, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

### XIV. - BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

#### *Serie primera*

Contiene las obras que constituyen las Bibliotecas histórica, de las grandes creaciones literarias, de biografías íntimas, novelas contemporáneas hispánicas y extranjeras, obras poéticas, viajes, obras cervánticas, morales y de ciencia recreativa. Véase secciones XVI a XXIII. Ochenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 720 pesetas. A plazos, 850. Al contado, cada volumen, pesetas 10. Toda la serie a plazos: primer plazo, 44 pesetas, y los veintiséis restantes a 31 pesetas mensuales.

### XV. - BIBLIOTECA DE SALON

Constituída por 40 volúmenes escogidos, a gusto del cliente, de las bibliotecas de biografías íntimas, novelas contemporáneas, obras poéticas, de viajes y cervánticas, que se indican en los lotes XVI a XXIII. Cuarenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 360 pesetas. A plazos, 430. Al contado, cada volumen, 10 pesetas. A plazos: primer plazo, pesetas 34, y los veintidós restantes a pesetas 18 mensuales.

### XVI. - BIBLIOTECA HISTÓRICA

Constituída por las siguientes obras ricamente ilustradas:

**HISTORIA DE LOS GRIEGOS**, de V. Duruy. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

**HISTORIA DE LAS CREENCIAS**, de F. Nicolay. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

**HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS**, de F. de Pabanó. Al contado, 10 pesetas. A plazos, 12.

**LA CIVILIZACIÓN DE LA INDIA**, de G. Le Bon. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 24.

**HISTORIA DE AMÉRICA**, por José Corolen. Cuatro tomos. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 48.

La Biblioteca completa. Al contado, 130 pesetas. A plazos, 156. Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

### XVII. - LAS GRANDES CREACIONES LITERARIAS

Colección constituída por las siguientes obras ilustradas:

**LA VIDA NUEVA**, de Dante, traducción de L. C. Viada y Lluch. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

- LOS LUSIADAS**, de Camoens, traducción de Luís de Tapia. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- FAUSTO**, de Goethe, traducción de T. Llorente. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- ROBINSON CRUSOE**, de Daniel de Foe. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- OBRAS POÉTICAS DE HEINE**, versión de J. P. Rivas. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- QIL BLAS DE SANTILLANA**, de Lesage, traducción del P. Isla, 2 tomos. — Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.
- PABLO Y VIRGINIA**, de B. de Saint-Pierre. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- CALENDAL**, de Federico Mistral. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- CARMEN**, de Próspero Merimée. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE**. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- LAS CREACIONES DE SCHILLER**. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- JOCELYN**, de A. de Lamartine. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- La colección completa: al contado, 130 pesetas; a plazos, 156. — Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

#### XVIII. — BIBLIOTECA DE BIOGRAFÍAS ÍNTIMAS

Constituída por los siguientes volúmenes:

- OLIVERIO CRÓMVELL**; su vida y su carácter. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- JORGE WASHINGTON**. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- ABRAHAM LINCOLN**, íntimo. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- TOMÁS A. EDISSON**. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- NAPOLEÓN II (L'Aiglon)**. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- ISABEL II**, íntima. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- La colección completa: al contado, 60 pesetas; a plazos, 72. — Ocho plazos mensuales de 9 pesetas cada uno.

#### XIX. — LA NOVELA CONTEMPORANEA ILUSTRADA

Constituída por las siguientes novelas escogidas:

##### *A. — Autores hispánicos*

- DEUDA DEL CORAZÓN**, de José de Selgas, dos tomos. — Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.
- SI YO FUERA RICO**, por Luís Mariano de Larra. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- EL CALVARIO**, por Francisco Acebal. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- DON PERFECTO**, novela argentina de C. M. Ocantos. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- PEQUEÑAS GRANDES ALMAS**, de Martz. Zubiría (Hugo Wast). — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- SOLEDAD**, de Víctor Catalá. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- SOR CLEMENCIA**, de E. Pérez Escrich. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.
- LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS**, de Carlos Frontaura. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**EL IDOLO**, de E. García Ladevese. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**PARA ELLAS**, de Adela S. Cantos de Escobar. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. - Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

*B. - Obras poéticas*

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**, de J. Zorrilla, ilustraciones de Doré. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**OBRAS ESCOGIDAS**, de Ventura de la Vega, dos tomos. - Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

La serie completa: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. - Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a pesetas 7 mensuales.

*C. - Autores extranjeros*

**LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES**, de Maeterlinch. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**LA ABUELA**, de Eugenia Marlitt. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**LA SEGUNDA ESPOSA**, de Eugenia Marlitt. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**EL VUELO DE UN ÁGUILA**, de Ethel M. Dell. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**EL HOMBRE FANTASMA**, de G. de Teramon. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**NOVELAS CORTAS**, de E. de Amicis. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**VALENTINA**, de E. C. Price. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**LUZ Y SOMBRAS**, de Bulwer Lytton. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**COLOMBA**, de P. Merimée. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**FRANCISCO EL EXPÓSITO**, de J. Sand. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**Y EL AMOR DISPONE**, de Matilde Alanic. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. - Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

**XX. - BIBLIOTECA DE VIAJES**

Constituída por los siguientes volúmenes, profusamente ilustrados:

**EN EL CORAZÓN DE ASIA**. A través del Tíbet, por Sven Hedin. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS**, por E. Aubin. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**CHINA** Dos años en la ciudad prohibida, por la princesa Der Ling. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**LA SOCIEDAD JAPONESA**, por Á. Bellesort. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

**LA VIDA EN LA AMÉRICA DEL NORTE**, por P. de Roussiers. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. - El primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

## XXI. - OBRAS CERVANTICAS

- VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES**, por M. S. Oliver. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
**LAS MUJERES DE CERVANTES**, por J. Sánchez Rojas. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
**CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES**, por J. Montalvo. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
Los tres volúmenes: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. - Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a 7 pesetas mensuales.

## XXII. - OBRAS MORALES

- LIBRO DE ORO DE LA VIDA**, por L. C. Viada y Lluch. - Al contado 10 pesetas; a plazos, 12.  
**LOS PECADOS CAPITALES**, por L. C. Viada y Lluch. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
**VIDA DE LA VIRGEN**, por la Ven. Sor María de Agreda. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
**LA MUJER Y EL TRABAJO**, por Oliva Schreiner. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
**MODO DE SER FELIZ EN EL MATRIMONIO**, trad. de J. P. Rivas. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.  
Los cinco volúmenes: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. - Primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

## XXIII. - CIENCIA RECREATIVA

### *Obras profusamente ilustradas*

- ASTRONOMÍA POPULAR**. Descripción general del cielo. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.  
**LA ATMÓSFERA**. Grandes fenómenos de la naturaleza, por Flammarión. Dos tomos. - Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.  
Los cuatro volúmenes: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. - Primer plazo, 13 pesetas, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

---

---

## DICCIONARIO DE MEDICINA PRÁCTICA

publicado en inglés bajo la dirección de los doctores SIR MALCOLM MORRIS, FEDERICO LANGMEAD y GORDON M. HOLMES. - Versión española revisada y anotada por los doctores D. J. M. BELLIDO y D. SANTIAGO PI SUÑER, catedráticos de Medicina, con un prólogo del doctor D. AUGUSTO PI SUÑER, catedrático de la Facultad de Barcelona.

Dos voluminosos tomos ilustrados con gran número de láminas en negro y en tricromía, además de los grabados intercalados en el texto.

---

---

## NARRACIONES MITOLÓGICAS

POR PAOLA FUMAGALLI

ILUSTRACIONES DE A. MORONI. - CROMOTIPIAS DE R. CAPMANY  
UN TOMO 7,50 PESETAS

Instytut  
Biblioteka  
<http://rcin.org.pl>

01-330 Warszawa, ul. Nowy Świat 72  
Tel. 26-68-69





<http://rcin.org.pl>

F.

3028

1